562 501

TANCREDO PINOCHET

LA AUTOBIOGRAFIA DE UN TONTO

SÓLO PARA MAYORES

CUARTA EDICION

1950

BIBLIOTECA DE ALTA CULTURA
TOCORNAL 360
Santiago — Chile

INDICE

	Pág.
Dedicatoria	7
Prefacio	9
Nace un Tonto	11
Despierta mi Conciencia de Clase	45
La Importancia de no ser Importante	69
Mi Conciencia y mi Subconciencia	89
No tengo Libertad para Nada	119
Cómo Gané mi Primer Millón de Pesos	145
Mis Amigos	183
Chile y Yo	217
El Mundo y Yo	243
Por qué Vale la Pena Vivir	265
Mi Muerte	289

DEDICATORIA

El Tonto, que es protagonista de este libro, tiene un solo nieto, Bernardo, cuyo nombre hicieron famoso O'Higgins, en Chile, y Shaw, en el mundo. Y bien, yo no le dedico este libro a él, sino a su primer bisnieto, si es que llega a tenerlo.

Probablemente este libro esté ya olvidado para ese entonces; pero yo querría que él lo desenterrara, y lo leyera. Aunque yo no le dejara este libro —lo quiera él o no— le dejo en herencia buena parte de mi tontería que, a mi vez, recibí en herencia de mis lejanos abuelos.

PREFACIO

POR lo general, mis libros no tienen prólogo ni epílogo, aunque en la vida todo tiene prólogo, y todo tiene epílogo; y, como la vida es una cadena eterna, sin principio ni fin, todo prólogo tiene prólogo, y todo epílogo tiene epílogo.

Pero es esencial que escriba un corto prólogo a este libro. El autor es el mismo que ha escrito tantos otros que pretenden ser inteligentes. Y éste es la autobiografía de un tonto. El lector querrá saber si yo soy el tonto cuya vida describo; querrá saber si este libro es pura ficción o si es historia genuina.

El libro que usted tiene en sus manos ni es historia fidedigna, ni es ficción antojadiza. Es una mezcla de verdad y fantasía. Mucho de lo que en él se relata es legítimamente autobiográfico, y mucho no lo es. Pongo marcado empeño en que el lector no sepa cuándo está leyendo historia y cuándo está leyendo novela. Mucho de lo que le parecerá historia puede ser novela; y mucho de lo que le parecerá novela puede ser historia.

Se presenta aquí la vida de un hombre común, mentalmente inferior, juzgado con el cartabón del Sr. Francisco Encina, en su monumental Historia de Chile. Es un descendiente de mapuche y español, cuya vida, física y espiritualmente, encuadra, desde su remoto pasado, en la historia de su país y del mundo.

El autor pide al que está leyendo estas páginas simpatía por este tonto. En realidad, casi todo el mundo tiene simpatía por los tontos, probablemente porque son tan inofensivos. Aun Dios siente simpatía por ellos, de lo contrario no los habría hecho en número tan crecido. ¿No dijo: "Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el Reino de los Cielos"? Tonto, en inglés, era antes una palabra de cariño. Y lo es todavía entre nosotros. Mi esposa, cuando me habla con más ternura, me dice "tontito".

Por otra parte, la palabra tonto viene del latín "attonitus", o sea, "atónito", pasmado, admirado. Y eso es primordialmente el protagonista de este libro, un hombre deslumbrado, atónito, ante el mundo en que vive y ha vivido, como Alicia, en el País de las Maravillas, siempre sorprendido con algo nuevo e inesperado.

El protagonista de este libro no es, en consecuencia, ni real ni ficticio. Es un claro-obscuro de realidad y ficción. Es imposible, e innecesario, clasificar esta obra. No es historia, no es novela, no es drama, no es poema, no es un tomo de ciencias, no es un volumen de filosofía, no es una investigación de psicoanálisis. Y tiene de todo eso: de historia, de novela, de drama, de poema, de ciencia, de filosofía, de psicoanálisis. Es crudo, y es tierno, como la vida: es grosero y delicado, como la vida; es inmaculado y sucio, como la vida; es cruel y bondadoso, como la vida: es hondo y trivial como la vida; es triste y alegre, como la vida.

No se puede clasificar este libro, porque no pretende someterse a ninguna regla didáctica; no respeta ninguna consigna de la retórica. ¿Y qué importa? ¿Cuántas veces no come usted en un restorán un manjar que le gusta mucho más que otros, y cuyo nombre, en el "menú" usted no puede descifrar? ¿Y cuántas veces no ha gozado usted los besos de una mujer cuyo nombre no sabe?

I

NACE UN TONTO

EN la calle Lira, de Santiago de Chile, a tres cuadras de la Alameda, el 17 de marzo de 1880, nació un tonto, el que escribe este libro. El acto de mi nacimiento fué absolutamente involuntario de mi parte. Fué mi primer acto inconsciente, al entrar en el mundo. La responsabilidad de mi nacimiento la atribuyo a mi padre y a mi madre. Ellos, a su vez, pueden pasar la responsabilidad a sus padres y a sus madres, hasta llegar al intrépido hombre de los Pirineos españoles, a quien su espíritu de aventura lo trajo, a través del océano, a atropellar a una mapuche adolescente, a las orillas del Bío-Bío. Y ahí tampoco principia todo, porque ese godo y esa manceba araucana tuvieron sus padres también. El principio de la cadena que me produjo a mí, como eslabón contemporáneo, no puede marcarse en ninguna parte, como lo veremos más adelante, cuando estudie el origen del origen de mi vida.

La verdad es que si me hubiesen consultado acerca

de si yo quería venir al mundo, sabiendo cómo iba a ser mi vida, habría dicho enfáticamente que preferiría no nacer. Pero, una vez ocurrida esta desgracia, nunca he intentado seriamente anular mi nacimiento. Más adelante he de explicar cómo entiendo yo que queramos seguir viviendo aun cuando no nos agrade la vida.

No tengo ningún recuerdo de lo que ocurría a mi alrededor hasta la edad de cinco años. Sé que no tuve nodriza mercenaria, y que fui parroquiano del bar lácteo de mi madre hasta cumplir un año.

Sé, también, porque me lo han contado, y porque conservo un viejo pergamino, que da fe de que yo realmente nací, que fui bautizado, no en las aguas del Jordán, ni del Mapocho, sino en un pila de mármol amarillento, con agua sucia con los dedos de mil beatas, en la Parroquia de la Asunción. En aquellos tiempos no había en Chile Registro Civil, y esa partida de bautismo es mi certificado de nacimiento.

Esto quiere decir que la religión católica comenzó a catequizarme cuando yo apenas tenía unas pocas semanas. La religión católica, apostólica, romana, trata de inculcar sus dogmas, aprovechando todos nuestros sentidos. Al bautizarnos, principia ya con el tacto, y termina con la extrema-unción, practicándose el acto de persignarse durante toda la vida, y los besos a los pies de Jesucristo, a las cruces y medallas, y el contacto del cuerpo con los escapularios. Con las oraciones en voz alta y las campanas y el canto, y la música tubular de los órganos, y los sermones del púlpito, apela al oído. Con sus altares vistosos y procesiones espectaculares, y los trajes llamativos de sus frailes que cantan misa, apela a la vista. Con el incienso apela al olfato. Con la hostia, aunque insípida, apela al gusto, convirtiéndonos en teófagos. Todos los sentidos en función catequizadora.

Sé, asimismo, que no fui un niño precoz, un prodigio como lo son casi todos los niños para casi todos los padres

No hay recuerdo, en mi familia, de nada gracioso e inteligente que haya dicho o hecho yo en mis primeros años. Costó muchísimo quitarme el hábito de hacerme pipí en la cama, lo que continué haciendo hasta una edad muy avanzada. Pero ya no lo hago.

Cumplía o iba a cumplir los ocho años, cuando mi padre declaraba que yo era un tonto. Muchas eran las razones que tenía para llamarme tonto. Voy a apuntar algunas.

Estamos en el año 1888. No había automóviles en Chile, ni en otra parte alguna del mundo. La gente rica tenía cocheras al lado de la casa y carruajes tirados por briosos caballos. Para la naciente burguesía, de la cual nosotros formábamos parte algo tímidamente, había coches de alquiler. En una ocasión, habiendo muerto un caballero de cierta importancia social, con cuya amistad se había honrado mi padre, era de rigor que lo acompañara al cementerio, aun cuando el muerto no iba a tener conocimiento de ello. Con ese objeto había contratado a un cochero para que fuera a buscarlo a la casa, y llevarlo al entierro. Llegaba la hora de partir, y el cochero no aparecía. Inquieto mi padre, me envió apresuradamente a la Alameda —después Avenida de las Delicias, y ahora Alameda B. O'Higgins; pero siempre la Alameda, aun sin álamos— en busca de un coche de alquiler.

Cuando llegué con el coche a casa, mi padre se mostró indignado, enfurecido, porque le llevaba uno desvencijado, un adefesio, siendo que casi todos los acompañantes iban en sus propios coches de lujo.

—¡Tonto! —me dijo— ¿no encontraste un coche más desgraciado?

—No, papá, —le contesté— ése era el peor.

—¿Y tú intencionalmente escogiste el peor?

Tuve que admitir que así lo había hecho, porque era la verdad. Cerca de ese coche que yo había tomado había otro muy elegante. Después mi madre, intrigada, me preguntó cariñosamente por qué había tomado ese coche tan miserable. Le expliqué que había tenido dos razones, una

se refería al cochero, y la otra a mi padre. En primer lugar le dije que creía que a ese pobre cochero nadie lo iba a ocupar precisamente porque su coche era tan feo, y yo sentía lástima por él. Y en segundo lugar, creía que ese coche le cobraría a mi papá mucho más barato que el otro. Esto no lo expliqué con tanta lucidez como lo hago ahora. Pero mi madre me lo fué sacando como a tirabuzón, según me lo ha contado. A lo mejor, parte de esto era inventado por ella misma, para que me sirviera de excusa.

En otra ocasión, siendo yo todavía mocoso, mis padres me enviaron por primera vez en mi vida al teatro. Había venido a Santiago, a un teatro que había en la calle Dieciocho, un prestidigitador y saltimbanqui, que daba funciones para niños. Mis padres me enviaron con mi hermano mayor para que me comprara la entrada y me dejara en el teatro, volviéndose él a casa, pues, naturalmente, a él no le interesaba esa función pueril. Yo gocé inmensamente con todas las maromas y prestidigitaciones del artista. Al terminar el primer acto, vi que no sólo bajaba el telón, sino que la gente abandonaba sus butacas, y principiaba a salir al foyer. Creí, naturalmente, que la función había terminado, y me volví a casa.

—¿Cómo? ¿Por qué te has venido antes de que terminara la función? —me preguntó mi padre.

—Si ya terminó —le dije.

—¡Imposible! Eres un tonto.

Me mandaron de nuevo al teatro y pude presenciar el tercer acto, habiendo perdido el segundo de puro tonto, como decía mi padre.

Podría llenar este libro con recuerdos de mi infancia de cuando era llamado tonto. ¡Tonto, tonto, tonto! Era todo lo que me decía mi padre. Y, de tanto decírmelo, si en verdad yo no hubiera nacido tonto, él me habría convertido en tal.

Una vez me dejaron a cargo de un hermano que tenía la peste viruela, que era entonces mucho más común que ahora. Pero no tanto como cuando los españoles se las

trajeron de obsequio a los mapuches, matando casi a la mitad de ellos. Los indios creían que los peninsulares les habían traído en barriles estos gérmenes, para lograr en una guerra bacteriológica lo que no habían podido lograr con sus arcabuces. Estaba mi hermano ya en el período de la convalecencia que, al decir de los doctores, no era contagiosa. Al dejarme solo con el convaleciente, me encargaron que dentro de una media hora le diera al enfermo una tacita de café con leche. Con esmerada solicitud, como un boticario ha de preparar una receta, preparé yo una tacita de café con leche. Puse la mitad de café y la mitad de leche.

¡Qué epítetos insultantes no recibí! Yo era un tonto de remate. No era capaz de comprender nada. Lo que debiera haber dado a mi hermano era una tacita de café con leche. Es decir, debía haber tomado una tacita de café, y haberle dado leche en ella. Algo así como haber puesto aceite en una botella de vino, en una botella vinera. Este hermano, muy poco menor que yo, murió temprano, afortunadamente no a causa de mi equivocación, lo que habría sido un fardo en mi conciencia, que llevaría hasta ahora.

Aun mi hermana me llamaba tonto con frecuencia. En una tertulia, en nuestra casa, Carmela —así se llamaba mi hermana— estaba conversando con un joven, de sobremesa, después de la cena de media noche. Yo había logrado quedarme en pie hasta esa hora, lo que iba contra el reglamento de la casa, y estaba cerca de los pololos. Al lado mío había una copita con licor de menta, casero. Mi hermana me dijo:

—Pásame esa copita, Miguel.

Así me llamo yo: Miguel. Me tomé de un sorbo el licor y le pasé la copita a mi hermana.

—¡Qué eres bien tonto! —me dijo—. ¿Para qué quiero la copita sin el licor?

Pero el joven sonrió y me miró con simpatía. Era de los que tienen simpatía por los tontos.

Entre los miles de recuerdos de mi niñez que dejaban a otros, y aun a mí, la impresión de que yo era un tonto, sale uno a flote cada vez que equivoco un paquete, o un papel, por otro. Pues mucho de lo que me ocurrió en mi infancia ha tenido repercusión en mi vida de adulto. Esa misma hermana, Carmela, a quien le pasé la copita vacía, tuvo muchas otras ocasiones de llamarme tonto. Ella no debe haber sido muy pobre de espíritu, porque logró llevar su noviazgo hasta el matrimonio. Y se embarcó en una de hijos, que dejaba a los conejos en vergüenza. Hasta mellizos tuvo. Un domingo que había ido a nuestra casa con su primera cría, estaba también de visita una prima mía, Adelaida, que se fué, en la tarde, olvidando una capita de seda muy primorosa, que era más para elegancia que para abrigo. Me mandaron a mí a dejársela, porque la necesitaba para esa noche, y me dijeron que el paquete estaba en el dormitorio de mi madre.

Tomé el paquete y emprendí el viaje al otro lado de Santiago, en Recoleta. Cuando llegué allá, me convidaron a comer. Después de comida, mi prima abrió el paquete para ponerse la capa que iba a usar. ¿Y qué encontró? ¿La capa? No. Encontró los pañales, bien cargados de pasta amarilla, de la cría de mi hermana. Yo había tomado el paquete equivocado. Tanto mi prima como mi hermana dijeron que nada se me podía encargar a mí, porque yo era tonto.

Era costumbre en nuestra casa comer pavo en algunas ocasiones solemnes: el día de mi madre, el día de mi padre, y los días de mi hermana Carmela, y de mi hermano Ernesto. El día mío no se comía pavo. No era día solemne. Cuando tenía yo unos siete u ocho años, según recuerdo, mi hermana, sirviendo el pavo a muchos invitados, más de los que se esperaban, al ver que no quedaba nada, fuera del esqueleto y del cogote, dijo que yo tendría que conformarme con un pedazo de jamón. Le contesté que me diera el cogote, que a mí me encantaba. Mi hermana me lo dió.

La próxima vez que hubo pavo en la casa, Carmela me sirvió a mí el cogote, diciendo que no se le había olvidado que me encantaba. Yo lo acepté, callado y resignado, y me puse a comerlo, tomándolo con la mano, mientras mi hermano se servía un enorme plato de pechuga. Y los demás comían también pechuga, y alas y muslos —tutos, como los llamábamos—. Yo era el único que comía el cogote. Hasta la Lugarda, nuestra criada, comía carne blanca. Desde entonces quedó como algo tradicional en la familia que a mí había que darme el cogote, porque era mi presa favorita.

En una ocasión estábamos solos mi madre y yo, y teníamos todo un pavo grande y gordo, humeante, al frente de nosotros. Mi madre cortó el cogote, y me lo dió.

—Mamá —le dije—, ¿por qué no me da un pedazo de pechuga ahora que hay tanta?

—¿Pero que no te gusta más el cogote? —me preguntó.

—No, mamá, como el cogote cuando no hay otra cosa; pero prefiero, naturalmente, la carne blanca, como en la gallina.

—¡Eres bien tonto! —me dijo—, ¿por qué no lo habías dicho antes?

¡Claro! Yo era tonto, porque me conformaba con el cogote, mientras mi hermano, que era inteligente, reclamaba la pechuga. Así en la vida, a los que se conforman con lo peor se les llama tontos, y se llama inteligentes a los que reclaman lo mejor.

Pero no sólo los grandes, sino también los niños de mi edad me llamaban tonto con frecuencia. Un recuerdo que no sé por qué insiste en seguir como huésped permanente de mi memoria es el de una ocasión en que yo estaba de visita en una casa donde había un semillero de niños, en la calle Argomedo, que entonces aparecía como en los afueras de Santiago. Jugábamos al luche en un corredor enladrillado. Y cuando era mi turno, y una docena de niñitos y niñitas me miraban empujar el tejo, saltando en

un pie, se me escapó un viento sonoro como un toque de diana. Los chicos rompieron todos en carcajadas y, tal vez, para no confundirme, huyeron y me dejaron solo con el tejo, parado en un pie, como los pavos, cuando tienen frío. Yo me sentía avergonzado. ¿Qué hacer?, ¿huir?, ¿llorar?, ¿reír? Seguí con el tejo. Oí a una de las niñitas, que desde una ventana, detrás de mí, decía a sus compañeros:

—¡Y el muy tonto sigue jugando solo!

Esto que me ocurrió a mí, jugando luche, le ocurrió también a una dama elegante, en un salón, mientras bailaba, según lo cuenta el señor Joaquín Edwards Bello, en su novela **La Chica del Crillón.** El efecto en esa mujer fué tal, que se retiró de la sociedad, y entró de monja en un convento. Yo no decidí hacerme fraile.

Soy amante de la limpieza hoy día, y controlo bien mi cuerpo para que no me ocurra, en presencia de otros, lo que me sucedió cuando jugaba al luche. Rara vez me ocurre, y en esas raras ocasiones lo disimulo bien, y, "como quien no quiere la cosa", abro una puerta o una ventana. Pero en mi niñez era sucio. El hábito de la limpieza lo adquirí con gran esfuerzo desplegado por mi madre, como el que tuvo que hacer para que no mojara el colchón.

A mí, como a todas las criaturas de muy corta edad, me gustaba jugar con mis propias deposiciones, según me han contado, como jugaba más tarde con la arena, en la playa. Seguramente, el lector, si sabe de su muy temprana edad, tendrá que admitir que no ha sido congénitamente limpio. Nuestros hábitos de limpieza son un resultado de prolongada y paciente educación, a pesar de que los mapuches, de los cuales casi todos los chilenos descendemos en parte, eran limpios al extremo de que sus mujeres se bañaban en los ríos, aun el día siguiente de haber dado a luz. Supongo que también ellos tenían que ser educados en los hábitos de limpieza, que no se iban de la cáscara al agua, como los patitos recién nacidos. Y esto lo digo porque no somos hereditariamente limpios. Santiago es una ciudad sucia. Las cocinas de nuestras casas y sus excusa-

dos principian sólo ahora a ser limpios, y apenas en algunas casas.

La limpieza es cuestión de educación y de imposiciones del medio físico ambiente. No es cuestión de clases sociales. Los cubanos y panameños son mucho más limpios que los santiaguinos. En los trópicos hay que tomar varios baños al día. Esta imposición del clima queda bien ilustrada con un chiste colombiano, algo crudo, y evidentemente caricaturesco. Allá va.

Tres colombianos, uno de Barranquilla, en los trópicos; otro de Medellín, en clima templado; y otro de Bogotá, en clima frío, viajando juntos, se perdieron una noche en un campo desamparado. Llegaron a una choza, donde pidieron alojamiento para la noche. El campesino les dijo que sólo tenía el corral donde estaba su chivato. No podían ser regodiones, y aceptaron. Al cabo de una hora, el de Barranquilla, no pudiendo soportar el mal olor salió a dormir afuera. Poco después, el de Medellín, también sofocado, salió a dormir al aire libre. Y, después, el chivato abandonó el corral, dejando solo al bogotano.

No hay que tomar este cuento como algo literalmente cierto, pues el medio físico es sólo una de las circunstancias que impulsan al hábito de la limpieza. La educación es otra. Y se puede ser más limpio en Bogotá que en Barranquilla.

Recuerdo un incidente de mi infancia que debiera darme vergüenza relatarlo. Pero como esta autobiografía es en cierta manera un estudio psicoanalítico de mi persona, como parte integrante de la población chilena, no me queda más remedio que poner la cara dura y relatarlo.

Ocurrió esto en una hacienda de un amigo de mi padre, cerca de Rengo, donde fuí, en cierta ocasión, a pasar unas dos semanas de vacaciones. Allí jugaba yo con la hija del hacendado y con el hijo de uno de los inquilinos de la hacienda, pero separadamente, porque no le permitían a ella que se juntara con el hijo del inquilino. En una ocasión hicimos el muchacho y yo una apuesta "a quién se tragaba

más pepas de guinda". Nos sentamos cerca de un arroyo que cruzaba la hacienda, y, con un gran montón de rojas guindas al frente, principiamos a comerlas, tragándonos los huesos. Ibamos contando, uno, dos, cinco, diez, quince, veinte, cuarenta, cincuenta. ¡Qué agrias! Hasta que nos hartamos. Ya no podíamos más.

Pero quedamos en desacuerdo en cuanto al número de pepas que cada uno había tragado. Ambos pretendíamos haber ganado la apuesta, y, para averiguar la realidad, nos pusimos de acuerdo en examinar nuestra próxima deposición fecal, y contar en ellas las pepas. Esto lo hicimos al día siguiente. Evacuamos nuestros intestinos a pulso, cerca del arroyo, lejos de la casa, y allí, tendidos en el suelo, como los mapuches "desgobernados" que lavaban oro en las arenas del río, contamos pacientemente las pepas, como si fueran de oro. No sentíamos por nuestra labor la repugnancia que sentían mis lejanos antepasados, los mapuches que lavaban oro, a quienes tenían que cortarles los dedos de los pies para que no huyeran.

Freud, el fundador del psicoanálisis, por quien tengo mucho respeto como hombre de ciencia, se refiere a este amor infantil por lo sucio. Hablando de la sublimación de nuestros instintos de la infancia, dice que "el placer instintivo que sienten los niños por lo sucio puede sublimarse en la pintura, en el trabajo escultórico, o cocinando". Yo no he sublimado mi instinto infantil por la mugre ni en la pintura ni en la escultura. Y en cuanto a cocinar, en lo único en que me puedo poner a la altura de un chef de cuisine es en preparar huevos duros o a la copa. Pero tengo que admitir que cada vez que contemplo una escultura, como la del Caupolicán, de Nicanor Plaza, o Qu'il mourût de Rebeca Matte, o telas como las de Valenzuela Puelma y otras, veo a los pintores y escultores nuestros en su infancia, tendidos en el suelo, al lado de un arroyo, contando las pepas de las guindas, en su propio estiércol. Afortunadamente no hago la misma asociación cuando mi mujer prepara una cazuela, humitas o empanadas.

En esas mismas vacaciones, jugaba, como llevo dicho, con la hija del hacendado, Elvira, muchacha de pocos más años que yo, embriagada con la alegría de vivir. Yo era el único muchacho que estaba casi todo el día cerca de ella. Nuestros juegos eran a veces peligrosos, más por culpa de ella que mía.

Recuerdo una tarde de estío. Estábamos en el pajar. Jugábamos a las escondidas en la paja. Yo llegaba a creer que el ardor de su mirada pudiera prenderle fuego al pajar. De súbito me pregunta, como una profesora a un alumno, para averiguar cuánto sabe:

—¿Sabes tú en qué se diferencian los hombres de las mujeres?

—Los hombres usan pantalones y las mujeres usan vestidos —le dije.

—Sí, pero aparte de eso, —agregó, sin duda, considerando mi contestación muy tonta, o de muy profunda ignorancia.

Yo sabía en qué se diferenciaban; pero cierto pudor inculcado me impedía decirlo.

—¿No sabes? —me volvió a preguntar—. ¿No sabes? ¿No has observado nunca nada?

Cobré valor y me aventuré a decirle:

—Las mujeres tienen hoyitos.

Ya creía ella que me llevaba por buen camino, quién sabe con qué siniestras intenciones.

—¿Dónde están los hoyitos? —me preguntó con una turbación que jamás mostraron mis profesoras cuando me hacían preguntas.

Yo ya no sabía cómo salir del paso. Eso se tornaba demasiado serio para mí. Me puse a pensar y pensar. Y se me ocurrió una contestación que creí inteligente.

—En las orejas, para ponerse los aros —le contesté.

—¡Eres un tonto! —me dijo la muchacha. Pero no se atrevió a seguir con su examen. Imagino que muchos de mis lectores creerán, aun ahora, que yo era un tonto.

En los primeros años de mi vida fui muy tímido sexual-

mente. No tengo ningún recuerdo de haber sido objeto, ni en forma muy benigna, del complejo de Edipo. Los años de mi niñez los pasé en mi hogar, rodeado de una atmósfera de castidad y fe religiosa, sin que asomaran conscientemente en mí los instintos sexuales. Cuando éstos despertaron en forma violenta, como de desquite, conté siempre con la cooperación de mujeres no muy recatadas, lo que me libró temprano del autarquismo sexual.

Las teorías de Freud, que hace girar casi toda la vida del hombre alrededor de objetivos sexuales, puede no ser muy convincente para muchos. Su interpretación simbólica de los sueños, siempre alrededor de asuntos sexuales, puede parecer extravagante. Pero si tomamos en cuenta que el instinto sexual es básico para la existencia de la especie, y que la civilización trata de controlarlo, es fácil explicarse la rebeldía del subconsciente que encuentra su desquite en los sueños, realizándose en ellos lo que la conciencia no le permite realizar al hombre consciente.

Ya en el siglo XIV, el Arcipreste de Hita decía:

"Como dice Aristóteles, cosa es verdadera,
el mundo por dos cosas trabaja: la primera,
por aver mantenencia; la otra cosa era
por aver juntamiento con fembra plasentera."

Tenía yo doce años cuando mis padres, recién casada mi hermana, y mi hermano terminando sus estudios en el Instituto Pedagógico, se fueron a Europa en viaje de merecido descanso, que duró un año, durante el cual me dejaron en la casa de pensión de una amiga de mi madre. Esta señora tenía una hija primorosa, de unos catorce años, pero muy precoz. Ester se llamaba. Yo me sentí atraído hacia ella en una forma que me parecía misteriosa. Para mí el amor era todavía un misterio. Con frecuencia conversábamos en su propio dormitorio, que ella compartía con su madre, su constante chaperona, y que no consideraba peligroso que su hija estuviera a veces casi a medio vestir en mi presencia. ¡Yo era tan mocoso!

Una mañana llamé al dormitorio de la muchacha y pregunté si se podia entrar.

—Estoy sola y estoy en cama —me contestó con voz muy dulce.

—Perdone —le dije—. Y me retiré. Muy tardiamente comprendí que su respuesta era una invitación a entrar.

Entre esa chiquilla y yo hubo el abecedario de un idilio. Yo nunca le había dado un beso a una muchacha. Creía que sólo era aceptable que se besaron los que estaban casados. Estábamos una vez solos por un momento en el tercer patio de la casa de pensión, sentados en un banco, la muchacha que me había dicho que estaba sola en su dormitorio, y yo. Nuestra atracción era mutua, pero muy moderamente expresada. En el alero, al frente nuestro, un matrimonio de palomas se estaba besando. Cobrando valor inaudito, le dije a mi compañera, con voz temblorosa:

—¡Cuándo llegará el día en que estemos así! —Y mostré hacia el alero.

La muchacha miró. ¿Qué vió? El enamorado palomo, mucho menos tímido que yo, estaba pisando, desvergonzada y públicamente, a la sumisa paloma. Ella, Ester, no la paloma, se puso deliciosamente roja. Pero no se enojó.

Mi timidez corría parejas con mi ignorancia. Mi educación acerca de asuntos sexuales era menos que cero. Yo era tan tonto, que creía que un beso en la boca bastaba para dejar embarazada a una mujer y que por eso sólo debieran besarse los que estaban casados.

De manera que fué mucha mi confusión cuando, más por iniciativa de ella que mia, llegué a besar a la muchacha de la casa de pensión en que vivía, lo que demostraba, en todo caso, que las chaperonas, por muy celosas que sean, no son garantía de seguridad. Esos primeros besos —fuera de los de mi madre— no se me han olvidado jamás, porque no sólo fueron de infinita dulzura, sino también de infinita tragedia. Ester estaba mordiendo con sus blancos dientes una cascarita de limón bien amarilla, cuando me besó. Yo encontré que eran deliciosos los besos con gusto y olor a

cáscara de limón, los que pude saborear bien, porque Ester me besaba con los labios y con la lengua. ¿No ha ensayado Ud. nunca besos con cáscara de limón? Ensáyelos si quiere comprender objetivamente lo que estoy diciendo.

Poco después de esos besos, primerizos y postreros, noté algo inusitado en la primorosa chiquilla. Primero, no hubo oportunidades, debido a la vigilancia de la madre; y después, ella no mostraba iniciativa de querer nuevos besos. Cuando yo tuve la iniciativa, ella rehusó. Y principió a ponerse triste, ella que era siempre tan alegre. Le preguntaba yo qué le ocurría y no me contestaba. Una vez se echó a llorar.

Podrá imaginar el lector a qué grado llegaron mi confusión y mi tormento, cuando la madre, al volver una mañana de su cuotidiana misa tempranera, encontró a su hija muerta en su cama. Se había suicidado sin dejar carta o explicación alguna. La pobre sabía que una medicina que tomaba su madre era veneno, y se había tragado, de desayuno, toda la botella.

Yo la ví blanca como su almohada cuando la vestían por última vez. Hacía sólo unas pocas semanas estaba rosada y me había dado besos con sabor a cáscara de limón. Aun muerta, estaba bella. Lloré.

Apenas había vuelto el cortejo del cementerio, cuando principié a oír cuchicheos misteriosos. ¿Por qué se había suicidado Ester? Había un culpable. La pobrecita, en su casi niñez, había sido seducida por uno de los pensionistas que vivían en la casa. Y en cuanto ella se dió cuenta de que estaba embarazada se desesperó y decidió envenenarse. ¿Quién era el responsable? ¿Quién era el criminal? Todos miraban con sospecha a "don Pedro Curtido", como llamaban a un señor de unos cuarenta y cinco años, que traía cueros curtidos de Mulchén para venderlos a las zapaterías de Santiago. Entonces no había fábricas como ahora, y los zapatos se hacían a mano. Habían visto muchas veces a don Pedro en cuchicheos con Ester y alguien había

dicho al respecto: "A buey viejo, pasto verde". También se sospechaba de otro pensionista de más de cuarenta años, de cuya vida privada no se sabía nada. La madre de Ester no hacía alusión alguna a que había habido pecado de parte de su hija. Lloraba calladamente su desgracia.

Yo me extrañaba de que nadie me echara la culpa a mí. Sin embargo, me creía el seductor que había embarazado a Ester, pues yo tenía la estrafalaria idea de que un beso en los labios dado por un hombre apasionado a una mujer la dejaba embarazada.

¿De dónde había sacado yo esa peregrina idea, en que ya no creo porque hace tiempo que sé que se necesita de algo más que besos para embarazar a una mujer? ¿Quién y cómo había puesto esa idea en mi cabeza? No lo sé. Tal vez eso tenía algo que ver con un comentario que había oído una vez acerca de que un joven había besado sorpresivamente a una muchacha y que... ¡había que ver lo embarazada que ella había quedado! O tal vez tenía que ver con el conocimiento vago y confuso que yo había captado acerca de la inmaculada concepción, y acaso yo me creía José. ¡Qué sé yo! Es cierto que puede haber concepción sin contacto sexual, como se la practica para los caballares y vacunos; pero todas las señoras y señores con quienes he tenido ocasión de hablar al respecto, me han dicho que prefieren el sistema primitivo.

Yo no sabía qué hacer. ¿Debiera suicidarme para expiar mi pecado? Yo no conocía las reglas de etiqueta para estos casos. Pero resolví no suicidarme. Yo no era tan valiente como mi víctima. ¿Debiera confesarme ante la madre? No me atreví. Lo que hice fué jurar que no volvería jamás a besar a mujer alguna. No he respetado mi juramento. He sido mil veces perjuro.

Yo era un idealista romántico y lo he sido hasta muy avanzado en edad. Mi materialismo posterior no ha logrado ahogar mi idealismo juvenil. Esto no quiere decir que haya sido constante en mis amores. Son muchas las mujeres que me han atraído en mi vida, especialmente en mis años

moros. Después de casado he sido habitualmente fiel a mi mujer, con apenas uno que otro desliz.

Después de haber jurado que no iba a besar a otra mujer, estuve ardientemente enamorado de otra muchacha que era vecina de nosotros, en la calle San Diego. En el álbum de mis recuerdos es "la chiquilla de las violetas de los Alpes". En relación con ella me ocurrió un incidente que voy a relatar, contando con la buena voluntad del lector.

Una tarde de otoño, un cuidador del Cerro Santa Lucía, del Cerro de Vicuña Mackenna, que no había recibido la afrenta de su entrada monumental, me sorprendió arrodillado en uno de los jardines, con un cuchillo en una mano, un hoyo abierto en la tierra, y una mata de violetas de los Alpes en la otra mano. Tomándome del pescuezo, me dijo:

—¿Robando flores, eh? Te he pillado con las manos en la masa. Te voy a llevar a la Comisaría.

—Pero si no estoy robando flores —le contesté.

—¡No, no está robando flores el niñito! ¿Qué está haciendo entonces?

—Estoy plantando estas violetas aquí. Las he traído de mi casa.

El guardián me miró estupefacto.

—Tienes que ser bien tonto para querer tomarme el pelo así —me dijo, sin soltarme, hundidos sus dedos en mi pescuezo, teniendo yo que seguir de rodillas porque no me dejaba levantarme—. Bien se te podría ocurrir otra excusa mejor —agregó.

—Pero si es la verdad: estoy plantando las violetas —insistí.

El guardián, hombre ya de cierta edad, y poco dado a las palabras, me miraba como miraría a un ladrón pillado infraganti con una caja de fondos descerrajada, con las herramientas a sus pies y los billetes en la mano, que dijera que él no había sacado el dinero de la caja de fondos, sino que lo había llevado de su casa para ponerlo ahí. Pero yo, impertérrito, puse las violetas en el hoyo que había abierto, apreté cariñosamente la tierra sobre las raíces y

haciendo un esfuerzo, me puse de pie, encarando al guardián. Nadie me iba a sacar de mi declaración de que yo no me estaba robando las violetas del jardín, sino que las había llevado de mi casa y las estaba plantando ahí. El buen hombre, incrédulo, no me llevó a la Comisaría; pero me dijo que si me pillaba otra vez, lo haría.

Si el cuidador, Sancho Panza mapochino, me creía tonto porque daba esa excusa increíble, mucho más tonto me habría creído, sin duda, si le hubiera explicado por qué procedía así. Tal vez la explicación sea más plausible para el lector de esta autobiografía que para el guardián de los jardines del Cerro Santa Lucía. Acaso no.

Las primeras flores que le obsequié a esa muchacha de quien estaba febrilmente enamorado —todos mis amores han sido febriles— fueron un ramo de violetas de los Alpes. Era el primer mensaje floral de amor que ella hubiera recibido en su vida. Desde entonces, declaró que sus flores favoritas eran las violetas de los Alpes. Pasaron a ser el emblema de nuestro amor. Y yo le prometí que iba a llenar los jardines públicos de Santiago, el Cerro Santa Lucía, los jardines del Parque Cousiño y de la Quinta Normal, que entonces eran primorosos, con violetas de los Alpes. Y por querer cumplir mi promesa, casi me llevan preso.

Es cierto que no robaba flores en el Cerro Santa Lucía, que, por el contrario, le estaba regalando plantas al Municipio. Pero no debe inferir el lector que nací honrado. No nací honrado, como no nací con hábitos de limpieza. Ni nací con el instinto del pudor. No creo que estas cualidades sean heredadas, que estén "en la sangre", como dicen los que creen en la superioridad innata de ciertas razas señoriales o de ciertas clases sociales. Las pocas virtudes sociales que tengo son producto de la educación que me dieron mis padres, y del medio ambiente en que he vivido.

En mi casa, cuando yo era muy pequeño, me entraba a la despensa y le robaba a mi madre los dulces que hacía y que reservaba para cuando recibiera visitas. Recuerdo, en especial, una fuente con dulce de manjar blanco, que había

guardado en el anaquel más alto de un estante. Cuando ella no estaba en casa, me subía en una silla y me comía la costra que se había endurecido en la superficie del manjar. A los pocos días se había formado otra costra, y me la comía. No sacaba más para que mi madre no lo notara. Pero después se formaba otra costra, y también me la comía. Y después otra y otra.

Y ocurrió que cuando mi madre fué a sacar el manjar blanco para servirlo a unas visitas, se encontró con que no había nada en la fuente. Ella me la mostró y me dió una mirada que yo no más sabía comprender. Muy circunspecta, no me dijo nada mientras estaban allí las visitas. Simplemente sirvió dulce de alcayota en vez de manjar blanco. Pero en cuanto quedamos solos me increpó, culpándome de haberme comido todo el dulce. Lo negué con cinismo, pero sin efecto alguno. Yo era el único niño de la casa y tenía que ser el culpable, lo que mi madre me hizo admitir. No me obligó a confesar a golpes, como lo hace todavía la policía santiaguina, experta en flagelaciones, sino poniendo en evidencia mi culpabilidad con pruebas circunstanciales. Ante esta realidad, le dije a mi madre, llorando:

—Sólo me comí la costrita, mamá.

—Sí, sólo la costrita —me contestó, bajándome los pantalones, y sacándose un zapato y dándome de lo lindo en la parte de mi cuerpo que uso para sentarme, y para otros menesteres. Yo insistía en que sólo me había comido la costra del manjar. Y era verdad.

Una vez mi padre me envió a comprar papel de seda para las velas que fabricaba. Yo lo engañé en la cuenta quedándome con algunos pesos. Mi padre, que sabía muy bien el precio del papel, descubrió mi engaño y me dió una paliza mucho más formidable de la que jamás me diera mi madre. Diré, más en honor de mis padres que mía, que mis hábitos de rapiña fueron extinguidos en mi niñez. Después, la vida me ha enseñado que la honradez es una buena inversión, mejor que las acciones del Banco de Chile.

Nacemos ladrones. Esto debo dejarlo establecido tanto para explicar mi conducta, como para apreciar debidamente la historia de nuestro país, y la conducta del hombre en general. Esto de que heredamos nuestra honradez, que la llevamos en la sangre, es pura pamplina. Cuando Teresa Iturrigorriaga, la Chica del Crillón, deliciosa mujer del harem literario de Joaquín Edwards Bello, era una de las muchachas a quienes se les había asignado las calles centrales en una colecta para los tuberculosos, el Director de un Banco, solo con ella en su oficina, le puso un billete de cien pesos en la alcancía, "el que no alcanzó a pasar y quedó asomado". El billete parecía decirle, cuando ella hubo salido de la oficina bancaria: "cógeme, tonta, nadie te ve"; pero ella lo empujó para adentro. No cogió el billete, a pesar de que la asediaba la miseria, "porque era Iturrigorriaga". Pero no porque estuviera en la sangre de su familia el sentido de la honradez, sino porque estaba en la educación tradicional de su familia, en la educación y el ejemplo que ella había recibido desde su infancia. Si se hubiera criado con Salvatore Giuliano, el bandido siciliano, probablemente no sólo habría tomado el billete, sino que, con ayuda de su educador, Giuliano, habría dado cuenta del director del banco y de todo el dinero de sus cajas de fondo.

Que nacemos con la tendencia a tomar y conservar lo ajeno, lo puede comprobar usted con un simple experimento. Póngale su reloj en el oído a una criatura de unos pocos meses. Ella querrá tomar el reloj, que usted le entrega. La criatura no querrá devolvérsele cuando usted desee recuperarlo. Se resistirá tenazmente a la devolución, y aun llorará, si usted se lo quita. Nacemos con el instinto de apoderarnos de todo aquello que nos agrada. No entendemos de "tuyo y mio". La conciencia del derecho de propiedad es algo que se nos enseña. No nacemos con ella. Y muchos conservan el instinto del robo durante toda su vida, aunque lo ejercen en forma disimulada, a veces legalmente.

Mi sentido del pudor también me fué inculcado. La inculcadora fué mi madre, una de las mujeres más castas a quien yo haya conocido. Hablo de estos detalles íntimos de mi niñez y tendré que hablar más todavía, porque tienen mucha importancia en toda la historia de mi vida y explican aspectos también importantes en la interpretación de la historia de mi país y del mundo en general.

Mucho de lo que creemos hereditario en nuestra naturaleza, de lo que decimos que "lo llevamos en la sangre" es simplemente influencia ambiental, no ancestral. Aquello de que "la naturaleza humana no puede cambiar" es un aforismo que ha hecho y hace un daño inmenso a la humanidad. Es una gran mentira, un mito, con pasaporte de verdad, responsable de la perpetuación de regímenes sociales injustos y aun de guerras. Nacemos, por ejemplo, tan faltos de pudor como los demás seres del universo. Una criatura recién nacida obedece las órdenes hereditarias —los instintos— de respirar, chupar, digerir; pero no obedece órdenes de taparse con los pañales y las mantillas para no exhibir su cuerpo desnudo. El pudor es resultado de una larga educación, directa y refleja. Cuando Lady Godiva aceptó pasearse desnuda por las calles de Coventry, pidió a todos los moradores de la ciudad que se encerraran en sus casas y que no la miraran. No la miraron. El único indiscreto, Tomás el Mirón, fué unánimemente condenado, y lo ha sido durante una decena de siglos. Si yo, en mi temprana edad, me hubiera encontrado en Coventry en aquella ocasión, estoy seguro de que habría habido dos mirones.

Lo que, sí, es automático, y la sociedad se empeña en combatirlo, es el muy necesario instinto sexual, sin el cual no habría perpetuación de la especie. Acatamos, a este respecto, las restricciones que nos impone la sociedad; pero frecuentemente cualquier pretexto es bueno para violarlas. Recordemos a la pundonorosa muchacha aquella que escribía en el diario de su viaje, en un transatlántico: Primer día, el capitán del buque muestra interés por mí. Segundo

día, el capitán me invitó a almorzar. Tercer día, el capitán me pidió un beso. Cuarto día, el capitán me dijo que si no le daba un beso hundiría el buque con sus mil tripulantes y pasajeros. Quinto día, salvé el buque con sus mil tripulantes y pasajeros.

Cuenta con toda mi aprobación esa viajera que obró con sentido tan filantrópico. No sé qué pasó después del beso. Pero confesaré que cuenta también con mi aprobación la filosofía de aquel hombre que estaba de novio, y a quien sus amigos decidieron revelarle ciertos secretos íntimos y decirle que no se podía casar con su prometida porque hacía tiempo había perdido su virginidad. El novio no se inquietó, y les dijo muy filosóficamente:

—¡Para lo que me iba a durar virgen a mí!

La fidelidad conyugal no es un rasgo humano que se herede. Se adquiere por educación directa y refleja. En verdad, el hombre y todos los animales, con excepción de la paloma, tienen una tendencia hereditaria a la promiscuidad sexual. La legislación de casi todos los países del mundo condena la infidelidad. El código no escrito de la sociedad también la condena. Pero lo que condena es la infidelidad de la mujer. En cierta manera aplaude la del hombre.

No estoy totalmente de acuerdo con cierta legislación que imperaba en cierta parte de China hace algún tiempo. Allí, cuando una esposa cometía un primer acto de infidelidad, la ley multaba al seductor. Si volvía a ser infiel, la ley la multaba a ella. Si llegaba a ser infiel por tercera vez, la ley multaba al marido. ¡Por tonto! Todo eso es cuestión de costumbre y las hay muy raras; pero siempre con su explicación natural. He leído relaciones de viajes por países donde era costumbre que el recién casado entregara a su desposada a su mejor amigo, para la primera noche.

Sin embargo, la legislación chilena, que exonera de toda culpa al marido que mata a su mujer y a su amante, sorprendidos infraganti en acto de adulterio, me parece que no está destinada a favorecer la moralidad, sino la inmoralidad, porque, si es inmoral que una esposa le sea infiel a

su marido, mucho más inmoral es que el marido pueda impunemente asesinarla. Por otra parte, si el marido es cogido infraganti por su esposa en acto de adulterio, ésta no está facultada para matarlo.

*La educación sexual que se nos da en la niñez, haciendo tabú cuanto se refiere al sexo, perdura en mucho hasta la edad madura. Y, cuando nos libramos de esos tabús, siempre seguimos actuando hipócritamente al respecto. Un chiste acerca de cualquier tema, contra las suegras, contra los médicos, contra los abogados, contra los frailes, es aceptado universalmente; pero, si el chiste, por muy gracioso que sea, tiene que ver con asuntos sexuales, hay que contarlo en privado, y en ningún caso en una reunión mixta de mujeres y hombres. Mera hipocresía. Y si alguien quiere no ser hipócrita al respecto, se le va todo el mundo encima.

Recuerdo un incidente que no ocurrió temprano en mi vida, sino relativamente tarde, cuando yo era fabricante de velas de estearina, y puse un aviso en una revista, por complacer a quien me lo pedía. Era un hijo de Pablo de Rohka, que, en ausencia de su padre, a la sazón en jira por el extranjero, estaba a cargo de la publicación de su revista "Multitud". Cuando me llevó la cuenta, con un ejemplar de la revista, me llamó la atención que dos páginas enteras hubieran sido cubiertas de tinta negra, que borraba lo que se había impreso en ella. Pregunté a qué se debía esto, y el joven de Rohka me dijo lo siguiente:

—Publicamos en esas páginas un artículo de André Breton y Paul Eduard, llamado "El Amor". Ahí se describen artísticamente, y se les da su nombre simbólico, a treinta y dos posiciones del hombre y la mujer, al efectuar el acto sexual. Y, al ir a cobrar nuestros avisos, en la Corporación del Salitre, en los Ferrocarriles del Estado y demás, nos dijeron que no nos pagarían los avisos contratados, debido a que en ese mismo número de la revista se publicaba un artículo pornográfico. ¿Ha visto usted? Como no podíamos reimprimir la revista, ofrecimos borrar esas

páginas para que no se pudieran leer. Sin embargo, tuve que reservar ejemplares genuinos para el uso privado de los propios caballeros que se negaban a pagar los avisos.

Yo no pedí un ejemplar de los genuinos. Supongo que porque ya había pasado la edad de mis exploraciones sexuales. Pero le pregunté:

—Bueno, ¿no cree usted que eso es pornográfico?

—No más pornográfico —me contestó— que una descripción de las diversas maneras como se pueden preparar los huevos, pasados por agua, fritos, en tortilla, revueltos, escalfados, lo que, en realidad, ha merecido los honores de ponerse en versos. Se trata sólo de tontos prejuicios, —agregó con énfasis.

Hay mucha gente que pasa por sobre nuestros prejuicios. Vi a una mujer encantadora, quien, con enorme sorpresa mía, entró en una casa de mujeres alegres en la calle Cienfuegos. Yo había estado algunas veces antes en esas cooperativas del placer. Mi iniciación fué cuando era alumno interno del sexto año en el Instituto Nacional. Entonces no había Internado Barros Arana. El Rector era el Chonchón Espejo. Mis padres me habían traído de Talca porque mi hermano me encontraba muy desordenado, y él no me podía vigilar convenientemente. En el internado, mis compañeros de Curso habían descubierto que al frente, por el lado de la calle Alonso de Ovalle, había un misterioso boliche chino, donde tenían piezas que se arrendaban por hora. El boliche no tenía mujeres. Había que llevarlas de fuera, algo así como si usted va a un picnic y tiene que llevar la comida. Pero muchas profesionales revoloteaban alrededor del boliche, y era fácil contratarlas y coger una gonorrea. El propietario chino tenía dos tarifas: una más cara, con "talo"; y la otra más barata, sin "talo". "Con talo" quería decir que el chino hacía bulla, durante la ceremonia, golpeando un "tarro" de parafina con una cuchara para que no se oyeran en la calle los gritos de la mujer, engañada o voluntaria, cuando era primeriza.

Mis compañeros, que habían encontrado la manera

de escaparse de noche para frecuentar el boliche, me tentaron con sus descripciones lascivas. No diré quiénes eran estos compañeros, algunos de los cuales son personas conspicuas en el mundo social de hoy, y espero me agradezcan no dé sus nombres. Esto lo hago en agradecimiento porque a veces me prestaron dinero para que pagara mi pieza, siempre sin "talo".

La mujer a quien vi entrar en esa cooperativa de placeres de la calle Cienfuegos, era demasiado bonita para que yo no entrara tras de ella. Esta autobiografía es bastante franca y atrevida aún; pero no es lasciva ni pornográfica, y no he de relatar mis experiencias y reacciones en el cuarto de la mujer encantadora, a quien visité muchas veces. Diré tan sólo que ella era mucho menos tímida que yo. Y haré, además, una ligera referencia a un incidente que se sale por completo de lo común y corriente, y que muestra cómo hombres y mujeres de todas las profesiones y oficios se empeñan por ser como los demás.

La tercera o cuarta vez que estuve con ella —con la belleza de la calle Cienfuegos— noté algo raro en su maravilloso cuerpo. Su monte de Venus no tenía vello alguno. Era un erial. Su pubis era calvo, absolutamente como el de una mocosa que está lejos de la pubertad. Era la primera vez, y la única, en mi vida, que yo veía a una mujer madura con la apariencia de una chiquilla impúber. Al mostrar mi extrañeza, ella se sonrojó, como avergonzada. Pero ya había cobrado confianza conmigo, y sospechaba que sus compañeras me habían revelado su secreto.

—Pero ¿cómo? —le pregunté—. Antes no eras así.

—Cállate. Eso ¿qué te importa? —me dijo.

Pero yo insistí, y entre vacilaciones y frases cortadas me reveló el secreto. Para no distinguirse de las demás se ponía allí una peluca, que se pegaba a la piel con dextrina.

Fué grande mi decepción cuando una vez que fuí a visitarla ya no estaba allí. Y no sabían dónde podría encontrarla. Pasados muchos años, me encontré con esta

mujer en Valparaíso. Era la esposa de un acaudalado hombre de negocios, y gozaba de gran prestigio social. Su marido era un hombre libre de prejuicios.

Ella, no me reconoció, o se hizo la que no me conocía. Yo me quedaba mirándola, y me preguntaba si todavía usaría peluca.

Nada de raro en lo de su matrimonio. Por lo menos, nada de muy raro. Un distinguido santiaguino, eminente en verdad, está casado, y es muy feliz, con una mujer a quien conoció como prostituta en Punta Arenas.

Un centroamericano me contó esta historia verídica, que en su país es sabida por todos, pero que nunca se ha publicado. Yo no doy el nombre de la República, ni del Presidente, por la sencilla razón de que éste no es un libro de difamación. Me acuso de mis virtudes; pero no revelo las virtudes de los otros. Yo llamo virtudes a mucho de lo que otros llaman pecados. Para mí, el santiaguino que se casó con una ramera de Punta Arenas era un virtuoso. En esa República centroamericana, un caballero distinguido convirtió a una ramera en su querida, con quien vivió abiertamente. Después llegó él a ser Presidente de su país y se casó con su querida. La "sociedad" veía esto muy mal, y no perdía ocasión para desairar a la que había llegado a ser la Primera Dama del país. En una ocasión se presentó el Presidente con su esposa en el Teatro principal de la ciudad. Las señoras y señores de los otros palcos y de la platea principiaron a retirarse, en señal de protesta. Al ver esto, el Presidente se puso de pie en su palco y, dirigiéndose con voz entera a los que lo desairaban, les dijo que era cierto que él había hecho de una prostituta una señora; pero que ellos habían hecho prostitutas de sus señoras.

Sé de muchos casos en que prostitutas, variando su medio ambiente, se han transformado en grandes señoras. Podría decirse que el caso de Cristina, la prostituta que el gran pintor holandés, Vicente Van Gogh, encontró en una taberna de la Haya, hace excepción. Pero no hay tal

Van Gogh se llevó a Cristina a su casa, y le ofreció casarse con ella. Vivieron un tiempo muy felices. La prostituta se transformó en una espléndida y virtuosa mujer. ¿Por qué volvió a su vida anterior? Porque Van Gogh, en su extrema miseria, no le podía dar siquiera el pan de cada día, y ella tuvo que volver a ser prostituta para no morir de hambre. No era culpa de Van Gogh no poderla siquiera alimentar. El pintaba, y pintaba, y pintaba; pero nadie quería comprar ninguno de sus cuadros, que ahora están avaluados entre veinte y treinta millones de dólares.

No desprenda el lector de lo que antecede que las casas de prostitución han sido un segundo hogar para mí. Desde que me casé sólo he estado una sola vez en una de ellas. Y fuí allí, precisamente, porque se partía de la base de que ése sería el lugar donde nadie me iría a buscar. Fuí con mi esposa. O, más bien, mi esposa fué a verme allá.

Jamás he sido yo un político. Jamás he pertenecido a Partido alguno. Mis actividades políticas no han ido más allá de depositar mi voto en las urnas; y aun en esta actividad pasiva no he votado siempre por los candidatos de un Partido determinado. Para votar, no procedo nunca por elección, como lo hice para casarme, sino por eliminación. De todos los candidatos voy considerando primero los más malos y los echo a un lado. Después descarto a los que les siguen, quedándome al final con el menos malo.

En una ocasión, sin embargo, puse bastante empeño en hacer propaganda por un candidato presidencial que no resultó elegido, y que después fué acusado de haber pretendido dar un golpe de estado. El Gobierno, asustado, lo tomó preso, y persiguió a la mayor parte de sus partidarios, entre los cuales figuraba yo conspicuamente. Mis parientes y amigos me dijeron que debería esconderme porque de lo contrario sería apresado y acaso fondeado. Me ofrecieron muchas casas para que me ocultara en ellas. Pero ninguna parecía segura.

Hasta que alguien propuso esta idea, que todos enco-

traron luminosa: que me fuera a ocultar en una casa de prostitución. ¿A quién se le podría ocurrir irme a buscar allá? Tomé esto como broma, naturalmente, y me reí con los demás. Pero parientes y amigos, muy preocupados por mi seguridad, hablaban en serio. Insistieron, dando toda clase de argumentos. El plan ofrecía seguridad y unas vacaciones deliciosas. Creo que algunos de ellos envidiaban mi situación, y se extrañaban de que yo no aceptara entusiasmado el **week end** propuesto. Uno de mis amigos, el más firme partidario del plan, era amigo íntimo de la dueña de una casa de prostitución, y me ofrecía llevarme allá, informando a su amiga, la cabra, (él usó el aumentativo) del objeto de mi hospedaje. Total: acepté ir. Y fuí.

Esa casa de prostitución donde me fuí a hospedar ofrecía servicio mixto. Había allí una media docena de internas, no mal parecidas, y se podía encargar o llevar señoritas de fuera. El cuarto que se me dió era el departamento **de luxe** del erótico hotel, por supuesto, con su baño privado, y con todas las comodidades modernas.

Debo confesar, ingenuamente, que no solicité los servicios de ninguna interna, ni encargué que me llevaran bellezas de fuera. La dueña de casa, que era relativamente joven y hermosa, no se alquilaba por ningún precio. Tenía su amigo, que la consideraba propiedad exclusiva y que le enviaba numerosos regalos. Cuando yo estuve allí, le envió un cajón de aceitunas. Estaban deliciosas.

Era locuaz, de buen humor, y fué varias veces a mi pieza a charlar conmigo. Sus charlas, entre humo de cigarrillos, y espuma de cerveza, en lenguaje no muy refinado, y posiciones no muy decorosas de parte de ella, eran amenas e informativas. En la lista, bien nutrida, de mujeres que tenía para ofrecer, figuraban muchas que no eran prostitutas profesionales, pero que ejercían, sin embargo, la profesión ocasionalmente, para ayudarse en la despiadada batalla del alto costo de la vida. Quiso tentarme con algunas de ellas, haciéndome descripciones tentadoras, porque parecía saberse de memoria el cuerpo de cada una.

No me tentó. Le oí, sí, con interés, algunos incidentes que habían ocurrido en su casa.

Llegó allí una tarde un sujeto presentado por otro. La señora no recibía a nadie que no fuera presentado por un conocido de ella. Este nuevo cliente era un cincuentón. Después de ver a las internas, decidió que ninguna le agradaba, y le pidió a la dueña de casa que le llamara a alguien de fuera. Prefería a una mujer joven, no profesional. La señora le dijo que llamaría por teléfono a toda una señora, joven y hermosa, por cierto. Le advirtió que no era seguro que pudiera ir; pero que, si iba, él quedaría más que satisfecho. Eso sí, era cara, más de lo corriente, le dijo. El aceptó.

La solicitada estaba en casa. Contestó el llamado, diciendo que podía ir, que tomaría un taxi, y no tardaría en llegar. El nuevo cliente pidió un cock-tail, y esperó, pacientemente, como si en un restorán hubiera ordenado una comida, saboreando a priori su placer.

No estoy escribiendo una novela de misterio, y no pretendo dejar al lector en suspenso. Este ya debe saber lo que ocurrió. ¿Verdad? La mujer que llegó era la propia mujer del cincuentón.

—¡Imagínese Ud. la escena! —me dijo la señora que me hospedaba—. Yo estaba toda confundida. Creía que iba a haber aquí una de golpes y patadas, y que la recién llegada no iba a salir viva de mi casa. Pero, con un desplante que yo no habría esperado en ella, tomó inmediatamente la ofensiva, y principió a increpar a su marido, a acusarlo de traidor, de infiel, de venir aquí a engañarla con mujeres a quienes les pagaba con el dinero que debiera llevar para el puchero de la casa, donde su mujer y sus hijos pasaban hambre. Por un momento creí que el juego de ella era hacerle creer que había ido allí sólo para sorprenderlo. El lo creyó así, seguramente, porque, todo corrido, principió a dar excusas, a decir que ésa era la primera vez que lo hacía. Pero no; a ella no se le había ocurrido esa estratagema. Cuando él llegó a penetrarse

de la verdad, estaba tan confundido con su propia culpa, que apenas se atrevió a recriminarla, débilmente, porque ella cometía igual delito que él.

—No es lo mismo, —le dijo la esposa—. ¿Cómo crees tú que sostengo yo la casa? ¿Con lo que tú llevas?

Este incidente merece, por sí sólo, los honores de una novela, por lo menos de un cuento realista. Pero tengo que presentarlo aquí en apretada sinopsis. Diré, para terminar, que el marido tuvo que pedirle perdón a su esposa. Pero, a pesar de que la pieza —la pieza de lujo— estaba pagada, no la usaron.

La pareja jamás volvió allí. A lo mejor, la esposa ha seguido frecuentando casas de cita —con o sin permiso del marido— como un medio de completar un sueldo verdaderamente vital. A este respecto, debo decir que en una corta visita que hice a Buenos Aires, ya embarcado en mis negocios, y todavía soltero, me encontré en esa ciudad, en casas de placer, con bellísimas mujeres jóvenes alemanas, que me decían que estaban allí de paso, por una corta temporada, mientras sus novios terminaban sus carreras, para juntar dinero con qué montar sus casas, planeado esto de común acuerdo por parte de la pareja comprometida a casarse. Puede que éstas fueran mentiras de las hetairas para aparecer menos mercenarias.

¿Y cómo terminó mi estancia en la casa de prostitución donde fuí a buscar refugio? No me sorprendieron. Pero ocurrió algo novelesco. Un agente de Investigaciones, uno que, precisamente, estaba encargado de buscarme, llegó a la casa mientras yo estaba allí. Al divisarlo, por mi ventana, me asusté.

—No hay cuidado —me dijo la cabra—, es un cliente conocido. Le doy pieza gratis, porque hay que estar bien con la policía. —Detrás del agente entró una rubia exuberante. Desde mi cuarto, oí a la dueña de casa, que le decía al agente:

—No, su pieza está ocupada. Le daré la del lado.

Desde mi escondite, yo oía todos los ruidos propios

de estas escenas. Se me vino a la mente, sin yo quererlo, la descripción que los alumnos de don Diego Barros Arana, entre quienes me contaba en el Instituto Nacional, le atribuían a él, el hombre más serio, pulcro y recatado, como ejemplo de lenguaje sintético: "movimiento ridículo, sensación agradable, resultado asqueroso".

Pasados algunos días, se acabó la agitación política, y yo salí. Cuando el agente que no me pudo encontrar lea este libro, si es que lo lee, ha de agradecerme que no dé su nombre, que no lo supe de labios de la discreta dueña de casa, sino sólo con haber visto su cara. Todavía lo veo de cuando en cuando en la calle.

Se me viene aquí a la mente, y resulta oportuno decirlo, que mi mujer prepara todos los años grandes tortas para las prostitutas enfermas y desvalidas de Santiago. Bajo la dirección del Ejército de Salvación, se les sirve a estas mujeres, recluidas en un Hospital, una comida de Navidad, a preparar la cual contribuyen varias señoras. A la mía le toca hacer las tortas. Por cierto, yo no he asistido a ninguna de estas comidas, que son exclusivamente femeninas. Ni hay tampoco la posibilidad de que yo haya conocido, en circunstancias más alegres, a alguna de estas rameras, pues seguramente todas las que me dieron placer en los años de mi juventud ya deben haber muerto. No hay octogenarias en esta profesión. La historia de todas estas mujeres es tenebrosa, por lo que me cuenta mi mujer; pero como ésta no es la biografía de ellas, sino la mía, me abstengo de entrar en detalles.

Antes de abandonar este tema, no quiero, precisamente, hacer el panegírico de las prostitutas; pero, sí, quiero defenderlas de ataques injustos. Yo sé de muchos que han escogido su profesión, abogados, médicos, soldados, boxeadores, carniceros aún; pero no sé de ninguna mujer que deliberadamente haya escogido la profesión de prostituta, a pesar del ansía sexual que anima a todas las criaturas humanas. Todas han caído en la profesión como un ratón en una trampa. Las lleva allí el hambre.

Y, a pesar de su profesión, que lógicamente debe denigrar, conservan cierta nobleza, que muchas veces no tienen las señoritas de "la sociedad". Estas señoritas luchan por conseguir un marido, y no vacilan en "levantarle" el novio y aún el marido a una amiga. Vaya Ud. a una casa de prostitución, donde ha de escoger entre muchas. Cada una hará lo posible por conquistarlo a Ud. en lucha leal. Es el momento de "Au choix, mes dames". Pero una vez que Ud. ha mostrado a la que elige, las demás se retiran, dejando el campo a la vencedora, y rara vez una prostituta trata de quitarle su hombre a otra prostituta.

Siento, debo confesarlo, no sólo conmiseración sino también simpatía por las prostitutas. A ello contribuyó, temprano en mi vida, la lectura del cuento **Boule de Suif**, de Guy de Maupassant. No he olvidado nunca a Isabel Rouset, la prostituta gordiflona, que hacía, con condes y condesas, en una diligencia, el viaje de Rouen a Dieppe, mujer que tenía moralidad, corazón, y dulzura, muy por encima de los nobles que la explotaron y escarnecieron.

En nuestro país, la prostitución es una profesión, no sólo autorizada, sino legal, y reglamentada. La prostituta es una profesional, como el médico, o el abogado. Paga, o debe pagar, impuestos a la renta, de 6ª categoría. En otros países, como los Estados Unidos y la Unión Soviética, no se admite la existencia legal de la prostituta. Entre nosotros, sí, y cuando se ha hecho alguna campaña por suprimir la legalidad de esta profesión, los partidarios de que continúe han avanzado la argumentación de que las prostitutas son necesarias para defender la pureza de las jóvenes de "la sociedad". El hombre, asediado por sus imperativos sexuales, si tiene a la prostitución organizada como válvula de escape, no persigue con tanto insistencia a las jóvenes de "la sociedad". Por cierto, el desquite por esta injusticia viene cuando la prostituta contagia al joven, y éste infecciona a su esposa. Un profesor de la Escuela de Medicina —no voy a dar su nombre— decía a sus

alumnos que en Chile todos tenían sífilis, menos él y su esposa, y agregaba que no estaba muy seguro de que su esposa estuviera totalmente sana. Si la prostitución es una profesión legal, reglamentada, no veo por qué no forman las rameras sus sindicatos, por qué no exigen salario vital, y pensiones de jubilación, que las necesitan más que todos los otros profesionales.

Claro es que hay prostitutas para todos los bolsillos. Si el lector tiene la misma experiencia que yo, sabrá que la prostitución en Chile es una de las pocas mercaderías que no tienen que ser racionadas, como el café, la leche, el té, o el azúcar. Aunque recuerdo una ocasión en que no dejaron entrar en una casa de alegría a un señor porque la demanda era superior a la oferta. La anécdota se refiere al que fué profesor de literatura española de mi hermano, en el Instituto Pedagógico, don Enrique Nercaseaux y Morán. Llamando, muy tarde la noche, a la puerta de una casa de rameras, le preguntan del interior:

—¿Quién es?

—Nercaseaux y Morán —contesta el castizo profesor.

—No hay caso —le dicen de adentro— no queda más que una desocupada.

El tuvo que explicar que era una sola persona, con su apellido paterno y materno.

La prostitución no es algo que heredamos. Heredamos el instinto sexual, el ansia sexual, como el instinto del hambre. Pero es una calumnia a las prostitutas decir que llevan "en la sangre" el ser tales. Si así fuera, como casi todas las prostitutas son de las clases pobres, resultaría que la prostitución es un rasgo característico de clase. La verdad es que la miseria recluta el personal de los prostíbulos.

Acabo de decir que, cuando se ha hecho la campaña para suprimir la legalidad de la profesión de prostituta, se ha argumentado que son necesarias para defender la castidad de las señoritas de las altas clases sociales. ¡Las mujeres pobres deben enviciarse y prostituirse para defender la castidad de las mujeres ricas! Y que este modo de

pensar clasista lo tienen también personas de muy clara inteligencia, lo verá usted con una cita textual del Sr. Francisco Encina, tomada del Tomo III de su "Historia de Chile", escrita con arraigados prejuicios de clase y de raza. Explica el Sr. Encina que no había nada de inmoral para la época, en que los españoles, y criollos pudientes, tuvieran una, dos o diez concubinas, en los tiempos en que se inicia la vida colonial en Chile, y agrega: "Aunque parezca un contrasentido, en más de un aspecto, la poligamia y la barraganía contribuyeron a crear la alta moralidad de la familia chilena colonial. El varón, casi siempre apremiado para cumplir sus deberes sexuales, cesó de ser piedra de toque de la virtud de doncellas y casadas". ¡La manceba de la clase inferior, sirviendo de defensa de la virtud de la señorita de la clase rica!

Barraganas ayer, prostitutas hoy, tan infelices y desgraciadas hoy como ayer, escudos de la castidad aristocrática.

Es la sociedad, Ud. lector, como parte de ella, la responsable de que tantas mujeres vayan a desembocar a la profesión de prostitutas. Tal vez el libro que deja más en claro la responsabilidad social por la existencia de la prostitución es la novela de Tolstoy, que el lector seguramente ha leído, o ha visto desarrollada en la pantalla. Me refiero a "Resurrección", que es la historia de una muchacha, Katusha, a quien seduce, en casa de sus tías, el Príncipe Neckludoff, de los tiempos de los Zares. Las tías arrojan de su hogar a la muchacha embarazada, que no encuentra ocupación o amparo en parte alguna. Llega a dar, por fin, a una casa de prostitución, donde, pasado algún tiempo, se comete un crimen, del cual se la acusa, sin ser culpable. Al propio príncipe seductor le toca ser uno de los jueces que la condenan. Cuando descubre su error, y despierta su conciencia, se encarga de "resucitarla". Pero son pocas las prostitutas que tienen un resucitador. Yo no he resucitado a ninguna. Ni he

ayudado siquiera a mi mujer a hacer las tortas para sus comidas de Navidad.

Y, a propósito de Tolstoy y la prostitución, es oportuno recordar que cuando el gran novelista ruso dictó una charla contra la prostitución, un joven se le acercó, y le preguntó qué proponía él para reemplazar la prostitución. Tolstoy le contestó:

—Si usted tiene un dolor de cabeza, y un médico se lo quita ¿le pide usted algo para reemplazar su desaparecido dolor de cabeza?

Ocurre conmigo, a este respecto, lo que con un señor que estaba sentado en un tranvía, cuando entró una mujer con una criatura en sus brazos. Nadie se levantó para darle su asiento. Pero cuando la mujer estuvo a punto de irse al suelo, con los sacudones del desvencijado tranvía, uno de ellos se paró y le ofreció su asiento. El señor que observaba, le dijo:

—Al fin veo que hay un hombre decente en este tranvía. Estaba extrañado de ver a tantos hombres aquí, y de que ninguno se levantara para ofrecer su asiento a esa mujer.

Pero él no lo había ofrecido. Se conformaba con criticar. Como yo. Posiblemente como usted.

Al finalizar el lector este primer capítulo de mi vida debe de haberse dado ya cuenta cabal de que no sigo en esta biografía un plan rigurosamente cronológico ni tampoco me someto a un rígido encasillamiento ideológico. Este libro pudo haberse llamado "Auto-psico-análisis de un Tonto" porque la verdad es que, siguiendo los métodos psico-analíticos, me abstraigo, al hacer esta narración, y me dejo arrastrar por mis recuerdos conscientes y subconscientes, conservando en ellos sólo el orden espontáneo de la asociación de ideas en mi mente, esfera infinita de tiempo y espacio.

II

DESPIERTA MI CONCIENCIA DE CLASE

AHORA damos un salto hacia atrás en la historia de mis recuerdos. He apuntado algunas de mis experiencias cuando estudiaba sexto año de humanidades en el Instituto Nacional. El cuarto y quinto años los había estudiado, sin embargo, en el Liceo de Talca.

La razón de por qué, viviendo mis padres en Santiago, se me enviaba a estudiar a Talca tiene una explicación sencilla, como todo en mi vida. Mi hermano, ya diplomado profesor de castellano en el Instituto Pedagógico, fué nombrado profesor de su asignatura en el Liceo de Talca, del cual era Rector don Adolfo Tapia. Mi hermano no sólo se había diplomado, sino que se había casado también. Mis padres creyeron que, siendo yo un muchacho retrasado mentalmente, tonto, como mi padre me llamaba, teniendo siempre que repetir mis exámenes, sería conveniente que estudiara bajo la inmediata tuición de mi hermano, que era ya un pedagogo distinguido. Me sacaron, en consecuencia, del Colegio de Santo Domingo, donde era alumno interno, y me enviaron a la heráldica ciudad de Talca.

En esta aristocrática ciudad, mi hermano no encajaba en la sociedad como tampoco encajaba el Rector del Liceo, ni profesor alguno que no fuera talquino, de familia con abolengo, pues no hay —no había, por lo menos en esos ayeres— otra ciudad de Chile donde la "sociedad" fuera tan exclusiva. Los talquinos eran la gente más orgullosa del país. Se decía: Talca, París y Londres. Talca tenía, pues, que ser la ciudad donde despertara mi conciencia de clase.

Antes, yo no había sentido todavía el peso de esta diferencia. En Rengo, ya lo hemos visto, jugaba con el hijo de un inquilino y con la hija del patrón. No se nace con arrogancia o con humildad de clase. Estas se adquieren en la educación de "tabús" que vamos recibiendo en la vida.

Recuerdo que la palabra que produjo una impresión más honda en mi primera infancia, no fué "mama", ni "mamá"; "papa" ni "papá". Fué la palabra "no". No, No, No. A casi todo se me decía: ¡no! No había todavía Naciones Unidas que proclamaran los derechos del niño. Y, en consecuencia, se nos inculcaba, aun en el colegio, la idea de que como nacionalidad, éramos un pueblo inferior, descendientes de araucanos, raza de perezosos, ladrones, retrasados mentales, que había arrastrado hacia abajo a los españoles con quienes se cruzó. Se nos explicaba la diferencia entre los Estados Unidos, con su progreso, y la América española, con su atraso, dando razones étnicas. Allí habían ido pobladores de tipo superior, hombres que iban en busca de libertad para su pensamiento, que no se mezclaron con los aborígenes, es decir, que no ensuciaron su sangre. Y aquí había venido la hez de España, aventureros y bandidos, que, al mezclarse con las razas indígenas ensuciaron más todavía su sangre.

Pero en los colegios no se nos enseñaba con el mismo descaro la división que había entre las clases sociales en nuestro propio país. Se me inculcó, sistemáticamente, la idea de razas superiores y razas inferiores. Pero me faltaba comprender y palpar, en piel propia, que en cada raza, en

cada pueblo, y en mi país, en consecuencia, hay clases sociales, que unas se consideran hereditariamente superiores a las otras, a las cuales dominan. Esta falsedad, interesadamente presentada y fomentada, aun por hombres de la integridad moral del Sr. Francisco Encina, tiende a justificar la sumisión de la gran masa del pueblo, millones de tontos, a un grupo reducido de hombres pseudo superiores, que los explotan para su provecho personal, que se comen la pechuga del ave, y dejan el cogote para los infelices.

En mi camino de mi casa al Liceo de Talca, del cual yo era alumno externo, pasaba varias veces al día al frente de una casa muy lujosa —muy lujosa para Talca— en cuyos balcones veía con frecuencia a una muchacha apenas un año menor que yo. Trigueña, de luminosos ojos rasgados. Una belleza. Yo la miraba como se miraría a la Maja Vestida, de Goya, y, a veces, con mi imaginación indisciplinada, la veía como a su Maja Desnuda. Ella también me miraba, con sus ojos lánguidos. Creo que ahora no existen amores de simples miradas. Los enamorados de hoy están más ansiosos por tocar que por mirar. Los tiempos de que estoy hablando —más de medio siglo atrás— eran tiempos de romanticismo. Leíamos María, de Jorge Isaac, Felipe Derblay, que debía haberme enseñado algo acerca de conciencia de clase, y a Núñez de Arce y a Becker.

La manera cómo me ametrallaba con sus ojos la romántica chiquilla, me hacía comprender que yo no le era indiferente. Pero se trataba sólo de disparos de amor a larga distancia.

Esta niña de mis ojos era alumna de un colegio privado aristocrático, donde mi hermano mayor hacía clases de castellano. Yo vivía con ese hermano, que era un hombre serio, adusto, que me habría castigado, pegándome fuertes coscachos, si hubiera sospechado siquiera que yo miraba insistentemente a una de sus alumnas. Mi hermano era un profesor muy consciente, y llevaba siempre a casa los cuadernos de sus alumnas en los cuales ellas escribían sus

tareas de composición y de gramática. Sujeto y atributo —que ahora se llama predicado; complementos ordinarios— que ahora se llaman circunstanciales. La colegiala de quien yo estaba enamorado se llamaba Hortensia, y esto es todo lo que diré de ella, para caracterizarla, no sea que llegue a sus manos este libro y pueda ella acusarme de difamación. El nombre de ella, y muchos otros detalles de su persona los supe por una criada, Sofía, que fué mi confidente y la Celestina de Hortensia.

Cuando mi hermano, el profesor, no estaba en su escritorio, y los cuadernos reposaban sobre su mesa, yo miraba ansioso el de la bella Hortensia. Linda letra, aunque mala ortografía. Todavía recuerdo uno de sus errores: cordillera con y. Pero yo encontraba delicioso eso. Me gustaba más cordiyera que cordillera. Limpio el cuaderno, nítido, con un grueso forro de papel morado. Yo besaba esas hojas de tareas de composición y de gramática, como si fueran cartas de amor que ella me enviara con mi hermano.

¿Cartas? ¡Por qué no cartas? me pregunté de súbito, y con audacia, de la cual no me habría creído capaz, le escribí a Hortensia una declaración de amor, ardiente, y la puse entre la tapa y el forro morado del cuaderno de gramática. Mi hermano, inocentemente, iba a ser el cartero que llevara mi audaz declaración de amor. Salí a la puerta a ver a ese cartero malgré lui, con los cuadernos bajo el brazo, entre los cuales iba el que llevaba mi carta.

¡Con qué ansias esperaba yo! Poco después de una semana mi hermano volvió del colegio con los mismos cuadernos, con nuevas composiciones. En cuanto logré estar solo en el escritorio, tomé ansioso el cuaderno del forro morado. Me parecía un pecado el que estaba cometiendo al quitarle el forro al cuaderno; me parecía como si le estuviera sacando el vestido a Hortensia, como si la estuviera desnudando. ¿Qué encontré? Mi propia carta. Después de todo, era natural que así fuera. No era que ella me la devolviera. ¿Por qué habría de sacarle el forro a su cuaderno?

¿Y cómo decirle que sacara ese forro, para que viera mi carta? Yo no hablaba con ella. No tenía siquiera oportunidad de hablar con ella. Pero, ahí estaba Sofía, la "sirvienta de mano", quien, con las debidas reservas, era mi confidente, a la vez que lo era de su ama. Me atreví a pedirle.

—Dígale a Hortensia que, cuando esté sola, le saque el forro a su cuaderno de castellano.

—¿Que le saque el forro? —me preguntó sorprendida.

—Sí, nada más.

Y después ocurrió lo milagroso. Hortensia había sacado mi carta de su escondite, y había puesto allí su contestación. Amorosa. Mantuvimos así correspondencia durante algunos meses, siendo mi propio hermano el puntual cartero gratuito. (1).

Sin embargo, nunca nos hablábamos. No teníamos ni ocasión, ni valor para hacerlo. Estos fueron los amores más silenciosos de toda mi vida, como el cine, antes de que aprendiera a hablar. Fué un amor, exclusivamente por correspondencia, como esos Cursos por Correo que recién inventaba Mr. Foster, en Scranton, Pa. Todo el diálogo que tuve con ella, y que nunca lo he olvidado, fué éste:

Yo.— ¡Yo se la llevo, Hortensia!

Ella.— ¡Oh, no!

Dijo que no con sus labios, pero con toda su alma quería decir "sí". Fué de esta manera. Iba ella saliendo de la Plaza por la calle Una Oriente. Era una tarde de un viento inusitado en la plana, achatada ciudad de Talca. Hortensia iba con un paquete elegantemente forrado en papel celeste. Yo no podía imaginar qué contenía el paquete. Tenía algo así como la forma de una sartén, pero demasiado gruesa. Caminaba yo paralelamente con ella, por la acera del frente. Hortensia luchaba con el viento para que no

(1) Más tarde, esta incidencia le sirvió al autor de argumento para uno de sus cuentos, que se ha publicado en revistas y en libro. "Más" se llama el cuento.

alzara su falda —no he olvidado sus piernas— y apenas podía sujetar el paquete. El viento era como una tempestad enfurecida contra los barcos en el mar. De repente ¡zas!, así como arranca una vela del buque, arrancó de un tirón el papel celeste, y lo echó al aire, como si fuera un disco volante, de ésos que asustaron después a todo el mundo.

¿Qué quedó en las manos de la elegante, de la aristocrática, de la primorosa Hortensia? Adivine. ¡Una chata! Chata se llamaba, y creo que todavía se llama, a una bacínica que usan los enfermos, para "hacer sus necesidades" en la cama, tendidos. ¡Cómo quedó Hortensia de confundida! Eso no era como llevar un ramo de flores. Todos los transeuntes la miraban, y se reían. Yo acudí en su ayuda, diciéndole:

—Yo se la llevo, Hortensia. —Ella, roja como camarón cocido, me dijo que no; pero me la pasó. Y yo seguí caminando por la acera del frente, llevándole la chata. ¡Es curioso considerar qué cosas recuerda uno de sus primeros años! Estoy seguro de que he olvidado otras cosas mucho más importantes. Y hasta ahora, cada vez que en una botica veo una chata, me acuerdo de Hortensia.

La única otra vez que intenté hablarle, me hizo un gran desaire. Simplemente me dió la espalda.

En aquellos entonces —supongo que también ahora— había bazares de caridad en Talca, lo que ahora se llama Kermesse, en los que las chicas de la aristocracia talquina eran vendedoras de refrescos, de flores, de muñecas, de boletos de rifa, de caramelos. Era Hortensia una de las más atractivas y aristocráticas de las vendedoras de los bazares, auspiciados por la Iglesia. Y una vez, cuando yo llegué ante ella, con los pocos pesos que me costaba conseguir en mi casa, ella súbitamente se negó aun atenderme como simple comprador de un boleto para una rifa.

¿Qué había pasado? ¿Por qué este cambio brusco de Hortensia? ¿La había yo ofendido en alguna forma? Le escribí la carta más apasionada que jamás haya escrito en mi vida. Esperé ansioso a ver qué me decía. Esperaba a

mi hermano en la puerta para ver si traía los cuadernos. Pero mi propia carta volvió sin respuesta, sin una sola palabra de explicación. Escribí otras. Todo inútil. Y, cuando pasaba al frente de su casa, estando Hortensia en el balcón, al divisarme, se iba para el interior.

La única persona que podía explicarme todo esto era Sofía, la criada de Hortensia. Y me lo explicó, sin parsimonia, sin consideración alguna para mi dignidad herida. Su madre, que llegó a imponerse de nuestra correspondencia porque le sorprendió una carta mía, le prohibió terminantemente que volviera a tener relación alguna conmigo. Le prohibió mirarme aún. Le hizo ver que yo era "un roto", y que ella no podía mancharse mirándome siquiera. Habían leído mi carta en voz alta, en el comedor, y se habían burlado de mí en la forma más despiadada e insultante.

—Pero, Hortensia, ¿qué dice Hortensia? A mí no me importa lo que piense la madre, si Hortensia me quiere. —le dije yo a Sofía.

—La señorita Hortensia —me respondió la muchacha— piensa ahora lo mismo que su madre. Ayer no más me dijo: "Dígale a ese roto que no me mire más".

Fué tal mi desconcierto, fué tal mi pena, que llegué a pensar en suicidarme. Pero no lo hice, como lo demuestro con el hecho de estar escribiendo esta autobiografía. Cada vez que, por algún motivo u otro, he querido suicidarme, he sentido un profundo respeto por la vida humana en general, y por la mía en particular. Otros podrán decir, acaso con razón, que no se ha tratado de respeto a la vida, sino de miedo a la muerte. Del fin de mi vida hablo al final de este libro. Pero he de referirme aquí, porque se me vienen a la memoria, mis experiencias infantiles con la muerte.

Hasta entonces yo no había visto morir a nadie. Cuando fusilaron a un joven de la aristocracia talquina porque había asesinado a su padre, crimen que tuvo repercusión nacional, el Inspector de Prisiones —todavía recuerdo su nombre, Germán Munita— que fué de Santiago a Talca a tomar medidas para que no ser testigo del fusilamiento, y a tomar medidas para que no

hubiera resurrección, se alojó en casa de mi hermano, de quien era amigo desde los tiempos escolares. También recuerdo el nombre del reo ajusticiado que asesinó a su padre. Pero ¿para qué perpetuarlo en esta autobiografía? Hasta lo último sostuvo él que era inocente; pero parece que no lo era, pues su abogado, Malaquías Concha, diputado entonces, encontró que la única manera de llegar a salvar su vida, era que se dictara una ley que prohibiera en Chile la pena de muerte. Se trató de hacer esto, pero no se consiguió, y el fusilamiento se llevó a su inexorable realización.

El Sr. Munita me ofreció dejarme entrar en la Penitenciaría para presenciar el fusilamiento; pero mi hermano no me dejó ir, de lo que me alegré, pues yo sentía miedo a la muerte, muy en especial a esta clase de muerte. Recuerdo también —esto es incidental, pero es interesante— que llegó de Santiago la mañana del fusilamiento, y fué a tomar desayuno a nuestra casa un joven corresponsal que enviaba La Ley para que describiera los últimos momentos del reo que iba a ser fusilado. Este corresponsal firmaba A. de Gery, y su nombre verdadero, que lo ha hecho famoso en las letras y la diplomacia, es Emilio Rodríguez Mendoza. Pero llegó tarde A. de Gery a Talca. Llegó como las vírgenes tontas, cuando el fusilamiento ya había tenido lugar. Germán Munita le quiso dar detalles para que escribiera su crónica descriptiva.

—No necesito detalles, —le dijo A. de Gery—. Escribí mi crónica en el tren y la puse ya en el correo. Hice una detallada descripción del fusilamiento.

—¿Antes de que ocurriera?

—Claro. ¿Qué gracia habría en escribirlo después?

Siempre que leo reminiscencias históricas de Emilio Rodríguez Mendoza, acerca de Balmaceda y otros, me he preguntado cuántos de esos recuerdos los habrá escrito antes de que ocurrieran los acontecimientos que recuerda.

A pesar de que mi hermano no me dejó ir a ver morir al asesino aristócrata, me tuvo muerto a mí durante unos diez minutos. Me tuvo muerto para que él, y otro amigo

un abogado talquino, simplemente me vieran muerto, para sentir la reacción espiritual de que yo estaba muerto.

Esto parece fantástico, pero es real. Este joven abogado, que tomaba sus comidas en nuestra casa, debido a que sufría de una colitis crónica, y había que prepararle dieta especial, principalmente de papas, estaba enamorado de una joven talquina cuyo padre era un comerciante rico, pero no parte de "la sociedad" de Talca, como tampoco lo era el abogado, que no sólo estaba enamorado, sino que era ya novio de la muchacha. Novio con argollas cambiadas.

Esta muchacha tenía una hermanita, que cayó enferma y llegó a estar tan grave que el doctor esperaba su muerte de un día para otro. En realidad, la chica había llegado al estado agónico. El abogado, que quería mostrar su devoción por su novia y su familia, sabiendo que a última hora no habría tiempo de hacer nada que fuera excepcional, había encargado a Santiago una corona de flores artificiales, que era toda una obra de arte.

Cuando llegó la corona, yo mismo fui enviado a la estación a recibirla. Ayudé a abrir el cajón, y aunque encontré la corona preciosa, me sentía feliz de que no fuera para mí. La niñita ya estaba en el último período de su condición agónica. Como a las diez de la noche volvía el abogado de la casa de la novia a la nuestra, con aire compungido.

—¿Murió? —le preguntó mi hermano.

—La dejé agonizando. Ya debe estar muerta. Me vine apurado porque creo que debo escribir una despedida, un In Memoriam, que aparezca mañana en el diario. Y como tú eres profesor de castellano, me vas a ayudar a escribir. A mí no se me ocurre nada.

Mi hermano le dijo que tampoco se le ocurría nada a él, echando una mirada a su nutrida biblioteca, sin recordar de ningún libro que le pudiera ayudar.

—Tú, que las has visto en su cama muriendo, debes tener alguna inspiración, —le dijo.

—No, no la he visto. No he entrado siquiera en su dormitorio.

Se dió de súbito el abogado un golpe en la frente, y dijo que se le ocurría una gran idea.

—Colguemos la corona aquí en la pared —dijo— y nos sentamos al frente a escribir. —Así podemos acondicionar nuestras mentes.

Colgaron la corona, muy cerca del diploma de profesor de mi hermano. Pero no les salía nada satisfactorio a ese abogado y a ese profesor de la lengua española.

El abogado sugirió que apagaran el gas —nada de electricidad en esos tiempos— y que encendieran velas. Puestas al lado de la corona harían más realista la escena.

La pieza aquella, pequeña, era el escritorio de mi hermano, lleno de anaqueles, con toda la literatura clásica española en ellos, con más de cinco ediciones diferentes de El Quijote. Allí estaban Pérez Galdós, la Pardo Bazán, Pereda, Echegaray, Valera, Campoamor, Larra, y tantos otros. Pero ninguno de ellos había escrito oraciones fúnebres que pudieran servir de modelo o inspiración. Sobre la mesa estaban los cuadernos de los alumnos, al lado de un Diccionario de la Real Academia Española, que limpia, pule y da esplendor. Allí estaba lo que para mí valía más que toda la literatura española, el cuaderno de composiciones de Hortensia, con sus deliciosas faltas de ortografía. Cordiyera. Todo muy ordenado.

Estábamos allí sólo el profesor de la lengua española, el abogado, y yo, que hacía las veces de una especie de monaguillo en esta capilla fúnebre improvisada. Seis velas, puestas en sillas, al pie de la corona, daban a la sala tenebrosa iluminación. Todo sugería el espanto de la muerte. Pero la inspiración no llegaba.

Cada uno de los dos escribía por su cuenta, y leía en voz alta, no muy alta, lo que había escrito, en cuanto terminaba una sentencia.

"La desgarradora desesperación de la madre estalla-

ba en sollozos adoloridos. Su resignación de devota madre católica, "bla, bla, bla"... seguía una palabrería hueca. Este era aborto del abogado.

Yo me atreví a decir:

—Pero ¿cómo puede la madre estar desesperada y resignada al mismo tiempo?

El abogado me miró sorprendido, y dijo, dirigiéndose a mi hermano:

—Parece que he escrito un disparate.

Mi hermano, que creía que un abogado no puede nunca haber escrito un disparate, exclamó:

—No, hombre, no; eso está muy bien. ¿Qué sabe de esto este muchacho, cuando nunca ha tenido ni se le ha muerto un hijo?

Quedó resuelto que yo no entendía nada de eso, porque no había tenido hijos. Pero la inspiración no les llegaba, ni al profesor, ni al abogado. Lo que, sí, le llegó a éste, sin embargo, en serie lógica, y comprendiendo que había que tener un hijo muerto para sentir las necesarias emociones, fué una idea macabra, y dándose con la mano un golpe en la frente, exclamó:

—¡Necesitamos un muerto! —Y me miró a mí—. ¡No puede haber un velorio sin un muerto! —Hablaba ya como un hombre inspirado, como un poseído.

—Necesitamos un muerto, —repitió, y clavándome los ojos, agregó:— Y tú vas a ser el muerto.

Yo principié a temblar. ¿Es que ese abogado me quería realmente matar? Quise huír. Pero mi victimario me sujetó.

La verdad es que no me quería matar. Sin hablar ya, colocó las tres sillas que tenían las velas —las antiguas sillas vienesas de junco— una a continuación de la otra, al pie de la corona, y me ordenó que me tendiera en ellas. Y que me estuviera quieto, como un muerto.

Yo entré en el espíritu de la macabra comedia, me tendí y me quedé tieso. En realidad, hice mi papel tan bien que me sentí como si realmente estuviera muerto. No sé si esta colaboración mía contribuyó a que saliera el In Me-

moriam a satisfacción de sus dos creadores, que se sentían orgullosos de su pieza fúnebre.

Esta escena ha quedado para siempre viva en mis recuerdos, con todos sus detalles. Hice mi papel tan a conciencia, que me habría imaginado muerto si es que fuera humanamente posible que uno se imagine muerto. Todo lo puede imaginar uno: que está en el cielo, que está en el infierno, que se ha sacado el gordo de la lotería, que se ha tragado la cordillera, todo, hasta lo más absurdo; pero uno no puede imaginar que está muerto, pues para poderse imaginar uno que está muerto, tiene que sentirse vivo, ya que los muertos no pueden imaginar nada.

El abogado se fué con el manuscrito a casa de su novia, para asegurarse de que la niñita ya estaba muerta, y llevar su poema fúnebre al diario.

Pero la chica no murió esa noche. Y al día siguiente amaneció mejor. Y después mejor, hasta recuperar totalmente su salud de antes. El In Memoriam había sido escrito inútilmente. Y la corona —se consideró una lástima destruirla— fué guardada en la despensa, al lado de conservas de tomates y dulce de membrillo, hasta que finalmente, porque a mi cuñada no le agradaba ese recuerdo, la fué echando, a pedazos, un lirio hoy, una azucena mañana, en el cajón de la basura.

Con todos estos antecedentes que tenía yo acerca de la muerte, decidí —como he dicho— no suicidarme, a pesar de mi pena, por haber perdido el amor de Hortensia.

No tardé, sin embargo, mucho en curarme de mi melancolía. El remedio lo tenía a mano: Sofía, la criada de la orgullosa que me despreciaba. A falta de tortas bueno es el pan. Pero como yo era burgués, y ella era proletaria, otras dos clases sociales distintas, no se me pasó por la mente siquiera que Sofía pudiera llegar a ser mi esposa, como habría querido que Hortensia lo fuera. Pero ella me permitió lo que Hortensia jamás me habría permitido.

¿Cómo ocurrió esto? No lo conté en la primera edición

de este libro, porque temía que Hortensia pudiera leerlo, y no quería que se impusiera de lo que Sofía había hecho en su casa. Pero a poco de aparecer la primera edición de esta Autobiografía, he leído en la vida social de los diarios que Hortensia ha muerto, y ya este incidente es historia, no murmuración. En cuanto a Sofía, no sé si viva o no. Su nombre no es de los que aparecen en la prensa. Mi conquista de esta muchacha no fué repentina. A pesar de mi superioridad social sobre ella, no fué cosa de extender la mano y coger la fruta madura. Hablaba con ella, cuando podía salir, en las noches, en la Alameda, yendo hasta el final, casi a las márgenes del Claro. No era ella hermosa, como Hortensia; pero era fresca y tentadora. No era un **Ersatz** —substituto— despreciable. Era sencilla, de un caserío de la provincia de Talca, Ñipe, perdido en la cordillera. No me costó demasiado convencerla de que yo estaba enamorado de ella, no de Hortensia. Antes de dos semanas se dejó besar, y manosear. Las sombras de la noche y lo solitario de la Alameda, nos protegían.

Todo mi empeño era encontrar dónde darle rienda suelta a nuestra pasión. Más que mi diligencia o mi iniciativa, la suerte me favoreció. La suerte de los tontos. La familia de Hortensia se vino a pasar un par de semanas en Santiago, a asistir a la Opera, dejando la casa al cuidado de una vieja servidora, y de Sofía. Y esta vieja servidora le preguntó a Sofía si no tenía miedo de quedarse sola una noche, porque ella quería ir a ver a su familia, en San Javier. Sofía le dijo que no tenía miedo, y me lo contó a mí.

—¿Vas a estar sola toda la noche en la casa? —le pregunté.

—Sola.

—¿Y yo te puedo ir a ver?

—Sí.

Faltaban algunos días para que eso ocurriera. Y podrá suponerse con qué ansias yo contaba las horas, que mañosas, demoraban en pasar.

Relato estos detalles porque muestran no sólo el ansia de amor de una mujer de la clase baja, sino también —como se verá— su idealismo.

Cuando, a eso de las diez de la noche, Sofía había dejado, para mí, la puerta de calle entreabierta, y, sigilosamente, entré, quedé deslumbrado, atónito. Me creí Aladino, en un palacio encantado. Me llevaba de la mano hacia adentro una primorosa muchacha en traje de novia, de seda blanca, con profusión de encajes y azahares. Sin decir una palabra, me condujo hasta el suntuoso dormitorio, que, según supe pronto, era el de Hortensia.

Yo no podía salir de mi asombro. ¿Es que Sofía era la Cenicienta, y una hada la había transformado, con su varilla mágica? Le miré los zapatos, para ver si eran chinelas de cristal. ¿Estaba yo soñando? Sofía estaba bellísima, muy aderezada, con perfumes embriagadores. Pronto me di cuenta de que el vestido, con su larga cola, le quedaba ancho para su cuerpo. El alcanfor luchaba con los perfumes.

—¿Y esto? —le pregunté.

—Es nuestra luna de miel, —me dijo.

—¿Y ese vestido?

—Es el de la mamá de la Srta. Hortensia, cuando se casó. Lo han tenido siempre guardado en un baúl. Siempre me ha gustado mucho, y siempre he querido ponérmelo. Aproveché ahora la ocasión.

No sigo en la descripción de lo que ocurrió allí. Para algo debe servir la imaginación del lector. ¡Pobrecita Sofía! Yo no sé si, en su sencillez, estaba enamorada de mí o del vestido. No sé si la empujaba el materialismo de la carne, o el idealismo de los sueños.

En todo caso, el desaire que me hizo Hortensia por consideraciones sociales, por prejuicios de clase, dejó una honda impresión en mi espíritu. Mi educación directa, mi educación refleja, me han enseñado a admirar la democracia, y despreciar la autocracia, la tiranía, la dictadura

Pero ¿qué es democracia, que literalmente quiere decir el gobierno del pueblo? Se habla de la democracia de Atenas de los tiempos de Pericles. Pero la verdad es que había entonces allí cinco esclavos por cada hombre libre. ¿Podía ser ésa democracia, cuando los amos tenían hasta derecho para vender y matar a sus esclavos?

La división de la sociedad en clases es admitida, y aun aplaudida por las clases directoras. ¿No se repudian los matrimonios morganáticos? Para casarse el Rey Eduardo VIII de Inglaterra con la burguesa norteamericana, Wallis Simpson ¿no tuvo que renunciar a la corona y cedérsela a su hermano Jorge VI?

Los defensores de la división de la sociedad en clases avanzan aún argumentos biológicos. Se trata, dicen, de una selección a través de las edades, en la raza humana, como los ganaderos hacen selección en su ganado, reproduciendo sólo a los ejemplares de limpio pedigree. Nuestro poeta Diego Dublé Urrutia, es, entre nosotros, un defensor de esta tesis, y ha escrito todo un libro para mostrar el abolengo de su apellido.

El libro del Sr. Dublé Urrutia —quien fué uno de los alumnos de mis tiempos en el Instituto Nacional, y a quien le tuve y le tengo gran aprecio— se llama "Memoria Genealógica de la Familia Dublé". Nos lleva, en él, a estudiar la rama chilena de la familia Dublé, desde el año 1806, en que don Francisco Dublet y Fernández contrae matrimonio, en Valparaíso, con doña Mónica de Astorga y Abalos, y sigue su descendencia durante cinco generaciones, con una pléyade de hombres distinguidos, hasta llegar a él. Pero el Sr. Dublé no sólo estudia la trayectoria de su familia en Chile, sino que nos lleva mil años atrás, al siglo XI, en que "figuraba con relieve de caudillo un caballero y señor feudal de ese apellido, cuya elevada situación permite presumir antecedentes en la jerarquía feudal, suficientes para hacer remontar todavía, acaso dos siglos, la antigüedad histórica de la estirpe".

Y no se crea que el poeta Dublé Urrutia es el único

chileno que ha escrito, o ha hecho escribir, la genealogía de su familia. Son muchos los que han hecho igual. Existe aún en nuestro país una sociedad de genealogía. Como ya no hay en Chile títulos de nobleza, se reemplazan éstos por los árboles genealógicos, con su cortejo de hombres distinguidos. Yo, el autor de esta autobiografía, he inquirido en el pasado de mi familia, y he podido comprobar que no ha habido nadie en ella que se haya distinguido en forma alguna. Sé, sí, que mi familia es muy antigua, tan antigua que en mi árbol genealógico, si se le observa bien hacia atrás, se reconocerán figuras antropoides.

Un editorialista de "El Mercurio", Rafael Maluenda publicó en la primera página magazine del decano de la prensa chilena un cuento que pretende demostrar la misma tesis del Sr. Dublé Urrutia. El cuento se llama "Bastardo". Es la historia de Lissette, una perrita aristocrática, y de Moncho, su hijo bastardo.

El General, amo de Lissette, sentía adoración por ella. "Lissette daba la impresión de haber nacido para el ocio y la elegancia. Su ingénita delicadeza, la gracia natural de sus actitudes, la dulce suavidad de sus ojos inteligentes y comprensivos, la pulcritud de sus maneras, acusaban en forma inequívoca la limpia ascendencia aristocrática, provocando admiración y simpatía. Hasta para ladrar ponía de relieve el innato señorío de su estirpe". "La blasonada Lissette venía directamente del boulevard Saint Germain".

El General le toleraba todo, menos darle siquiera la posibilidad de que "llegara a cruzarse con un perro que no fuera de raza, y comprobado árbol genealógico". Pero, a pesar de todas las precauciones, apareció frente a la mansión de Lissette "un quiltro sucio y pringoso, que le hacía la corte a la perrita, pero sólo a distancia, como yo, el quiltro en este caso, a la aristocrática Hortensia. "Por orden del General, su asistente lo ahuyentó, apedreándolo. Pero al día siguiente se le vió de nuevo, alerta y paciente". Y le ocurrió a Lissette, con su quiltro, lo que no le ocurrió a Hortensia con el suyo. Los pecados de la aristocrática perri-

ta salieron a luz en forma de "tres cachorrillos regordetes, de ojos fruncidos". El General dispuso que todos fueran sacrificados. Pero accedió a dejar vivo a uno para que Lissette "no se dañara con una maternidad trunca".

"El cachorro, ¡cosa más rara! parecía de raza". El General declaró que no era feo, que parecía de raza. "En las razas selectas —dijo— la madre se impone..." "Con el tiempo, Moncho afirmó las excelencias físicas de la estirpe maternal. Pero en el carácter y el instinto ¡cuánta diferencia!".

"Mientras su madre" se apelotonaba sobre su edredón, al lado de la chimenea, en el salón, Moncho se aderezaba a la cocina, buscando el calor oliente a cebolla y a fritanga". En el huerto buscaba de preferencia "los sitios en que podía hundir hocico y patas en el barro".

Una tarde pasó frente a la casa señorial de Moncho "una traílla de perros de diversa catadura, trotando cansinos detrás de una perra. El can (Moncho) husmeó el aire, y acto continuo, corrió desalado, buscando en la reja el punto que le franqueaba la salida, y a largo galope, fué a unirse a la leva aulladora que perseguía a la hembra. Y ya no volvió nunca más".

Yo no sé si el Sr. Maluenda puede escribir un libro como el Sr. Dublé Urrutia, para exhibir su pedigree. Es posible que se encuentre en el caso de Moncho, y, si su tesis es cierta, cualquier día puede salirse corriendo por las puertas de la mansión señorial de "El Mercurio", tras alguna hembra desaliñada, y "no vuelve nunca más".

Pero, afortunadamente, para el Sr. Maluenda, y para mí, quiltros humanos bastardos, que no podemos vanagloriarnos del "señorío de nuestra estirpe", que no tenemos "inequívoca y limpia ascendencia aristocrática" que no "venimos directamente del boulevard Saint Germain", la filosofía del primer columnista y Director de "El Mercurio", es falsa de toda falsedad. No es cierta ni en los perros ni en los hombres.

Aun en Inglaterra, donde se ha dicho que para hacer

un gentleman hay que principiar cinco generaciones antes. Bernard Shaw, en su Pigmalión, transformó en poco tiempo a Eliza Doolittle, la ordinaria, grosera, ultra plebeya vendedora callejera de flores, en una lady que fué la admiración de Londres.

No pretendo, naturalmente, negar el significado determinista de la herencia de la cual me voy a ocupar en otro capítulo de mi vida. No pretendo que una perdiz pueda dar a luz un elefante, o que una elefante pueda parir una catedral gótica. Pero, sí, sostengo que los perros son una especie en la escala animal, y que el hombre constituye otra especie. Los individuos que nacen de estas especies tienen las más variadas posibilidades de la especie. Un perro bastardo puede ser educado para superar con mucho a un perro del "más limpio pedigree" que no ha sido educado, y un hombre del proletariado —la historia está repleta de ellos— puede superar a reyes degenerados e imbéciles. Una negra africana, de padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos africanos, todos negros como el carbón, que fué llevada como esclava a Boston y educada allí y en Europa, Phyllis Wheatley, fué la primera poetisa laureada de Boston, cuyos poemas están todavía en los libros de lectura de esa Atenas norteamericana.

Sobre esto podría extenderme hasta llenar varias veces las páginas de este libro; pero éste no es un tratado de etnología, sino la autobiografía de un tonto, lo suficientemente fatuo y pedante para atreverse a contradecir al primer columnista del más viejo y sensato diario de Chile.

Lo que ocurre, a mi modo de ver, es que hemos dividido, principalmente por razones económicas, a la sociedad humana en clases. La reyecía es una clase de por sí. Los reyes y príncipes *deben casarse sólo* dentro de las familias reales. La aristocracia, aunque los títulos hayan sido adquiridos con dinero malamente ganado, desdeña a la burguesía. La aristocracia de las democracias, donde no hay títulos nobiliarios, también, como fuí yo desdeñado por Hortensia, la talquina aristocrática. Y la burguesía

desdeña al proletariado, y abusa de él, como abusé yo de Sofía, la talquina proletaria.

En nuestro país, aun el Estado reconoce y fomenta esta división de clases. La enseñanza primaria se da en escuelas públicas para el proletariado, y en las preparatorias de los Liceos de enseñanza secundaria para la burguesía. La aristocracia se educa, principalmente, en colegios religiosos. Aun el Instituto Nacional está departamentalizado para las diferentes clases sociales. El Externado es para los proletarios; el Internado (Barros Arana) para la burguesía. El Medio-Pupilaje es para la aristocracia.

Esto nos viene de muy atrás, no por herencia, no por instinto traspasado a través de las generaciones, sino por educación tradicional. El Sr. Encina, en su Historia de Chile, citando a Zapiola, dice que "la escuela del siglo XVIII estaba dividida en dos secciones, no por el grado de adelantamiento, ni por la clase de estudios, sino por la categoría social a que pertenecía el niño". A los de alta categoría, había que tratarlos de "don", por otra parte. Naturalmente, niños negros no se admitían en las escuelas. El mismo Sr. Encina nos cuenta que en 1773 don Pedro Vidal Tineo se presentó a la presidencia, "quejándose de que se corría en público, que él era, o había sido mecánico; y que, como esta imputación redundaba en contra de su honor y buena fama, pedía se le recibiera una información de testigos, para acreditar su falsedad".

El bien versado estilista, colaborador de "El Mercurio", Sr. Raúl Silva Castro, pasando revista a un estudio sobre la clase media en Chile, del Sr. Julio Vega, publicado por la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana, cita el caso del matrimonio del Sr. José Diego Portales Palazuelos con doña María del Carmen Silva y Herrera, cuya familia, ya en 1802, había probado limpia ascendencia, mediante una información sumaria de testigos. Don José Santiago, padre del novio, se opuso al matrimonio de su hijo, a pesar de la "limpieza de sangre"

de la Srta. Carmen, simplemente porque la sangre del novio era más limpia que la de la novia. Argumentó que pedía para el matrimonio de su hijo "cierta igualdad de nacimiento, a la cual atribuía, como consecuencia, la igualdad de educación, y, de consiguiente, la de pensamientos, inclinaciones, conducta, honor y demás cualidades, cuya conformidad en los contrayentes hacen feliz el matrimonio".

El Sr. Silva Castro deja entender que aprueba las ideas de don José Santiago, y, por cierto, las aprueba de lleno, el historiador Sr. Encina. Pero el error de los panegiristas de la endogamia —matrimonio entre los de la misma clase social— consiste en creer que la conducta del hombre se hereda por clases sociales, como si fueran especies distintas. La conducta humana, los hábitos de honradez, limpieza, el sentimiento del honor, son producto de la educación y del medio ambiente, no de la herencia.

Ha quedado para siempre en mi espíritu, a pesar de ser yo mismo parte del delito, un hondo resentimiento contra la división de la sociedad en clases, de la que fuí víctima en la más endogámica ciudad de Chile, y donde más se celebran matrimonios entre parientes. Y, a pesar de ser yo, en buenas cuentas, un pequeño rentista, que trata de sacar lo más que puede por el alquiler de sus casas, me irrita la manera cómo se desarrolla la vida económica de los países capitalistas, donde el avance de la industria, el perfeccionamiento de los medios de producción, van en perjuicio del obrero, porque lleva a la cesantía; donde hay que arrojar al mar el trigo, el azúcar, el café, para mantener su alto precio, mientras hay millones y millones que necesitan trigo, azúcar y café.

Porque hay esta división en clases, ocurren paradojas como ésta. En una región carbonífera de los Estados Unidos, un helado invierno, tirita de frío en su hogar, una niñita que es hija de un minero del carbón.

—Mamá tengo mucho frío. ¿Por qué no pones carbón en la estufa?

—Porque no tenemos carbón, hija.

—¿Por qué no tenemos carbón, mamá?

—Porque no tenemos dinero para comprarlo, porque tu padre está sin trabajo.

—¿Y por qué está sin trabajo mi padre?

—Porque hay mucho carbón, hija.

La desocupación es parte complementaria de nuestro sistema económico, que necesita de desocupados para mantener bajos los sueldos y los salarios.

Lo que antecede debe preparar al lector para comprender una novela de un autor soviético, que acabo de leer, y que es posible que muchos lectores no conozcan porque no ha sido todavía traducida al castellano. No quiero sugerir que la leí en ruso. Es una versión al inglés lo que leí. La novela se titula: "Piedras Semi-Preciosas". Su autor es A. I. Voinova. Una de las heroínas de la historia es Elizaveta Nikolaievna, llamada familiarmente Lilia. Es una muchacha joven y hermosa, inteligente, ansiosa de surgir en el nuevo régimen, empapada en el fervor soviético por construir la sociedad socialista. Consigue llegar a trabajar como secretaria de Khriapin, uno de los altos dirigentes comunistas de Moscú.

Y consigue, no sólo atraerlo por su capacidad, y su celo socialista, sino por sus atractivos físicos. Consigue, inclusive, que su jefe se enamore de ella y que se divorcie y se case con ella. Pero había algo negro en el pasado de Lilia, algo que ella trataba de ocultar a toda costa: su origen. Era hija de uno de los altos personajes de los tiempos del Zar. Ella hacía todo lo posible por ocultar esta mancha de su pasado, este vergonzoso origen. Hizo que su padre se disfrazara y se cambiara de nombre, y lo presentaba como a un tío de ella, de humilde familia campesina. Pero otro individuo, de la burguesía pre-revolucionaria, entró en sospechas, y se puso a hacer indagaciones en el vergonzoso pasado de Lilia. En la Biblioteca Pública en-

contró publicaciones con retratos del padre de la muchacha.

El mismo día de la boda de Khriapin, éste fué informado, casi inmediatamente después del acto oficial del matrimono, de que su mujer pertenecía a una familia noble y muy prominente del tiempo del Zar, que había sido liquidado por la revolución. Naturalmente, Khriapin le dice a su esposa que ha sido engañado, que el matrimonio recién efectuado tendrá que anularse. Ella no puede ser su esposa. Su dignidad de proletario no se lo permite.

Al lector desprevenido, esta novela, este incidente de su trama, le podrán parecer una pieza de ironía. Pero no es más irónico de lo que sería que, en nuestro tiempo, en nuestro país, se tratara de impedir el matrimonio de la hija aristocrática de una familia de abolengo, dueña de extensos fundos, que quisiera casarse con el hijo de uno de los inquilinos. O que se provocara el divorcio, si se hubieran casado, y en Chile tuviéramos divorcio. Aun más, los proletarios soviéticos pueden explicar su aversión por los residuos de la clase directora zarista, porque cargan con el crimen de haber explotado y hecho sufrir a los siervos durante generaciones, y porque todavía harían cualquier esfuerzo posible para obstaculizar la marcha de la nueva sociedad socialista.

Para entender esto, más que para entenderlo, para sentirlo, hagamos que esta tragedia roce nuestra epidermis propia. Supongamos que, con el correr de los años, llegara a producirse en nuestro país una revolución triunfante como la de la Unión Soviética. Supongamos el establecimiento inicial de la dictadura del proletariado. El Estado ha reclamado para sí la tierra y los instrumentos de producción. No hay ya gente rica. Los adinerados han sido desposeídos. El que no trabaja no come, y para obtener trabajo en los altos puestos de responsabilidad, se eligen, naturalmente, a proletarios, a los hombres y mujeres de limpio pedigree proletario, que no vengan "directamente del boulevard Saint Germain", que no acusen en "forma inequívoca su ascendencia aristocrática", que no muestren

"el innato señorío de su estirpe". Se mira con recelo y con desprecio a los residuos de las clases dirigentes del régimen anterior.

En tales circunstancias, ¿no podría ocurrir que las señoritas de la más rancia aristocracia chilena, trataran de ocultar su "infamante" descendencia, para abrirse camino en la nueva sociedad sin clases, que se empeña en liquidar los restos de la legendaria clase directora? ¿No se justificaría que estas señoritas de apellidos pomposos se fueran a la Biblioteca Nacional a destruir sus retratos publicados en las páginas sociales de "El Mercurio", por los cuales habían pagado tanto dinero?

Si esto llegara a ocurrir en mi país, y yo viviera en ese entonces, ¿no sería explicable que me agradara ver despreciados a los nietos que pudiera tener la bella Hortensia, de la aristocracia talquina, que me había despreciado a mí por ser de clase inferior? Y ¿no sería explicable que a Sofía, la proletaria talquina, le agradara ver que sus nietos despreciaran a los nietos del hombre que la aprovechó sexualmente, pero que la abandonó por ser de clase inferior?

III

LA IMPORTANCIA DE NO SER IMPORTANTE

ESTE capítulo de mi vida, que he llamado "La Importancia de no ser Importante", es, a pesar de su título, muy importante.

Esta autobiografía responde a un propósito muy diferente al de todas las otras autobiografías que se han escrito, de las cuales he leído muchas que me han impresionado grandemente, como "Las Confesiones", de Rousseau: y "Alrededor de una Vida", de Kropotkine. ¿Cuándo escribe un hombre —o una mujer— su autobiografía? Cuando son, o se creen importantes. Si una persona no es, ni se cree importante, ¿a título de qué ha de escribir su biografía? ¿A quién le puede interesar? Si, además, el que escribe se considera a sí mismo un tonto, ¿no resulta absurdo que escriba su autobiografía?

Desde luego, podría interesarle al lector esta autobiografía, precisamente por ser la de un hombre que no es importante, después de haber leído sólo autobiografías de hombres importantes. Y creo que hay razones para que le interese también leer la autobiografía de un tonto.

El año mismo en que nació la independencia de nuestro país, 1810, —acaso el 18 de septiembre— nació, en los Estados Unidos, Phineas Taylor Barnum, el más famoso empresario de circo que haya producido el mundo. Se hizo multimillonario engañando al público con toda suerte de prestidigitaciones y exhibición de rarezas, muchas de las cuales él fabricaba. Así, por ejemplo, contrató a una vieja, y la presentó como a la nodriza de Jorge Washington. El genial empresario decía que la base de su triunfo como empresario y de su fortuna, descansaba en el hecho de que cada minuto nace un tonto en el mundo. Y no dejaba de tener razón.

Si nace un tonto cada minuto, ¿cómo no ha de ser importante la monografía de uno de ellos? Son los que han hecho marchar el mundo. Sin ellos no habría progreso. Unos cuantos hombres importantes se morirían de hambre, si no hubiera millones de hombres no importantes, millones de tontos que trabajaran para ellos. Es más, tiene que haber muchos hombres no importantes, para que haya hombres importantes, porque éstos son los que sobresalen de la multitud; y si no hay multitud, compuesta de hombres no importantes, no podría haber hombres importantes. Ruskin, que creía que las mujeres no tenían la inteligencia del hombre, decía que había que educarlas para que pudieran apreciar la labor del hombre. Los hombres importantes han creído, a través de la historia, conveniente dejar en la ignorancia a los hombres no importantes para que ellos puedan conservar su importancia.

Por otra parte, para ser preciso, debo decir que yo creo que, en general, es más importante la gente no importante. ¿Es éste un contrasentido? ¿Una paradoja? Veamos. En nuestro país tenemos más de cinco millones de habitantes. ¿Cuántos de éstos son importantes, como para figurar en la prensa diaria, con sus retratos, y sus ideas y sus realizaciones? ¿Diez mil? ¿Cien mil? Aun suponiendo que fueran cien mil —que no lo son— los otros cinco millones sumados ¿no son más importantes que esos cien mil?

Para entrar en esta materia con cierto orden debemos ver primero a qué ha de llamarse una persona importante. Todo en el mundo es relativo. Esto lo sabíamos antes de que nos iluminara Einstein. Todo —hombres, cosas, acontecimientos— es importante: y nada es importante. Estoy escribiendo al frente de un vaso con una limonada que me ha preparado mi mujer. Hay un terrón de azúcar en el interior, y veo cómo se va desmoronando, cómo se va disolviendo. ¿Es importante esto? Claro que no. Simultáneamente, agua de nuestros ríos, de nuestras cascadas, de quebradas en la Cordillera, se va infiltrando en nuestra tierra, y va abriendo grietas, como en la "montaña" de azúcar de mi vaso. Va a terminar por abrir grandes cavidades y, probablemente, va a provocar un derrumbe, que será un terremoto, como el de Valparaíso en 1906 o el de Chillán en 1939. ¿Es importante eso? ¿Es importante que se derrumbe una montaña, y no es importante que se derrumbe un terrón de azúcar? Se trata de fenómenos análogos, ninguno de los cuales es importante o no importante en sí. En el espacio infinito —o finito, pero muy, muy extenso— no sólo la desintegración y el derrumbe de una parte de la Tierra, sino la desintegración de toda la Tierra sería algo tan insignificante como el desmoronamiento de mi terrón de azúcar.

No hay nada grande, ni nada pequeño en el Universo. Todo lo medimos en relación al tamaño de nuestro cuerpo. Un átomo es como un sistema planetario, inmensamente grande para las partes que lo componen, y todo nuestro sistema solar es un punto insignificante en la inmensidad del Universo.

Pero no se trata aquí de las cosas o de los fenómenos sino de las personas. Se trata de averiguar quién es una persona importante. Como todo tonto es atrevido, voy a intentar una definición propia: es importante el que en un momento determinado domina, controla o influye a un mayor número de personas, o a un mayor volumen de acontecimientos, si es que los acontecimientos pueden te-

ner volumen. Esto quiere decir que una persona no puede ser constantemente importante. Napoleón era importante mientras fué Emperador. No era importante en Santa Elena, aunque habría podido volver a serlo si se hubiera escapado.

Un caso más específico y cercano. El Presidente González Videla, en el apogeo de su triunfo, cuando hizo su viaje espectacular a Washington ¿era importante? ¡Claro que lo era! Millones de personas, en los Estados Unidos, desde el Presidente Truman para abajo se apresuraron a festejarlo y rendirle homenaje. El iba en el avión Independence, del Presidente de los EE. UU. Este avión llevaba a un modesto mecánico como su conductor. Durante este viaje, entre las nubes, ¿quién era más importante, el Presidente, que no podía manejar el avión, o el aviador, de cuya habilidad dependía que el Presidente no cayera en tierra? Era más importante el aviador.

Imaginemos al Presidente González Videla, no ya en viaje a Washington, en aeroplano, sino atravesando los escarpados picos de nuestra Cordillera, montado en una mula, que, con su destreza más que humana, sabe dónde y cómo debe pisar para no caer en un precipicio, lo que el Presidente no sabe. ¿Quién es más importante en estos momentos, el Presidente de la República, o la humilde mula que lo lleva en su lomo? La mula es más importante que el Presidente. Conclusión ésta a la cual me atrevo a llegar, a pesar de la Ley de la Defensa Permanente de la Democracia, que castiga al que comete desacato contra el Primer Mandatario de la Nación.

Ya el lector podrá comprender por qué yo no me considero importante, por qué no me considero siquiera con la importancia de la mula: porque no domino, ni influyo a un gran número de personas, ni siquiera a una persona que domine o influya a otras, ni domino un gran volumen de acontecimientos. Soy menos que mediocre. Tuve que abandonar mis estudios porque sistemáticamente debía repetir todos mis exámenes. Mis profesores, como mi padre, me

consideraban tonto. Fracasé en el Colegio de Santo Domingo. Fracasé en el Liceo de Talca. Fracasé en el Instituto Nacional. Mi hermano, mucho mayor que yo, principió sus estudios para ser abogado, y, por causa de un burro tuvo que cambiar esta profesión por la de profesor, lo que explicaré más adelante. En cuanto a mí, se estimó, desde muy temprano, que no podría seguir ninguna profesión liberal, debido a que mi cabeza no daba para tanto. A los fracasados, y a los torpes, se les dedicaba entonces al campo o a la industria. Fuí iniciado en la fábrica de velas de mi padre. Si hubiera seguido yo una carrera universitaria, acaso habría podido llegar a ser persona importante. Pero no lo fuí. Y me alegro de ello.

En el curso de esta autobiografía quedará plenamente demostrado que yo no soy, ni he sido, ni seré persona importante. Soy, fuí y seré, uno del montón.

Y estoy muy feliz de no ser importante. Pienso en tantas personas que han sido importantes, y en su trágico destino. Sócrates, cicuta; Cristo, cruz; Juana de Arco, boguera; Galileo, inquisición; O'Higgins, abdicación; Portales, asesinato; Balmaceda, suicidio.

Como no soy importante, me agrada razonalizar —que no es lo mismo que razonar— buscando todas las ventajas inherentes a no ser importante, y todas las desventajas inherentes a ser importante. Y la verdad es que no terminaría nunca este capítulo si quisiera señalar todas las desventajas de ser importante que he encontrado.

Leí una vez una anécdota acerca de un general norteamericano de la última guerra mundial. Era muy importante este general. Viajar en aeroplano, aun en los aeroplanos de las empresas privadas, era muy difícil entonces. Había que tener "prioridad", que se les daba a las personas muy importantes. Significaba aun esta prioridad que se podía desalojar a cualquier pasajero que fuera en viaje, con su pasaje pagado, porque su lugar debía ser ocupado por el que había obtenido la prioridad. Un día, en una estación intermedia, un pasajero tuvo que ser desalojado de

su lugar en un aeroplano que iba a Chicago, porque este general debía ocupar su asiento.

El general iba a Chicago, a oír una conferencia que dictaba un profesor relativamente poco importante. Cuando llegó al lugar de la conferencia, se le dijo que ésta había sido suspendida.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque el conferencista tuvo que ceder su lugar en el avión a una persona muy importante, que tenía prioridad, —le dijeron.

Para ser importante hay que ser diferente. Si se es igual a todas las demás personas, no se es importante, sino una oveja común, del rebaño común. Ser diferente es ser conspicuo. Y, a mi modo de ver, hay pocas cosas más desagradables que ser conspicuo. Ud. se siente mal si va de frac a una comida de francachela en que todos los demás van en traje de calle, y se siente mal si va en traje de calle, si todos los demás van de frac. Desde luego, si no se es importante, no se tiene el dilema de si uno ha de ponerse frac o simplemente vestón. A este respecto se me viene a la mente el caso del profesor de psicología que fué invitado a pasar un week end en un campamento de nudistas. Como él no era nudista, se presentó ante ellos —todos desnudos— con su traje habitual. Esto le resultaba muy conspicuo y desagradable. Cuando llegó la hora de comida, en la que él era la persona más importante, el invitado de honor, quiso no aparecer conspicuo, y se presentó en el comedor totalmente desnudo. Pero los nudistas, en homenaje a él, se habían vestido todos, de manera que resultaba más conspicuo aún, siendo él el huésped de honor, el hombre más importante ahí, el único hombre desnudo, entre mujeres y hombres vestidos.

Por otra parte, muchas personas se creen importantes sin serlo. ¿Es importante, por ejemplo, una persona en cuyo honor se da un banquete en Washington, al cual asisten centenares de personas prominentes? Puede serlo, y puede no lo ser, como el perro que podía estar hidrófobo y podía

no lo estar. Esto queda de relieve con una anécdota de la vida real, que probablemente el lector no conoce.

Una noche, no hace de esto mucho tiempo, más de cien personas prominentes se reunieron en el Hotel Statler de Washington, invitados a un banquete que se daba en honor de Titus Oates. Los distinguidos huéspedes bebían sus cocktails, esperando la llegada del festejado, para estrechar su mano. Pero el invitado no llegaba. En cambio, se distribuyó entre los asistentes una tarjeta impresa que decía:

"Mr. Oates lamenta no poder estar con nosotros en esta fiesta que se celebra en su honor. Si usted desea saber por qué, vea la página, 1111 del Diccionario Biográfico de Webster, que dice así: "Oates, Titus (1649-1705) impostor inglés, que inventó la llamada Conspiración Papal, según la cual los católicos se habían juramentado para masacrar a los protestantes, incendiar a Londres, y asesinar al rey, lo que causó la muerte de gran número de personas. Fué condenado por esta felonía a prisión perpetua, e indultado después por Guillermo de Orange".

Al banquete había invitado el periodista George Dixon, con gran sentido del humor, quien quería demostrar que los hombres eminentes de Washington están siempre dispuestos a asistir a un banquete en honor de cualquiera persona, sea o no merecedora del banquete.

Y esto no sólo se aplica a Washington. ¡Qué de banquetes no se dan en Santiago de Chile! ¡Cuántos los merecen? A mí nunca me han festejado con un banquete; pero aun si me hubieran festejado, ello no me haría creer que soy importante.

Por otra parte, es muy difícil, casi imposible en realidad, que un hombre importante no esté en casi permanente exhibición de su vida pública y privada. Está como un microbio en el foco de observación de un microscopio, pero no con un ojo que mira, sino con miles de ojos que miran. No puede esconderse de los ojos de la multitud. Cuando Lindbergh, demasiado importante en los Estados Unidos,

perdió a su hijo, secuestrado y asesinado, tuvo que huir a Inglaterra, de incógnito, para escapar de la curiosidad pública. Aquí, en nuestro país, sabemos desde la A hasta la Z de la vida pública y privada de cada político, y tanto más sabemos cuanto más importante es, incluso de sus intimidades y de todos los escándalos en que ha estado envuelto.

Podrá el hombre importante creer que no lo ven. Pero lo ven. Le ocurrirá lo que a aquella pudorosa joven de la Europa Central, durante la última guerra, quien, viéndose sola en un espeso bosque, al lado de una laguna rodeada de árboles, decidió bañarse quitándose toda la ropa. Se estaba vistiendo, pausadamente, al pie de los árboles, cuando sintió el ruido que hacía alguien que caminaba desde el otro lado del bosque hacia la laguna. Alcanzó a vestirse completamente antes de que la pudiera ver el oficial de infantería que se acercaba. Estaba contenta con su buena suerte, cuando oyó la alta voz del oficial, que, a todo pulmón, decía:

—Atención, batallón camouflage, a la derè... mar!

Y los árboles, que eran un batallón de soldados camuflados, se pusieron en marcha. Todo el batallón la había estado mirando, cuando, entera desnuda, tomaba su baño. Y había pretendido que el oficial no la viera siquiera abotonándose el corpiño.

Antes yo decía: "Las paredes oyen". Ahora agrego: "Los árboles ven". Y esto debiera saberlo todo hombre importante.

No garantizo la autenticidad histórica de la anécdota anterior; pero, sí, garantizo la veracidad de la que sigue. Les ocurre también a los hombres importantes que no sólo se les ve desnudos mentalmente, al aire libre, como a la bañista, ficticia o verdadera, del lago en el bosque, sino aun en el interior de sus oficinas y de sus hogares. Secretarios o secretarias, empleadas domésticas e choferes, son todo ojos y oídos, como películas Pathé. Y como se trata de hombres importantes, divulgan todo lo que ven y oyen.

Y la divulgación se extiende, porque hay más gente con sentido del rumor que gente con sentido del humor.

Es cierto que de la murmuración no se libra nadie; pero cuanto más importante es una persona, más se ceban la murmuración y el chisme en ella. ¿Quién puede haber más importante que Dios? ¿Y quién no habla mal de él? Le echan la culpa de todas las calamidades. Terremotos, ciclones, pestes, todo viene —así lo dicen— por la voluntad de Dios. Hay una historieta, no muy conocida, que nos muestra que el propio Dios resiente esto. La historia, una impostura irreverente, dice que el Supremo Hacedor quiso, en cierta ocasión, salir del Cielo, a disfrutar de unas bien merecidas vacaciones, en alguno de los muchos mundos del universo sideral. Uno de los santos, con experiencia turística, escudriñando con su telescopio, dijo:

—Allá lejos, muy lejos, hay un pequeño planeta, con bellos campos y montañas.

Dios miró por el telescopio, y exclamó:

—¡Ah, la Tierra! Yo no voy allá otra vez. Sus pobladores son muy amigos de los chismes. Están siempre murmurando, "pelando", según dicen en algunas partes. Estuve allí hace cerca de dos mil años, y conocí, en un pueblecito que llamaban Jerusalén, a una bella joven judía. Apenas la vi una o dos veces. La joven tuvo después un hijo y me echaron la culpa a mí. Hasta ahora siguen murmurando y hablando del "Hijo de Dios".

Claro es que si Dios no fuera tan importante, no le cargarían en cuenta todas las calamidades que azotan a la humanidad.

Las personas importantes tratan de protegerse, tomando toda clase de precauciones para ocultar sus secretos, en sus oficinas o en el hogar. Pero no hay precauciones que valgan, porque los árboles ven, al aire libre, y las murallas oyen y ven en los sitios enclaustrados. Les puede ocurrir lo que a la prima mía, Adelaida, la misma a quien le llevé los pañales de mi hermana, en vez de su capa, a su casa, en la calle Recoleta.

Eran los días en que cayó Balmaceda, cuando se improvisó un saqueo en Santiago. Yo no estaba en Talca todavía. Estudiaba en el Colegio de Santo Domingo, como alumno interno; pero pasaba esos días en casa, debido a la agitación popular. Mi prima, que nos había ido a visitar, tuvo que quedarse a dormir en nuestra casa, en la calle San Diego, porque resultaba peligroso atravesar la ciudad, con motivo del saqueo que principiaba. Ella tenía diez años más que yo. Era muy bonita y de figura escultórica. Se le dió el dormitorio contiguo al mío, comunicado por una puerta.

A pesar de ser yo generalmente tímido en lo que se refiere a asuntos sexuales, sentí unos deseos incontrolables de ver desnuda a mi prima, y comprendí que ésa era mi gran oportunidad. Ya comprenderá el lector que no fué porque sí, no más, que dije que yo habría sido el segundo mirón de Coventry, cuando Lady Godiva iba desnuda por sus calles.

En el dormitorio que se le dió a mi prima había un gran guarda-ropa, lo que ahora llaman closet, que tenía un pequeño respiradero en la parte alta de la puerta. Antes de que ella se recogiera, me metí furtivamente en el closet, y, trepado en cajones que había en el interior, nada muelles, me acomodé como en un palco para asistir a una función de gala. Yo quedaba en la obscuridad, y el escenario iba a estar iluminado. Me hizo pensar en esos palcos, al lado del proscenio, que había antes en los teatros para la gente de luto, la que, sin ser vista, podía verlo todo.

Mi prima, al entrar esa noche en su dormitorio improvisado, sabiendo que yo ocupaba la pieza del lado, y temiendo su pundonor un atrevimiento de mi parte, tomó su fino pañuelo de batista, y, con ayuda de su cepillo de dientes, metió un extremo en la cerradura, haciendo imposible que alguien pudiera mirar por ella. Confiada con esta precaución, se desnudó sin mucho recato, para ponerse la camisa de dormir —no había pijamas entonces— que le había prestado mi madre.

Yo miraba con fruición, callado, conteniendo casi mi aliento, hasta que terminó el primer acto con la bajada del telón, la caída de la bata de dormir, desde su cuello hasta sus pies. Cuando ella apagó la luz y se durmió, envuelto su recato entre las sábanas, yo me quedé largo rato despierto; pero al fin me venció el sueño. El entreacto más largo de todas las funciones a que yo he asistido.

A la mañana siguiente asistí al segundo acto, levantándose el telón al subir ella la bata de dormir desde los pies hasta la cabeza. Siguieron sus abluciones en el lavatorio —no había entonces baños anexos a los dormitorios, ni siquiera lavabo con agua corriente. Ya vestida, sacó su pañuelo de la cerradura, muy satisfecha de las precauciones que había tomado, y tal vez curiosa de saber si yo había puesto mis ojos en el agujero o no, y de la decepción que me habría llevado si lo hubiera hecho. Mi prima no tuvo que pasar el bochorno de la bañista del lago. Nunca supo que yo había asistido a la función de gala de su cuerpo desnudo, en dos actos, y sin epílogo, al que yo no me habría atrevido, ni ella habría tolerado.

Si el lector se encontrara tentado a censurar mi empeño por contemplar desnuda a mi prima, quiero recordarle lo que Teófilo Gautier dijo en el prefacio de su novela Madamoiselle de Maupant: "Renunciaría muy satisfecho a mis derechos de francés y de ciudadano por ver un cuadro auténtico de Rafael, o una hermosa mujer desnuda, la princesa Borguese, por ejemplo, después de posar para Casanova, o a la Julia Grise cuando se mete en el baño".

Relato estos incidentes, no muy medulares, y poco encomiásticos para mí, porque, además de ilustrar lo que digo, me muestran en mi verdadera luz. Y no tengo reparo en hablar con libertad al respecto, porque se le ha advertido al lector que esta autobiografía es sólo para adultos, y lo sería también para menores muy precoces si éstos no fueran ahora tan abundantes, y, a veces, tan exageradamente precoces. No hace mucho supe de una niñita de sólo siete años, que le preguntó a su madre:

—¿De dónde he venido yo al mundo, mamy?

—Dios te envió, —le contestó la madre, celosa guardadora de la inocencia de su hijita.

—¿Y de dónde viniste tú?

—También me envió Dios.

—¿Y mi abuelita?

—A tu abuelita también la envió Dios.

La chica se quedó un rato callada y luego, con voz muy entera, le dijo a su madre:

—¿No me querrás hacer creer, mamá, que durante un siglo no ha habido relaciones sexuales en nuestra familia?

Esto no era así en los tiempos de mi niñez, y hablo de ello porque mi autobiografía es también, en cierta manera, una biografía parcial del tiempo en que he vivido y un diagrama de la evolución de algunas de nuestras costumbres que son el fundamento de nuestra moral. La conducta humana ante los imperativos del sexo ha experimentado, en la historia de la sociedad, el mismo recorrido que experimenta en la historia del individuo. El niño nace y se desarrolla en sus primeros años, sin pudor alguno, sin ningún recato sexual, como ocurría con el hombre primitivo, y como ocurre con los demás animales. El pudor, en el hombre y en la mujer, es producto de rigurosa educación directa y refleja. De este recato se libera, después, el individuo hasta donde lo permiten las restricciones sociales. Pero, como en todas las otras manifestaciones psíquicas, este despertar viene en el niño más temprano en cada nueva generación. Los niños de hoy son más precoces que los de antaño. No he encontrado, en mis lecturas, a qué edad aprendían a hablar los niños en la antigüedad, en los tiempos de Pericles, por ejemplo. Pero me parece seguro que hoy día aprenden a hablar más temprano que en aquellos tiempos. Y, probablemente, en un futuro contado por siglos, puedan llegar a nacer sabiendo hablar, así como ahora nacen sabiendo respirar. Por lo menos así parece haberlo creído Bernard Shaw, a juzgar por su comedia "De vuelta a Matusalén".

Tenemos planes de educación para la infancia que, a pesar de muchos defectos, tratan de ir ensanchando el espíritu del niño en forma gradual. Pero en todo lo que se refiere al sexo, acerca de lo cual no debiera hacerse ningún misterio en una educación normal, se hace todo lo posible para confundir la mente del muchacho, como para habituarlo a no comprender lo que oye y lo que lee.

Recuerdo que tenía yo unos diez años cuando, casualmente, vi, por primera vez, a una mujer que le daba de mamar a su pequeñuelo. Corrí, atónito, donde mi madre a decirle que había visto a una mujer con una gran hinchazón en el pecho, que una güagüita le estaba lamiendo. Mi madre me hizo callar, sin darme explicación alguna.

Se tomaban precauciones extremas para que los niños no supieran nada acerca del pecado original, a pesar de que se hablaba de él, y era para nosotros algo que nadie osaba explicarnos aquello de que Jesucristo "fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo", y aquello de "virgen antes del parto, en el parto y después del parto". Yo no sabía lo que era "virgen", ni lo que era "parto". Recuerdo que, estando en primer año de Humanidades le pregunté a un alumno de sexto, qué era una virgen. El se echó a reír, y me dijo:

—Eres un mocoso que no puedes entender eso. Una virgen es una mujer inmaculada, libre de polvo y paja.

Yo me quedé creyendo que era una mujer que se acababa de bañar. Me demoré años en comprender la picardía grosera del chiste.

Lo que aprendíamos de la vida sexual, lo aprendíamos de contrabando, y en forma espuria.

En aquellos entonces había dos bibliotecas para el público en Santiago, la Nacional y la del Instituto, en Alameda esquina de Arturo Prat. A ninguna se dejaba ir a los menores, por temor de que se fueran a encontrar con algún libro pecaminoso. Recuerdo que Arturo Alessandri, después Presidente, aún cuando era ya abogado, tenía la apa-

riencia de un menor, y le prohibieron en una ocasión entrar en la Biblioteca.

Por otra parte, como si no fuera bastante fuerte el instinto de la lucha por la supremacía con que venimos al mundo, se principiaba, en nuestra educación sexual, a darnos un sentido artificial de nuestra importancia, haciéndonos creer que somos, al nacer, criaturas que venimos directamente del Cielo. Venir directamente del Cielo es algo mucho más imponente, mucho más aristocrático, que venir directamente del boulevard Saint Germain, como la perrita Lissette, del señor Maluenda.

Como llevo dicho, esto de querer ser importante responde a un instinto subsidiario de los instintos necesarios para la conservación de la vida individual y de la especie: el instinto de supremacía, que ayuda en la lucha por la hembra y el pan, instinto cuyo nacimiento y desarrollo se explica por razones mecánicas, como todos los otros instintos.

Cuando llegué como alumno interno al Colegio de Santo Domingo, que precedió, en mi vida escolar, al Liceo de Talca y al Instituto Nacional, me preguntaron los demás internos "para cuál de ellos me atrevía". Así no más, de sopetón, como le preguntarían a uno, mostrándole una bandeja de manzanas, cuál prefería para darle un mordisco. Como primer acto mío en el colegio tenía yo que pelear para dejar establecido el grado de mi importancia. Cada alumno era tanto más o tanto menos importante, según para cuántos otros "se atrevía" y a cuántos derrotaba. Así se establecía allí el escalafón de la importancia. Si no peleaba era un cobarde, y sería despreciado por todos. Si vencía a su primer competidor, tendría que seguir con otros, hasta establecer su verdadero lugar. Yo no quería pelear. No quería mostrarme importante. Pero uno de los muchachos más pequeño y enclenque que yo, avanzó por iniciativa propia y dijo:

—Yo me atrevo para él.

De acuerdo con las reglas, yo debiera haberme consi-

derado ofendido, y debiera haber recogido el guante. Pero me quedé mirando al muchacho, sin emoción, sin enojo.

—Ese mocoso, mucho menor que tú, se atreve para ti —me dijeron los mayores—. ¡A pelear!

Yo me negaba a pelear. Pero no había excusa posible. Tenía que pelear. Al fin llegué a aceptar, pero con una condición: la de que nos dejaran ir solos a pelear, en el último patio, sin testigos. Después de mucho discutir, aceptaron este procedimiento irregular, porque vieron que yo era "porfiado como burro", según dijeron.

Cuando los dos gladiadores estuvimos frente a frente, en una semi-obscuridad, comprendí que de un golpe podría echar al suelo al mocoso atrevido. Pero no quería hacerlo. Le dije:

—Tú quieres ganar la pelea, ¿no?

—¡Claro! —me contestó.

—Lo más probable es que te la gane yo, porque soy más fuerte.

—Lo vamos a ver —me contestó con petulancia.

Tenía confianza en su triunfo, porque me consideraba un tonto. En realidad, yo tenía, y acaso tengo todavía, cara de tonto. Mi mujer dice que no.

—¿Tú quieres mostrar a los demás que me has ganado? ¿no es verdad? —continúe yo.

—¡Claro!

—Bueno, no es necesario pelear para eso.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo me doy por vencido de antemano. Tú puedes decirles que hemos peleado, y que me has ganado, y yo diré que, en realidad, me ganaste.

Para el chiquillo ése yo estaba demostrando definitivamente que era tonto de capirote. ¡Me daba por vencido sin pelear siquiera! Pero como él sólo quería mostrar su superioridad sobre mí ante sus compañeros, aceptó mi proposición. Lo que ocurrió cuando volvimos a juntarnos con los demás muchachos, sin llevar yo siquiera un ojo en tinta, para corroborar nuestro embuste, es otra historia. Quie-

ro sólo mostrar que desde muy temprano tenía yo pocas ansias de ser importante.

Es posible que el lector se diga para sí, socarronamente, que lo anterior no es sino una prueba de que, desde temprano, era yo cobarde. Yo no me consideraba cobarde. Ni tampoco ahora me considero cobarde por lo que hice. Simplemente no quería romperle las mandíbulas a ese muchacho que no me había hecho ningún mal, contra el cual yo no tenía agravio alguno.

Uno de los rasgos que hace aparecer importante a un hombre es su valentía. Un matón es importante. Para mí no es más virtud el valor que la cobardía, o la cobardía que el valor. Pongamos a uno de los más valientes soldados de las dos últimas guerras mundiales, solo, desarmado, al frente de un tigre hambriento, en todo el apogeo de su fuerza. La única oportunidad de salvarse que tiene este hombre es huir. ¿Huye este valiente? Claro que huye. Su cobardía es sensatez. ¿Puede alguien imaginarlo, lanzándose a las fauces del tigre, con el grito épico de Iquique? El gesto suicida de Prat iba a ser fructuoso, porque iba a dar un ejemplo de sacrificio y de patriotismo a los que siguieran la pelea. Pero dejarse devorar por el tigre no tendría ningún contenido heroico, ni significado histórico. La valentía no razonada es un acto de la subconciencia; obedece al instinto de supremacía, instinto subsidiario de los dos instintos básicos perpetuadores del individuo y de la especie. La valentía razonada es un acto de la conciencia y de la subconciencia.

Este instinto de supremacía, este afán por ser importante, estimula los campeonatos y concursos de toda índole que establecen desde quién es el hombre que da la cachetada más fuerte, hasta cuál es la mujer que tiene la figura más bella.

Esta ansia por ser el primero en todo me recuerda al chiflado que tenía la monomanía de ser siempre el primero en todas las ocasiones. Era como aquel que en una boda querría ser el novio, para ser la figura central, y en un

entierro el muerto. Se jactaba de ser el primero en llegar a cualquiera ceremonia, mitin o concentración; de asistir siempre a los estrenos en los cines y teatros; de ser el primero en entrar, y de sentarse en primera fila. Cuando salía de viaje era el primero en subir al tren, y el primero en bajar, al llegar a su destino. Si se inauguraba un restorán, allí estaba sentado él, el primero, para que le sirvieran la primera comida. En las elecciones, su voto era el primero que caía en las urnas. En fin, en todo era el primero, el primero. Era su chifladura. Y se casó con una viuda.

Y ser el último tiene a veces manifiestas ventajas. Recordemos, desde luego, que Jesucristo dijo: "Los últimos serán los primeros". Por algo lo habrá dicho. ¿Querría usted ser el primero en morir, o el último? Si le gusta dormir, como a mí, ¿querría ser el primero en despertar? En una discusión ¿no prefiere ser usted el que diga la última palabra?

No es raro que tengamos varios invitados a comer en mi casa. La cabecera de la mesa, el lugar que se supone más importante, la ocupo yo. Pero he dejado de considerar que ésa es la cabecera. Es mi asiento, nada más. Y no creo, como creía don Quijote, que la cabecera de la mesa está donde yo me siento. Considero que se evitarían muchas molestias, en cuanto a la importancia de los asientos y las personas, si las mesas de comedor fueran redondas. Pero cuando hay invitados a comer en mi casa, aunque conservo la cabecera, tengo establecida la costumbre de que se me sirva al último, porque muy temprano me di cuenta de que esto era preferible. El que es servido primero —la sopa, digamos— tiene que esperar a que todos estén servidos para tomarla. Y a mí me gusta la sopa bien caliente.

Algo inherente a ser importante —o a creerse importante— es que toda persona importante quiere ser más y más importante, así como toda persona que tiene mucho dinero quiere tener más y más dinero. Y en su ansia por

llegar a ser más y más importante, muchos se ocupan más de derribar los pedestales ajenos que en levantarse pedestales propios. En el torbellino de la vida, y la lucha por la supremacía, esta gente importante se empeña por subir y subir más y más rápidamente, a sabiendas de que tendrá más y más adulaciones, sin pensar siquiera en que, como alguien lo ha dicho, cuando sopla el viento lo que sube más rápidamente son las plumas, la paja y el polvo, lo que pesa menos.

Si uno se pone a examinar seriamente la vida, se dará cuenta de que los mayores sufrimientos, las mayores calamidades, lo que hace la vida humana más desagradable, son las desavenencias, las contiendas, las peleas de los hombres entre sí, ya sea en el hogar, en el trabajo cotidiano, en la vida pública, en las relaciones de unos países con otros, que llevan hasta la guerra. Y en el fondo de casi toda pelea se encontrará el hecho de que unos hombres —o países— se creen más importantes que otros, o pretenden ser más importantes que otros. De todas las ofensas que puede recibir el hombre, pocas le duelen más que la de tener que "agachar el moño".

He dicho que en la vida de hoy están pasando a ser más importantes los menos importantes. Veamos. El Presidente del Senado es importante en nuestro país. El Presidente de la República ciertamente lo es. Un obrero del carbón no es importante; un chofer de ómnibus no es importante; un empleado particular con salario vital no es importante. Pero estalla una huelga que exige, entre otras cosas, la dictación de una ley. El Presidente del Senado —que es importante— declara que los senadores no se ocuparán de la ley que piden los huelguistas, mientras dure la huelga, porque va contra el decoro —la importancia— del Senado legislar bajo la presión de los huelguistas. Y el Presidente de la República —que es importante— dice que no recibirá a la directiva de los huelguistas, que ha pedido audiencia, mientras los que están en huelga no vuelvan a su trabajo.

Pero la huelga sigue. Se adhieren más y más sindicatos, más y más gremios. Se paraliza la locomoción. Se paralizan los Bancos. Hay temor de que toda la estructura económica del país se venga abajo. El Presidente del Senado —que es importante— y el Presidente de la República —que es más importante aún— deciden ceder ante las exigencias de los huelguistas, ninguno de los cuales es importante. Pero es indispensable salvar las apariencias, es necesario conservar la importancia, no aparecer como si "se hubiera agachado el moño", y se conviene, privadamente, en que los huelguistas volverán al trabajo, pero bajo la promesa formal y escrita de que se accederá a sus peticiones una vez que hayan vuelto al trabajo". Todo un Ministerio de larga actuación se viene abajo como consecuencia de lo anterior.

¿Qué ha pasado? ¿Han cambiado los papeles? ¿Es más importante la directiva de los huelguistas que el Senado de la República? No es más importante la directiva de los huelguistas. En realidad, es muy poco importante la directiva de los huelguistas. Ella obedece órdenes que tiene que obedecer. Si no obedece estas órdenes, la masa humana que la nombró la cambiará por otra directiva que obedezca las órdenes que reciba. Lo que ha ocurrido es que la "masa trabajadora, empleados y obreros", aunque cada uno de ellos no es importante, todos, unidos, sí, son importantes. Por eso he sostenido que los menos importantes son los más importantes.

Como lo dijo Henry Wallace, éste es el siglo del hombre de la calle. No es el siglo de la bomba atómica, que nos haya venido después del siglo del vapor y del siglo de la electricidad. Es el siglo del hombre de la calle, del hombre que no es importante, ante el cual tienen que doblegarse los hombres importantes.

Aun cuando cada minuto naciera un tonto, como lo dijo Barnum, aun cuando la humanidad estuviera formada por millones y millones de tontos, postergados, y por unos pocos hombres inteligentes, que gozan de privilegios,

aun cuando no hubiera en los tontos una chispa de genio, mantenida apagada por falta de oportunidades, siempre sería cierto que los pocos inteligentes no podrían triunfar en sus empeños sin la ayuda de los millones y millones de tontos, que son los que siembran el trigo, los que hacen el pan, los que construyen casas, puentes, barcos, ferrocarriles, aviones, teléfonos, radios, todo lo que el mundo moderno necesita para su vida cada vez más compleja. Y estos millones y millones de tontos reclaman su derecho a una vida que esté al diapasón del progreso que, con su esfuerzo, ha alcanzado la humanidad; y, aunque un tonto no es importante, todos los tontos juntos son importantes. En realidad, se podría decir que éste es el Siglo de los Tontos. Y, por eso, tiene importancia la autobiografía de un tonto.

En el primer capítulo de este libro expuse las razones por las cuales en mi familia se me consideraba tonto. Parece que gozaban mostrando mi tontería. Me habían enseñado un discurso que decía así: "Eran tres, dos milicianos y un inglés; el inglés sacó el sable. Si los mató o no los mató, poco importa lo que pasó. Pero vamos al caso: Eran tres, dos milicianos y un inglés; el inglés sacó, etc., etc.," Me tenían repitiendo hasta una hora la misma cantinela con lo que yo mostraba mi tontería. Pero ¿no la mostraban ellos escuchándome?

Para clasificar a los tontos, convendría recordar al que observaba, a la orilla de un río a un pescador que esperaba horas y horas, a que un pez mordiera en su anzuelo, y que, al fin, le dijo:

—¿No es bien tonto estar esperando, por horas y horas a que un pez muerda el cebo que Ud. le pone?

A lo que el pescador le contestó:

—¿Y es muy inteligente estar mirando al pescador, por horas y horas, para ver si pesca un pez?

IV

MI CONCIENCIA Y MI SUBCONCIENCIA

DESCARTANDO el complejo de inferioridad con que crecí, en gran parte por la manera cómo fuí tratado cuando niño, soy, físicamente, un ejemplar normal de la especie humana.

Cómo me libré de este complejo de inferioridad lo explico más adelante. De cómo se formó, podrá el lector tener una idea bien aproximada, recordando un caso que cita el psicoanalista Alfredo Adler, que fué discípulo de Freud, a quien después superó. Relata Adler lo siguiente: Un joven, de treinta años, de carácter agresivo, que había alcanzado grandes triunfos y honores en su carrera, a pesar de todas las dificultades con que había tropezado, fué a consultarlo, debido a que sufría de una gran depresión mental, y a que se sentía sin deseos de trabajar, ni de vivir. Explica que está comprometido; pero que mira al futuro con gran temor, y que se siente dominado por los celos, hasta el extremo de que se propone romper su compromiso. Pero, estudiando su caso, Adler encuentra

que no hay razones para sus celos. La joven con quien está comprometido no da motivo que los justifique, según la detallada exposición del propio paciente.

La historia es larga; pero la presento en su forma más abreviada. El psicoanalista descubre, escarbando en el pasado del paciente, que el primer recuerdo de su infancia es de cuando tenía cuatro años. Estaba en el mercado con su madre, y con un hermanito menor. Había un gran tumulto, y la madre, para protegerlo de ser arrollado, lo tomó en sus brazos. Pero lo que ella quería era tomar al hermanito menor, más expuesto al peligro, y, al notar su error, puso en el suelo al mayor y tomó al otro. Este era un recuerdo que perduraba, a través de los años, en la memoria del joven. Le había dolido mucho que su hermano fuera el preferido, lo que dejó en su mente la idea de que en la vida otros eran preferidos, y él era postergado. Temía que esto mismo sucediera cuando se casara. Por cierto, él no se daba cuenta del origen de su temor. El psiconalista lo encontró. Dice Adler, comentando este caso: "Aun en esta edad, ciertas sensaciones juegan un papel que evoca un sentido de alegría o de resentimiento en el niño. Aquí vienen a la superficie los primeros rasgos de una filosofía de la vida, aunque aparecen expresados en la forma más primitiva. Los factores fundamentales que influyen en la vida del alma se fijan durante la primera infancia".

Si un detalle tan aislado, y tan insignificante como el del caso referido por Adler, puede fijar la directriz de una vida, ¿qué no habría de ocurrir en mi caso, en que yo crecía al lado de un hermano mayor que daba pruebas de una inteligencia muy superior a la mía? Siempre se me comparaba con él, y se ponía énfasis en mi inferioridad. Si agregamos a esto que casi en todo lo que yo hacía —buscar el coche desvencijado, pasar la copita vacía, servir café con leche a mi hermano menor, decir que las mujeres se diferencian de los hombres en que tienen hoyitos en las orejas, etc., etc.— se me repetía que yo era un tonto, fácil

es comprender que mi complejo de inferioridad creciera en vez de disminuir.

Más adelante, cuando me ubique, con todos mis antecedentes genealógicos, en la historia de Chile, como parte integrante de ella, veremos cómo nació el complejo de inferioridad del pueblo chileno en su conjunto.

He principiado este capítulo de mi vida diciendo que soy, físicamente, un ejemplar normal de la especie humana. Soy una mezcla de varias razas, como lo son todos los hombres que pueblan nuestro planeta. Mis dos stocks más cercanos, de que yo tengo noticias, son el de la raza araucana, y el de la raza goda que habitaba el norte de España en los tiempos en que se efectuó la conquista de nuestra América.

No soy un producto híbrido como pretenden el Sr. Francisco Encina, en su Historia de Chile, y, después de él, seguramente copiándolo, la Sra. Amanda Labarca, que recomienda la importación de gente extranjera a nuestro país para blanquear nuestra raza, y mejorarla, ya que es producto de una "híbridación incompleta", que no ha podido formar una raza que esté a la altura de las razas europeas. Ambos autores miran con tal desprecio a nuestros antecesores mapuches y huilliches, que los consideran como de otra especie, no simplemente de otra raza, razón por la cual hablan de híbridación, que es el proceso de la fecundación de dos especies diferentes, como la mula, originada del cruce de los potros con las burras. Este producto híbrido es generalmente estéril, y los mestizos que descendemos de españoles y mapuches estamos muy lejos de ser estériles. No ha habido esterilidad en mi familia como lo comprueba mi propia existencia, y la fecundidad como de conejos, de mi hermana.

Como ejemplar biológico normal de la especie humana, cuento con todos los órganos que tiene cualquier hombre normal de cualquiera raza. Si bien es cierto que tengo algunos órganos cuyo valor actual es nulo, como el apéndice, también los tienen los demás individuos de

todas las razas de la especie humana. Lo mismo se aplica a mis mamas incipientes. No me faltan órganos, y los que me sobran, les sobran también a los demás.

Mi altura es de un metro, setenta centímetros. Mi peso es de setenta y dos kilos. Soy de color obscuro, cobrizo, tirando más a araucano que a godo. Tengo pocos pelos en el cuerpo, fuera de los que me quedan en la cabeza y la cara. Soy dolicocéfalo. Tengo cinco millones de glóbulos rojos en cada milímetro cúbico de sangre. Mi temperatura normal es de 36.7 grados centígrados. Mi presión arterial y mi metabolismo son normales. Mi digestión es magnífica. Nada de estitiquez. Hago mis deposiciones todos los días a la misma hora. Mi orina es transparente, puesta en un vaso pasaría por cerveza cristalina.

Siendo así de normal, ¿por qué me llamo tonto? Principalmente porque me llamaban tonto, y, sin duda, se puede ser normal físicamente y ser, al mismo tiempo, un tonto. En verdad, casi todos los tontos gozan de buena salud y de normalidad física. Y muchos hombres de genio han sido anormales físicamente. Yo admití temprano, sin discutirlo siquiera, que era tonto, porque se me creó un complejo de inferioridad, en la forma que ya he explicado. Ese complejo de inferioridad no es un órgano de mi cuerpo, como los riñones o el hígado, ni es producto de los riñones, como la orina; ni del hígado, como la bilis. Es una reacción de la mente, del espíritu, de la conciencia, de la subconciencia.

Yo no creo que el alma sea algo separado del cuerpo. No creo que el alma tenga una vida independiente. No creo que siga viviendo después de que ha muerto el cuerpo. No creo que yo haya nacido con alma, como nací con pulmones. Ni creo que el alma me haya salido después, como me salieron los dientes.

Pero, ¿es que no tenemos alma los hombres? Todo lo que está vivo, está "animado", es decir tiene "ánima", o sea alma. Podríamos, pues, decir que "conciencia" es casi sinónimo de "alma". Y todos tenemos conciencia.

Aclaremos. La palabra "conciencia" tiene dos significados bien diferentes en nuestra lengua, tan diferentes que se expresan con palabras distintas en otros idiomas. En inglés, por ejemplo, "conscience" y "consciousness" tienen significados muy diferentes, aunque ambas palabras se traducen por "conciencia" al castellano. Cuando usted dice: "tengo conciencia de que existo", dice algo muy diferente de cuando dice: "yo procedo de acuerdo con mi conciencia". En el primer caso, conciencia equivale a conocimiento; en el segundo, equivale, en cierta manera, a su código de conducta, a su manera de reaccionar y de comportarse en la comunidad humana en que vive.

A esta última conciencia es a la que me refiero en este capítulo de mi vida. Voy a definir esta conciencia a mi manera, no tomando una definición de diccionarios o textos de filosofía. Conciencia, para los efectos de este libro, es la manera que tiene nuestro sistema nervioso, cerebro y ramificaciones, de reaccionar ante las ideas, las imágenes y los acontecimientos que se ponen en contacto con nuestros sentidos en forma directa o indirecta.

En consecuencia, la conciencia tiene que ver con nuestra vida en comunidad, y depende única y exclusivamente de la educación, directa y refleja que hemos recibido durante la vida. La conciencia no se hereda. No es atributo exclusivo del hombre. Más o menos activa, la tienen todos los animales, hasta los infusorios, y las plantas aún, en forma rudimentaria.

Cada cual tiene su conciencia individual, que depende de sus experiencias del pasado. Un católico tiene una conciencia distinta de la de un ateo. Un inglés tiene una conciencia distinta de la de un anacalufe. El antropófago que se lo comiera a usted, lector, procedería de acuerdo con su conciencia, así como usted, al comerse una gallina, procede de acuerdo con su conciencia, y ésta, al comerse un gusano, procede también de acuerdo con su conciencia.

Y la conciencia, por otra parte, tiene luchas internas, porque es producto de una multitud de experiencias y de

recuerdos, frecuentemente contradictorios. La conciencia es, como en la novela "Los Hombres del Hombre", de Eduardo Barrios, una multitud de hombres dentro de un hombre.

La conciencia se enfrenta con diversos tipos de reacción. Cuando tiene que ver con la conducta humana, con la vida de la comunidad, se plantea problemas éticos, de los cuales, en lo que me atañen, me ocupo más adelante. Cuando la conciencia se enfrenta con reacciones que no tienen que ver directamente con la conducta, como la contemplación de un paisaje, la apreciación de un cuadro o una escultura, o la audición de una melodía, se plantea problemas de estética, problemas de arte.

Acerca de ética y de estética se han escrito tantos volúmenes que con ellos se podrían construir nuevas Pirámides de Egipto.

He leído recientemente el último libro publicado por Pablo de Rokha, "Arenga sobre el Arte". Lo he leído entero. El autor es robusto mentalmente, como lo es físicamente. Es un famoso poeta de renombre continental; universal, podría decir con propiedad. Fué catedrático de Estética en la Universidad de Chile, y ha arengado acerca de arte y problemas filosóficos en muchas Universidades de las tres Américas. Tiene un manantial casi insondable de conocimientos. Pero no comulgo con todas sus teorías acerca de la conciencia, de la subconciencia y del arte.

Dice Pablo de Rokha, con razón, aunque con mucha vaguedad, que "la conciencia es una gran forma de la individualidad del ser, y la subconciencia, una gran forma de la universalidad del ser". Dice también, con razón a mi modo de ver, que "la conciencia es minoritaria, como un archipiélago en el enorme océano caótico y dramático de la subconciencia mayoritaria, de la cual la conciencia es la periferia".

Puesto lo anterior en lenguaje para personas no muy inteligentes, y explayándolo a mi manera, quiere decir que la subconciencia es la predecesora de la conciencia, es la

conciencia de la especie, es la conciencia primaria del individuo. Es automática, no reflexiva. Son actos de la subconciencia, que compartimos con todos los animales: respirar, digerir, y, en general, todas las funciones de los órganos vitales. La subconciencia es la bodega de nuestra memoria, de todas las impresiones que hemos recibido, no sólo desde que nacimos sino también de todas las impresiones recibidas por nuestros antepasados, a través de los siglos, y de las diversas especies de las cuales descendemos. O ascendemos, si se quiere.

No estoy citando a Pablo de Rokha. Estoy exponiendo mis ideas al respecto, que parecen coincidir con las del poeta, según se desprende de vagas referencias que hace a la conciencia y a la subconciencia, a las que no define ni caracteriza. La mayor parte de nuestra vida está regida por la subconciencia, que fué, y sigue siendo nuestra inteligencia primaria. La subconciencia no entiende de raciocinios, de ideas, ni de lógica. Reacciona sólo ante las emociones, como el hambre, para conservar la vida individual, y el apetito sexual o afán de dividirse, para perpetuar la especie.

Es fácil comprender, biológicamente, cómo han nacido y cómo se han desarrollado estos instintos, es decir, esta subconciencia. Han tenido, como he dicho, un origen mecánico. En la naturaleza hay una tendencia infinita a la variabilidad, lo que también tiene un origen mecánico, fácil de comprender. De los billones de modalidades que se producen, algunas son más aptas que otras para sobrevivir. Las más aptas sobreviven, y se multiplican, desapareciendo las no aptas, hasta que se forma un instinto o una modalidad hereditaria, beneficiosa para la especie. Así nació la subconciencia, que es la conciencia de la especie. Cómo nació la vida, es todo otro problema, no muy claro todavía para la ciencia, del cual me voy a ocupar más adelante, cuando entre más a fondo en el estudio de lo que realmente soy yo.

¿Y qué es la conciencia? Como una etapa posterior y

superior del desarrollo de la especie, aparecen los actos conscientes, los actos voluntarios, producto de la periferia de nuestro cerebro. Estos actos aparecen también en forma mecánica, en el proceso de la lucha por la existencia y el triunfo de los más aptos, tal como habían aparecido los actos subconscientes. La conciencia se va vaciando en la subconciencia.

Al decir Pablo de Rokha que la conciencia es "una gran forma de la individualidad del ser" no la define, ni siquiera se acerca a una explicación comprensible de lo que realmente es. Desde luego, la conciencia no es una "forma", ni es un objeto. La conciencia es una manera de reaccionar de la mente ante las cosas, las ideas, las imágenes, los fenómenos con los cuales se pone en contacto.

Si esto es así, y Pablo de Rokha parece pensar de tal manera a juzgar por las vagas citas de su libro que he reproducido, no pudiendo hacer citas más concretas, porque no se expresa al respecto más concretamente ¿por qué nos dice que la ciencia es racional, consciente, y que el arte es arracional, subconsciente; que es necesario comprender la ciencia, pero que no es necesario, ni es posible comprender el arte, que el arte no tiene ni debe tener ideas sino imágenes?

Las que siguen son citas textuales del libro "Arenga sobre el Arte":

"En la ciencia no hay imágenes, y en el arte no hay ideas, por que las imágenes son el lenguaje único del arte.

"La racionalidad, lo racional, el juicio conceptual, quedan, como toda la lógica, fuera del arte.

"Un arte con ideas es monstruoso, y únicamente es auténtico, con la gran autenticidad de lo auténtico, un arte ajeno a las ideas.

"El fenómeno estético es arracional, no es intelectual, arranca del subconciente, como arrancó la religión, y no genera ideas, genera imágenes.

"Las ideas quedan decididamente fuera del arte dentro de la verdad lógica.

"Las leyes del arte son las leyes de la arracionalidad estética, de la arracionalidad artística".

Algunas de estas citas no están completas; pero en su reproducción, en la forma que lo hago, evidentemente dejo en claro el pensamiento del autor.

Lo anterior, a pesar de lo raro, no es una novedad, como podría creerse. Hace ya mucho tiempo estuvo en boga la doctrina llamada "formalismo", según la cual, la forma, la superficie sensual, es la única que contiene valor estético. Y tan allá como a fines del siglo XVI y principios del XVII se hablaba de las obras de la imaginación como opuestas a las de la razón.

Pablo de Rokha, al explayar sus ideas ahora, resucita algo que ya está hace tiempo muerto, divorciando el arte de la razón, y matrimoniándolo exclusivamente con la forma. Creo que la divergencia que hay entre muchas de las ideas de Pablo de Rokha y las mías, se debe a que ambos tenemos un concepto algo diferente de lo que es conciencia y lo que es subconciencia.

Para mí la conciencia reacciona más fácilmente ante las imágenes que la subconciencia, la cual (esta última) reacciona más generalmente ante las emociones, hambre, odio, miedo, calor, frío, sed, que no son imágenes. Pero también la conciencia reacciona ante estas emociones. Por otra parte, casi todo nuestro pensar, se resuelve en imágenes. La ciencia se estudia y se comprende con imágenes. Pensar es, generalmente, formar imágenes, recordar imágenes, relacionar imágenes.

Nuestro lenguaje mismo, nuestro lenguaje hablado, fué, en buena parte, de origen onomatopéyico. Se le daba a un animal su nombre, reproduciendo su grito natural. Aun nuestros bebés llaman al perro "wau-wau", y al gato "miau-miau", expresiones que llevan a la mente las imágenes del perro y del gato. Y nuestro lenguaje escrito tuvo también un origen de imágenes.

Nuestro cerebro, todo nuestro sistema nervioso, es una bodega de interminables películas de imágenes. Hay

más imágenes almacenadas en nuestro cerebro que en Hollywood. Que tantas caben allí lo sabemos porque sabemos cuánto cabe en un átomo, que es todo un mundo infinito. En los anaqueles más antiguos de esta bodega están las imágenes de la subconciencia, de la conciencia de la especie, de nuestra inteligencia más remota, de nuestros conocimientos primarios. Y en los anaqueles más modernos están las películas de nuestra conciencia individual. Nuestra subconciencia es la plataforma, son los cimientos de nuestra conciencia.

¿Por qué las imágenes del arte han de estar todas almacenadas en los departamentos de la subconciencia? Allí están, sí, las imágenes primitivas del arte, de la belleza; las más nuevas imágenes del arte están en el departamento de la conciencia, en el recuerdo más inmediato. El arte primitivo es exclusivo de la subconciencia; pero a medida que ha avanzado, se va acomodando cada vez mejor en la conciencia.

El subconsciente admiró la belleza de una rosa silvestre. El arte es belleza realizada. Pero los rosicultores han llegado, artificialmente, conscientemente, inteligentemente, racionalmente, por fecundación artificial y selección continuada, a producir rosas de una belleza inmensamente superior.

El arte, la belleza realizada por el hombre, no es un producto exclusivo de la subconciencia. Hay una gran diferencia, sin duda, entre "verdad", provincia de la ciencia, y "belleza" provincia de las emociones. Pero no hay aduanas rigurosas entre estas dos provincias. Hay inclusive, por así decirlo, carreteras pavimentadas, y propaganda turística para ir de una a otra provincia, tanto es así que podemos convertir actos conscientes nuestros en actos inconscientes, repitiéndolos tantas veces que les hemos dado la equivalencia de la antigüedad. La verdad existe, en sí, es permanente. La belleza es una apreciación relativa, transitoria, mudable, del hombre.

Recuerdo que, cuando chiquillo, colgaba en una pa-

red de mi dormitorio la policroma oleografía de una virgen, a la cual mi madre llamaba mi ángel de la guarda. Yo la miraba de noche, con la luz encendida; pero en cuanto apagaba la luz, naturalmente ya no la veía. ¿Es que se había ido la virgen? ¿Ya no estaba allí? ¿Me había abandonado mi ángel, cuando más había que cuidarme, cuando estaba obscuro, y yo tenía miedo? Encendía la luz de nuevo, y allí estaba la virgen otra vez. ¿Había vuelto? ¿Es que se iba con la obscuridad, y volvía con la luz? Yo creía que sí. Y no estaba equivocado. Evidentemente, la virgen no estaba allí cuando mi cuarto estaba a obscuras. Lo que había en la pared era una tela, con substancias sobre ella, que tenían diversas maneras de reflejar la luz. Es decir, eran colores potenciales, inexistentes cuando no había luz que reflejar. Existían como colores, como virgen, sólo cuando estaban reflejando la luz.

El lector me agradecerá, sin duda, que interrumpa la monotonía de mi lenguaje, reproduciendo parte de un diálogo que tuvieron acerca de este tema, hace mucho tiempo Alberto Einstein y Rabindranath Tagore. Este diálogo lo escuchó Dimitri Marionoff, en el portal de la casa de Einstein, cerca de Potsdam.

Einstein.— ¿La verdad, entonces, y la belleza, no son independientes del hombre? Si no hubiera seres humanos, ¿el Apolo de Belvedere no sería bello?

Tagore.— No.

Einstein.— Estoy de acuerdo con Ud. en esa concepción de la belleza; pero no acepto esa misma concepción de la verdad.

Tagore.— ¿Por qué no? La verdad es una concepción humana.

Einstein.— Creo que la verdad existe de por sí, independiente de la voluntad humana. No puedo probar esto; pero es mi religión.

Tagore.— La belleza está en el ideal de armonía perfecta que existe en el universo. La verdad es la comprensión perfecta del espíritu universal. Nosotros, como indi-

viduos, nos acercamos a ella, por medio de nuestros errores y equivocaciones, por medio de nuestra conciencia iluminada. ¿De qué otra manera podemos conocer la verdad?

Einstein.— No puedo probarlo; pero creo, como Pitágoras, que la verdad es independiente de los seres humanos. Es la lógica de la continuidad.

Tagore.— La verdad, que es una con la existencia universal, tiene que ser esencialmente humana; es decir, es verdad lo que el espíritu humano comprende que es verdad. Lo que se llama verdad científica —a la cual se ha llegado por procedimientos de lógica— es también verdad humana, pues se ha llegado a ella por medio de un órgano humano. La verdad es una apariencia, es lo que al espíritu humano le parece verdad.

Einstein.— El problema es averiguar si la verdad es independiente del razonar humano, si puede o no puede haber verdad independiente de la existencia del hombre. En cuanto a la belleza, creo que ésta no puede existir independientemente del hombre, porque es sólo una concepción humana. Pero creo que la verdad existe independientemente de la voluntad humana. Si no hay hombres, si no hay mente humana, el Apolo de Belvedere, que está en el Vaticano, dejará de ser bello, porque no hay quien lo juzgue. Pero, aun no habiendo hombres, el Apolo de Belvedere seguirá existiendo, será una verdad que seguirá estando en el Vaticano.

Tagore.— En todo caso, si hay alguna verdad que no tiene relación alguna con el espíritu humano, es una verdad que para el hombre no existe.

He reproducido este diálogo, que no está en ningún libro, no para corroborar ideas mías, sino para mostrar que si bien es argumentable que la verdad exista o no en sí, independientemente del hombre (y yo creo, como Einstein y como Pitágoras, que existe en sí y que existía antes que existiera el hombre, y que seguirá existiendo aunque no exista el hombre) parece quedar fuera del limbo

de la duda el hecho de que la belleza no existe en sí, sino que es una concepción humana, subconsciente y consciente, con imágenes que representan ideas, y con ideas que se expresan en imágenes. Y si esto ocurre con la belleza, con mucho mayor razón ocurre con el arte, que es la realización humana de la belleza.

Y, como la belleza es relativa al hombre, como no es independiente de él, —como lo es la verdad— como es una concepción humana, hay cambios, hay evolución, en el concepto que tenemos de ella. Hay modas, hay adaptación consciente a las nuevas formas de vida. Sí, modas, como en la manera de vestirse de la gente. Recuerdo que, cuando yo era niño, mi hermana Carmela, y todas las mujeres de entonces, usaban unos enormes polisones, que les daban extraordinaria prominencia a sus nalgas. Eso lo considerábamos bello. Recuerdo también cuánto me chocó a mí, como a todos, el cambio súbito de moda, lo ridículas que se veían las mujeres cuando se suprimió el polisón. Parecía como si les hubieran suprimido parte de su cuerpo.

El arte ha evolucionado, a través de las edades, de acuerdo con los cambios inherentes a la evolución humana, siguiendo la evolución de sus procedimientos de trabajo, de producción y distribución. Los hombres primitivos grababan en la arcilla, o la piedra, figuras de los animales que cazaban; después, en sus obras de arte, aparecían las luchas humanas cuerpo a cuerpo, y después con sus diferentes armas de combate, carros, flechas, escudos. Con los egipcios, superticiosos, medrosos de la muerte, su arte se encierra en tumbas, sarcófagos, momias. Con los griegos, amantes de la vida y los deportes, su arte exalta la figura humana, Venus, Apolo. La edad media, mística, desarrolla un arte de claustro, vírgenes, madonas. Y todo esto se refleja también en la arquitectura, en la literatura, en la poesía. Los poemas de Homero se desenvuelven entre hazañas guerreras. El Dante y Milton son místicos, como su tiempo. La filosofía evoluciona en la misma forma. Es esclavista en los tiempos de Pericles.

Es libertaria en los tiempos de la Bastilla. Se va haciendo materialista a medida que avanzan la industria y la ciencia. Pero sigue siendo sirviente, como el arte, de las clases dominantes, a las cuales defiende, porque de ellas recibe sus favores.

En materia de estética, nada nos gusta a usted o a mí por mera casualidad, así como nada, en nuestra alimentación, nos gusta por mera casualidad. A ningún hombre le gustaría, en su almuerzo, una ensalada de pernos y tornillos, por la sencilla razón de que no los puede digerir. Nos gusta lo que podemos digerir y asimilar. Así también, a una vaca no la puede usted hacer que se coma un biftec, y a un tigre no lo tentaría con una ensalada de apio. Por qué nos gustan las ostras, y no las lagartijas, y tantos otros bichos que podríamos asimilar, tiene también su explicación natural, aunque usted no la haya encontrado. En Colombia es un deleite comer ciertas especies de hormigas, cocinadas. ¿No le gustan a usted los caracoles (escargots) y las ranas? A mí, sí, como a tantos gourmets. Sobre el arte culinario se ha escrito relativamente poco, y creo que merece más libros que el arte pictórico.

El niño, en su vida intrauterina, sigue el desarrollo que siguieron las diversas especies de animales de las cuales desciende. Repite, en poco tiempo, el ciclo de una evolución de millones de siglos. Ya nacido, en su primera infancia, repite la historia de la humanidad, en sus tendencias naturales, y en cuestiones de estética también. Los cuentos de hadas, de animales salvajes, de aventuras de Tarzán, corresponden a la edad primitiva de la raza humana.

*

No hace mucho la señora Amanda Labarca dictó en la Universidad de Chile una conferencia, bajo los auspicios del Instituto Arabe-Chileno de Cultura. El sugestivo título de esta disertación era: "Donde se vive la historia". Yo escuché esta conferencia, en que narraba sus impresiones de un viaje al Medio Oriente, Grecia, Egipto, Pa-

lestina. Y nos dijo que allá se "vive la historia", porque, en muchas de sus costumbres, coincide el pasado con el presente, dándonos como uno de los ejemplos, la utilización simultánea del camello y del automóvil, para el transporte.

La señora Labarca no necesitaba hacer tan largo viaje para descubrir esto. En su propia tierra podía ver a la mula macilenta, pisar, en las laderas de nuestras montañas, la sombra pasajera del avión que, como cóndor, atraviesa las nubes. Y en el niño, de cualquiera parte, puede ver que en él se vive la historia. Y en cada uno de nosotros también, cada día, cada hora, vivimos el presente y el pasado. Así también, en toda obra de arte, está el pasado viviendo en el presente.

En el arte, que es expresión de sentimientos, de estados afectivos, y de ideas y pensamientos —lo que no cree Pablo de Rohka— hay, sin duda, modas. Pero aunque yo me conformé con la supresión del polisón en mi hermana, y las mujeres, en general, no me conformo con la moda de la supresión de las ideas en los versos. No estoy de acuerdo con Pablo de Rokha, en que el arte debe estar despojado de ideas, que debe estar reñido con las ideas. Y él mismo parece caer en contradicción cuando quiere un arte político, porque difícil es concebir la política sin ideas, aunque tengamos que admitir que hay políticos sin ideas.

Pablo de Rohka es marxista, y cita al escritor marxista Jorge Plejanov, en **Arenga sobre el Arte.** Pero Plejanov dice, en "El Arte y la Vida Social", en contradicción con **Pablo de Rokha:** "El valor de una obra de arte se determina principalmente por el valor específico de su contenido". "La obra artística no puede prescindir del contenido ideológico". "A gran número de artistas contemporáneos, lo viejo no les satisface por la única razón de que mientras el público lo continúe apreciando, su propia personalidad quedará inédita". Ataca a Teófilo Gautier, por decir que

"la poesía no sólo no demuestra nada, sino que tampoco relata nada, y que la belleza del verso depende sólo de la musicalidad y del ritmo". Fué Plejanov quien dijo que el cubismo es la estupidez elevada al cubo.

Pablo de Rohka condena a los poetas que se someten a las formas tradicionales, arcaicas, del verso, con ideas, ritmo y rima. Iconoclasta fornido, a golpes de hacha, con su estilo titánico, trata de pulverizar toda la métrica, echando abajo ritmos trocaicos, yâmbicos, dactílicos, anfibráquicos, anapésticos, y todas las antiguas estrofas de los poetas de ayer.

Yo, personalmente, soy lo menos poeta que pueda ser una persona. Lo voy a demostrar reproduciendo unos versos que escribí, como reacción burlesca a los versos huérfanos de ideas que con frecuencia leía. No los escribí para publicarlos, por cierto, y los reproduzco aquí sólo porque esta autobiografía es, en verdad, una confesión de mis pecados capitales. A continuación la constancia del delito:

QUE ES POESIA

Este verso,
claro y terso,
tiene idea
para todo
quien lo lea.
Nada raro,
todo claro
como el día,
te declaro
no se llama
poesía.

Fácil nace;
desde base
hasta cima
tiene rima.
Gusta como
cuando tomo
agua pura
de la altura.
Sin embargo,
no se llama
poesía.

Tiene ritmo;
es un himno
de candor
al amor
para gente
que lo siente,
y cualquiera
que lo oyera
te diría:
no se llama
poesía.

Ese otro poema
carece de tema;
no tiene una idea,
cualquiera que sea;
no tiene sentido,
ni agrada al oído.
Confuso y obscuro,
te digo, seguro,
que goza de fama;
por eso se llama
poesía.

No tiene ni rima,
ni sabe de lima.
Cadencia tampoco;
es verso de loco,
que nadie comprende
y a nadie pretende
hacerlo pensar,
y sólo reclama
que eso se llama
poesía.

Si dices que Elena
estaba serena
en medio de tanto
agudo quebranto,
comprende cualquiera
lenguaje tan claro.
Por eso, declaro,
no es poesía.

Si dices que Elena
"con alma de luna
y salsa de nube,
se casa mañana
con nieve cocida",
no tiene sentido.
Por eso te digo
que es poesía.

Después de haber escandalizado al lector con estos versos de que me acuso, permítame que reproduzca el principio de la primera estrofa de unos versos de Rafael Alberti. La poesía a que me refiero se llama "El Museo del Prado", y la considero bella; la comprendo, la encuentro llena de ideas:

¡El Museo del Prado! ¡Dios mío! Yo tenía
pinares en los ojos y alta mar todavía,
con un dolor de playas de amor en un costado,
cuando entré en el cielo abierto del Museo del Prado.
¡Oh asombro! ¡Quién pensara que los viejos pintores
pintaran la pintura con tan claros colores,
que de la vida hicieron una ventana abierta,
no una petrificada naturaleza muerta,
y que Venus fué nácar y jazmín transparente,
no umbría, como yo creyera ingenuamente!

Creo seguro que Pablo de Rokha conoce esta poesía en su magnífica totalidad. ¿Le gusta? No debe gustarle, primero, porque tiene ideas, y luego porque tiene ritmo, y, para colmo de pecados, rima, y porque es una forma arcaica, alejandrinos castellanos, con sus rigurosos acentos en la 6.a y 13.a sílabas.

¿Que lo viejo, lo antiguo, no es bello, no es arte, porque es arcaico? ¿Debemos renegar del pasado, y apreciar sólo el presente, con miras al futuro? No lo creo. Del pasado debemos descartar lo que ya no sirve; pero debemos conservar lo que sirve, en todo orden de cosas, materiales y espirituales: filosofía y arte inclusives. El automóvil, al reemplazar la carreta, suprime los bueyes, pero conserva las ruedas, readaptadas. Mucha de la filosofía griega de cuatro siglos antes de Cristo, es valedera hoy día, con nuevas interpretaciones.

El pasado muere, y resucita perfeccionado. La forma más antigua de periodismo, era el diario hablado, el pregonero, que gritaba las noticias en las calles. En tiempos de la Colonia, iba por las vías públicas de Santiago un pregonero que anunciaba las noticias, inclusive las defunciones, pidiendo a los moradores que rezaran por el alma de los muertos. Hoy, el diario hablado de la radio no es sino la resurrección del antiguo periodismo hablado, con nuevos métodos de producción. Y es tan honda y placentera la evo-

radio: "Ave María Purísima, las ocho han dado y sereno...". Antes de la civilización esclavista de Grecia, hubo un comunismo primitivo, como lo hubo en nuestra América. El siglo XX lo ve resucitar, en forma más evolucionada, con nuevos métodos de producción. Y yo, personalmente, el protagonista de este libro, no soy sino una reedición moderna del vástago de un godo y una araucana, concebido a orillas del Maule, hace ya cuatro siglos

Naturalmente, la forma debe adaptarse al gusto de la época, y al nivel mental de quien la juzga. Así como un néctar puede vaciarse en ánforas de distintas formas, las ideas, los pensamientos, las emociones, pueden vertirse en diferentes formas de lenguaje. La forma es el envoltorio, botella o estuche, en que le entregan a usted algo. Para mí, siendo importante el paquete, es más importante lo que hay dentro de él.

El envoltorio debe ser apropiado al contenido. Usted no sirve champagne en un plato sopero o una taza. Recuerdo una anécdota que tiene algunas palabras sucias, la que viene al caso para ilustrar lo que digo, y que voy a reproducir, tomando en consideración que el lector ha sido advertido de que este libro es sólo para mayores. Casi seguramente el que lo lee conoce las palabras sucias que voy a usar, y no hay daño en que se le presenten de nuevo. O bien, no las ha oído nunca y no conoce siquiera su significado. Menos daño habrá entonces. A no ser que se vaya deliberadamente a buscar en el diccionario las palabras que supone sucias, y procede como las señoritas ésas, cuyo padre se fué a quejar a una casa de su vecindad porque un joven se desnudaba allí con las ventanas abiertas, ofendiendo el pundonor de las doncellas. Cuando se le dijo al reclamante que sus hijas no podían, desde sus balcones, alcanzar a ver las ventanas ofensivas, el padre explicó que las muchachas miraban con sus gemelos de teatro. Si usted es muy timorato, no mire esta historieta con gemelos de teatro. Allá va el cuento.

En nuestra antigua Escuela de Medicina, que era muy pobre, la cátedra de anatomía y fisiología la desempeñaba un mismo profesor, simultáneamente, para los alumnos de medicina y los de veterinaria. Estos últimos fueron a pedir al Rector que dividiera la clase, porque el lenguaje que usaba el profesor para los futuros médicos era muy elevado, y no lo comprendían bien los alumnos de veterinaria.

El Rector les dijo que la Escuela no tenía fondos para pagar dos clases diferentes; pero que le pediría al profesor que les hablara en un lenguaje más claro, que estuviera al alcance de todos los alumnos. Accediendo a esta petición, el profesor hizo sentarse, en la próxima clase, a los alumnos de medicina a su derecha, y a los alumnos de veterinaria a la izquierda, y les dijo que, por petición de estos últimos, le iba a hablar a cada grupo en lenguaje que le entendiera. Inició su clase dirigiéndose sucesivamente a cada grupo, en esta forma:

Estamos estudiando el proceso de la digestión. Primero, la comida **(para los alumnos de medicina)**, el pienso **(para los alumnos de veterinaria)**, entra en la boca **(para los alumnos de medicina)**, en el hocico **(para los alumnos de veterinaria)**; sigue al esófago **(para los alumnos de medicina)**, al cogote **(para los alumnos de veterinaria)**; entra en el intestino **(para los alumnos de medicina)**, a las tripas **(para los alumnos de veterinaria)**; sale por el recto **(para los alumnos de medicina)**, por el culo **(para los alumnos de veterinaria)**; es excremento **(para los alumnos de medicina)**, y mierda **(para los alumnos de veterinaria)**.

El lenguaje de esta historieta ¿lo usaría un escritor celoso de su estilo? Si quisiera evitar las palabras groseras, usando eufemismos, la anécdota perdería toda su gracia. Naturalmente, este lenguaje tiene que guardar, como todo lenguaje, como toda forma, relación con lo que se dice y con el auditorio. Para contarlo entre señoritas debutantes, o que se están preparando para hacer la Primera Comunión, no sirve. Pero no sólo no sirve el lenguaje. No sirve la historieta. Por cierto, no serviría para contársela a

las damas de Copiapó, a no ser muy en privado. Mi mujer es oriunda de esa ciudad del Norte Chico, y me ha contado que, cuando ella estaba allá, era costumbre de la "sociedad" enviar a sus criadas al teatro cada vez que llegaba una Compañía, para que informaran en cuanto a su moralidad. Esta censura previa la iniciaron porque, en una ocasión, en un estreno, a una de las actrices se le salió del escote un robusto seno, en pleno proscenio, con el teatro iluminado a **giorno**. Ella, aparentemente confundida, pidió excusas, y se lo arregló frente al público. No se supo nunca si la salida del seno fué intencional o casual. Las señoras creían lo primero, y sus esposos, lo segundo. Había que ver —esto me lo ha contado mi mujer— cómo en los hogares las esposas hacían a sus maridos "la reconstrucción del crimen", para probarles que, necesariamente, había tenido que ser con premeditación y alevosía.

Dije que este cuento del profesor de medicina no se le podría contar a las damas de Copiapó, sino muy en privado, pero no deseo que el lector se quede con la idea de que yo creo que los cuentos para mujeres han de ser delicados, como jazmines y azahares. Nada de eso. Ellas tienen tanto sentido del humor como nosotros, y no se escandalizan —va en su honor— con los cuentos sexuales. Por convención, un cuento así llamado obsceno, no es para que lo escuchen mujeres reunidas con hombres. Pero la verdad es que los cuentos "sólo para mujeres" son, a veces, más fuertes que los cuentos "sólo para hombres".

En todo caso, el cuento del profesor de anatomía es apropiado en una sobremesa de sargentos y marineros. Reconozco que, para este libro, no es apropiado, y se pone aquí porque mi autobiografía es didáctica más que artística.

Yo me encuentro en pugna con muchas de las formas ultramodernas del arte, en la poesía, en la pintura, en la escultura, y aún en la música. Son muchos los casos en que se han hecho experimentos, en los Estados Unidos y en Europa, para someter al juicio de expertos en arte mo-

derno telas ultramodernistas. Se ha tomado un cierto número de telas de pintores que gozan de gran reputación como futuristas, y se han mezclado con telas pintadas, unas veces por locos o idiotas, otras veces por niños de menos de diez años, y se les ha pedido a los expertos que digan cuáles son de los artistas de reputación y cuáles de los imbéciles o los niños. Y los expertos han desbarrado de lo lindo, equivocándose en la mitad de los casos.

Yo creo que si se hiciera el mismo experimento con mucha de la poesía de los más famosos surrealistas, ocurriría lo mismo. ¿Qué dirían los críticos de los versos que voy a reproducir, si no supieran que son de André Breton traducidos por Agustín Lazo, publicados y aplaudidos por nuestra revista "Pro-Arte"? Habla el poeta de su mujer, y yo estoy seguro de que, adorándome como me adora mi esposa, si yo hubiera escrito estos versos acerca de ella, no habría querido vivir más conmigo. Cito sólo parte de este "poema", porque no tengo que ejercer venganza alguna contra mis lectores.

Mi mujer, de lengua de hostia apuñaleada,
mi mujer de hombros de champagne,
mi mujer de piernas de huso,
de movimientos de relojería y desesperación,
mi mujer de pantorrillas de médula de saúco,
mi mujer de pies de iniciales,
de pies de llavero, de pies de pajarillos que beben,
mi mujer de cuello de cebada imperlada,
mi mujer de garganta del Valle de Oro,
de cita en el lecho mismo del torrente,
de senos de noche,
mi mujer de senos de madriguera marina,
mi mujer de senos de crisol de rubíes,
de senos de espectros de la rosa bajo el rocío,
mi mujer de vientre de despliegue de abanico de los días,
de vientre de garra gigante,

... ...

mi mujer de nalgas de greda y de amianto,
mi mujer de sexo de yacimiento y de ornitorinco,
mi mujer de sexo de alga y de bombones viejos,
mi mujer de sexo de espejo,
mi mujer de ojos llenos de lágrimas,
de ojos de panoplia violeta y de aguja imantada,
mi mujer de ojos de sábana,
mi mujer de ojos de sábana para beber en prisión,
mi mujer de ojos de leño siempre bajo el hacha,
de ojos de nivel de agua, de nivel de aire, de tierra y de
[fuego.

Este no es un volumen de crítica literaria, y por eso no me ocupo de otros temas que abarca Pablo de Rokha en su libro. Nos habla de que el arte está acondicionado por el hambre, a través de la historia. Lo cierto es que toda la historia de la humanidad, en todos sus aspectos, políticos, sociales, artísticos, está acondicionada por el hambre. "La historia de la humanidad", ha dicho Van Loon, es la historia de un animal hambriento en busca de alimento". Si el alimento hubiera sido abundante en la Tierra, como el aire, y el agua hubiera sido escasa, y el hombre hubiera tenido que luchar para conseguirla, la historia de la humanidad, y el arte, en consecuencia, habrían sido acondicionados por la sed.

Volviendo a mi conciencia, quedamos en que lo que yo entiendo por conciencia no es lo que entienden los expertos en filosofía académica. Y lo que entiendo por subconciencia, tmapoco. Y en cuanto a cómo es la lucha, entre ellas, y cuál va a triunfar definitivamente, tampoco.

Evidentemente hay conflicto entre la conciencia y la subconciencia. La segunda le ordena al individuo que tiene hambre, que tome el alimento donde lo encuentre. La conciencia —educación directa y refleja del individuo, no de la especie— le dice que no lo tome, sino allí donde tiene "derecho" a tomarlo. Y lo mismo ocurre con todo otro orden de cosas. La conciencia obliga a la subconciencia a

dominarse, y lo logra si los imperativos de la subconciencia no son ineludibles.

Esta lucha entre la conciencia —educación adquirida en vida— y la subconciencia —educación heredada por la especie— se libra constantemente en todos nos tros. A veces el subconsciente pilla de sorpresa, totalmente desprevenida, a la conciencia, y sale con la suya, como en el caso a que me he referido antes, en que yo jugaba al luche con una docena de niñitos

La conciencia tiene que reprimir muchas tendencias del subconsciente; pero en esta lucha, entre conciencia y subconciencia, ninguna de las dos está llamada a derrotar a la otra. No se puede vivir sin la subconciencia, pues cesarían nuestras actividades orgánicas vitales, la respiración, la digestión, la circulación de la sangre, etc., y no se puede vivir sin conciencia, es decir, sin educación adquirida durante la vida. Hay, y debe haber, una especie de zollverein, una unión aduanera, entre conciencia y subconciencia. La conciencia puede influir en la subconciencia, e imponer su voluntad por medio de la autosugestión; la subconciencia puede influir y ayudar a la conciencia.

Veamos, si no, el auge que ha tomado la Christian Science, una de las religiones más extendidas en los Estados Unidos, y que se desparrama por el mundo en general. Esta religión descansa en el principio científico de que la voluntad —inteligencia consciente— puede influir y curar todas las enfermedades funcionales. Aun en la religión católica, la oración, con que se pide fervorosamente algo a Dios, es un acto de autosugestión, un esfuerzo de la voluntad para influir sobre el subconsciente, apelando a las emociones. Y la confesión, del culto católico. se anticipó a Freud para curar o prevenir conflictos mentales, escudriñando en los fondos de la conciencia y de la subconciencia.

Yo me he embriagado sólo una vez en la vida. No lo hice deliberadamente. Asistía, cuando tenía unos dieciséis años, a la celebración de un cumpleaños. Y el resto de los

muchachos y muchachas asistentes, sabiendo que yo tenía fama de temperante, se propusieron hacerme beber hasta que me embriagara. Disponían para ello de abundante ponche, medianamente dulce, y muy agradable al paladar. Cada muchacha me obligaba a beber una copa con ella, y si yo rehusaba, se me daba por ofendida. Salieron con la suya. A las cinco de la mañana, nos fuimos para el mercado, a tomar desayuno, un grupo de muchachos, de los cuales yo era el que estaba más embriagado, pero no cosa de que no me pudiera mantener en pie. En el mercado, entre los vendedores de legumbres, y los parroquianos madrugadores, yo me puse de pie en la mesa, al lado de las tazas de chocolate, y principié un hondo discurso acerca del tema de que las lechugas tienen alma.

Más tarde, estudiando este incidente, he tratado de averiguar por qué me dió a mí por filosofar cuando estuve embriagado.

Desde hace mucho tiempo me he empeñado en estudiar las reacciones de la gente embriagada a la cual conozco, o he conocido. Y he llegado a ciertas conclusiones propias, que deben ser confirmadas por otros observadores, para que las cancillerías científicas les den visa y pasaporte de verdad. He encontrado que al embriagarse una persona, ya no es dirigida por su conciencia, que está embotada, sino por su subconsciencia, ambas en lucha, naturalmente. Es en estos casos cuando mejor se manifiesta en su personalidad la herencia de sus antepasados. Pero no debe inferirse de lo anterior que la herencia es la directora incontrolada de nuestra conducta social. La directora de nuestra conducta en la comunidad humana es resultado de nuestra educación individual, directa y refleja.

El poeta Pedro Antonio González fué amigo de mi hermano. Yo lo ví embriagado muchas veces, y era muy amable conmigo en esas ocasiones. Me hablaba como a un igual, siendo que cuando estaba sobrio me miraba muy en menos. Tal vez por eso recuerdo sus dulces borracheras. El admitía que sus mejores versos los escribía cuando ha-

bía bebido lo suficiente para sumergirse en el pasado, tal como le ocurría a Edgar Poe. El pobre murió en el hospital de San Vicente, en una sala común, sin pijamas, que no los había entonces, y sin calzoncillos, que los había. Toda su vida fué una novela bohémica. Vale la pena que recuerde algunos detalles, que jamás han sido escritos y que son muy poco conocidos.

Habiendo sido nombrado por una viuda apoderado de su hija, una muchacha de quince abriles, murió la señora, y el poeta se quedó con la chiquilla, sin pariente alguno, a su cargo. ¿Qué hacer con ella? Le hizo versos. Todavía resuena en mis oídos la primera estrofa de los versos con que la saludó al cumplir años, bajo su tutela. Ella era negroide, picada de peste, muy fea. Así principiaban sus versos:

Melancólica virgen morena,
de magníficos bucles castaños,
y de pálida tez de azucena,
yo saludo tus bellos quince años.

Pero los versos no podían cuidar de la virgen melancólica. Se consideró obligado a casarse con ella para cuidarla. Y lo hizo. Juan Nepomuceno Espejo, Rector del Instituto Nacional, y Mecenas del arte, le obsequiaba entonces un cuarto al poeta en el Instituto. La noche del día que se casó estaba escribiendo versos sobre su "mesa tripódica", y tuvieron que enviarle a un mensajero a recordarle que se había casado y que su desposada lo estaba esperando. ¿Cuál era la herencia del pasado de Pedro Antonio González? ¿Tenía ella algo que ver con El Monje? ¿Cuál era la herencia del pasado de Edgar Poe? ¿Tenía algo que ver con "El Cuervo?"

Mis observaciones, como he dicho, me enseñan esto. Al embriagarse una persona, embota sus facultades conscientes, y predomina en él el subconsciente, la herencia del pasado. Casi todos los hombres se ponen más belicosos cuando están ebrios, porque belicosos eran sus antepasados. Alguno sien-

ten más avivada su inteligencia, otros se sienten más tristes: cada uno, estando ebrio —no totalmente ebrio— se comportará como se han comportado sus antepasados. Porque nuestros lejanos antepasados eran como bestias sanguinarias, a los soldados que van a entrar en batalla, se les da alcohol, para adormecer su conciencia, y dar rienda libre a la subconciencia.

Por eso también a los hombres, aunque no vayan a la batalla, les gusta beber, porque, en cierta manera, el alcohol ahuyenta la realidad presente, hace olvidar "el peso" de la vida. Y por eso también todos los otros narcóticos, desde el tabaco hasta el opio.

Antes de terminar este capítulo de mi vida, que tiene que ver con mi conciencia, porción importante de mi persona, debo ocuparme de otro tipo de conciencia que viene desarrollándose en la humanidad, y que es una etapa superior al subconsciente y al consciente individuales. Me estoy refiriendo a la conciencia colectiva. Con esto quiero decir el pensar en conjunto, como actúa una batería que agrupa muchas pilas eléctricas, para crear una fuerza común. El origen de esta conciencia colectiva es algo lejano, y la comparten con nosotros algunos otros animales. Es el instinto de la manada (herd instinct); es el espíritu de cuerpo (esprit de corps). En cada uno de nosotros, se agrupan las células para la subsistencia, defensa y crecimiento del individuo. Los individuos, a su vez, se agrupan como células para la defensa de intereses de clase. Y cuanto más se desarrolla este instinto social —llamamos así a esta inteligencia colectiva— más progresa la especie, como lo vemos en las abejas, las hormigas y el hombre.

El hombre es el animal que ha desarrollado esta inteligencia colectiva en un grado más alto. El hombre ha llegado a ser "el rey de la creación", como pomposamente se llama a sí mismo, porque se ha asociado con el hombre, primero para defenderse de los otros animales, después para subyugarlos y ponerlos a su servicio, como alimento o como esclavos domésticos. Y todo el tiempo, para someter

los elementos de la naturaleza, para dejar de ser dominado, y dominar el medio en que vive.

Esta conciencia colectiva, familia, clan, tribu, nación, ha venido formando un tercer cerebro en el hombre, por selección natural, y por estimulo artificial. En la raza humana, esta conciencia colectiva la hay en las clases poseedoras, clubes de todo orden, sociales, masónicos, rotarios, asociaciones patronales, bancarias, etc.; y la hay entre los proletarios: sindicatos, federaciones, confederaciones. La lucha hoy no es tanto entre hombre y hombre, como entre grupo y grupo.

Y en esta lucha triunfarán, en definitiva, los más capaces, en obedecimiento a una ley universal. Más capaz no quiere decir más fuerte. El hombre es más fuerte que el bacilo de una peste, y la peste negra mató a veinte millones de hombres en la Edad Media, cuando Bocaccio estaba escribiendo sus cuentos. Y el hombre es más débil que los tigres, las panteras y los leones, y los ha vencido. Más capaz no quiere decir más inteligente. A un hombre inteligente, desarmado, lo puede matar un idiota, con un revólver o un puñal. Más capaz quiere decir simplemente mejor preparado para triunfar en un momento dado. La unión de los obreros, de los empleados, de todos los asalariados, de toda la multitud anónima que trabaja, que produce, que hace posible la marcha de la civilización, y que sufre, por mediocre que sea cada uno de ellos individualmente —y es mediocre, porque se le ha mantenido mediocre— si están unidos, empujados por su conciencia colectiva, pueden derrotar a los individualmente inteligentes y poderosos. Estos se agrupan también; pero sus grupos son necesariamente más pequeños, y puede llegar cualquier momento en que su capacidad para la lucha sea inferior, y entonces no le quedará otro recurso que someterse o morir.

V

NO TENGO LIBERTAD PARA NADA

HABIA un mercader en Bagdad, quien envió a su sirviente al mercado, a comprar provisiones. El criado volvió, pálido y temblando, y le dijo a su amo:

—Señor, cuando llegué al mercado, alguien me empujó entre la multitud, y cuando me volví para mirarlo, vi que era la Muerte. Ella me miró también, y me hizo un gesto amenazante. Prestadme vuestro caballo, para irme a Samarra, y allí la Muerte no me encontrará.

El mercader le prestó su caballo; el sirviente lo montó, y se fué a Samarra, tan a prisa como pudo, a todo galope. El comerciante se encaminó entonces al mercado, a buscar a la Muerte, a la cual, al encontrarla, le dijo:

—¿Por qué le hiciste un gesto amenazante a mi sirviente, cuando lo viste, esta mañana?

—Ese no fué un gesto amenazante —le contestó la Muerte—. Fué sólo un gesto de sorpresa. Me extrañó verlo en Bagdad, siendo que debo encontrarme con él esta noche en Samarra."

Este cuento no lo cuento yo. Simplemente lo repro-

duzco. Lo cuenta Somerset Maugham. Se llama "Destino". Es una historia fantástica, que ilustra la teoría del determinismo. Estaba determinado que el sirviente muriera esa noche. El, en extraño caso de hipermnesia, se anticipa a ver la Muerte, en Bagdad, y huye de ella, para evitarla, yéndose a otra ciudad, a Samarra. Pero no logra su objetivo con huir; no puede esquivar la Muerte. Estaba determinado que muriera esa noche en Samarra, y él mismo toma un caballo, para irse a todo galope, a encontrarse con su destino.

Eso creo yo que me ocurre a mí: voy en todo momento a encontrarme con mi destino, a hacer lo que estaba determinado que tenía que hacer. Pero ¿es eso cierto? ¿Tiene base científica mi creencia? ¿O es una simple fantasía? ¿Es que en realidad no tengo libertad para hacer lo que quiero? ¿Es que todo lo que hago es lo que inevitablemente tenía que hacer? ¿No estoy escribiendo mi autobiografía porque me da la gana? ¿La escribiría si no me diera la gana, si no quisiera escribirla?

Anoche fuí al cine, porque quise. Si no hubiera querido, no habría ido. Después pasé a tomar una taza de café, porque quise. Si no hubiera querido, no habría tomado la taza de café. Le dí una propina al garzón, porque quise, pues la propina estaba incluída en la cuenta. Si no hubiera querido darle la propina, no se la habría dado. ¿Cómo, entonces, puedo decir que no tengo libertad para proceder de acuerdo con mi propia voluntad?

Para estudiar esto con cierto método, será necesario que primero nos pongamos de acuerdo en cuanto a qué es libertad. Sin usar terminología filosófica, yo diría que libertad es la facultad que uno tiene para "hacer lo que le da la gana".

Pero esta definición tiene, naturalmente, obvias limitaciones. Se refiere sólo a aquello que está dentro de las posibilidades humanas. No podemos hablar de libertad para echarnos la luna al bolsillo, o para echar todo el Océano Pacífico en la copita que le pasé vacía a mi her-

mana. Además de esta primera limitación de la libertad —la imposibilidad material— están todas las restricciones jurídicas a la libertad, que nos prohiben actos que van en perjuicio de tercera persona.

Anotemos, de paso, que esto restringe acaso el 99% de nuestra libertad. Por cada acto que físicamente podemos ejecutar hay miles de actos que físicamente no podemos ejecutar. Podemos comer y digerir la carne, la fruta y las legumbres; pero no podemos digerir ni la tierra, ni las piedras, ni los metales. Podemos respirar aire, pero hay miles de gases que no podemos respirar. Usted podrá correr desde uno hasta diez mil metros por hora; pero no podrá correr a razón de veinte mil, ni treinta mil, ni cuarenta mil o más metros por hora. No tengo para qué seguir enumerando: las limitaciones son mucho más numerosas que las posibilidades.

Jurídicamente, ocurre lo mismo. Por cada acción que se nos permite, hay centenares o miles que se nos prohiben. Para convencerse de esto no hay más que echar una rápida ojeada al Código Penal. Y hay miles de cosas que se nos prohiben que no están catalogadas en el Código Penal.

Económicamente, ocurre otro tanto. Tenemos libertad para viajar, para ir en aeroplano a París o Nueva York. Pero si no tenemos el dinero necesario, vale tanto esa libertad como la que le pudiéramos dar a un murciélago para hacer de tenor en una ópera en el Teatro Municipal. Tenemos libertad para vivir en el Crillón o el Carrera, para jugar al golf, para comprar un Palacio en el Barrio Alto, pero para el 999 por 1.000 de la gente, esas libertades son como la libertad que tenemos para ir a la luna en bicicleta.

En lo anterior no puede haber discrepancia de opiniones. Es evidente que no disfrutamos de libertad para hacer lo que queramos en los casos citados, y millones y millones de casos similares. Lo que estamos estudiando es si tenemos libertad para hacer lo que queramos, cuando

esto está a nuestro alcance, material, económica y jurídicamente, como es el caso de si yo tengo libertad para escribir esta biografía o para no escribirla, si me da la real gana.

Estudiándome cuidadosamente, he llegado a la conclusión —a que han llegado filósofos como Spinoza y otros— de que no tengo libertad para nada, que todo lo que he hecho en la vida he tenido que hacerlo; que todo lo que hago tengo que hacerlo; que todo lo que haré tendré que hacerlo. En otras palabras, todo lo que ocurre tiene que ocurrir tal como ocurre.

Según esta teoría, nadie tendría responsabilidad por lo que hace, puesto que no tiene libertad para hacer lo que hace. Es oportuno recordar en esta ocasión la anécdota del filósofo griego que predicaba el determinismo, cuyo esclavo le rompió una valiosa ánfora. El filósofo le dió de latigazos. Lloroso el esclavo, le dijo:

—¿Por qué me dáis de latigazos, amo, cuando sostenéis que todo está determinado de antemano, que lo que sucede tiene que suceder, que hace miles de años estaba determinado que yo iba a romper hoy esta ánfora?

—Porque también hace miles de años —le contestó el filósofo— estaba determinado que te diera de latigazos cuando la rompieras.

En una ciudad donde estaban imperando los asaltos de bandidos, un señor, que tenía fama de determinista, llevaba siempre un revólver en el bolsillo, porque sabía que si no iba armado, no tendría cómo defenderse. Alguien quiso reirse de él, y le dijo:

—Si usted cree que el día de la muerte de cada hombre está fijado, y que nadie, ni nada, pueden cambiar esa fecha, ¿por qué lleva usted un revólver consigo?

—Porque —contestó— puede ocurrir que me encuentre con un hombre a la hora precisa en que está determinada su muerte.

Lo anterior puede parecer una broma, pero es una verdad. Analicemos este problema a fondo. Y, como se tra-

ta de mi autobiografía, tomemos mi propia persona para este estudio. Me remontaré a épocas anteriores a mi nacimiento, pues en esta autobiografía yo me presento ante el lector como un especimen animal, con todas sus características heredadas, tal como si fuera una lagartija, para el estudio de su individualidad y sus reacciones al frente de las contingencias de su vida. Soy un hombre mediocre, de los que nacen uno cada minuto, un hombre que, como Sócrates, se considera el hombre más sabio de su tiempo, porque estima que su sabiduría consiste en saber que no sabe nada, atónito ante todo, que renuncia a comprender el universo, y se conforma si llega a comprenderse a sí mismo, como lo aconsejó el propio Sócrates.

No nos vamos a remontar a miles de millones de años atrás, al nacimiento del sistema planetario, que ocurrió, según cálculos científicos, hace unos cinco o diez mil millones de años. Entre estos planetas estaba, desde entonces, la Tierra, que es un pedazo del Sol, un pedazo de estrella, y, como yo soy partícula de este planeta, soy, a la vez, diminuto pedazo de estrella, lo que no deja mal puesto mi árbol genealógico, en ningún caso inferior al del poeta Dublé Urrutia. Ahí nos confundimos.

Cómo fué naciendo la vida en este planeta es algo que han estudiado los hombres de ciencia desde los tiempos más remotos. Por cierto, yo descarto la interpretación fantástica, que nos da el libro del Génesis de la Biblia, según el cual Dios creó el mundo en siete días. Esto lo descartan, y lo consideran como simbólico, aún los institutos católicos de enseñanza, que no pueden mirar ya con desprecio la teoría darwiniana de la evolución.

Aristóteles, así llamado el padre de la ciencia, creía en la generación espontânea de una gran variedad de seres vivos. Esta creencia perduró mucho tiempo. Aun Lamarck, en el siglo XIX, en su "Filosofía Zoológica", menciona la posibilidad de la generación espontânea de los hongos y de ciertos parásitos. Fué Pasteur quien dejó comprobado que todos los casos de generación espontânea

de que se hablaba hasta entonces, eran absolutamente inadmisibles. Muchas otras teorías han sido formadas por diferentes hombres de ciencia, para explicar el origen de la vida, como la panspermia, esperma universal, que sostiene que la vida está dispersa por el espacio infinito, y acepta el transporte de gérmenes vivos desde un sistema planetario a otro. Darwin dijo que la vida debe haberse originado en algún tiempo, de algún modo, pero que nos es desconocida la forma cómo esto ocurrió.

No pretendo entrar en el estudio de todas las hipótesis acerca del origen de la vida, y, en consecuencia, del punto de partida de mi existencia. La opinión de los hombres de ciencia más autorizados, es que la vida debe haber surgido en nuestro planeta en el proceso de la evolución de la materia. No hay una diferencia absoluta y fundamental entre los organismos vivos y la materia inanimada. La masa gaseosa que se desprendió del Sol y formó nuestro planeta, y los demás, contenía abundancia de carbono, que se encuentra invariablemente en todos los organismos vivos. Mezclado con los metales pesados, el carbono fué interviniendo en las reacciones químicas, a medida que la Tierra se enfriaba, produciéndose carburos, que son los compuestos de carbono más estables a elevadas temperaturas. El vapor acuoso supercalentado de la atmósfera primitiva, al ponerse en contacto con los carburos, reaccionaría químicamente, dando lugar a la materia orgánica más sencilla, los hidrocarburos, los cuales, a su vez, darían origen a una gran variedad de derivados, alcoholes, cetonas, ácidos orgánicos, etc., etc., a consecuencia de la oxidación por el oxígeno del agua. Estos hidrocarburos reaccionarían también con el amoníaco, que apareció en este período sobre la superficie de la Tierra, produciendo las aminas, las amidas, y otros derivados nitrogenados, que ya son vida en su evolución inicial.

Lo anterior es algo abstruso, y no totalmente comprobado. Pero es la explicación más aceptable hasta ahora del origen de la vida en nuestro planeta. El desarrollo

posterior de esta vida, su evolución, su paso, de formas elementales, a formas más complejas, y, después, de una especie a otra, es algo que todo el que ha estudiado biología en humanidades debe comprender. Visitando yo el Museo de Kensington, en Londres, tuve una lección objetiva bastante clara del desarrollo de las especies de las formas inferiores a las superiores. Los seculares antepasados de mi organismo presente han sido testigos de esta evolución. Es más, han sido sujeto de esta evolución.

Lo que he descrito, en la forma más clara y suscinta que he podido, es mi cuna. La cuna del principio de mi vida, hace millones de años. Yo no tuve cuna de oro, ni pañales de seda. Tuve cuna de carbono, y pañales de proteína.

Por mucho que trate mi subconciencia de recordar ese lejanísimo pasado, no lo puede recordar. Los vestigios de ese pasado han quedado, sin embargo, en mi cuerpo, a través de miles y millones de años, como queda, a través de un día, en un boudoir, el perfume que usó la mujer que allí se aderezó.

Pero de algo estoy cierto: yo no tuve personalmente nada que ver con parte alguna de esa formación, haya ella sido así, o de otra manera. Yo no dispuse las cosas en la forma necesaria para que se originara mi vida. No tengo ninguna responsabilidad; no tuve ninguna intervención en la creación de la vida, ni en la creación de nuestro planeta, cuando el Sol probablemente chocó con una estrella que pasó en su vecindad. Ningún juez me podría condenar como autor o cómplice de todos estos sucesos cósmicos. Tampoco tuve yo intervención alguna en la marcha de la evolución de la vida en nuestro planeta, en su larga historia. Yo no originé el proceso de la respiración; pero soy heredero de él. Yo no originé el proceso de la digestión, de la asimilación, del metabolismo, de la circulación de la sangre en nuestro cuerpo; pero soy heredero de ellos. Soy como el hijo de un millonario, que hereda su fortuna, sin haber contribuido a formarla.

Es un hecho científicamente comprobado que yo, como toda la especie humana, derivo de especies inferiores. No fuí creado a imagen y semejanza de Dios. No soy un Dios degenerado. Soy un animal perfeccionado. De todo esto hay pruebas irrefutables, y una de las que más me impresionaron, al iniciarme en estos estudios, fué lo que aprendí acerca del desarrollo de mi vida prenatal. Ernesto Haeckel me iluminó al respecto. Recorrí dentro del útero de mi madre toda la escala que la especie ha recorrido en su evolución, en forma abreviada. Todavía nos quedan vestigios de que éramos criaturas del mar en el hecho de que nuestras lágrimas y el plasma de nuestra sangre son salados; y que éramos parientes del mono lo dice nuestra cola rudimentaria, que, si usted quiere, se la puede tocar. Si el poeta Dublé Urrutia llevara su árbol genealógico bien atrás, cavando, y llegando a las más profundas raíces, se encontraría con restos de tibias, o vértebras, de antropoides que precedieron a sus ilustres tatarabuelos. Lo mismo ocurriría si se cavara en las raíces de mi árbol genealógico. Ahí nos confundimos, el señor feudal con el mapuche.

No tengo ningún recuerdo de todo esto. Lo sé sólo por evidencia circunstancial. Pero de algo estoy plenamente seguro; yo no tuve nada que ver en ninguno de los detalles de este proceso de evolución. Yo no tenía libertad para trazar el curso de la evolución de mi vida; pero soy su resultado, indigno de premio, inocente de culpa.

Una prueba fehaciente de que mi complejo de inferioridad ha ido desapareciendo a medida que ha venido disminuyendo mi ignorancia, es que ahora me niego a aceptar la infalibilidad del Papa, y me encuentro mejor preparado que él para discutir ciertos problemas biológicos. Precisamente en los días en que escribo estas líneas leo en los diarios de Santiago, el mismo día, en los mismos diarios, estas dos noticias que me parecen contradictorias. Un cable de Roma del 21 de Agosto, dice que el Papa Pío XII en una encíclica titulada "Humani Generis",

declaró hoy que la teoría de la evolución hace de lleno el juego a los comunistas. Agrega: "Algunos imprudentemente e indiscretamente mantienen que la evolución —aunque no ha sido plenamente probada ni aun en el dominio de las ciencias naturales— explica el origen de todas las cosas, y audazmente apoyan la opinión monista y panteísta sobre la evolución continua del universo". Ese mismo día 21 de Agosto de este año 1950, publicaban los diarios, casi al lado de la encíclica del Papa contra la evolución, este otro telegrama: "El conjunto del problema de la evolución del hombre durante los últimos dos o tres millones de años, podrá quedar resuelto como resultado del reciente hallazgo en Swartkran, Transvaal, de dos cráneos humanos por el Dr. Robert Broom, famoso antropólogo sudafricano, cráneos que, según se cree, guardarían una estrecha relación entre el hombre-mono y la raza humana".

Yo estoy con la evidencia de la ciencia biológica, y contra las "infalibles" encíclicas papales. Creo que el Papa y yo venimos, lo queramos o no, del mismo antropoide de las selvas, varias veces milenario.

Posteriormente, dando un salto de millones de años, nada tuve que ver yo con los amores de mi padre y de mi madre. Que él se enamorara de ella, y que ella le correspondiera, es algo absolutamente ajeno a mi voluntad. Aunque yo iba a ser resultado de esa unión, no tuve libertad para intervenir en esa afinidad. Yo no podía poner veto a este matrimonio, aunque hubiera querido.

Yo no elegí la fecha en que fui concebido, y no soy responsable de mi edad. No elegí el lugar de mi nacimiento, y no soy responsable de mi nacionalidad. Que yo sea chileno, y que haya nacido el año 1880, es algo totalmente ajeno a mi voluntad. Durante los dos o tres primeros meses de haber sido concebido, nadie se daba cuenta de que yo estaba allí, fuera de mi madre, que juzgaba por ciertos síntomas anejos al embarazo. Después, cuando yo hacía mucho bulto, mi madre trataba de ocultarme con amplias batas, como avergonzada de mí. Por fin, después de mi

prisión de nueve meses, abrí la puerta, como un pollito quiebra su cáscara, y me introduje en el mundo, y principié a gritar, en son de protesta. Juro que nada tuve que hacer yo con todo esto, que mi voluntad no tomó parte alguna, que yo no tenía libertad, ni discernimiento para hacer que las cosas fueran de otra manera.

Yo no nací andando, como los pollitos; pero nací respirando, y con ansia de alimentarme, con movimientos espontáneos en busca del alimento. Tal vez yo buscaba el pecho de mi madre instintivamente. En verdad, trataba de chupar cualquier cosa que se pusiera en contacto con mi boca. Mi madre me ponía su pecho en los labios, y yo chupaba. Tomaba lo que me daban; no ordenaba mi lista de platos, como en un restorán. Supongo que el lector acepta que yo no tenía libertad de acción, de selección, en aquellos entonces. Hacía lo que me mandaban hacer mi instinto, mi subconciencia, la inteligencia heredada de las especies de las cuales yo descendía y en cuyo desarrollo no intervine.

¿Voluntad, libertad, en aquellos lejanos ayeres? Ninguna, naturalmente. Entonces yo no habría ido al teatro, por mi voluntad, ni a tomar una taza de café después, ni le habría dado una propina al garzón que lo sirviera. Los primeros días de mi vida, y aun los primeros meses, sólo realicé actos instintivos, sin deliberación, ni voluntad consciente de mi parte. Principié a tener conciencia, conocimiento, de que existía; pero no tenía conciencia moral. ¿Cuándo ejecuté mi primer acto voluntario?

Aquí tengo que hacer un alto. No puedo seguir en forma que se me entienda, si no principio por establecer qué es un acto voluntario. No voy a dar a este respecto una definición propia. Voy a reproducir la explicación del profesor Pedro Fernández Riffo, que es autor del texto que se usa en los Liceos del país para enseñar filosofía. Algunos de mis sobrinos han estudiado con ese texto. Diré, de paso, que, en mi modesta opinión, está escrito

con una buena dosis de sentido común, y que no está muy divorciado de los adelantos científicos modernos.

Dice el profesor, acertadamente, me parece, que para toda actividad reflexiva, es decir para todo acto voluntario, hay cuatro momentos diferentes: concepción de un fin, deliberación, decisión y ejecución. Un acto voluntario, naturalmente, es el que se decide y ejecuta libremente. ¿Puede Ud. aceptar que cuando yo mamaba, en mis primeros días, tuve primero en mi mente la concepción de un fin, que después deliberé al respecto, que después de la deliberación tomé una decisión y que, finalmente, ejecuté el acto de poner mis labios en el pezón de mi madre y de chupar? Es indudable que no hubo nada de esto. Todavía no principiaba a actuar mi voluntad.

Pero, avancemos un poco. Si mi madre, cuando yo tenía unos pocos años, me tomaba la mano, para cortarme las uñas, yo no ejecutaba un acto voluntario. Pero si yo le pedía a mi madre que me cortara las uñas, y le pasaba mi mano, ejecutaba, de acuerdo con lo anterior, un acto voluntario, un acto acerca del cual yo decidía libremente. Ahí estaban los cuatro momentos del acto voluntario, aunque en forma rudimentaria, y precipitándose el uno sobre los otros, pues no necesitaba de mucho pensar para concebir el objetivo, para deliberar, para decidirme y para pasar la mano. Pero, aparentemente, a lo menos, ahí tendríamos un principio de acto voluntario, de libre ejercicio de mi voluntad, y yo he dicho que no tengo libertad para nada, ni para pedir que me corten las uñas.

Analicemos este problema elemental, pueril. Si mi madre no me hubiera cortado nunca las uñas antes, a mí, o a otra persona en mi presencia, si yo jamás hubiera visto un par de tijeras, no se me habría ocurrido pedirle, y no le habría pedido que me cortara las uñas. Si me hubiera cortado las uñas antes, y esto sólo me hubiera causado molestias, no le habría pedido que me cortara las uñas otra vez, como no le habría pedido que me lavara las orejas. Pero si mi madre me hubiera cortado las uñas

antes, y me hubiera dado un caramelo, y me hubiera dicho que cada vez que me dejara cortar las uñas me daría un caramelo, es muy posible que yo le pidiera que me cortara las uñas, para que me diera un caramelo, tal como pedí mi primera comunión para que me dieran chocolate.

Aparentemente, me estoy metiendo en honduras. Estoy haciendo de este acto mío, de pedir que me corten las uñas, una actividad mucho más deliberada, buscando un fin preciso. Analicemos. ¿Por qué quiero un caramelo? Porque mi madre me los ha dado antes, y me han gustado. Pero esto de que me gustaran o no me gustaran no tenía nada que ver con mi voluntad. El gusto por lo dulce, como la repugnancia por lo amargo, como el deleite por la leche, son modalidades heredadas, que no formé yo, que responden a peculiaridades de mi organismo. No voy a explicar aquí cómo se formaron estos gustos; pero, sí, puedo asegurar que en su formación mi voluntad no tomó parte.

De manera que, en definitiva, el pedir que me cortaran las uñas era un acto tan instintivo como el de buscar la leche en el pezón de mi madre, años atrás. Pedir pan, o coger un pan, cuando se tiene hambre, puede ser un aparente acto de voluntad; pero es un acto impuesto por una causa ajena a la voluntad, como es la de tener hambre. El hambre no es un impulso voluntario; es instintivo. Es un mandato, una imposición, un imperativo categórico, no sólo de nuestra especie, sino que nos viene desde las amibas, en los principios de la vida en el planeta. Y cómo se formó este instinto también puede explicarse. Ninguna voluntad, por cierto no la mía, intervino en su formación.

Bueno, dirá usted acaso. Es muy temprano para que se haya desarrollado en mí la voluntad. Avancemos un poco más en el curso de mi vida. Tengo cinco años. Estoy aprendiendo a leer. Me levanto una mañana y me pongo a estudiar mi silabario, sin que nadie me lo ordene, sin que nadie me lo pida, sin que me hayan ofrecido caramelos u otra recompensa, si lo hago. Esto causa la admiración de mi madre. Todos se admiran de que yo, por iniciativa

propia, por mi propia voluntad, me ponga a estudiar mi silabario. Esto no es cierto; pero como habría podido ser cierto, vamos a suponer que lo fué. ¿Qué me indujo a mí a estudiar mi silabario por propia iniciativa?

Veamos. ¿Por qué me pongo a estudiar mi silabario? Desde luego, porque lo tengo a mano, porque lo han comprado para mí. Me han principiado a enseñar. Me han creado el deseo de aprender a leer. Veo que mis padres y mi hermano mayor leen. Siento el deseo de imitarlos, de hacer lo que ellos hacen. Veo que hay otros niños que están aprendiendo, o han aprendido, a leer. Si mis padres hubieran sido salvajes analfabetos, si yo no hubiera visto a nadie que aprendiera o hubiera aprendido a leer, no habría nacido en mí ese deseo de aprender a leer. Y ya sabemos que yo no elegí ni el lugar ni la fecha de mi nacimiento. Tuvieron que reunirse miles y miles de antecedentes, todos ajenos a mi voluntad, que hicieron posible que yo tuviera el deseo de aprender a leer, y que me pusiera esa mañana a estudiar mi silabario.

Avancemos más en mi edad. Analicemos la historia de mi primer amor, cuando yo tenía quince años, y sabía discernir, cuando me enamoré de Hortensia, que pasó a ser para mí como el eje del mundo, cuando yo creía que sin ella la vida no valía la pena de ser vivida. ¿Por qué me enamoré de ella? ¿Es que alguien me obligó a ello? ¿No la elegí yo libremente como el objeto de mis amores? Veamos. No vayamos muy atrás a estudiar los instintos que llevan al macho a perseguir a la hembra. Estoy estudiando en el Liceo de Talca. ¿Por qué estoy estudiando en esa ciudad? Porque allí es profesor del Liceo mi hermano mayor. Si él no hubiera ido allí de profesor, yo no habría ido de alumno. ¿Por qué mi hermano fué profesor y no abogado, habiendo principiado a estudiar leyes? Esto fué a causa de un burro que estaba parado al frente de la Universidad. Más adelante explicaré esto; pero quiero dejar establecido que si no hubiera sido por ese burro, mi hermano no habría estudiado la profesión de profesor, sino de abogado.

Si mi hermano no hubiese sido profesor, no habría sido enviado a enseñar en el Liceo de Talca. Si mi hermano no hubiese sido profesor en el Liceo de Talca, yo no habría sido enviado allí y no habría conocido siquiera a Hortensia. Lo que quiero es mostrar por qué me enamoré de esa belleza de la aristocracia talquina, y, desde luego, ya he dejado establecido que si un burro no se hubiera parado al frente del edificio de la Universidad de Chile, yo no me habría enamorado de Hortensia, porque mi hermano no habría estudiado pedagogía, y, en consecuencia, no habría ido de profesor a Talca, y yo no habría sido enviado a estudiar en esa ciudad, y jamás habría visto a Hortensia ni le habría enviado cartas con mi hermano, ni le habría llevado la chata cuyo papel que la envolvía se lo llevó el viento. Esto del burro es sólo uno de los antecedentes que hicieron que yo me enamorara de Hortensia. Hay millones.

Pero en Talca había miles de niñas, ¿por qué yo escogí a Hortensia para que fuera mi polola? ¿No es ésta mi propia elección? ¿No procedo libremente, de acuerdo con mi voluntad soberana, ya que entre tantas muchachas talquinas pude haber elegido a otra y la elegí a ella?

También aquí hay circunstancias previas determinantes. ¿Por qué vivía Hortensia en Talca? Debe haber habido miles de causas, aunque no haya intervenido un burro como una de ellas. ¿Por qué vivía Hortensia en mi camino de mi casa al Liceo? Debe haber habido miles de causas previas. Si Hortensia no hubiera vivido en Talca cuando yo estaba allá, yo no me habría enamorado de ella, pues ni siquiera la habría conocido. Si no hubiera vivido en el camino de mi casa al Liceo, tampoco la habría conocido casi seguramente.

Pero, al conocerla, ¿por qué me enamoré de ella? ¿Por qué de ella, y no de otras? Porque me gustó más. Pero, ¿quién formó mi gusto? Vamos a suponer que usted dice que mi gusto fué heredado. Y parte de esto, a lo menos, es cierto. Fué cuestión de herencia que yo me enamorara de ella y no de una burra o una vaca, y que me ena-

morara de ella, joven, casi de mi edad, y no de su abuelita. Pero si usted insiste que la totalidad de mi gusto fué heredada, yo tendré que contestarle que, en tal caso, mi gusto nada tenía que ver con mi voluntad, porque yo no formé mi herencia, porque la traigo de muy atrás, sin intervención alguna de mi voluntad.

Vamos a suponer ahora que lo que me hizo enamorarme de Hortensia no fué mi gusto heredado, sino el gusto que yo me formé durante mi vida hasta llegar a la edad de quince años. ¿Cómo formé mi gusto? Nadie me dió lecciones de estética, para creármelo, y si alguien me hubiera formado ese gusto, a él se debería y no a mí. Pero la verdad es que mi gusto se formó en el medio ambiente en que viví. Ese medio ambiente no lo creé yo, ni lo elegí yo, no tuvo nada que ver con mi libertad. Yo no decidí nacer en Santiago. Pude haber nacido y crecido en la China, y, en tal caso, mi gusto habría sido muy diferente. Me habría gustado otra muchacha, de ojos como aceitunas. Si la hubiera tenido que saludar, no habría estrechado su mano, sino que me habría estrechado la mía, y si hubiera podido besarla, no la habría besado con los labios sino con la nariz. El filósofo chino, Lin Yutang, dice que "una gran diferencia entre la civilización oriental y la occidental es que los occidentales se estrechan mutuamente las manos, mientras nosotros (los chinos) nos estrechamos las manos propias". Y dedica un capítulo de su libro "La importancia de vivir" a demostrar la superioridad de la costumbre china.

¿Y por qué se acabó un buen día mi "pololeo" con Hortensia? ¿Fué culpa mía que ella me despreciara después de haberme mostrado afecto? ¿Me comporté yo mal? ¿Procedí con grosería que la ofendiera? Nada de eso. Y si yo hubiera procedido con grosería, habría que estudiar las causas determinantes, para encontrar, en último análisis, que lo que yo hubiera hecho para ofenderla habría tenido que hacerlo. Pero yo no hice nada que indujera a cambiar a Hortensia. Ella me despreció porque yo era plebeyo, porque no tenía un árbol genealógico, como lo tenía el

poeta Dublé Urrutia, o la perrita Lisette, del Sr. Maluenda, que procedía directamente del boulevard Saint Germain. ¿Qué culpa tengo yo de que mis antepasados no fueran famosos? ¿Y qué culpa tengo yo de que Hortensia hubiera sido educada con prejuicios de clase? En nada de eso intervenía mi voluntad. Si yo me hubiera enamorado de otra mujer aristocrática, como la chica del Crillón, la Teresa Iturrigorriaga, ella, a pesar de su árbol genealógico, no me habría despreciado por las mismas razones que Hortensia, pues se casó con un laborioso hombre plebeyo por la sencilla razón de que la vida le había enseñado a mirar con recelo las así llamadas virtudes heredadas de la aristocracia.

De Teresa Iturrigorriaga yo me habría podido enamorar, porque habría podido encontrarme con ella en trato apropiado, pues no estaba encerrada en su círculo aristocrático, como lo estaba la Gabriela Sandoval de "Casa Grande", de Luis Orrego Luco, "rica, de raza distinguida, de familia antigua, ya ilustre en tiempo de la Colonia, con ese perfume aristocrático, el no sé qué refinado e inimitable que constituye la fuerza y la esencia de las clases sociales superiores, esencia tan perdurable y poderosa que no han sido parte a borrarla, ni las sangrientas sacudidas de la revolución francesa, ni las guerras civiles, ni el avance de la democracia, ni las invasiones omnipotentes del dinero", según nos dice el creador de esta deliciosa mujer. No, con Gabriela Sandoval, yo no habría tenido ocasión de encontrarme en trato familiar. Y si me hubiera encontrado con ella no me habría cautivado como Hortensia. Y si me hubiera enamorado de ella, Gabriela se habría reído de mis pretensiones desde el principio, sin darse cuenta de que casándose conmigo se habría salvado de ser asesinada por su marido, el joven Angel Heredia "de pura sangre azul, por sus cuatro costados".

Si yo me hubiera encontrado en el caso de Bernabé Robles, de las novelas "El Crisol" y "Robles, Blume y Cía." del Sr. Fernando Santiván, es casi seguro que tam-

bien me habría enamorado de Adriana Blume Urquízar. Pero, aun habiendo sido rechazado primero por la muy noble Sra. Urquízar y Urquizábal, que "habría preferido ver descuartizada a Adriana, antes que casada con un hombre que no era de su posición social", no me habría negado a casarme con ella porque se había entregado a otro hombre. Seguramente habría dicho, como el filósofo a quien he citado: "¡para lo que me iba a durar virgen a mí!".

Me gustaría que el lector tomara parte activa en esta lectura, como si fuera una conversación, en el Parque Forestal, haciéndonos la ilusión de que estamos en los Jardines de Atenas, en los tiempos de Pericles, estudiando temas filosóficos. Me gustaría que el lector me hiciera preguntas, que me formulara objeciones. Podría decirme, por ejemplo, que he dado una detallada explicación de por qué Hortensia se desenamoró de mí. ¿No podía yo haberme desenamorado de ella? ¿No podía yo haberme encontrado con otra muchacha que me gustara más, y no podía yo haberle "dado calabazas" a Hortensia, en vez de ella a mí? Claro que eso podría haber ocurrido; pero al hacer un análisis de por qué ocurrió ese cambio, llegaríamos a la misma conclusión de que tal cambio también habría ocurrido, porque **tenía que ocurrir** por razones ajenas a mi voluntad.

—¿Cómo —me podrá preguntar usted— es que entre dos o más cosas que puedo hacer, no puedo escoger la que me dé la gana, la que yo quiera?

—Sin duda, —le contesto yo—. Usted elige lo que quiere; pero, dadas las circunstancias anteriores que lo llevaron a esa elección, usted **tuvo que querer** elegir lo que eligió. Todo acto, todo lo que ocurre, es consecuencia de actos y ocurrencias anteriores, que, lógicamente, llamamos causas. Estas causas son actos, ocurrencias, sucesos, acontecimientos anteriores, que también tuvieron sus causas, y así va la cadena hasta llevarlo a su cuna de hidratos

de carbono, y pañales de proteína, millones y millones de años atrás.

—¿Cómo? —me podrá preguntar usted todavía— ¿quiere usted decir que no está escribiendo su autobiografía porque quiere? ¿Alguien lo ha obligado a usted escribirla? Si no quisiera escribirla ¿la escribiría?

—Es cierto que nadie me obliga a escribir mi autobiografía. Es cierto que la escribo porque quiero, porque me da la gana. Pero es igualmente cierto que todas las circunstancias que me han llevado a escribir esta autobiografía, me hicieron querer escribirla, hicieron que me diera la gana escribirla. Yo quiero escribirla, pero he tenido que querer escribirla.

—¿Cómo así? ¿Qué lo ha obligado a usted a querer escribirla? —sigue usted preguntando.

Miles son las circunstancias que tuvieron que ocurrir previamente para que yo pudiera escribir esta autobiografía, y si cualquiera de ellas hubiera fallado, yo no habría podido, y no habría querido, escribirla. Desde luego, si no me hubieran enseñado a leer y escribir, no la podría escribir. Si las condiciones económicas de mi vida hubieran sido tales que yo hubiera tenido que emplear todas mis energías vitales en ganarme el sustento, no la podría escribir. Si no hubiera recibido la educación, directa y refleja, que recibí, no la podría escribir, ni habría deseado escribirla, ni se me habría ocurrido siquiera la posibilidad de escribirla. Si mis lecturas, y mis observaciones en el medio en que he crecido, no me hubieran convencido de que vivimos en un matorral de prejuicios y de ideas falsas y dañinas, que yo podía contribuir a disipar con mi libro, no habría sentido la necesidad de escribirlo.

Soy un hombre común, soy un hombre del montón, que, por circunstancias especiales, pudo librarse de ser dominado económica y mentalmente por tenazas sociales que, en beneficio de unos pocos privilegiados, mantienen en la pobreza y la ignorancia a la multitud, para conservarla a su servicio. La historia de Chile, como la ha escri-

to un hombre de tanto talento como el Sr. Encina, la literatura chilena, con hombres tan eminentes, la filosofía que se enseña en nuestras cátedras, la orientación de nuestra prensa, crean y fomentan la idea de que el mundo está dividido en dos grandes grupos: uno inmenso, de tontos, y otro pequeño, de hombres inteligentes, y que la misión de los tontos es trabajar, producir, sudar, sufrir, para que los otros vivan sin sudar y sin sufrir. Pero yo, que soy uno de los tontos, uno de la multitud, descubrí, con mi experiencia personal, que mucho de lo que se llama tontera es ignorancia, y mucho de lo que se llama inteligencia es conocimiento, y que la manera de dejar de ser tonto es dejar de ser ignorante.

Y, al hacer este descubrimiento, en mi propia persona, sentí la necesidad, sentí el deber de darlo a conocer a los otros hombres del montón que no han tenido la ocasión de sacudirse del yugo de la ignorancia, escribiendo este libro que es una defensa del hombre común, deliberadamente calumniado, para mantenerlo permanentemente oprimido. Por eso me siento obligado a escribir este libro. Por eso tengo que querer escribirlo. Por eso me sentiría culpable si no lo escribiera. Puede que esto sea una vanidosa pretensión de mi parte; pero es lo que yo siento, es lo que me mueve, es lo que me obliga a hacer lo que hago. Y todo esto que me obliga a hacer lo que hago, ha sido, naturalmente, como hemos visto, ajeno a mi libre voluntad.

Observando toda mi vida, por qué estudié donde estudié y con los maestros que estudié; por qué llegué a dirigir una fábrica de velas de estearina; por qué me casé con quien me casé y por qué no me casé con quienes no me casé; por qué fuí a visitar países extranjeros; por qué me aficioné a la lectura; estudiando toda mi vida, desde mis primeros años, cuando me hacía pipí en la cama sin quererlo, hasta los ocho años, porque no podía controlar mi diuresis, y por qué no podía hacer pipí, después, enfermo de uremia; estudiando toda mi vida, llego siempre a la conclusión de que, en cada caso, he hecho o he dejado

de hacer lo que tenía que hacer o dejar de hacer, y me ha ocurrido lo que tenía que ocurrirme.

Y, al pensar en esto, me parece lo más natural, lo más lógico. En verdad, lo único natural y lo único lógico. Si nos rigiera la ley de la casualidad, en vez de la ley de la causalidad, si a tales causas no correspondieran tales efectos, a idénticas causas idénticos efectos, el mundo sería un caos incomprensible. Usted podría sembrar trigo y cosechar manzanas. Su mujer podría dar a luz un elefante. Los tigres podrían comer vegetales, y las vacas podrían comer carne. Los ríos podrían correr hacia arriba. Usted podría morir helado de frío en un autoclave con doscientos grados sobre cero, y podría morir de calor en un frigorífico con diez grados bajo cero. Imagínese usted a las estrellas y a los átomos con libre albedrío, cada cual comportándose sin someterse a ley alguna, cada cual haciendo lo que le diera la real gana, en cada momento.

Todo es resultado de un proceso de evolución natural, de movimiento, de cambio permanente, de lucha de oposiciones. Ya al nacer, principiamos a morir. Aun cuando parece, en ocasiones, que algo ocurre súbitamente, eso es también el resultado de cambios graduales; es resultado de la evolución, aunque aparezca como revolución; es un cambio que lleva a una crisis, como la congelación o la ebullición del agua, cuando ésta, enfriándose, llega a cero grado, al nivel del mar, y, calentándose, llega a cien grados. El cambio pudo ser repentino, como mi muerte, o la suya, pero es resultado de una evolución gradual, de una transformación permanente. Y aun en el caso de que alguien nos mate de un balazo inesperado, también esa muerte ha sido de larga gestación. Y debo decir, de paso, que eso de repentino, súbito, es muy relativo, porque, así como la materia y el espacio pueden dividirse hasta lo infinito, también el tiempo puede dividirse hasta lo infinito, y lo que para el hombre, con un promedio de vida de sesenta años, aparece como un segundo, aparecerá como un año, o más, para seres de vida mucho más corta. Toda

la vida de un Matusalén la consideraría como de menos de un segundo el Sol, si ese astro pensara como nosotros.

A pesar de todo lo anterior, acaso usted protesta, y me dice que esto es simple fatalismo, que si todo está determinado de antemano, no tenemos para qué tomar iniciativa alguna, ni formar planes para nuestra vida, ni educar a nuestros hijos, porque todo ha de suceder como estaba determinado que sucediera, todo ha de suceder de manera fijada de antemano, hagamos lo que hagamos.

Entre el determinismo —la ley de causalidad, el encadenamiento inflexible de causas y efectos— y el fatalismo, existe la diferencia que hay entre el medio día y la media noche. Veamos. Su hijo se está preparando para un examen de álgebra, de lo que sabe muy poco, o nada. Es fatalista, y, en consecuencia, se dice:

—Está determinado lo que haya de suceder; está determinado que he de salir bien, o que he de salir mal, en mi examen, independientemente de lo que yo haga. ¿Para qué estudiar? —Y no estudia. Y sale mal.

Mi hijo se está preparando para el mismo examen de álgebra, de lo que también sabe muy poco, o nada. Es determinista, y, en consecuencia, se dice:

—Está determinado que si yo sé mi examen, saldré bien. Está determinado que para saber mi examen debo estudiar. Si no estudio, no sabré mi examen; si no sé mi examen, saldré mal. —En consecuencia, estudia. Y aprende su examen. Y sale bien.

Que usted me diga, amigo —recuerde que estamos conversando en el Parque Forestal, bajo sus frondosos árboles, y que yo imagino sus objeciones— que usted me diga, repito, que si todo está determinado no tenemos para qué educar a nuestros hijos, porque éstos llegarán a ser sabios o ignorantes, buenos o malos, los eduquemos o no, puesto que está determinado lo que ellos hayan de ser, resulta tan absurdo como el razonar de su hijo que no quería estudiar su examen de álgebra, tan absurdo como si la cocinera de su casa dijera que para qué pone la tetera

al fuego cuando quiere calentar el agua, ya que estaba determinado de antemano, hiciera ella lo que hiciera, que el agua se iba a calentar o no se iba a calentar.

En verdad, todos los sistemas de educación descansan, tienen forzosamente que descansar, en la plataforma del determinismo. Precisamente si no hubiera ley de causalidad, si a tales causas no correspondieran, inflexiblemente, tales efectos, serían inútiles los colegios y la educación de nuestros hijos, pues la enseñanza podría dejarlos ignorantes, y la educación podría hacerlos malvados. Si la educación no fuera una causa determinante, no tendría objeto alguno. Precisamente tiene objeto porque es causa determinante.

Este problema del determinismo y del libre albedrío se ha debatido durante siglos, y todavía la humanidad no se ha puesto de acuerdo en cuanto a dónde se encuentra la verdad. Los católicos son partidarios decididos del libre albedrío, y caen en flagrante contradicción cuando dicen que todo ocurre en el mundo "según la voluntad de Dios". "Si Dios quiere", Ud. les oye decir a cada momento. Y esto nos viene de muy atrás: "Deu volende". Si todo ocurre según la voluntad de Dios, nada ocurre según la voluntad de los hombres. Al tratar de explicar esta contradicción, caen en sutilezas sofísticas que no resisten ningún análisis lógico.

Otros tratan de situarse en un lugar intermedio, son como neutrales que hacen concesiones al determinismo y al libre albedrío. Esto me recuerda la contestación que dió una persona que no sabía el significado de la palabra "ecuestre", a quien le preguntaron si una estatua era ecuestre o terrestre. Para no revelar su ignorancia, y quedar bien, contestó: "entre ecuestre y terrestre". Pero aun eso puedo imaginarlo, visualizando a un hombre que tiene un pie en el estribo para montar a caballo. Pero no puedo imaginar un mundo dirigido a medias por el determinismo, y medias por el libre albedrío.

Hay que admitir que el determinismo nos derriba de

un falso pedestal que, pretenciosamente, nos hemos hecho. Nos hemos creído mucho más importantes de lo que realmente somos. Principiamos por creer que el sol, y la luna, y los planetas, y las estrellas giraban alrededor de la Tierra, el sol, para alumbrarnos y darnos calor, y la luna, y los planetas y las estrellas, para embellecer nuestro cielo, e inspirar a nuestros poetas. Esta jactanciosa teoría geocéntrica se vino abajo; Galileo tuvo mucho que ver con eso, y le costó caro. Pero seguimos creyendo que el hombre era el rey de la creación, que el mundo en que vivimos fué creado para él, y esta teoría homocéntrica se vino también abajo; Darwin tuvo mucho que ver con eso, y fué combatido. Nos ha quedado, para el final, la creencia en nuestro supremo genio creador. Nos negamos a aceptar este golpe a nuestra vanidad que nos obliga a aceptar que este genio creador obedece leyes, y que sólo crea lo que forzosamente tiene que crear.

Pero no quiero que quede en el ánimo del lector la idea de que creo en algo superior, escondido, misterioso que traza el itinerario de los sucesos. No creo en un superintendente del universo. Ni creo tampoco en una explicación meramente mecanicista. No creo, por ejemplo, que el espíritu sea una emanación de la materia, como el perfume de las flores. Pero, sí, creo que la materia con su alter ego, el movimiento, precedió al espíritu, habiendo estado éste siempre latente en ella. Creo que la materia, en su evolución, a través de siglos y siglos, desarrolló capacidades mentales, que han ido evolucionando desde lo más elemental hasta lo más complejo.

Esta capacidad mental, que obedece a leyes naturales, como la materia, nos lleva por un camino que es de superación y perfeccionamiento para quienes la poseen. A mi modo de ver, así como por procedimientos materiales, químicos, mecánicos, se pasó de la vida inorgánica a la vida orgánica, en los organismos se fueron desarrollando, como consecuencia del concurso inevitable de la variabilidad, miles y millones de tendencias de to-

do género, algunas de las cuales eran más propias para el perfeccionamiento del organismo. Entre estas tendencias figuraron las de la asimilación, de la reproducción, la respiración, la visión, el oído, el olfato. Y figuraron también las de sentir, pensar, imaginar, es decir, todo nuestro sistema psíquico.

En este proceso de evolución han luchado siempre dos fuerzas opuestas, contradictorias, la una que tendía a la inercia, a una condición estática, que trataba de conservar las cosas como estaban; y la otra, una tendencia dinámica, de variación, de reemplazar lo existente, ya innecesario por algo nuevo, necesario. Ha habido siempre en la materia, en estado latente a lo menos, pelucones y pipiolos, tories y whigs, conservadores y liberales, progresistas y reaccionarios, izquierdistas y derechistas. Y los conservadores de hoy son los liberales de ayer.

No quiero decir que el azufre, por ejemplo, fuera izquierdista; y el oro, derechista. Quiero decir que, al nacer la vida, en cuna de hidratos de carbono, y pañales de proteína, ya estaba en cierne en ella toda la futura evolución humana. Ahí estaban, en germen, todas las creaciones espirituales del hombre, la filosofía de Platón, el Mefistófeles de Goethe, el Jeremías de Miguel Angel, la Quinta Sinfonía de Beethoven.

Tiene que escribirse todavía, tiene que estudiarse todavía, la historia del pensamiento, su origen y su desarrollo. Como el pensamiento es lo que con más propiedad podemos llamar alma, podríamos decir que tiene que estudiarse y escribirse la historia del alma, su nacimiento y desarrollo. A mi modo de ver, principió esa capacidad de pensar en el empeño que ponían los organismos más rudimentarios en buscar su alimento. Primero, seres muy primitivos, que vivían en el agua, atrapaban y asimilaban el alimento que flotaba a su alrededor, así como la criatura humana recién nacida toma la leche que se pone en sus labios. Después, estos organismos se movían en busca de su alimento, como la criatura humana más desarro-

llada. Ya ése era un pensar rudimentario. Esta búsqueda de lo necesario para vivir, cada vez más compleja, que ha significado encarnizada lucha, y trabajo organizado, llegando al cultivo de la tierra y al desarrollo de la industria, primero con las simples manos, que se adaptaron para esos fines, y posteriormente con herramientas y maquinarias, es lo que ha enseñado al hombre a pensar. Y como era necesario el mejor aprovechamiento del alimento obtenido, y evitar ser alimento de otros seres vivientes, el hombre fué creando, además de su inteligencia individual, su inteligencia social.

Hoy en dia, en medio del prodigioso progreso de la especie humana, diversificando sus individuos, por su tendencia inevitable a variar, produce, en todas las razas, hombres más inteligentes y menos inteligentes, la inmensa mayoría de los cuales queda sin posibilidad de cultivo mental. Y estos hombres, según el medio ambiente en que se han desarrollado y la educación directa y refleja que han recibido, toman tal o cual camino para su vida. El que toma el camino que lleva a un mayor bienestar, a una mayor felicidad, a un mayor progreso, para el conjunto, es el que sirve mejor la causa de la civilización, y en último término, su propia causa.

VI

COMO GANE MI PRIMER MILLON DE PESOS

UNA tarde fea, gris, la tarde de un sábado, para ser preciso, me encontraba yo afligido, como todos los sábados, en la oficina de mi fábrica de velas, en la calle San Diego. Estaba allí solo, con mis cavilaciones. Era una pobre oficina, que yo había empezado a modernizar, usando una máquina de escribir y haciendo copias de mis cartas con "papel carbón", en vez de escribirlas, como antes, a tinta y pluma, sacando las copias por presión, en una burda prensa de hierro, a mano. Mi padre, que hasta lo último se había negado a estas modernizaciones, había muerto. Yo tenía, desde hacía poco más de dos años, la responsabilidad por la marcha de la fábrica, que, en verdad, era ahora mía; pero la había recibido llena de compromisos, como si le debiera a cada santo una vela. Sin embargo, en medio de mis dificultades tenía confianza en salir del paso, pues, al fin y al cabo, yo fabricaba velas.

Una veintena de obreros trabajaba en el interior, bajo un galpón remendado con latas de tarros de parafina, poniendo mechas en las hileras de moldes de plomo, y llenándolos con estearina líquida; mujeres ponían las velas en sus envoltorios, y en cajas, de delgada tabla de laurel. Un procedimiento tan primitivo como el que se usaba en el siglo XVII en Santiago, cuando se abusaba de tal manera

en el negocio del sebo, que éste se compraba a cuatro pesos el quintal, y se vendía a veintiocho y treinta pesos. En aquellos entonces no sólo se alumbraban los hogares de "la mejor" gente con velas de sebo, en candelabros de hierro, sino aún los altares de las iglesias.

En los tiempos de mi fábrica, ya el gas había principiado a hacerle competencia a las velas en el alumbrado y la electricidad asomaba como competidora del gas. Pero la fabricación de velas no decaía. Aun ahora es un gran negocio. El alumbrado, con sus velas, lámparas de parafina, gas y electricidad, simultáneos, es una de las pruebas de que aquí, en Chile, se "vive la historia" como en el Medio Oriente, donde la señora Amanda Labarca fué a hacer ese descubrimiento, maravillada con los camellos y automóviles co-existentes.

Yo estaba perplejo esa tarde, como me ocurría casi todos los sábados, cuando tenía que pagar a mis obreros. Acababa de contar todos los fondos de que podía disponer, quedando en claro que no me alcanzaba para dar siquiera la mitad de los salarios, como suple. Y en medio de esa aflicción llega a verme un señor desaliñado, con una carpeta de hule negro bajo el brazo. Era un receptor judicial que me iba a notificar del embargo de mi fábrica, por una deuda de poco más de treinta mil pesos. El embargo era sobre la fábrica y sobre la casa. El que me embargaba, por dinero que me había prestado, era uno de mis más íntimos amigos. Yo no podía oponerme al embargo, pues los documentos que había firmado por mi deuda eran perentorios.

Cuando el receptor, llenada su misión, hubo partido, mientras mis obreros esperaban el suple que les iba a dar a cuenta de sus salarios ganados, me quedé sentado a mi escritorio, tomándome la cabeza con ambas manos. Era la primera vez que me ocurría esto. Y no recordaba que le hubiera jamás ocurrido a mi padre. Me ví echado a la calle, en esa plebeya calle San Diego, donde tantos comer-

ciantes triunfaban. Vi la ruina delante de mí. Estaba bien justificado, creía yo, que me hubieran llamado tonto. Y si no, ¿por qué había de fracasar yo donde tantos triunfaban? Me invadió una ola de indignación, especialmente porque consideraba abusiva esa cobranza judicial por una suma mucho más alta de lo que yo realmente debía.

Tomé unas hojas de papel, y me puse a escribir. ¿Qué? ¿Números? No. Me puse a escribir un libro, el primero, y seguramente, el único que escribiría en mi vida. Su título lo concebí en ese momento: "Cómo gané mi primer millón de pesos". Y lo principié describiendo la visita del receptor.

Ese libro no lo he escrito nunca. Todo quedó en la descripción del receptor, contra quien me ensañaba, sin que él tuviera culpa alguna de mi desgracia. No he escrito el libro, a pesar de que he ganado mi primer millón de pesos, porque ha habido tan poco de aventura en ello, ha habido tan poco de esfuerzo, o de inteligencia, tan poco de heroísmo, o siquiera de maldad, que la narración no justifica un libro. Apenas justifica este capítulo.

La verdad es que lo que me ha hecho millonario a mí, como a tantos otros chilenos, es la serie de Gobiernos que ha tenido el país en los últimos tiempos, que han hecho fácil para casi todos hacerse ricos. En los tiempos pasados podían contarse los millonarios de Chile con los dedos de una mano. Ahora hay miles y miles de millonarios en el país.

Recuerdo cuando teníamos monedas de un centavo, a las cuales tratábamos con respeto. Recuerdo que yo consideraba rangosos a mis padres, porque me daban cinco centavos todos los domingos, cuando me había portado bien. Con esos cinco centavos yo podía comprar un centenar de enormes frutillas rojas. Ahora no le tenemos ningún respeto a un billete de cien pesos.

¡Y qué fácil es hacerse millonario! ¿Posee usted, como poseía yo, una casita? Pues no tiene sino que sentarse a esperar y ver cómo sube de valor. Tal como sube el va-

lor de una chacrita, de unas cuantas vacas, u ovejas. Todo lo que uno posee va subiendo rápidamente de precio, por la sencilla razón de que el dinero que tenemos vale cada vez menos. Se ha descubierto en Chile el arte de hacerse rico, sin trabajo, sin esfuerzo. Principalmente al hecho de que el dinero vale menos, mucho menos que antes, debo yo el haber llegado a millonario, sin honor y sin gloria.

Monumento a la caída vertical del valor de nuestro peso es el edificio que está terminando de construir la Caja Nacional de Ahorros, que es tal vez el más valioso de Chile, y uno de los más valiosos de la América española. Su costo pasa de los quinientos millones de pesos.

La Caja de Ahorros se fundó cuando yo era muchacho. Mi madre me abrió una cuenta en ella. Se fundó con el propósito ostensible de acostumbrar al pueblo a la frugalidad y al ahorro. Pero, en el hecho, fué una organización nacional para despojar al pobre en beneficio del rico. En sus principios, la Caja, según sus reglamentos, tenía que invertir los ahorros del pueblo en bonos de la Caja de Crédito Hipotecario, y ésta no podía, según sus reglamentos, hacer sus préstamos sino a quienes poseyeran bienes raíces de un valor mínimo de veinte mil pesos, que en esos ayeres era una suma alta. Estos préstamos a la gente adinerada eran a veintiún años plazo. Al retirar su dinero la gente pobre, estos ahorros valían tanto menos cuanto más tiempo hubiera transcurrido, y el hombre rico, a quien se le prestaba ese dinero del pueblo, a largo plazo, no devolvía sino una pequeña fracción del valor real que había recibido.

Se vió que éste era un buen negocio para las clases adineradas, y se organizaron las campañas de propaganda más eficientes que se han conocido en Chile, para inducir al pueblo al ahorro, con toda clase de estímulos. No se ha puesto igual empeño en campañas de propaganda para combatir el alcoholismo o el analfabetismo populares. Esta situación de despojo de los ahorros del pueblo perdura hasta hoy, aunque no tan irritante, porque la Caja hace présta-

mos directos, y a plazos más cortos. Pero el pobre sigue perdiendo buena parte de su dinero ahorrado.

No nos remontemos a siglos pasados, cuando una vaca valía en Chile dos pesos, cien kilos de trigo o de fréjoles valían tres pesos; cuando la ración alimenticia completa de un adulto, elaborada, costaba de seis a siete centavos diarios; cuando una empleada doméstica costaba un peso al mes. No, no vamos al siglo XVIII. Veamos sólo lo que ha ocurrido en nuestro tiempo, según el Boletín de la Dirección General de Estadística. Fijándose ciento como índice del costo de las subsistencias, en nuestro país, para el año 1928, el año 1940 este índice había subido a 210,3, y siguió subiendo de año en año, hasta llegar a 933,3 en 1949; y en 1950, año en que escribo la historia de mi vida, ha seguido subiendo.

Vemos entonces que si un obrero tenía, hace veinte años, depositadas sus economías por valor de mil pesos, en la Caja de Ahorros, al girarlo hoy, con sus intereses capitalizados, aun recibiendo el doble, recibiría pesos que valen diez veces menos, es decir, los dos mil pesos que recibiría valdrían doscientos pesos. Se le habría despojado de ochocientos de sus mil pesos, en beneficio de terceros. Lo que significa esta pérdida para el pueblo que ahorra se podrá apreciar si se considera que los depósitos de ahorro popular superan cada año al anterior en más de quinientos millones de pesos, y que, de cada cien habitantes del país, más de veinte son imponentes de la Caja.

No estoy acusando a la Caja de Ahorros, porque ella no tiene la culpa de la baja del valor del dinero. No estoy insinuando siquiera que sería preferible para el pueblo no depositar allí sus ahorros, y guardarlos en sus calcetas, como lo hacían las cocineras francesas, pues en tal caso perderían más, ya que no ganarían interés. Estoy apuntando el hecho de que durante el curso de mi vida se ha estado despojando al pueblo de sus legítimas y magras ganancias en forma tan abusiva —o más—, como en los tiempos de la Colonia, cuando los indios, y mestizos, tenían que

pagar una tasa del veinticinco por ciento de sus salarios.

Y la condición del obrero chileno no ha mejorado tampocó en lo que se refiere a salarios. Joaquín Toesca, el primer gran arquitecto de nuestro país, que construyó la Moneda, pagaba a sus obreros real y medio al día, más comida. Pero con un real y medio se podía comprar entonces seis kilos de porotos (que valían a razón de $ 3.00 los cien kilos). Hoy día seis kilos de porotos valen $ 100.00. De manera que el salario del obrero de Toesca, al terminar el siglo XVIII, era, además de comida para él, cien pesos diarios de hoy. Con muchas menos necesidades que ahora, aquel era un salario superior al actual.

Una vaca valía dos pesos. El obrero ganaba, fuera de comida, un real y medio al día. De manera que, con lo que ganaba en diez días, podía comprar una vaca, de las que hoy pesan trescientos kilos y valen más de siete mil pesos. Es decir, en este caso, el obrero ganaba al día setecientos pesos. Algo más que ahora.

Debo explicar cómo quedé yo dueño de la casa de la calle San Diego, y de la fábrica de velas. Mis padres tuvieron, en total, cuatro hijos. De éstos, uno murió cuando apenas tenía dos años. Mi hermano Ernesto, el profesor, fué el primero. Vino después el que murió. Le siguió mi hermana, Carmela. Hubo a continuación un largo descanso, que yo no sé a qué se debió. Acaso había que tomar aliento para concebirme a mí; acaso mis padres no querían tener más hijos, y tomaron toda suerte de precauciones para impedirlo. No creo que haya habido realmente una huelga de vientre. Es posible que yo haya nacido por mero descuido. No por casualidad, en todo caso, pues yo no creo en la casualidad, como lo he dicho antes. Una casualidad es, a mi entender, una causalidad que no estamos en situación de comprender, porque nos faltan datos. A lo mejor, nací deliberadamente, por un deseo de mi madre de tener otro hijo. Nunca se lo pregunté. Nunca me lo dijo.

Mi hermana Carmela, que era muy bonita —no sé

parecía a mí—, se casó temprano, cuando apenas cumplía dieciséis años. Su casa se convirtió, en poco tiempo, en una conejera. Hasta mellizos ha tenido. Afortunadamente se casó con un hombre rico, y comprar zapatos para la chiquillada no fué jamás un problema. Ella no ha sido nunca tonta, y sus chiquillos resultaron inteligentes, pero no lumbreras.

A mi hermano, mi madre quería hacerlo abogado. Mi padre quería que trabajara con él en su fábrica de velas. Discutían sin cesar el porvenir de Ernesto, sin tomar muy en cuenta sus opiniones. Pero la verdad era que él quería ser cualquier cosa, menos fabricante de velas. Mi madre también miraba en menos ese trabajo, y no quería que ninguno de sus hijos siguiera ese oficio. Ella lo llamaba oficio, no profesión.

Esta clasificación del trabajo en oficios y profesiones, con sus pagos hechos en salarios y sueldos, no es sino una de las miles de manifestaciones de la división de los hombres en clases sociales, mucho más acentuada en Chile que en otras partes. En los Estados Unidos, por ejemplo, se llama "salary", salario, tanto al que recibe el Presidente de la República, como el barredor de las calles. Aquí, un empleado se considera insultado, si se le dice que recibe un salario, y no un sueldo. Salario, según entiendo, viene de salarium, palabra latina, que quiere decir sal. Y sueldo viene de otra palabra latina que significa moneda. Algo así como si salario equivaliera a darle a uno la comida (la sal), y sueldo a darle el dinero para comprar la comida. Hay otro tipo de remuneración, que no se llama ni sueldo ni salario. Nuestros diputados y senadores reciben una dieta. Esta dieta la deben haber encontrado muy escasa los congresistas, pues acaban de hacérsela subir —ellos se fijan sus propias dietas— de ocho a quince mil pesos mensuales. Podrán ponerle más sal a su sopa.

Mi madre salió con la suya en lo de que mi hermano se iniciara en el estudio de leyes. Al mismo tiempo que estudiaba para abogado, se matriculó en el Instituto Pedagó-

gico, para hacerse profesor de castellano; pero no asistía a clases, y estaba a punto de abandonar la pedagogía cuando tuvo un conflicto con un profesor de la Universidad, creo que con el Sr. José Antonio Lira. La Universidad tenía entonces su Curso de Leyes en la Alameda, pues todavía no existía su majestuoso edificio, en las riberas del Mapocho. Este conflicto merece párrafo aparte.

Se estaban haciendo ciertas reparaciones en el interior del edificio universitario, en la Alameda, y se acarreaba arena a lomo de burros. A uno de los alumnos, el señor Arturo Alessandri, el ex Presidente que acaba de morir, y que en paz descanse, se le ocurrió hacer una broma al profesor, señor Lira. Antes de que llegara el profesor, llevaron a uno de los burros taciturnos a la sala de clase, y, dejándolo allí encerrado, todos los alumnos se fueron. Me ha asegurado mi hermano que el profesor dictó —o dijo que había dictado— toda su clase al burro. No se sabe cuánto aprovechó éste de la lección. Pero al día siguiente el señor Lira les dijo a los alumnos que lamentaba que a la clase anterior no hubiera asistido sino uno de ellos; que esperaba que hubieran recibido de él los apuntes respectivos, y que iba a hacer el interrogatorio acostumbrado. Llamó a mi hermano para el examen, y, naturalmente, no pudo contestar nada. Esto le costó la expulsión. No se podía expulsar a todos los alumnos, y a uno le tocó pagar por el conjunto. Como mi hermano estudiaba simultáneamente para profesor de castellano en el Instituto Pedagógico, siguió con esta carrera. Y así vemos, que por culpa de un burro, no fué abogado, sino profesor. Hemos visto también lo que ese burro influyó en la vida mía.

Si se hubiera castigado al que concibió la idea de la broma, al señor Arturo Alessandri, seguramente lo habrían expulsado a él, y, cortándole su carrera, acaso no habría llegado a Presidente del país. Y mi hermano, abogado, a lo mejor habría ingresado a la política, y llegado a Pre-

sidente en vez de don Arturo. ¡Lo que puede suceder por causa de un burro!

A la vez que mi hermano se distinguía por su talento, yo me distinguía por las malas notas que obtenía en mis estudios, y por arrastrar siempre unos cuantos exámenes. En sexto año fracasé dos veces. Mi padre aprovechó esta circunstancia para lograr su propósito de que uno de sus hijos trabajara con él en la fábrica de velas. Mi madre tuvo que acceder, en parte para aliviar el trabajo de mi padre, que se estaba poniendo achacoso.

En la fábrica me mostré diligente. Supervigilaba el trabajo. Hacía los despachos, facturaba las cuentas. Las iba a cobrar. Y hasta llegué a ser el comprador de la estearina. Mi labor era relativamente fácil: principalmente hacer trabajar a los demás e ir a vender a provincias.

Mi padre me daba sueldo —sueldo mensual, entiéndalo bien— y una parte de las utilidades. No recuerdo haber recibido nada a cuenta de utilidades. Pero no me faltaba para vestirme más o menos bien. Vivía, con mis padres, en la misma casa que ocupaba la fábrica, sin mucha independencia, pues a veces teníamos el comedor, y mi pieza, llenos de velas. Pero siempre disponía de algo para "echar una cana al aire". En general, mi madre me daba el dinero para esto, sin saberlo. En realidad, no debiera tener canas yo ahora, por todas las que eché al aire con anticipación.

Mi padre se decía enfermo del corazón, desde hacía mucho tiempo, a pesar de que el corazón nunca le dolía. También se quejaba de reumatismo. No fumaba. Aspiraba rapé. Todavía conservo, como recuerdo, la cajita de ébano en que llevaba el rapé, en su bolsillo. El buen viejo tenía también una fuente en el brazo izquierdo. Ya ha desaparecido esta vieja costumbre, como ha desaparecido la de aplicar sanguijuelas al cuerpo, las que alcanzaron a aplicarme a mí. La fuente era un pequeño agujero hecho en el brazo, que se conservaba siempre abierto, colocando en él cada mañana una nueva pepa de fibra, con una per-

foración en el centro. Se suponía que este agujero era para que salieran los humores del cuerpo. Se cubría esta herida artificial con una plancha de tela metálica, forrada en almohadillas de algodón.

Mi padre murió poco antes de completar los setenta años. No murió ni del corazón, ni de reumatismo. Murió de pulmonía. No quiso confesarse, ni comulgar, ni recibir la extremaunción. Pero mi madre le hizo decir una misa solemne de cuerpo presente en la Capilla del Cementerio. Todos lo lloramos sinceramente. La madre, más que los hijos.

Pero la fábrica no podía cerrarse porque mi padre hubiera muerto. Por cierto, ni mi hermano, ni mi hermana querían hacerse cargo de ella. Pasadas algunas semanas hicimos un reparto muy fraternal de lo que mi padre había dejado. Tenía otras dos casitas, fuera de la que ocupábamos, y unos terrenos en los afueras de Santiago, que entonces no valían ni cinco pesos el metro, y hoy valen mil. Yo me quedé con la fábrica y con la casa que ocupaba, la que tenía una fuerte hipoteca, fuerte para aquellos tiempos. Además, había deudas por estearina, por etiquetas para los paquetes de vela, por cajones. Había también cuentas por cobrar. En verdad, yo no recibía "la virgen envuelta en un trapito". Quedaba entendido, por otra parte, que me haría cargo de mi madre, quien seguiría viviendo conmigo, corriendo yo con todos los gastos. Aunque esto no era del todo justo, lo acepté de muy buena gana; lo habría pedido aún, porque si me dejaban a mi madre, pensaba yo, me daban lo que más valía de lo que dejaba mi padre.

Tenía yo veintisiete años cuando quedamos solos mi madre y yo en esa casa, acompañados de mis velas y de una antigua criada, Lugarda, vieja ya, que era como parte de nuestra familia. Me encontré con serias dificultades para seguir adelante con la fábrica, por falta de dinero. Uno de mis compañeros en el Instituto Nacional, cuando yo cursaba mi sexto año por segunda vez, como alumno interno, era... no, no voy a dar su nombre completo. Diré tan sólo

que se llamaba Julio. Era un muchacho de provincias, que llegó a ser buen amigo mío. Cuando quedé solo en mi casa lo invité a que se fuera a vivir conmigo, para evitarle que tuviera que pagar pensión. El estaba ya para terminar sus estudios de leyes.

Mi amigo observó la marcha de mi fábrica, y vió que con algún dinero yo saldría de todas mis dificultades, y podría ganar bastante. Me ofreció prestarme diez mil pesos, a cambio del diez por ciento de las utilidades de la fábrica. Estimábamos que el negocio debiera dar una utilidad de unos diez mil pesos mensuales, lo que le daría a él doce mil pesos al año, como interés de sus diez mil. Acepté porque yo no podía conseguir dinero en ninguna otra parte. Los bancos son instituciones que prestan dinero a los que pueden demostrar que no lo necesitan, o, según ha dicho alguien, proceden como el que le presta a usted un paraguas cuando hace sol, y le pide se lo devuelva cuando está lloviendo.

Terminado el primer año, resultó que no había habido las utilidades esperadas. Tuvimos, además, mi amigo y yo, una discrepancia de apreciación. Yo estimaba que el dinero que retiraba para mis gastos personales, era el equivalente a mi sueldo por mi trabajo. El sostenía que ésa era utilidad. Y sobre esa base hicimos el cálculo de sus ganancias. Al año siguiente se hizo lo mismo. El no retiraba sus utilidades, sino que las dejaba en mi poder, cobrándome el interés que yo pagaba al banco por mi deuda hipotecaria. Mi madre no veía con buenos ojos a este amigo mío. Pero me dejaba hacer. Me decía con frecuencia: "cría cuervos para que te saquen los ojos". Era costumbre de mi viejecita querida hablarme siempre en proverbios.

Mi amigo Julio, después de haber estado en mi casa, gozando de todas las atenciones hospitalarias que yo le podía brindar, terminó sus estudios de abogado, y se fué a Linares, como empleado de un Juzgado. El era de allá, y su padre tenía influencias para conseguirle ese nombramiento. De allí era también la muchacha con quien estaba

de novio. Cuando ya se disponía a casarse, me pidió la devolución de su dinero, que, según sus cuentas, aceptadas por mí, había subido de diez mil pesos originales a treinta mil. Me decía en su carta que necesitaba ese dinero dentro del plazo de un mes, para cubrir los gastos que le originaba su matrimonio. Le contesté que no le podía pagar todavía, y le ofrecí hacerlo por cantidades mensuales. El insistió en el pago inmediato. Como no podíamos llegar a un acuerdo, nombró a un abogado en Santiago para que me cobrara judicialmente. Mi amigo tenía documentos ejecutivos firmados por mí, y no fué difícil embargarme mi casa, como lo digo al principiar este capítulo de mi vida.

¿Cómo pagarle esos treinta mil pesos a mi "amigo"? Los bancos no ayudan a los que están afligidos. Mi madre no podía hacer nada, porque todo lo que tenía me lo había entregado. Mi hermano Ernesto había gastado todo lo que recibió con motivo de la muerte de nuestro padre. El marido de Carmela, mi hermana, habría podido ayudarme y, seguramente, lo habría hecho si se lo hubiera pedido. Pero un falso orgullo me impidió hacerlo. Salía yo a recorrer mi vecindario, con tantos negocios que parecían pobres, pero eran florecientes, en la calle San Diego. Pero toda ésa era gente extraña para mí, en su mayoría extranjeros.

La calle San Diego, era, como lo es en parte todavía, una calle angosta, chata, fea, sucia, mal oliente, la calle del comercio plebeyo, de baratillos y de pequeñas industrias incipientes. En la cuadra donde yo tenía mi fábrica, el mío era el único negocio chileno. En realidad, lo mismo ocurría con las calles del comercio aristocrático, Ahumada, Estado, y Huérfanos, Compañía, Agustinas, en sus partes centrales. Los chilenos estaban perdiendo, y siguen perdiendo, en Santiago, su hegemonía económica y social. Ocurría, con su gente, lo que ha ocurrido con los chincoles, las golondrinas, las diucas y los jilgueros, que antes llenaban la ciudad con sus trinos, y que han sido reemplazados por los gorriones, inmigrantes europeos de última hora, que apenas

llegaron como una pareja, en su viaje transatlántico, en camarote de primera.

Esa calle San Diego, donde yo había vivido tantos años, y anteriormente mis padres, y de la cual me sentía tan extraño, acaso golondrina, chincol o jilguero, en vías de ser reemplazado por gorriones, inmigrantes modernos; esa calle San Diego, cuna de futuras grandes fortunas y de futuros grandes nombres en la vida chilena, era para mí, cuando necesitaba ir en busca de socorro, como una calle extranjera, de una ciudad extranjera. Allí se pensaba, abiertamente, en términos de pesos y centavos, y, furtivamente, en términos de sensualismo y lujuria, los dos grandes motores a chorro que mueven el alma humana. Pan y sexo. La perpetuación del individuo y la perpetuación de la especie. Ansia de vivir, y de seguir viviendo en las nuevas generaciones. ¿No estaba allí, en esa calle San Diego, esa fábrica de camisas de Malut, del "Infierno Gris", de Ortega Folch, inmigrante de última hora, que hacía una concubina de cada obrera de curvas atrayentes que llegara a coser camisas frente a sus máquinas, en sus talleres, tal como los compañeros de Pedro de Valdivia convertían en barraganas a las mujeres de la Araucanía? Era ése el "melting pot", hirviente abajo, en el fondo de la caldera, como hervía espumoso arriba, cuando un Blume, de "El Crisol", de Santiván, se casaba con una Urquizar Urquizábal.

En nuestro país echaron de nuestra tierra a los araucanos y huilliches, primero los andaluces y castellanos. Estos fueron supeditados por los vascos, y éstos, a su vez, están siendo supeditados por inmigrantes de todas las nacionalidades europeas, que han contribuido poderosamente a nuestro progreso, pero que nos han desplazado. Por mera curiosidad, durante el mes de septiembre de 1950, que es cuando escribo este capítulo de mi vida, he hecho un estudio de las fotografías de la vida social que publica el decano de nuestra prensa. Allí aparecen, rangosamente pagadas, las fotografías de las mujeres más conspicuas de nuestro mundo social que contrajeron matrimonio. En setenta y dos

matrimonios que se efectuaran en ese mes de septiembre, de cuyas desposadas se publicaron los retratos, figuran más de sesenta apellidos que no habrían podido figurar en la historia de Chile del señor Francisco Encina.

Algunos de estos apellidos son: Gompertz, Wormald, Christie, Guinart, Stack, Mattuz, Zanghellini, Platen, Agnes, Nelson, Inch, Lawner, Bernstein, Perlovich, Luckert, Visscher, Hammond, Meeson, Blachet, Ehlers, Trostel, Razmitic, Kraljevic, Crocco, Friedmann, Begue, Henkel, Elsaca, Saud, Yarur, Becker, Piulats, Weaver, Chambers, Rudloff, Pabst, Sabaj, Halabi, Salamé, Nazal, Witting, Jenkins, Garcelón, Karcha, Cassis, Abumohor, Engnen, Ehrenfeld, Eschweiler, MacKenzie, Ljubetic, Erceg, Buljevic, Glavinic, Bacigalujo, Uauy, Bandez, Ayub.

Estos son los gorriones llegados últimamente de Europa y que van desplazando de sus posiciones a los tradicionales jilgueros, diucas, golondrinas y chincoles chilenos: los mapuches, los andaluces, los castellanos, los vascos.

No es cierto, como pretenden muchos, que esta gente sea de razas superiores a la nuestra, y que no tenemos esperanzas de progreso si no nos cruzamos con ella. Lo que ocurre es que esos inmigrantes traen una educación económica superior, y traen el espíritu de ayuda, de cooperación. A mí, era un chileno, un amigo, el que me ejecutaba exponiéndome a liquidar mi negocio. Era un abogado, y ocupaba a otro abogado, también chileno, para ejecutarme.

Sin grandes esperanzas, fuí a ver al abogado ejecutante, para tratar de conseguir que me diera un plazo más amplio para pagar mi deuda. Me recibió como un juez severo recibiría a un delincuente recalcitrante. No aceptó darme ni una semana, ni un día más de plazo. Su cliente, me dijo en tono definitivo y terminante, necesitaba con urgencia su dinero, y no estaba dispuesto a esperar. Me agregó que yo tendría que pagar los gastos judiciales, y su honorario, que no era modesto. ¡Cómo deseaba yo entonces que él hubiera sido el alumno expulsado de la Universidad con motivo del burro!

Desde entonces, sin duda haciendo una generalización injusta, he considerado que los abogados son unos tiburones, y he creído ajustado a la verdad el chiste que los compara a éstos con ésos. Allá va el chiste, por si usted no lo conoce. En un naufragio se salvaron un sacerdote, un abogado y un médico, quienes iban a la deriva en un bote salvavidas. Una fuerte ola echó al mar al abogado, al cual los otros dos tripulantes veían luchar desesperadamente con las olas, nadando hacia tierra. El sacerdote oraba fervorosamente, pidiendo a Dios que lo protegiera, que le permitiera llegar a la playa, sano y salvo.

Un tiburón se acercó al abogado, pero pasó nadando cerca de él, sin hacerle daño, dejándole el paso. El sacerdote seguía orando. Otro tiburón pasó cerca del abogado, y nadó debajo de él, dejándole el paso.

—¿Ve usted el poder de la oración? —le observó el sacerdote al médico—. Los tiburones pasan a su lado y le dan el paso.

—¡Bah! —contestó el médico— ésa es sólo galantería profesional.

Defendiéndome de esos dos abogados, de esos dos tiburones, me fuí a almacenes que habitualmente compraban mis velas, y les ofrecí partidas a precios muy rebajados, al costo, en verdad, para que me las tomaran al contado. Pude, después de mucho esfuerzo, reunir el dinero que tenía que pagarle al "amigo" y gastos de la cobranza. Sometiéndome al más exagerado régimen de economía, cuidando el centavo, pidiendo prórrogas, pagando lo menos posible a mis obreros, logré ir saliendo, poco a poco, de mis dificultades.

En aquellos tiempos no había Código del Trabajo, ni sindicatos bien organizados, ni pliegos de peticiones para el reajuste del tarifado, para ponerlo en armonía con el creciente costo de la vida. Los patronos procedíamos con impunidad, aun cuando nos atrasábamos en el pago de los salarios. Esto iba, a veces, contra mi conciencia, es decir contra lo que yo mismo creía que era justo. Ocupaba mu-

chachos que habrían debido estar en la escuela, no en los talleres, con salarios ínfimos.

Trabajaban en mi fábrica entre quince y veinte obreros, un maestro mayor, algunos oficiales, unas mujeres y algunos niños. La fábrica no tenía ninguna comodidad para los obreros. Estos respiraban constantemente los vapores de la estearina. Los retretes eran una inmundicia. De la vida privada de mis obreros yo no sabía nada. De cuando en cuando llegaban a mi oficina reflejos de lo que era la vida hogareña de alguno de ellos. En una ocasión fué a verme la mujer de uno de los obreros que había trabajado varios años en la fábrica. Fué a decirme que su marido estaba enfermo, y a pedirme que le diera algo de dinero, que él me lo pagaría con su trabajo cuando sanara, pues en la casa no había qué comer. Le dí algo, no suficiente. La semana siguiente fué otra vez a pedirme dinero, porque el marido seguía enfermo. Le dije que no lo podía hacer. Era el tiempo en que estaba tratando de reunir el dinero que debía pagar a la pareja de abogados. Me pidió entonces ella que le diera trabajo a su niñito de diez años. Acepté. Pero el chiquillo, además de su corta edad, era raquítico, y poco despierto para el trabajo que se requería de él. Después de una semana tuve que decirle que no volviera.

La madre fué a verme otra vez. La pobre mujer lloró en mi oficina. Estaba a punto de dar a luz un cuarto hijo. En realidad, temí que, con su emoción, tuviera yo que actuar ahí mismo como partero. Me dijo con elocuencia de palabras sencillas y con lágrimas, que su vida era una tragedia, que tenía a su niñito más chico pidiendo limosna en las calles, que a la pequeñuela la enviaba a escarbar comida en los tarros de basura de las aceras; que ella, que se había ocupado antes de cocinera de puertas afuera, no podía trabajar ya.

—¡Usted comprende! —me dijo, mostrándome la redondez de su vientre en su cuerpo flacucho—. Vivimos cerca, en un cuarto de un conventillo, y nos están amenazando todos los días con echarnos.

—Pero no puedo hacer más —le contesté—. Mis apuros son muchos. Yo no sé tampoco cómo voy a salir de mis dificultades.

Era la verdad lo que yo le decía. Ocurría eso a raíz de que había tenido que hacer milagros para pagarle al amigo que me embargó. Recuerdo, y todavía me avergüenzo de ello, que le di cinco pesos. Ella los recibió muy agradecida. Parecía aun agradecida de que le hubiéramos dado trabajo a su marido durante tantos años. No he olvidado el nombre de ese obrero, Jorge Pérez, que era uno de los más cumplidores que habíamos tenido. Dos semanas después de la visita que me hizo su mujer, Rosa se llamaba, vi que andaban en la fábrica con una lista, recogiendo erogaciones. Era para una corona. Jorge Pérez había muerto. Di diez pesos. Pero el mundo es muy chico, y Santiago es como una aldea. Muchos años más tarde, cuando yo no tenía ya mi fábrica, me volví a encontrar con la mujer de Jorge Pérez.

Como débil defensa de mi conducta diré que yo no era un hombre ambicioso, que deseara hacer más y más dinero, como veía, y veo, que es la realidad en el mundo de los negocios. Casi todos están empeñados en ganar más y más dinero. Y cuanto más tienen, más quieren ganar. Contentarse con poco es difícil; contentarse con mucho es imposible. Mi propio padre, que logró comprar la casa donde tenía su fábrica, compró después otra para arrendar, y después unos terrenos, esperando que subieran de valor. Es la ambición económica, el motor del mundo capitalista.

Yo veía en esa calle San Diego, incubadora de negocios cuyos dueños están empeñados en hacer fortuna, a hombres que parecían no tener sino un móvil en la vida: ganar dinero, ganar más dinero. Ese es el eje de sus vidas. Es la razón de ser de su existencia.

Esta realidad la pinta con genio de artista Antoine Saint-Exupery, en su hermoso libro, "El Pequeño Príncipe". Este viaja por varios planetoides, que giran alrededor del Sol. No son planetas, como Marte o Venus, sino simples

planetitas, que son como asteroides denominados, no con nombres, sino con letras y números. Al llegar el Pequeño Príncipe a uno de estos planetoides, se encontró con un hombre de negocios, que estaba muy afanado haciendo sumas, en una gran hoja de papel. Cuando el Pequeño Príncipe lo saludó, el hombre de negocios no le contestó; simplemente siguió contando en voz alta: 501, 622, 732; 501, 622, 733 . . .

—¿Quinientos millones de qué? —le preguntó el visitante.

—No puedo detenerme —le contestó el hombre de negocios— y siguió: 501, 622, 734 . . . 735; 736; 737 . . .

Pero el Pequeño Príncipe quería saber qué estaba contando el hombre de negocios.

—¿Millones de qué? —Le volvió a preguntar.

Entre número y número, sin perder la cuenta, el hombre de negocios le dijo que estaba contando esos pequeños objetos que algunas veces se ven en el cielo.

—¿Moscas? —le preguntó el Pequeño Príncipe.

—No, pequeños objetos que brillan.

—¿Abejas?

Al cabo lo supo el Pequeño Príncipe. El hombre de negocios estaba contando estrellas. 501, 622, 845; 501, 622, 846 . . . 47; 48, . . . El hombre de negocios le decía que no lo interrumpiera, que no tenía tiempo para frioleras, que él estaba ocupado en cosas serias.

La escena es larga, y no la voy a reproducir en su integridad, pues no deseo usurpar la propiedad literaria de Monsieur Saint-Exupery, que en paz descanse. Pero el fondo de la historia es éste: El hombre de negocios había resuelto que las estrellas eran de él, porque sólo a él se le había ocurrido apoderarse de ellas, tal como cualquiera se apodera del dinero que encuentra en la calle, o como las naciones se apoderan de las tierras o de los hielos que descubren. Todo su afán era descubrir nuevas y nuevas estrellas, para contabilizarlas, y agregarlas a su fortuna. Las entraba "al haber" en sus libros, y cuando llegaba el

día, hacía su balance, y guardaba su fortuna en una gaveta con llave, en su caja de fondos.

Algo así es este acaparar y acaparar de fortuna de parte de los hombres ricos. El dinero que ganan, cuando ya llenan sus necesidades del vivir, que son limitadas, sólo les sirve para adquirir más y más dinero, más y más estrellas que anotar en sus libros de contabilidad.

No era éste mi caso, dicho sea, y repetido sea, en mi defensa. Yo me veía obligado, por los caracteres mismos de la lucha económica, a tratar de ganar para defender mi fábrica, para asegurarme mi sustento. Si yo hubiera sido generoso con mis obreros, mis rivales en esa industria me habrían empujado al fracaso.

A pesar de ser un pequeño burgués, a pesar de vivir ahora de mi renta, que es el equivalente a mi jubilación por mis años de servicios, las contradicciones del mundo de los negocios me dejan perplejo. Recuerdo siempre el caso de la hijita del minero del carbón, de que ya he hablado, que tirita de frío, porque en su casa no hay carbón, y no hay carbón porque su padre, minero del carbón, no tiene trabajo, y no tiene trabajo porque hay mucho carbón. Al lado de esa paradoja están todas las otras de nuestro mundo de los negocios. Leemos en los diarios, con frecuencia, las noticias de que hay inquietud porque tal o cual avance en la industria, en la maquinaria, deja a miles y miles de obreros sin trabajo. A veces, por haber sobreproducción de azúcar, o de café, o de trigo hay que arrojar al mar la sobreproducción, para mantener el precio, mientras hay millones que mueren literalmente de hambre.

Nuestro régimen económico estimula una política de escasez, y repudia la política de la abundancia. ¿Conoce Ud. el caso de un millonario que quería comprar en París una obra de arte y encontró que era muy alto el precio que le pedía el anticuario? Este le dijo:

—Tome Ud. en cuenta que sólo hay dos ejemplares de éstos en el mundo, los dos que yo tengo.

—Precisamente, —le contestó el millonario. —Hay

dos; si hubiera sólo uno, yo pagaría tres veces lo que Ud. me pide.

El comerciante tiró al suelo, y rompió, uno de sus ejemplares.

—Tomo su palabra, —le dijo, —ahora sólo hay uno.

Esto hacemos con los productos alimenticios; echamos la mitad al mar para que la otra mitad valga más. Es una tragedia abaratar el costo de la vida. Si mañana alguien descubriera una píldora que sanara a todos los enfermos, habría que considerarlo como a un malefactor público. Quedarían sin trabajo los médicos, los practicantes, las enfermeras, los boticarios, los fabricantes de productos farmacéuticos. Quedarían millones y millones sin trabajo, millones que pedirían que se linchara al que les había llevado la miseria y el hambre.

Nuestro mundo económico está lleno de contradicciones, de paradojas. Afiebrados en la lucha por el dinero, apenas nos damos cuenta de ellas. Y, después de todo, ¿qué es el dinero, tras del cual todos vamos con la ambición desordenada de poseer más y más? No es sino una orden de pago para adquirir mercancía o servicios. La invención del dinero es una de las grandes invenciones del hombre. El dinero no es como la materia, y el espacio, que han existido siempre. En los tiempos de Homero, nueve siglos antes de Jesucristo, no existía. Los fenicios desembarcaban en las costas de Grecia, y cambiaban los artículos que llevaban de las costas del Mediterráneo, por lo que producía Grecia. Pero esto es muy engorroso. No son fáciles estos trueques, si no hay un denominador común. La invención del dinero resolvió ese problema. El dinero es el lenguaje de los negocios, es el símbolo para hacer las transacciones. Tiene un valor representativo, aunque a veces tiene un valor real, cuando se trata de oro, o plata. De nada vale el dinero si no hay qué comprar. Para que sirva tiene que estar repartido entre los que producen y consumen. Si un hombre tuviera todo el dinero del mundo, sería como si tal dinero no existiera.

Recuerdo que cuando yo era pequeño, jugábamos "al despacho". Uno de nosotros, o varios en sociedad, "poníamos un despacho", un almacén de comestibles. La arena era azúcar; el ladrillo molido era café, y así por el estilo. Cortábamos pedacitos de papel; les poníamos timbres, con designaciones de billetes. Y los repartíamos entre todos, principiando nuestros negocios. Incluso, imitando los vicios de la sociedad en que vivíamos, jugábamos el dinero, con apuestas. Ocurría a veces que uno de nosotros, el más listo, se quedaba con todo el dinero. Entonces ya no se podía seguir jugando. Había que volver a repartir el dinero entre todos.

Esto ocurre en la realidad internacional. Los Estados Unidos al acaparar todo el dinero para la compraventa entre los países, han tenido que recurrir a ayudar a "los países económicamente atrasados", lo que es el equivalente al reparto parcial del dinero acumulado por uno de los jugadores, como en nuestros "despachos" en que vendíamos ladrillo molido, y se pagaba con papelitos con denominaciones de billetes. Borrar las antiguas deudas de guerra es otro fenómeno análogo. La reducción de las indemnizaciones también lo es. Supongamos que Alemania tiene que pagar cincuenta mil millones de dólares como indemnización de guerra, por todo lo que destruyó con sus invasiones. ¿Cómo pagaría? Enviar marcos al exterior de nada sirve si no es para comprar algo en Alemania con esos marcos. Si se usan en comprar en Alemania, sería tanto lo que habría que comprar, que la mercadería alemana, en los Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra, iría a competir con la producción nacional, iría a provocar una abundancia perjudicial. Por eso se han cobrado las indemnizaciones quitándole a Alemania sus maquinarias. Pero si se deja en la miseria a Alemania, cesará de ser un mercado comprador, lo que también redunda en perjuicio de los otros países que han cobrado las indemnizaciones. Esta es otra de las contradicciones, de las paradojas, de nuestro régimen económico.

Llegamos siempre a la misma conclusión: el acaparamiento es, en último término, perjudicial para el acaparador, ya sea éste un individuo o un país. Pero todos queremos acaparar, como el millonario que contabiliza las estrellas, y las pone en su caja de fondos.

El Sr. Francisco Encina, en su larga y detallada Historia de Chile, nos quiere hacer creer que la conquista de América por los españoles no fué una empresa de negocios. Dice. (Tomo II): "Para España, lo fundamental fué la expansión espiritual y material de América. Los móviles económicos estuvieron siempre supeditados por el impulso creador". De Almagro dice (Tomo I): Un mandato superior a la razón y al cálculo, lo empujaba a descubrir y conquistar nuevos pueblos". Esta interpretación se encuentra frecuentemente en su historia de la conquista. Sin embargo, él mismo se contradice, cuando asegura (Tomo I): "El mandato inconsciente de la sangre impulsaba a través de móviles egoístas y pequeños. Crearon, inconscientemente, movidos por avidez de riquezas, de mando de lustre, de honores o de gloria inmediata". En el Tomo IV dice: "A los capitanes, oficiales y soldados sólo les interesaba capturar indígenas para venderlos. Cogían indios de todas edades, con frecuencia pacíficos, para venderlos en las minas del Perú, o en Santiago, o Concepción". En otra parte: "La idea de Martín Ruiz de Gamboa era la misma de sus predecesores: extender la conquista para repartir tierras e indios entre sus soldados". La conquista y colonización de nuestra América era, para los españoles un simple negocio. Carlos V y el Consejo de Indias tuvieron redactado el contrato que concedía el negocio de la conquista de Chile a los banqueros alemanes, los Fugger, que a última hora se echaron para atrás.

Por otra parte, sabemos que el proyecto de la conquista del Perú por Pizarro y Almagro, fué escriturado en Panamá, como un simple negocio. Los tres empresarios, Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque, firmaron un contrato por el cual se comprome-

tieron a efectuar el descubrimiento y la conquista del Perú, debiendo repartirse las utilidades por terceras partes. Uno de los socios, Hernando de Luque, era cura, y administró el sacramento de la eucaristía, dividiendo la hostia en tres partes, una para cada uno de los socios de este negocio.

La conquista de Chile, fracasado el convenio con los Fugger, fué proyectada como otro negocio en el Perú, y, cuando uno de los socios, Francisco Martínez, vió que la empresa iba mal, y que no se divisaban utilidades, se vino, en 1543 a reclamar el capital que había aportado, la suma de $ 9.800. Pedro de Valdivia le dió cinco mil en cancelación, y tuvo que conformarse con eso. No sacaba nada con demandarlo, como lo hizo mi "amigo" conmigo.

¿Fué mi matrimonio un negocio, como la conquista del Perú? Honradamente debo decir que no lo planeé como tal. Pero me resultó un negocio. Es decir, me aportó fortuna que yo no había ganado.

En casa de mi prima Adelaida, aquella a quien contemplé desnuda, en el cuarto en que durmió una noche en mi casa, que, dicho sea de paso, se casó y tiene dos hijos prometedores, conocí a una joven, hija de un boticario, que tenía su farmacia en la calle Nataniel. Era una preciosa mujer, que iba a cumplir los veinte. Florencia se llamaba, y se llama, porque, afortunadamente todavía vive, y espero que siga viviendo mucho tiempo más.

Florencia, mi mujer, que sabe, naturalmente, que estoy escribiendo mi autobiografía, me ha hecho prometerle que no me ocupe de ella, ni antes del matrimonio, ni en el matrimonio, ni después del matrimonio. Pero algunas alusiones tengo que hacer porque ella ha sido factor decisivo en la historia de mi vida. Pertenecía a una familia modesta, como la mía. No sé nada de su árbol genealógico, pero no se jactaba de su alcurnia. Su padre era dueño de la casa donde vivían y tenían la botica.

Muy pronto pasé a ser visita semanal en el hogar de Florencia. Los asuntos amorosos, con propósitos serios,

no se estilaban entonces como ahora. No podía uno sacar a una muchacha al cine, que no lo había, o al teatro, o a tomar un refresco. En verdad, no se podía invitar a la dama, sin invitar también a la mamá o a la tía, que eran chaperonas indispensables.

Aun en la propia casa, donde yo llegaba de visita, los domingos en la tarde, con levita y guantes de color perla y sombrero de pelo, no nos dejaban solos. La botica, que estaba en la esquina, se comunicaba con la casa, por una puerta trasera. Cuando estaba de turno, era realmente mi turno para estar a solas con Florencia, porque la enviaban a ella a quedarse allí para atender al público, en cosas de rutina, como vender bicarbonato, o manzanilla, debiendo llamar al papá para preparar una receta. Y en la botica, que tenía dos grandes puertas, y una ventana a la calle, ahí, sí, nos dejaban solos, porque estábamos como en un fanal de vidrio, a la vista de todos los transeúntes, y no podíamos hacer ninguna picardía.

No tardamos mucho en estar privadamente de novios. Yo no le hice el amor a Florencia, con simples miradas de cordero degollado; pero tampoco fuí impertinente, lo que ella no me habría tolerado. Baste decir que sólo una vez, muy de sorpresa, le dí un beso "blitz": fué un relámpago que la puso roja como el permanganato que estaba en un frasco, en uno de los anaqueles.

Esas tardes farmacéuticas eran deliciosas. Nos sentábamos delante del mostrador, hacia una esquina de la botica. Estaba entendido que fuera así, por decoro. Teníamos, al frente, sobre el mostrador, dos grandes redomas de cristal, con sanguijuelas que apenas se movían en el agua. Todavía era tiempo en que se las usaba para sangrar a los enfermos, y en mi cuerpo, las sentí más de una vez. Sale la sangre y no se siente ningún dolor. ¡Con qué delicadeza hinchan sus cuerpos! Con mucho más delicadeza que los dos abogados que me sacaron los treinta y tantos mil pesos, con los honorarios inclusive, por chuparme la sangre. Había también, al frente nuestro, grandes car-

teles de propaganda, en colores chillones, de aceite de hígado de bacalao. Un pescador fornido, que parecía ofrecer en venta su salud, y un enorme bacalao que cargaba sobre sus anchas espaldas. ¡Qué poco me gustaba ese aceite cuando mi madre me obligaba a tomarlo! Y había otros enormes carteles en colores, como el del Tricófero de Barry, con una mujer de tan abundante cabellera que parecía un matorral de seda. Y el Agua de Colonia de Atkinson. ¡Y tantos otros! Aquello parecía una galería de arte de mal gusto. Y había mamaderas, irrigadores y chatas, en exhibición, en la ventana. Yo le conté a Florencia la escena cómica de la chata, en una calle de Talca, con Hortensia, la aristócrata, que me dió calabazas.

Nuestra conversación estaba siempre salpicada de anécdotas y de chistes. Y como nuestro noviazgo transcurrió principalmente en una farmacia, le presenté todo mi repertorio de cuentos de botica. Recuerdo todavía algunos, que a pesar de lo viejos, no son muy comunes.

Un chico llegó, en una ocasión a pedir un purgante a una botica, explicando que era necesario que no tuviera mal gusto. El boticario le dijo que se lo prepararía inmediatamente, pero que mientras esperaba, si él quería, le daría una limonada bien dulce. El chico aceptó la limonada, que estaba sabrosa. Cuando hubo concluido de tomarla, le pidió el purgante al boticario. Este le contestó:

—¿No querías que tuviera buen gusto?

—Claro que sí, —le contestó el muchacho.

—Pues ya te lo tomaste; el purgante estaba en la limonada.

—¡Ah! —exclamó el chico: —pero el purgante no era para mí; era para mi mamá.

Otro chico llegó a otra botica como empleado para los quehaceres menudos. El boticario le dió unos trocitos blancos, como tiza, que los puso en un almirez, y le dijo al chicuelo que los moliera hasta que el polvo estuviera bien fino. El chiquillo molió durante largo rato, y cuando creyó que el polvo estaba bien fino, se lo llevó al boti-

cario. Este le dijo que tenía que molerlo más. Pasada una nueva media hora, se lo llevó otra vez al patrón, quien olió los polvos, y le dijo que todavía les faltaba mucho, agregando:

—Estarán buenos, cuando tengan un ligero olor a ajo.

El chiquillo siguió frotando los polvos con la mano del almirez, oliendo a cada rato, para ver si aparecía el olor a ajo. Pero ¡nada! El olor no aparecía. Llegó la hora del almuerzo, habiendo estado a la tarea casi toda la mañana, y el olor a ajo no asomaba. El boticario le dijo que, cuando volviera de su almuerzo, debería seguir moliendo. El chiquillo, que no era nada de leso —o que lo era mucho— tomó de la cocina de su casa un pedacito de ajo, y lo llevó a la botica, poniéndolo furtivamente en el almirez. En poco rato, naturalmente, los polvos tenían un pronunciado olor a ajo.

—¡Espléndido! —le dijo el boticario— ahora tienes que seguir moliendo hasta que desaparezca el olor.

De más está decir que el olor no desapareció nunca, y que el muchacho tuvo que confesar lo que había hecho.

Florencia me celebraba todos mis chistes, no sé si porque deseaba ser cortés o porque les encontraba verdadera gracia. Debo advertir que jamás le conté un cuento colorado, mientras estuvimos de novios, a pesar de que mi arsenal de ellos era casi ilimitado. Pero Florencia era su propia chaperona. Su mirada serena y solemne era una barrera para toda impertinencia. Tal vez uno de los chistes en que más me acerqué a lo "risqué" fué el siguiente:

Una señora, una noche que sabía que su marido iba a estar ausente hasta tarde, tenía una tertulia amorosa con su amante en su dormitorio, cuando el esposo se apareció intempestiva e inesperadamente. Ella no perdió su sangre fría, y le presentó al visitante a su esposo, diciéndole que era el médico, a quien había tenido que llamar precipitadamente, por un ataque que había sufrido, con lo que ella quería explicar también su deshabillé.

El marido le cree, naturalmente, y, muy inquieto, es-

pera que el médico haga la receta. Este la hizo, escribiendo garabatos que nadie podría entender, como generalmente lo hacen los médicos. El marido insistió en que el doctor se quedara hasta que la empleada trajera de la botica, que estaba en la esquina, la medicina recetada. El pobre hombre daba excusas, decía que estaba apurado, que tenía otro paciente muy grave. Pero mientras discutían, llegó la empleada, con un diminuto paquete de la receta despachada por el boticario: un frasquito con indicaciones de que debía sacudirse antes de usarse, y de dar dos gotas en un vaso de agua, después de cada comida, y unas obleas que debían tomarse una en la mañana y otra en la tarde. El amante y la esposa quedaron perplejos, pero aliviados. La filosofía del cuento no se le escapó a mi novia. El boticario no quería pasar por ignorante, y había puesto azúcar en polvo, en vez de lo que el médico ordenaba con sus jeroglíficos, con su conciencia muy tranquila, creyendo que le haría menos mal al paciente.

—No, si mi papá no entiende alguna receta —me dijo Florencia— o tiene alguna duda acerca de ella, consulta al médico que la hizo. Muchas veces les ha corregido a los doctores sus propias recetas a causa de cantidades equivocadas en las dosis.

Una vez ocurrió algo en la botica que me llenó de confusión. Nuestras charlas eran frecuentemente interrumpidas por gente que iba a comprar cápsulas de Vial —las predecesoras de la aspirina, que hicieron rico al Dr. Vial— o pastillas de menta, o un parche poroso, o un termómetro. De cuando en cuando alguien iba con una receta, y entonces Florencia llamaba a su padre. Pero en la ocasión a que me refiero, entró un hombre maduro. Miró a mi novia, y se mostró vacilante, queriendo retirarse sin decir qué quería. Pero en la puerta parece que cobró valor, y se dirigió a mí, diciéndome que quería hablarme en privado. Cuando estábamos al otro extremo de la botica, me dijo al oído:

—¿Tiene condones?

No se me ocurrió salir del paso, diciéndole a boca de jarro que no teníamos. No soy rápido para pensar mentiras. ¿Qué hacer? Decirle a mi novia lo que el hombre quería era imposible. Si él no se había atrevido, menos me iba a atrever yo. Tenía entonces, en el bolsillo de atrás de mis pantalones, bajo mi levita, un condón. Eso era algo que yo llevaba siempre conmigo, como mi pañuelo, por lo que pudiera ocurrir. Por un momento sentí el impulso de regalárselo, solidaridad masculina, sabiendo que el pobre hombre, día domingo, encontraría casi todas las boticas cerradas. Se lo habría regalado si no hubiera temido que Florencia me viera. ¿Qué hacer? ¿Llamar al papá, como si se tratara de una receta? No me atreví. ¿Qué hacer? Al cabo, en voz muy baja, le dije:

—Señor, yo no soy de aquí, y la señorita ni sabe lo que es eso, ni sabría dónde están.

El caballero se fué, muy decepcionado. Acaso a eso se haya podido deber el nacimiento de otro tonto como yo.

—¿Qué quería ese señor? —me preguntó inocentemente Florencia, mirándome con sus serenas y cándidas pupilas azules.

Yo no contaba con esa pregunta, y no se me ocurrió qué contestarle. Simplemente me puse rojo, y me quedé callado. Ella se dió cuenta de mi confusión, y debe haber comprendido, pues me dijo con mucha tranquilidad:

—Los condones están en ese cajoncito de la izquierda. —Me lo dijo con la misma sencillez con que me habría dicho dónde estaba la manzanilla. Para ella, éste era un asunto de rutina, algo que se sabe de palabras, y no se comprende en todo su significado, como aquello de la "inmaculada concepción", y "gozar como chivato". Aun la palabra "coqueta", al parecer tan inocente, tiene una etimología en la que no pensamos siquiera. Viene de "coq", gallo, y tiene que ver con su afán de pisar tantas gallinas como están a su alcance. ¿Y ha pensado Ud. alguna vez en la etimología del chilenismo "coñete", mezquino, apretado?

Este y otros incidentes análogos, en que yo mostraba mi confusión, me han dado la clave de por qué Florencia se enamoró de mí, que no era físicamente atractivo, y que era relativamente pobre en aquel entonces, que no sobresalía por mi inteligencia, que sólo tenía al Haber en la contabilidad de mi espíritu, mi buen humor. Después he venido a comprender mi principal atractivo para Florencia. Lo comprendí a fondo cuando leí este sabio consejo de la princesa china Chou:

"Si él te dice que te ama más que a toda otra cosa en el mundo, da vuelta la cabeza, y arréglate cuidadosamente el cabello. Si te dice: "Te idolatro más que al dios de oro del Templo", arregla los pliegues de tu vestido, y repróchale con una sonrisa, su sacrilegio. Si pasa bajo tu ventana, jinete en su blanco corcel, a decirte adiós, porque prefiere morir en la batalla, antes que desesperado de amor, dale una flor, y deséale buena suerte. Pero, si se sienta a tu lado, mudo como una ostra, y tan confundido que desparrama el té en tu mantel azul, sonríele tiernamente como al hombre a quien quieres hacer el compañero de tu vida".

Me llamaba la atención que la plancha de farmacéutico que se exhibía en la puerta de la botica no fuera del padre de Florencia. Estaba allí, en bronce, el nombre de una mujer, como farmacéutica diplomada, y regente de la botica. Pero jamás vi yo a esa mujer. En realidad, nunca iba allí sino a cobrar cada mes el alquiler de su plancha, el alquiler de su nombre. La ley exigía que las boticas fueran regentadas por farmacéuticos titulados. El padre de Florencia no lo era. Todos sus conocimientos los había adquirido en la práctica, como empleado de otra botica. Cuando quiso establecerse por su cuenta, para subsanar esta dificultad, hizo lo que hacían muchos otros: alquiló, no los servicios, sino la plancha de un farmacéutico titulado, que aparecía como regente, sin serlo. En el fondo, no había daño en ello, pues el que iba a ser mi suegro sabía mucho más de farmacia, por su larga práctica, y es-

taba mucho menos expuesto a un error, que los farmacéuticos salidos de la Universidad, con mucha teoría y poca experiencia.

En todo caso, esto muestra cómo la ley se puede burlar fácilmente. Conozco el caso de un practicante que aprendió tanto de medicina, que en su casa principió por atender algunas consultas, entre sus vecinos, acaso con más acierto que médicos de gran renombre. Poco a poco, con sus curas, fué adquiriendo reputación y clientela. Su especialidad era la de componer huesos safados y quebrados. Sus clientes lo llamaban "doctor", y él se acostumbró a este título concedido por el público doliente. Como los médicos traumatólogos se dieron cuenta de que les quitaba mucha clientela, aun entre la gente rica, lo acusaron de estar ejerciendo la profesión sin ser médico titulado; y la justicia lo persiguió. Se llamaba él Carlos Fuenzalida, y para hacer frente a la persecución, decidió cambiarse de nombre, lo que han hecho muchos en Chile, para sus carreras profesionales o literarias: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Pablo de Rohka, Augusto D'Halmar. Sólo que Carlos Fuenzalida decidió llamarse Doctor Fuenzalida. Doctor pasó a ser su primer nombre, que nadie le podía objetar. Puso en su puerta su plancha, que decía: Doctor Fuenzalida. Estaba dentro de la ley. Podía llamarse Doctor.

En los Estados Unidos, cuando estuvieron bajo el régimen de la prohibición, lo que se prohibía era el tráfico de bebidas alcohólicas. Pronto brotaron los sólidos alcohólicos, que el comprador podía diluir en su casa. También se vendían todos los ingredientes para la manufactura casera de cerveza, y de otras bebidas alcohólicas.

En ese país se prohibe también la venta de armas de fuego, revolvers, etc. Varias firmas se dedicaron al negocio de arrendar revolvers por noventa años. La ley prohibía la venta; pero no el arriendo.

Aquí, en Chile, tenemos también el caso de que la ley prohibe el divorcio, con libertad de los cónyuges para volver a casarse. Se ha inventado su substituto: el anula-

miento del matrimonio, que puede hacerse por muchas causas, porque uno de los novios no vivía en la circunscripción donde se contrajo el matrimonio, porque uno de los testigos era sordo, etc. Y es fácil inventar cualquiera de estas causas. En Chile no tenemos divorciados y divorciadas, como en los Estados Unidos. Tenemos anulados y anuladas.

Pero el engaño máximo que se hace en nuestro país a la ley es el de las declaraciones fraudulentas para los impuestos internos. Es una manera que han encontrado los hombres de negocios para sacar el cuerpo a la tiranía de los impuestos excesivos. Yo, en la carpeta en que tengo todos los documentos y las copias de mis declaraciones, he pegado este chiste, recortado de una revista norteamericana:

"Un transeúnte que entró en una casa, debido a los gritos desaforados de una mujer, se encontró con una madre desesperada que le dijo que su hijo se había tragado una moneda de veinticinco centavos. El transeúnte cogió al niño por los pies, lo sacudió vigorosamente, le dió golpes en la espalda, y el niño arrojó la moneda de su cuerpo.

—Doctor —le dijo la mujer, agradecida—, fué ciertamente una feliz coincidencia que un médico pasara por aquí cuando ocurrió esta desgracia. ¡Qué bien supo sacarle usted la moneda!

—Señora —le contestó el transeúnte—, yo no soy médico; soy cobrador de Impuestos Internos."

Pero, a pesar de la competencia de los Inspectores de Impuestos Internos, temo yo que en nuestro país se burle por lo menos el 50% del valor de los impuestos, que según la ley deben pagarse. Para corregir este mal endémico, creo que las ideas que predica el señor Víctor Krüger, sociólogo vienés, que reside entre nosotros, podrían implantarse con gran beneficio para el país.

El principio fundamental del sistema me parece de formidable solidez. Se trataría de suprimir toda la maquinaria oficial para la fiscalización y cobro de impuestos, y man-

tener un impuesto único sobre el circulante, que se cobraría automáticamente. En verdad, el dinero que circula, que no llega a diez mil millones de pesos, son billetes que emite el Estado. Supongamos que el Gobierno necesita el diez por ciento mensual del total del dinero circulante, para sus gastos. Advierte a la población que, al final de cada mes, los billetes que están en circulación deben ser canjeados por una nueva emisión, a razón de cien pesos de los antiguos por noventa de los nuevos. Así, como por arte de magia, el Gobierno cobra todos los impuestos y recibe lo que necesita para sus gastos de administración.

Por cierto que ésta es una exposición extrasintética del plan, y que hay mucho que agregar a este principio básico. Pero el plan que predica el señor Krüger contempla inteligentemente todas las contingencias. La verdad es que este sociólogo, tras larga lucha, se va abriendo camino en nuestro país. Dicta conferencias y Cursos universitarios, y es ahora Asesor de la Secretaría de Planificación del Consejo Nacional de Economía.

Mi fábrica seguía prosperando, a pesar de la competencia de las lámparas de aceite, y de parafina, a pesar del gas, y de la electricidad incipiente. Esta co-existencia de los métodos de trabajo y producción —vela, gas, electricidad— está en armonía con un rasgo característico de la evolución de la vida, en todas sus manifestaciones. En el mundo animal, de unas especies se desarrollan otras más capacitadas para avanzar, y aunque algunas veces se extinguen las especies primitivas, como los ictiosaurios, dinosaurios y gliptodontes, otras veces siguen existiendo paralelamente a las especies más evolucionadas a que dan origen. De los peces vienen los anfibios, y subsisten peces y anfibios. De los anfibios vienen los reptiles, y subsisten anfibios y reptiles. De los reptiles vienen los mamíferos, y siguen subsistiendo reptiles y mamíferos. De los invertebrados vienen los vertebrados, pero ambos siguen coexistiendo.

El mismo fenómeno ocurre en la industria. Las primeras velas las hacían en Chile, en las casas, los esclavos o

encomendados, de nuestro primitivo sistema semi-patriarcal. Acaso alguno de mis abuelos hacía velas en la casa de algún encomendero. Después, hubo quienes especializaban en esto como negocio. En la famosa novela **Gran Señor y Rajadiablos**, de Eduardo Barrios, el cura Valverde, de noble prosapia, con escudos heráldicos, tiene ocasión de desacreditar a los abuelos de la joven de quien se ha enamorado su sobrino, a los vascos Lazúrteguis, "por haberse enriquecido en el tráfico de sebos, pellejos y carnes saladas, y haber alcanzado fama elaborando los mejores velones con que se alumbran los estrados; y de aquellas fetideces —le decía— expendían partidas al Perú."

La vela de sebo ya no existe como industria casera. Ni se fabrican siquiera velas de sebo. Eso se extinguió, como los ictiosaurios. Pero subsisten las nuevas especies, que evolucionaron de ella, velas de estearina y de cera, a la par que los nuevos procedimientos de alumbrado. Me parece a mí que los pedagogos que elaboran los planes de estudio de la enseñanza oficial no han dado la debida importancia a la historia de la industria, de los métodos de trabajo y producción, que son determinantes de la estructura económica y social, y del desarrollo mental y artístico del hombre. Esto no lo ha comprendido bien ni el señor Francisco Encina, al escribir su Historia de Chile. Considérese sólo la evolución que va —con sus repercusiones en la vida humana— desde el eslabón y el pedernal que creaban una chispa, hasta la bomba atómica, que con un estallido puede matar a un millón de hombres. Esto nos muestra un panorama más realista de la evolución humana que el estudio de la historia de sus matones, ya sean éstos Aníbal, Alejandro o Napoleón.

No creo que yo haya contribuído gran cosa al progreso con mi modesta industria de velas. Mi mujer, religiosa, se complacía en el hecho de que nuestras velas ardían en los altares donde se ofician las misas. A mí, arreligioso, me complacía, sin embargo, considerar que siempre había alguna vela mía encendida en alguna parte del país.

de día o de noche. Era como si yo mantuviera permanentemente vivo el fuego de las Vestales.

Mi noviazgo no fué relámpago. Fué de lenta gestación y de larga duración. La vida me ha enseñado que todo lo que demora más en desarrollarse tiene un contenido más intenso. Aun cuando, de cuando en cuando, invitaba yo a Florencia, con su madre, a ver las zarzuelas de la época, a Pepe Vila, en Viento en Popa, o la Verbena de la Paloma, las horas que más placenteramente recuerdo de mi noviazgo transcurrieron en la botica, entre drogas, sanguijuelas, parches porosos y aceite de hígado de bacalao.

Aun después de concertado el matrimonio, esperamos más de un año para casarnos. Mi fábrica arrojaba ya utilidades satisfactorias. Pero yo no quería llevar a mi mujer a la casa de la fábrica, donde vivía con mi madre, entre cajones de velas, fardos de estearina, y en promiscuidad con obreros y obreras.

No; yo quería comprar una casita para nuestro hogar, la que debiera tener todas las comodidades de ese tiempo. Más aún, quería llevar a mi esposa a un viaje de luna de miel por Europa. Para esto era necesario reunir más dinero, y, en consecuencia, esperar.

Claro es que habríamos podido casarnos, dejando el viaje al extranjero para más tarde. Pero yo sabía que eso sería muy difícil cuando ya tuviéramos hijos. También habría podido llevarla a vivir a la fábrica al principio; pero también sería difícil salir de allí después. A ella parecía no importarle esto. Aun cuando yo tenía ansias de casarme, creo que Florencia tenía más ansias que yo. La filosofía de mi novia era: "contigo, pan y cebolla". La mía era: "contigo, miel y buñuelos".

En mi fábrica yo había empleado a un joven. Adalberto, que me hacía las veces de contador, y de ayudante general en el trabajo. En poco tiempo mostró tanta competencia y dedicación, que, poco a poco, le fui entregando parte considerable de la administración. Eso me llenaba

de júbilo, porque veía que podría ausentarme, y la fábrica seguiría su marcha normal, con sus crecientes utilidades.

En medio de todos mis planes, que iban desarrollándose a entera satisfacción, ansioso yo de que llegara el día en que pudiera llevar a mi esposa y a mi madre, a una casita confortable, donde las pudiera rodear de comodidades, me ocurrió una de las desgracias más grandes de mi vida. Mi viejecita enfermó y, en unas cuantas semanas, pese a todos los cuidados, murió. Sobre esto no quiero extenderme porque es demasiado triste para mí.

La vida se me principió a hacer insoportable en la casa de la fábrica. Todo me recordaba en ella a mi madre. Allí estaba yo solo, con la vieja Lugarda, quien, a pesar de tener muchos más años que mi madre, se apegaba a la vida como una vieja yedra a un viejo muro.

Pasados los primeros días de aflicción, me dijo una tarde Florencia:

—Tú no puedes seguir así, viviendo solo, Miguel.

—Creo lo mismo —le dije—, pero tengo que buscar una casa para nosotros.

—Eso ya está todo arreglado —contestó—. Mi padre ha resuelto obsequiarnos, como regalo de bodas, su casa que tiene en la calle Angamos. Tú no la conoces; y quisiera llevarte a verla. Está arrendada actualmente, pero la ha pedido. El mismo la va a hacer modernizar y redecorar. Tiene una vista a la cordillera, que es una maravilla.

Florencia hablaba y hablaba, sin dar ocasión a que yo expresara mi protesta. Y cuando finalmente le dije que yo no podía aceptar ese obsequio tan valioso, me contestó:

—Si el obsequio es para mí, y no te puedes oponer a que mi padre me haga un regalo de bodas.

No había más que hablar. Como según la ley chilena, lo que tiene la mujer es del marido, ahí ve usted otro capítulo de la historia de cómo gané mi primer millón de pesos.

Fuimos el domingo siguiente a ver la casita, y me enamoré de ella. Es precisamente la casa donde estoy escribiendo esta autobiografía. Ya era fácil que nos casáramos. La suerte me ayudaba más de lo que yo me habría atrevido a pedirle. Había sido muy afortunado en que los padres de mi novia, de quienes ella era la única hija, me hubieran ido cobrando cariño, hasta pasar a considerarme como hijo de ellos.

Nuestro matrimonio no fué una gran fiesta social. No se publicó el retrato de Florencia en la vida social de los diarios. Ni hubo mención pública siquiera de nuestro matrimonio. Pero hubo en él más de un centenar de personas, entre parientes y amigos, quienes nos hicieron valiosos regalos para nuestro futuro hogar. Todo eso quedó guardado en casa de mis suegros, durante el tiempo que duró nuestra ausencia del país.

No nos fuimos en aeroplano. No los había entonces. Nos fuimos, por la cordillera, a Buenos Aires, donde nos embarcamos para Liverpool. Durante largo tiempo había estado yo estudiando inglés, que no pude aprender en humanidades. Ayudado por un profesor particular, avancé con una rapidez que me sorprendía a mí mismo. No tenía por qué extrañarme tampoco. No se necesita ser muy inteligente para aprender idiomas. Toda la gente que está en el hospicio ha aprendido su propio idioma.

Más adelante, en esta historia de mi vida, explicaré cómo me fuí dando a la lectura y al estudio. Desde luego, parte muy importante de mi educación fué este viaje. Visitamos Londres, París, Berlín. No íbamos como turistas apurados con un cicerone, con discursos estereotipados. No íbamos a hacer un derroche de ostentación o de lujo, lo que no habríamos podido hacer, aunque hubiéramos querido. No éramos en París los transplantados, los rastacueros de Blest Gana. Eramos modestos viajeros que visitábamos ciudades, museos, galerías de arte, que asistíamos a conferencias. Mi mujer sabía francés, y yo algo entendía también. Aprendí mucho en todo lo que vi en Europa.

a pesar de que no fuí a visitar ninguna fábrica de velas para perfeccionar la mía. Pero estudiábamos la vida. Observábamos. Comparábamos.

Tanto nos agradó, tan satisfechos nos dejó este viaje por Europa, que, aun cuando no lo habíamos proyectado, decidimos pasar por los Estados Unidos en nuestro viaje de vuelta. Esto ensanchó nuestra educación. Tanto aprendimos, de tal manera se amplió nuestro espíritu, que desde entonces creo que es difícil tener una educación completa sin haber salido del propio país, para ver cómo es el mundo fuera de él. Me parece que el que no ha salido jamás de su terruño es como la ostra que no ha salido jamás de su casa calcárea.

Por eso, cuando escribo estas líneas, me llena de estupor leer que la Cámara de Diputados de nuestro país acaba de aprobar una ley para multar con diez mil pesos a todo el que salga de Chile por más de treinta días. Parece como si el Gobierno tuviera miedo de que los chilenos puedan ver y aprender fuera del país, o que puedan ir a decir cosas desagradables acerca de nosotros en el extranjero. Estos viajes los podrán hacer sólo los muy adinerados, que quieran y puedan pagar la multa, y hay menos posibilidades de que la gente muy adinerada pueda cambiar mucho con viajar al extranjero, porque ya tiene toda su filosofía conservadora bien formada.

Naturalmente también me ha sorprendido ver en estos días que el Gobierno ha resuelto no autorizar viajes de estudiantes chilenos al extranjero. La noticia que leo, dice literalmente así: "La Dirección General de Educación Secundaria ha enviado a los jefes de Liceos y Colegios fiscales una circular destinada a impedir viajes al extranjero de alumnos de esos planteles, en cumplimiento a una petición que formulara la Secretaría General de Gobierno". La circular del Secretario General de Gobierno dice: "no se permita, bajo ningún pretexto, que se organicen jiras de estudio, o de cualquiera otra naturaleza al extranjero". Agrega: "es más importante que nuestra juventud

conozca Chile, que viajar al extranjero". Por cierto, la nota es más larga y hace otras consideraciones. Pero lo que he reproducido es la médula del pensamiento del Gobierno, lo que a mí me extraña, pues nuestro Presidente, que ha recibido una canonización seglar en los EE. UU., ha declarado que es mucho lo que ha aprendido en su viaje.

Todo esto me hace pensar en una posible reunión de topos, en sus galerías subterráneas, donde su Congreso —¿por qué no han de tener congresos los topos?— decide multar a cualquiera de ellos que salga de las galerías que son su hogar, y donde el Secretario General de los topos —¿por qué no han de tener ellos Secretario General?— les dice que no tienen nada que aprender afuera, pues todo el sumum de los conocimientos lo pueden adquirir observando sus galerías donde nacieron y han de vivir.

En todo caso, lo anterior no me afectará directamente a mí. No pretendo hacer otro viaje al extranjero. Deseo vivir en mi patria los últimos años de mi vida. Ya ni siquiera tengo mi fábrica, la que le vendí a Adalberto, que me la administraba. Soy un millonario, lo que, como he demostrado, no es difícil ser en Chile. Mi único hijo, doctor en medicina, no necesita de mi ayuda. Ni yo necesito de la ayuda de él. Mi mujer, ya anciana como yo, vive una vida muy tranquila. Mi hermano, el profesor, murió, dejando varios hijos. Mi hermana, a quien le pasé la copita vacía, habiéndome tomado yo la mistela que contenía, tiene ya muchos nietos, ninguno de los cuales promete llegar a ser importante. Tanto mejor.

La muerte de mis suegros, ocurrida mucho más tarde, que fué tan gran pesar para mí como para Florencia, nos dejó el legado de su fortuna, lo que contribuyó, en todo caso, a que yo "ganara" más de un millón de pesos. Sin honor ni gloria.

VII

MIS AMIGOS

IMAGINO, a veces, al hombre más ambicioso del mundo, a un avaro acaparador, que quisiera que todo el universo fuera sólo de él, todo de él, sin tener que compartir con nadie su riqueza. Lo imagino dejado solo en la Tierra. Solo. Supongo que de alguna manera milagrosa él pudiera tener siempre a su disposición todo cuanto necesita: magnífica mansión, con todas las comodidades imaginables; los más exquisitos manjares para su paladar; el más suntuoso atavío para su cuerpo. Pero sin ningún otro ser viviente que le haga compañía, ni una mujer, ni un hombre, ni un perro. Estoy seguro de que iría él por valles, montañas, playas, en busca de un ser viviente, de un hombre, de una mujer, y al no encontrar a nadie, al saber que no existía nadie, ni hoy, ni mañana, ni nunca, su desesperación sería infinita. Estoy seguro de que al darse cuenta de su situación, querría cambiar toda su riqueza por alguien con quien hablar, con quien compartir sus ideas y sentimientos.

El hombre es sólo como un color, un matiz, en el cuadro general de la humanidad de que forma parte. Aislado, no tiene valor ni significación: sólo se expresa en combinación con los demás colores y matices que dan vida al cuadro.

El hombre, es, por excelencia, un animal gregario. La asociación con otros hombres es condición esencial de su vida. Es parte de un todo; es un pedazo de humanidad. Desde luego, tenemos a nuestros padres como a nuestros amigos. Y éstos tienen como amigos a sus hijos. Y los hermanos son amigos entre sí. La familia. Yo he visitado salas colectivas de hospitales, que me han deprimido; he visitado cárceles, que me han deprimido. Pero nada me ha entristecido más, nada me ha deprimido más que las visitas a los orfanilatos. Me ha parecido ver en cada uno de esos huérfanos, de esos niños y niñas abandonados, ojos ansiosos que buscan en el que llega a ellos al eternamente esperado padre, que ha de aparecer algún día para llevárselo a su hogar.

Se dicé con frecuencia que no podemos escoger a nuestros parientes, pero que podemos escoger a nuestros amigos. Lo primero es totalmente cierto; pero lo segundo sólo lo es parcialmente, pues si bien podemos escoger a nuestros amigos, la verdad es que son las circunstancias, más que nuestra libre voluntad, las que los escogen. Usted no puede ser amigo, o amiga de una persona a quien las circunstancias no le han permitido conocer.

Los tres mejores amigos de mi vida han sido mi madre, mi esposa y mi hijo. Mi conocimiento íntimo de estas dos mujeres me ha dado todas las pruebas necesarias para refutar a los que creen en la inferioridad del sexo femenino, comparado con el nuestro. Uno de mis condiscípulos, que todavía vive, aunque mayor que yo, Valentín Brandau, ha alcanzado fama como pensador, y llamó mucho la atención, hace tiempo, con un libro que tituló "La Inferioridad Mental de la Mujer". Acumuló en él la filosofía de Schopenhauer y sus discípulos contra la mujer

Cuando le llegó el turno de enamorarse, la joven a quien cortejaba le preguntó que cómo podía desear casarse con ella, siendo que había escrito un libro para demostrar que las mujeres eran tan inferiores al hombre. Muy listo, el autor le contestó:

—En ese libro me refiero a las mujeres; no a los ángeles como usted.

No sé si ella se lo creyó o no. Pero se casaron. No sé tampoco nada de la vida conyugal del señor Brandau; pero si ha sido feliz, si su esposa ha sido la mitad tan abnegada e inteligente como la mía, es muy posible que haya cambiado de opinión. Mi creencia personal es que las mujeres transmiten en herencia, a los hijos varones, su inteligencia, y que los hombres transmiten la suya a sus hijas hembras.

De la abnegación de mi madre, de su tierna solicitud, no tengo para qué hablar. Imagino que el lector ha experimentado los mismos sentimientos con su madre. En cuanto a mi padre, que me consideraba tonto al principio, creo que cambió de opinión cuando me vió trabajar a su lado. Que yo entendiera los libros de contabilidad de sus negocios lo encontraba él una prueba de superior inteligencia que la de mi hermano, que entendía El Quijote. En el trato diario del trabajo, puedo decir que mi padre llegó a ser un buen amigo mío, aunque severo, y poco demostrativo. Lo cierto es que lloré muy sinceramente su muerte, y que lo recuerdo con ternura.

Hemos tenido sólo un hijo, que ha sido inagotable fuente de felicidad para mí y mi esposa. También me ha pedido que hable lo menos posible de él en este libro. Se llama Roberto. No quise yo que se dedicara a fabricante de velas. Ni era ésa tampoco su afición. Terminadas sus humanidades, estudió medicina. Y creo que su preocupación mayor como médico, más que curar a otros, es evitar que yo y mi mujer nos enfermemos. A veces parecería que estuviera en contra mía, cuando no me deja comer una tortilla de erizos, por ejemplo. Pero sé que lo hace por mi

bien. Se ha casado. Tiene un hijo, mi único nieto. Sigue la cadena principiada a las orillas del Maule, con el godo que atropelló a una mapuche hace más de cuatro siglos.

Mi hermano, Ernesto, el profesor, era muy estricto conmigo, cuando viví en su casa, en Talca. Pero me tenía verdadero cariño. En una ocasión caí enfermo de tifus, enfermedad que pesqué en la acequia que corría en el último patio de la casa, a tajo abierto, llevando en sus aguas todos los desperdicios del vecindario. Allí jugaba yo echando buquecitos de papel a correr carrera. Así me tragué los gérmenes de la fiebre tifoidea.

En esos días, mi hermano y su mujer, Rebeca, estaban "chochos" con un juego de comedor que acababan de comprar. Durante mi enfermedad, de súbito, como a las tres de la mañana, hubo que llamar precipitadamente al médico porque la temperatura me había subido a más de cuarenta grados. El doctor dispuso que me dieran inmediatamente un baño, que debía principiar con agua caliente, debiéndose bajar la temperatura en forma gradual. Creo que ahora no se usa ese tratamiento. En la casa no tenían otro medio de calentar agua sino con leña. Y no había leña. Ni se podía ir a comprar a esa hora. Mi hermano, para salvarme, con sus propias manos, rompió las sillas recién compradas del comedor, para hacer una fogata y calentar agua para mi baño. Cuando yo supe esto, al volver de mi delirio, tomé la resolución de regalarle alguna vez un juego de comodor a mi cuñada Rebeca, que había aceptado muy resignadamente que se quemaran sus sillas recientemente adquiridas. Ella murió, no hace mucho, y nunca se las regalé. De buenas intenciones, dicen, está empedrado el infierno.

Amigos, fuera de mi familia, he tenido varios. Desde luego, muchos de mis condiscípulos, con algunos de los cuales todavía me reúno para recordar los tiempos pasados, aun cuando hoy tengamos ideas antagónicas. Dos de ellos murieron trágicamente. A uno lo mataron en el Norte, cuando arengaba a unos huelguistas en las salitreras. Se

hizo aparecer la muerte como casual. Pero no fué casualidad. Fué un asesinato político. Se llamaba Oscar Sepúlveda. Era poeta.

—¿Cómo se puede saber quién es poeta y quién no lo es? —le había preguntado yo una vez, en el "patio grande" del Instituto Nacional.

—Vas a verlo —me contestó—. Mira al cielo. ¿Ves las estrellas?

—Sí —le dije. Me cubrió los ojos entonces con su mano, y me preguntó:

—¿Las ves ahora?

—No —le dije. El se tapó los ojos, y me dijo:

—Yo las veo. Por eso yo soy poeta, y tú no lo eres.

Pero, de acuerdo con eso, debo yo ser poeta, pues lo veo, y lo oigo, aun ahora, con su verbo cálido y generoso, con su melena rubia, y sus ojos azules, como Cristo en Galilea, hablando a los obreros; lo veo caer, herido de muerte en el corazón, su cuerpo ensangrentado, y su nombre olvidado, como el de un soldado desconocido, un Milton sin corona.

Al otro amigo no lo voy a nombrar, porque su muerte romántica no fué gloriosa. Era un sentimental que se suicidó por la simple razón de que la muchacha con quien estaba comprometido resolvió casarse con otro. La novia, por otra parte, era otra sentimental, y el suicidio le afectó de tal manera que desahució al nuevo novio, diciéndole que no se casaría nunca. Pero se casó, con un tercero.

Algunos amigos, como el que me embargó la casa, dejaron de serlo por cuestiones de dinero. A dos de ellos les aconsejé que entraran en un negocio de minas, en Putaendo, que poseía otro amigo mío. Se trataba de descubrimientos de ricas minas de cobre, de muy alta ley, tan alta que se enviaba el mineral mismo a Liverpool. La mina se broceó, y mis amigos perdieron dinero. Pero yo perdí mucho más que ellos. Nuestra amistad también se broceó. Las amistades que se hacen por dinero son falsas.

no tienen valor; y las que se deshacen por dinero, eran falsas, no tenían valor.

Dos de mis mejores amigos murieron en nuestra casa. Los enterré yo mismo. Les abrí la fosa, en el jardín de mi propio hogar.

Un día llegó mi mujer a casa con tres pelotitas de lana negra. Creí que las llevaba para tejer. Pero las pelotitas principiaban a moverse. Eran tres cachorritos Cocker Spaniels. La madre acababa de morir en casa de mi suegra, y había dejado a estos tres huerfanitos desvalidos, incapaces todavía de alimentarse por sí mismos. Para alimentarlos, había que darles mamadera. Florencia se entregó a la tarea de salvar sus vidas con los más solícitos cuidados. Parecía poner tanto cariño y mimo en ellos como había puesto en nuestro hijo.

Naturalmente, les cobramos inmenso cariño. Los picaruelos eran tan afectuosos, con sus largas orejas, y sus ojos melancólicos, como si sufrieran por la muerte de la madre. Cuando levantaban sus cabecitas dejaban ver, bajo la barba, una mancha blanca, como si se les hubiera chorreado en el cuello la leche que les dábamos. Eran los tiempos relativamente recientes de la campaña presidencial de Pedro Aguirre Cerda, con su "slogan" de "pan, techo y abrigo". Fué muy natural que los bautizáramos con esos nombres. Nuestros perritos se llamaron, pues, Pan, Techo y Abrigo. Pronto cada uno principió a mostrar su individualidad. Pan fué mi regalón. Techo fué el preferido de Florencia, y Abrigo regaloneaba principalmente con Lugarda. Pero los tres los queríamos a los tres.

Creo que fué Mme. De Stael quien dijo que cuanto más conocía a los hombres, más amaba a los perros. Yo no haría tal ofensa a la humanidad, porque he conocido a muchos hombres que valen tanto como los perros, y a algunos que valen más. Pero no hay duda de que el afecto, la devoción, el cariño desinteresado de un perro para con su compañero-hombre es algo que pocas veces se encuentra en la especie humana. Y eso explica que hombres

y mujeres, pobres, pobrísimos, tengan en sus casas un perro cuyo alimento les cuesta a ellos privaciones.

Pan, Techo y Abrigo, no eran perros de "pura raza", aunque predominaban, con mucho, en ellos los rasgos de su madre. Eran, en cierta manera, lo que el señor Maluenda, en su cuento de "El Mercurio", de que he hablado, llama "bastardos". Nuestros perros, por otra parte, no venían "directamente del boulevard Saint Germain". Venían directamente de la calle Nataniel, que es bien plebeya. Pero tenían las virtudes excelsas de todos los perros. Yo no admito prejuicios de raza, ni en los perros ni en los hombres. Y me sublevan las clases sociales, en los perros y en los hombres.

El señor Francisco Encina, inquisidor de nuestra historia, y detractor de nuestra raza, cree en la inferioridad étnica del pueblo mapuche, que lo tenemos tan adentrado en nuestra sangre. Para mostrar el abismo mental que separaba al civilizado español del salvaje mapuche, relata este incidente (Tomo III): "Habiendo consentido varios indios en dejarse bautizar por un misionero, en cambio de chaquiras, uno de ellos fué a buscar dos perrillos que tenía, y pidió que también los bautizaran". Con esto quiere demostrar el señor Encina la incapacidad de la mente araucana para comprender el bautizo y la religión. A mí me parece que ese mapuche que estaba pidiendo que bautizarán a sus dos perritos, comprendía mejor lo más elevado que pueda haber en cualquiera religión. San Francisco de Asís, que era capaz de comprender las altas cumbres de la religión, llamaba a todos los animales sus hermanos y los quería convertir al cristianismo. ¿Y ese mapuche era inferior, porque pedía que si lo iban a bautizar a él, bautizaran también a sus perros? Esos perrillos merecían más el bautizo y el cielo que el señor Encina, porque desde luego no habían escrito una historia de Chile, para achicar y denigrar a sus hermanos modestos.

No habíamos tenido la trilogía canina dos años cuando Techo se puso triste, inquietamente triste. No quería

comer. Antes, cuando yo lo llamaba, venía corriendo hacia mí. Ahora, a mis llamados, no daba vuelta siquiera la cabeza; simplemente volvía sus ojos hacia mí, ojos pequeños, negros, en una delgada órbita blanca. Ojos que eran como norias insondables de ternura. Parecía presentir su muerte, y sus miradas eran tan expresivas que yo trataba de entender su mensaje. ¿Acaso quería encargarme que cuidara mucho de sus hermanitos para que no murieran tan prematuramente como él?

Llamé a un médico de perros, a un veterinario. Se le sometió a un tratamiento, como a mí, cuando tuve el tifus, en Talca. Si el médico hubiera dicho que, para salvarlo, había que darle un baño caliente, y no hubiera habido cómo hacer fuego en la casa, sino rompiendo las sillas o el piano, yo habría quemado las sillas o el piano, para salvarle la vida. Pero no fué posible. Una noche, a los pies de mi cama, estiró su negro cuerpecito lanudo, cerró sus ojos melancólicos, y murió. Si yo hubiera sido religioso, si hubiera tenido la fe de los católicos, habría llamado a un sacerdote, para que, antes de morir, lo bautizara y le diera la extremaunción. Y el señor Encina habría podido apoyarse en eso para comprobar mi inferioridad étnica.

Lloramos todos en la casa, mi mujer, la vieja Lugarda, y yo. Calladamente, tomé una pala, y abrí una fosa en el jardín, al lado de un matorral de crisantemos. Allí puse a Techo, tieso ya, en un cajón de velas, vacío, que hacía las veces de ataúd. Florencia había forrado el cajón, tan acongojada, que sus lágrimas caían sobre el papel de seda azul del féretro improvisado. Pan y Abrigo, miraban toda la ceremonia como si comprendieran. Mi mujer tomó en sus brazos a uno de ellos, y yo al otro, y nos fuimos a nuestras habitaciones, como cuando se vuelve del cementerio, por la Avenida de la Paz, después de haber enterrado a un deudo querido.

Nuestros vecinos, desde su galería, habían presenciado el entierro, sin decir una palabra, pero hondamente

emocionados. Después, la señora y el caballero nos dieron el pésame.

Esta muerte de Techo resultó ser para mí algo simbólico. El mismo día en que lo enterramos, en nuestra propia calle Angamos, vi un montón de muebles modestos, tirados en la acera, al frente de una casa humilde. Una anciana mujer, con un semillero de niños a su rededor, lloraba, como si su casa se hubiera quemado. Era lo mismo que si hubiera sido consumida por las llamas. Acababa de ser lanzada a la calle. Había quedado sin techo. Techo había muerto en nuestro hogar; pero el techo había muerto para centenares de gente pobre de todo Santiago. Todos los días se veía en las calles de la capital los humildes menajes de proletarios, a las puertas de una mísera casa o de un conventillo, con la madre, y los chiquillos trepados encima, como si todo eso se hubiera sacado bruscamente a causa de un incendio. Había que entregar las casas para que sus dueños pudieran arrendarlas a nuevos arrendatarios que pagaran el doble. Leí en uno de los diarios que una mujer dió a luz en su cama al aire libre, en medio de la calle. ¡Techo! Había muerto Techo, de la trilogía de la campaña presidencial.

Y, como si la enfermedad hubiera sido contagiosa, o como si Abrigo se hubiera enfermado de pena, por la muerte de su hermano, el segundo de los tres seres queridos siguió la misma senda de Techo.

¿Y fué una coincidencia? ¿O se publican estos avisos todos los días en los diarios de Santiago? El hecho es que el mismo día de la muerte de Abrigo, leí en un diario un parrafito de crónica que decía así: "RUEGA LE OBSEQUIEN ROPA Y ZAPATOS. SITUACION DESESPERADA. Un ex profesor particular, en pésima situación económica, casado y con cuatro hijos, domiciliado en San Diego 103, ruega a los lectores de este diario se sirvan obsequiarle ropa y zapatos usados, N.os 38 y 41 para hombre, y 37 para mujer. Situación no puede ser más desesperante".

Mi mujer envió lo solicitado, como regalo de Abrigo, nuestro perro que acaba de morir.

Quedamos temblorosos, con nuestra alma en suspenso, temiendo que Pan siguiera la ruta tenebrosa de sus dos hermanos. Le prodigábamos todos los cuidados imaginables, lo rodeábamos de mimos y ternura. Lo exoneramos de la disciplina a que los tres habían estado sometidos, prohibiéndoles que entraran en el jardín, o que se subieran sobre nuestras camas. Pero Pan, aun sin vigilancia, seguía siendo tan respetuoso, como antes, de las reglas que se le habían enseñado. Más aún, al parecer. Pan no ha muerto. Pero parece, no un pelotón de lana, sino un pelotón de tristeza. Parece que no se consuela nunca de la pérdida de sus dos hermanos queridos, con quienes retozaba. Lo cuidamos como a un niño enfermo. Y lo simbólico de esta tragedia está siempre en mi espíritu. El pan del pueblo chileno, que se había ofrecido abaratar, cuesta ahora más del doble de lo que costaba entonces, cuando todas las calles estaban empapeladas con los grandes carteles: Pan, Techo y Abrigo.

Además de los amigos que he nombrado, tengo, en mi biblioteca, como a amigos íntimos, los retratos, puestos en marcos sencillos, y colgados en las paredes, de mis autores favoritos de todos los tiempos, maestros silenciosos que me han enseñado mucho de lo que he aprendido en mi vida. Así están Lincoln y Lenin; Karl Marx y el Mahama Ghandi; Sócrates y Voltaire; Shakespeare y Zola; Goethe y Tolstoy. Toda una galería de hombres que han enseñado a la humanidad a pensar y a sentir.

He dejado, intencionalmente, para lo último a uno de mis amigos más íntimos y queridos, mi vecino, a quien no voy a nombrar, porque así me lo ha pedido. Ha venido leyendo esta autobiografía, a medida que la voy escribiendo, y, temiendo que él habría de quedar en estas páginas ha insistido en forma perentoria en que lo excluya de ella. Le he dicho que esto no es posible; pero le he prometido no dar su nombre.

Cuando volvimos de nuestro viaje de bodas, mi mujer y yo, nos instalamos en la casita que los padres de Florencia nos habían obsequiado, en la calle Angamos. Esta es una calle tranquila, ancha, con árboles. A un lado de nuestra casa quedaba la del vecino de que hablo. Al otro lado, estaba el Hogar Cristiano, que era un asilo para mujeres que no tenían dónde dormir, a quienes se les daba hospedaje hasta que encontraran donde guarecerse.

La casita nuestra no era moderna, ni antigua. Pero ha sido adaptada a las necesidades del día. Sin ser lujosa, es muy acogedora. La casa está en el lado oriente de la calle, y desde la galería de atrás, en el segundo piso, se ve la Cordillera. Desde las ventanas del frente vemos las puestas de sol. Tenemos, sobre el segundo piso, un cuarto, todo de vidrio, que llamados "el mirador", y que sería ideal para atelier de un pintor. Desde allí contemplamos gran parte de Santiago, el Santa Lucía, el San Cristóbal, las calles estrechas, de casas aplastadas, como estampillas de correo, pegadas en hileras en el álbum de un filatélico; y el Barrio Cívico, con sus rascacielos. Cerca de nosotros la semi desvencijada iglesia de San Isidro; más allá las cúpulas, como bizantinas, de los Sacramentinos; en la calle del Carmen, la Iglesia del mismo nombre, como una aguja clavada en el cielo; y más allá, hacia un lado más iglesias; y más allá, hacia otro lado, más iglesias, y más iglesias, y más iglesias, estaciones de servicio —como las bombas de bencina— para que marche el motor de la credulidad humana. Se me iba el pensamiento hacia atrás, muchas veces, hacia los tiempos de mis bisabuelos, y antes, cuando Pedro de Valdivia y sus hombres hacían adobes para construir sus primeras viviendas a las orillas del Mapocho.

Las altas montañas, eternamente nevadas, han sido siempre una inspiración para mí. Alguien —creo que uno de los filósofos chinos— ha hecho la reflexión de que en una casa lo más importante es lo que se ve para afuera, no lo que se ve adentro. Recuerdo haber leído en una novela norteamericana que una señora compraba una casa,

pagando cinco mil dólares por la casa propiamente tal, y diez mil por el panorama que se extendía frente a sus altos balcones. En realidad, yo siento como si fuera dueño de la parte de la Cordillera que domino con mi vista desde la galería de mi casa. Y por esta posesión tan valiosa no tengo que pagar nada a Impuestos Internos. No se le ha ocurrido todavía al Congreso aprovechar esta nueva fuente de ingresos para el Erario Nacional.

La casa de mi vecino se apoya en nuestra muralla medianera. Es igual a la nuestra en su disposición interior. Se parecen como dos hermanas siamesas. Ambas fueron construídas simultáneamente por el mismo inteligente arquitecto, amante de la luz, el aire y el sol. Casas sólidas, con fachada de piedra bruta, con amplias ventanas, con un hall central en los bajos, donde están el comedor, la cocina, el cuarto de Lagarda, y una sala de recibo, y una oficina. Cuatro dormitorios en el segundo piso, dos de los cuales dejamos para arrendar, amoblados. Una estufa, a gas, en el hall, nos da calefacción para toda la casa. Mi suegro tuvo la mano bien abierta cuando hizo las reparaciones, y decorados.

Elegimos Florencia y yo como nuestro dormitorio, no una de las habitaciones que dan a la calle, sino una de las dos que dan a la galería del fondo, y a la Cordillera, porque allí nos entra el sol mañanero, y tenemos la vista de la Cordillera. La galería es ancha, toda cerrada con ventanas de vidrio, de manera que el sol entra desde el amanecer hasta casi el medio día. En esta galería me he arreglado un rincón muy acogedor, donde leo y escribo. Anaqueles, al lado de mi mesa, muestran, en hileras, los libros que tengo en servicio activo. Desde este rincón veo también nuestro jardín, que es todo obra nuestra.

La casa de nuestro vecino tiene, como la nuestra, una galería. Y si él se asoma por sus ventanas, apoyándose en el alféizar, y yo hago otro tanto, lo que ocurre con frecuencia, quedamos uno al lado del otro, como dos personas que se sientan en la primera fila de un palco, en un

teatro. No darnos, por lo menos, los buenos días habría acusado fría indiferencia, casi hostilidad.

Yo había tenido la idea de que uno adquiere sus amigos sólo entre las personas que comulgan con las mismas ideas, los mismos gustos. Había creído que la amistad es una especie de narcisismo, una adoración del propio ego, reflejado en otra persona, algo así como si nuestro espíritu se mirara en otro como en un espejo, y se admirara. Creía yo que uno ama a sus padres y a sus hermanos porque, lógicamente, viviendo en el mismo ambiente, tiene educación y gustos similares a los de ellos. Creía también que las nacionalidades y el patriotismo tienen como base los gustos, costumbres, lenguas, tradiciones y educación común que poseen las gentes de un mismo país.

Pero en la larga práctica de mi vida he visto que esto no es así. No ha sido así, por lo menos, en mi caso. Todas mis amistades, y, naturalmente, mis parentescos, han sido circunstanciales. Mis amigos del colegio los tuve porque las circunstancias me hicieron conocerlos. Algunos de éstos compartían mis ideas generales acerca de la vida, y otros tenían ideas opuestas.

Podría decirse con más propiedad que son los intereses económicos comunes los que sirven de cimientos para la amistad y la cooperación. Esto lo vemos en que las clases sociales están unidas internacionalmente. Los obreros de los diferentes países están más unidos entre sí que los obreros de un país con las clases altas de ese mismo país. Y las clases dirigentes de los diversos países están más unidas entre sí de lo que lo están con los proletarios de su mismo país.

Dentro de cada país hay una tendencia constante a hacer amigos en el círculo social y económico a que se pertenece. Es frecuente que los padres de un niño hagan sacrificios monetarios, a veces abiertamente reñidos con sus posibilidades, para que el hijo, o la hija, vayan a colegios aristocráticos, donde puedan cimentar relaciones y amistades que les sirvan después en la vida.

Estábamos Florencia y yo en Nueva York, en una residencial, muy frecuentada por hispanoamericanos, cuando llegó allí un argentino como pensionista. Esto iba contra sus planes, pues quería asociarse principalmente con norteamericanos para aprender rápidamente el inglés. Pero, en conversación privada conmigo, me dijo que había ido allí para relacionarse con otros de su país, o de países latinoamericanos, para trabar amistades, y tener a quien recurrir, en caso de que se viera en apuros en ese país extranjero. En realidad, poco antes de nuestra partida, me pidió veinte dólares prestados. No se los presté.

Un libro de un autor norteamericano, Dale Carnegie, titulado "Cómo Ganar Amigos", ha tenido mucha popularidad entre nosotros. El propósito del libro es enseñar a hacer amistades para que le sirvan a uno en la vida. Yo no creo que ésa pueda ser base de la verdadera amistad. El hombre que tiene mucho dinero, o mucha fama, y que es generoso, se ve rodeado de amigos; pero si cae en desgracia, si llega a la pobreza, o pierde su fama, ya los amigos lo abandonan. Pero ¿es que ésos eran amigos de verdad?

La vida me ha enseñado a adoptar una nueva filosofía. Yo veo en cada persona, con quien las circunstancias me ponen en contacto frecuente, a un amigo potencial, no para servirme de él, sino para servirlo. Esta filosofía fué la que me llevó a hacer de mi vecino un amigo. Porque la vida me ha enseñado también que uno no sale a buscar amigos como podría salir a buscar perdices para cazar en los matorrales, y que tenemos, en cierta manera, no sólo la oportunidad sino aun la obligación de hacer amigos de todas aquellas personas con quienes la vida nos pone en contacto permanente. Por eso Róbinson Crusoe llegó a ser amigo de Friday, porque las circunstancias lo pusieron a su lado por largo tiempo. Tenían que vivir juntos, y podrían ser ambos más felices si vivían como amigos, en vez de vivir indiferentes el uno al otro, o enemigos el uno del otro.

A pesar de tener salones en el piso bajo, y oficina y biblioteca, desde que llegamos a nuestra nueva casa tomé

yo este rincón de la galería, con vista a la Cordillera, como mi lugar favorito para leer. No pensaba entonces en escribir; había olvidado mi propósito pasajero de escribir un libro para relatar cómo había ganado mi primer millón de pesos.

La galería de la casa vecina es también cerrada con cristales, como la nuestra. Si las ventanas de ambas galerías están abiertas, y se habla en una de ellas en voz alta, se oye en la otra con claridad. Fué así como una tarde, a poco de habernos instalado allí, para gran sorpresa mía, oí, sin quererlo, el siguiente diálogo.

—Ojalá que no salgamos de las brasas para caer en las llamas —dijo una voz femenina.

—¿Qué quieres decir? — Voz de hombre esta vez.

—Que estos nuevos vecinos no nos hagan padecer tanto como los otros.

—Ojalá.

—Lo importante es que vean desde el principio que no nos vamos a dejar poner el pie encima.

—¿Quiénes son?

—Medio pelo. Dicen que él tiene una fabricucha de velas en la calle San Diego. Burros con un poco de plata. Se casó él con la hija de un boticario. Han comprado la casa. Tuvieron su luna de miel en Europa. Vienen con grandes ínfulas, y querrán tratarnos como a arrendones. Parece que ella no tuviera nada que hacer. Se lleva casi todo el día cavando la tierra, con un jardinero, y poniendo plantas.

—Se habrá criado en alguna chacra, sembrando papas. Pero parece que van a hacer un bonito jardín. Y el nuestro no puede llamarse siquiera jardín.

—Yo no tengo tiempo para frioleras. Cuando ella tenga hijos, no podrá dedicarse a las plantas, sino a los chiquillos.

Yo oí este diálogo con mucha pena, y me quedé sorprendido de cómo nuestros vecinos podían saber tanto acerca de nosotros, casi al momento mismo de llegar. Nos-

otros no sabíamos nada de ellos. Pasó algún tiempo antes de que supiéramos que él era un oficial del Registro Civil. No quise siquiera contarle a Florencia la conversación que había oído, para no predisponerla en contra de los vecinos. Y me propuse conquistar su amistad. ¿Infulas yo? ¿Mirarlos en menos porque arrendaban casa en vez de ser propietarios? Pensar en eso tan sólo me hacía reír.

Al pie de nuestra galería se extendía un patio de unos treinta metros de fondo, y de todo el ancho de la casa, quince metros. Había habido allí un intento de jardín. Había árboles frutales. Pero todo eso estaba en tanto abandono como estaba el patio vecino, donde no había plantas, y se veían árboles que parecían ser una higuera y un ciruelo. Contra la muralla que era visible para nosotros, una hilera de tunas.

En la formación de nuestro jardín, nosotros procedimos con sistema. Hicimos traer carretadas de tierra de hoja, y la fertilizamos con abonos. Compramos plantas, principalmente rosas de las últimas creaciones que importaban los jardines comerciales más progresistas. Aprendí a hacer injertos. Contratamos a un jardinero que iba algunas horas algunos días en la semana, a hacer el trabajo rudo. Nada de modernismo en nuestro jardín. Teníamos un parrón formado con vigas viejas, no labradas siquiera. No las reemplacé por pilares de hierro o cemento. Quería conservar la belleza de lo rústico.

Principiaba la primavera. Al apoyarme yo en el balcón de la galería, me encontraba casi al lado de mi vecino también reclinado en su balcón. Pero nunca cruzábamos otras palabras que las de "buenos días" o "buenas tardes". Y esto no ocurría con la señora, que mañosamente esquivaba que nuestras miradas se encontraran. Antes, cuando yo era muchacho, la costumbre tradicional hacía que los moradores de una casa fueran a hacer una visita de cumplimiento a los vecinos que llegaban a la casa del lado. Pero esa costumbre había desaparecido. Cada vez más la gente de Santiago vivía en completo divorcio con sus vecinos

Aun en las casas de apartamentos, dos familias pueden vivir al lado una de otra, por meses y años, sin darse siquiera los buenos días, o hacerse un saludo con una inclinación de cabeza. Ha venido muriendo el arte de la buena vecindad.

Una tarde mi mujer trabajaba en el jardín, con el jardinero, y mi vecino y yo estábamos apoyados en nuestros respectivos balcones.

—Ya principia el buen tiempo, —le dije.

—Por fin —contestó—. Y agregó: —Uds. están haciendo un jardín muy hermoso.

—Precisamente ayer compramos un buen número de plantas de rosas. En realidad, más de las que podemos poner en el espacio que les tenemos reservado. Me gustaría enviarle algunas.

—¡Oh, no! ¡Qué ocurrencia! —protestó—. ¿Por qué se va a privar usted de ellas?

—Es que, en verdad, tengo más de las que necesitamos.

—Por otra parte, ustedes tienen un jardinero, y nosotros no. Mi mujer no es competente como la suya para atender un jardín. Ni dispone de tiempo.

—Eso es lo de menos. Nuestro jardinero puede ir a plantárselas.

Me costó convencerlo. Pero esa misma tarde envié al jardinero a plantar en el jardín vecino una media docena de plantas de bellísimas rosas. Y, habiendo ya principiado en esta forma, continué la semana siguiente, y las otras, enviando a los vecinos diferentes plantas que mi propio jardinero distribuía en su jardín.

Mi vecino estaba confundido. Hizo tentativa de pagarme por las plantas, lo que yo enfáticamente rehusé.

—¿Y por qué me ha de estar usted regalando costosas plantas? —me preguntó una vez, apoyado hacia afuera en su balcón.

—Es muy sencillo, —le contesté, sonriendo—. Esta casa en que vivimos tiene uno de sus mayores valores en el panorama que contemplamos desde nuestra galería. La Cor-

dillera no se puede superar en belleza. Pero eso es mirando a lo alto. Mirando hacia abajo, estamos logrando tener una preciosa vista con nuestro jardín. Pero no podemos mirar nuestro jardín sin mirar el suyo. Y un jardín desatendido, abandonado, a nuestra vista, le resta valor a nuestra casa. Para mí, mejorar su jardín es como duplicar el tamaño de nuestro propio jardín.

Varios incidentes de esta naturaleza se fueron sucediendo. Mi vecino, a pesar de su numerosa familia, dedicaba una pieza para arrendarla. Nosotros alquilábamos dos. Tan pronto como pusimos avisos encontramos arrendatarios. Vimos una tarde que el huésped de la casa vecina salía de ella con sus maletas. Poco después vi en la ventana del lado un papelito que allí habían puesto, para ofrecer una pieza amoblada. A nuestra casa, con motivo del aviso que habíamos publicado, continuaba llegando gente, a la que le decíamos que ya estaban alquiladas nuestras habitaciones, pero que en la casa contigua había una pieza desocupada.

Esa tarde me dijo mi vecino, en nuestra ya habitual charla vespertina:

—Gracias por habernos enviado a una persona para arrendarle la pieza que tenemos. Pero a mi mujer le extraña que usted haya hecho eso, siendo que usted también arrienda piezas. Somos, en cierta manera, rivales.

—Precisamente por eso es que le he enviado arrendatarios, —le contesté.

—¿Cómo así?

—Cualquier día se pueden ir mis arrendatarios, y si su pieza está arrendada, tendré yo más facilidades de arrendar las nuestras. Que a usted le vaya bien en esto, me conviene, porque hace más fácil que me vaya bien a mí.

Otro caso similar fué el del "tarro de la basura". Había comprado yo dos de ellos, uno para mí, y otro para mi vecino, los que me habían entregado la propia tarde en que llevé hacia ellos nuestra conversación.

—Esta mañana —le dije— compré un tarro para la

basura, de metal, con tapa, para que en la calle no lo revuelvan y desparramen los perros.

—Es todo un problema el de la basura —me contestó—. Si uno pone un cajón cualquiera, abierto, lo visitan los hambrientos, como si fuera un restorán popular. Mi mujer, para evitar que los hambreados revuelvan y desparramen los desperdicios, ordena a la empleada que mezcle bien lo que se podría aprovechar con las inmundicias; pero ni así evita el saqueo. Y después de ellos, o antes, vienen los perros. Y si se pone la basura en un buen receptáculo cerrado, se lo roban. El que usted acaba de comprar no le durará dos días. Si eso.

—No tal —le contesté— porque el que he comprado tiene una cadena que se asegura a uno de los árboles del frente de nuestra casa, y nadie se lo podrá robar. Y como me resultaba barato, compré dos. Uno lo he destinado para usted, vecino.

El quedó todo confundido, e insistió en que lo pagaría. Yo, naturalmente, insistí en que eso no era posible. No era que yo le estuviera haciendo regalos todos los días. Sólo las plantas antes, y este tarro para la basura ahora.

—Pero ¿por qué me ha de hacer usted ese obsequio? —me dijo—. ¿Se ha propuesto ser mi benefactor?

Me sonreí otra vez, como cuando el incidente de las rosas, y le dije humorísticamente:

—De ninguna manera. He visto que al desparramarse los cajones de basura en nuestra acera, afean las dos casas, que tienen un frente común. En realidad, los perros tiran las basuras para todos lados, para su casa y para la mía. Lo que usted llama generosidad de mi parte, no es más que egoísmo bien entendido.

Todo esto iba haciendo que mi vecino me cobrara aprecio. Debido a lo que habían tenido que sufrir con sus vecinos anteriores, nos habían recibido con desconfianza. La amistad no brotó súbitamente, ni aun con los regalos, porque creyeron ver en mí cierto aire de superioridad, de protección, de ayuda a un vecino pobre, como se ayudaba en

el Hogar Cristiano, de cuya caridad éramos testigos coti-dianos. Pero yo supe manejarme de manera que ese recelo desapareciera. Y hasta la esposa del vecino me cobró simpatía.

Hubo, sin embargo, en nuestras relaciones un caso que estuvo a punto de romper nuestra incipiente amistad. Se había venido a pasar con nosotros el hijo tardío de mi her-mano, Teobaldo. Era éste un muchacho muy despierto, y muy dado a la lectura de libros emancipadores. No tardó en trabar amistad con el hijo de mi vecino, Ramoncito, quien, a pesar de tener apenas catorce años, era un mu-chacho muy precoz, como la tempranera fruta norteña. Estaba ya en cuarto año de humanidades, y prefería leer y leer, en vez de jugar. Había dejado muy atrás las lectu-ras infantiles, sintiendo predilección por libros medulares.

Oí una tarde este diálogo entre mi vecino y su esposa. Si bien se me escapaban algunas palabras, pude suplir las fallas y reconstituir el diálogo completo, que mucho des-pués confirmó mi vecino.

Ella.— ¿Y qué crees tú que encontré en su dormitorio, bajo su almohada?

El.— (Medio en broma, medio en serio) ¿Qué? ¿Un revólver?

Ella.— (Dramáticamente) Mucho peor que eso. ¡Un libro de Voltaire! ¡Imagínate! ¡Ramoncito leyendo a Vol-taire! ¡Un autor prohibido por la Iglesia!

El.— (Alarmado) ¿De dónde sacó ese libro?

Ella.— ¿De dónde había de ser? Se lo prestó el sobri-no de nuestro vecino, ese Teobaldo, que se ha hecho tan amigo de él, que parece fueran uña y carne. Ya me imagi-naba yo que en toda esa miel y generosidad de nuestro vecino había un propósito oculto. Quieren convertir a nues-tro hijo en un ateo. Es la seducción de Satanás. Ese mu-chachón está corrompiendo a nuestro Ramoncito. A lo me-jor lo quiere hacer comunista. Desde luego, le he prohibido a Ramoncito que vuelva a hablar con Teobaldo. No le per-

el Hogar Cristiano, de cuya caridad éramos testigos cotidianos. Pero yo supe manejarme de manera que ese recelo desapareciera. Y hasta la esposa del vecino me cobró simpatía.

Hubo, sin embargo, en nuestras relaciones un caso que estuvo a punto de romper nuestra incipiente amistad. Se había venido a pasar con nosotros el hijo tardío de mi hermano, Teobaldo. Era éste un muchacho muy despierto, y muy dado a la lectura de libros emancipadores. No tardó en trabar amistad con el hijo de mi vecino, Ramoncito, quien, a pesar de tener apenas catorce años, era un muchacho muy precoz, como la tempranera fruta norteña. Estaba ya en cuarto año de humanidades, y prefería leer y leer, en vez de jugar. Había dejado muy atrás las lecturas infantiles, sintiendo predilección por libros medulares.

Oí una tarde este diálogo entre mi vecino y su esposa. Si bien se me escapaban algunas palabras, pude suplir las fallas y reconstituir el diálogo completo, que mucho después confirmó mi vecino.

Ella.— ¿Y qué crees tú que encontré en su dormitorio, bajo su almohada?

El.— (Medio en broma, medio en serio) ¿Qué? ¿Un revólver?

Ella.— (Dramáticamente) Mucho peor que eso. ¡Un libro de Voltaire! ¡Imagínate! ¡Ramoncito leyendo a Voltaire! ¡Un autor prohibido por la Iglesia!

El.— (Alarmado) ¿De dónde sacó ese libro?

Ella.— ¿De dónde había de ser? Se lo prestó el sobrino de nuestro vecino, ese Teobaldo, que se ha hecho tan amigo de él, que parece fueran uña y carne. Ya me imaginaba yo que en toda esa miel y generosidad de nuestro vecino había un propósito oculto. Quieren convertir a nuestro hijo en un ateo. Es la seducción de Satanás. Ese muchachón está corrompiendo a nuestro Ramoncito. A lo mejor lo quiere hacer comunista. Desde luego, le he prohibido a Ramoncito que vuelva a hablar con Teobaldo. No le per

mito que vaya a su casa. Y no debe invitarlo a él aquí. Y ojalá tú no hablaras más con nuestro hipócrita vecino.

El.— Tal vez vas demasiado lejos, querida. Espera a que yo vaya a hablar con él, llevándole el libro.

Yo sabía que mi vecino era un hombre muy religioso, tanto como su esposa. Habían proyectado poner al hijo de interno en los Padres Franceses, para que se educara en el temor de Dios. No lo habían hecho porque sus recursos no lo permitían, y lo habían enviado, de externo, al Instituto de Humanidades, subsidiario de la Universidad Católica.

El diálogo que sigue no tuvo lugar arriba en la galería, sino abajo, en el hall de mi casa.

—He venido a verlo, —me dijo mi vecino— porque deseo conversar con usted acerca de mi hijo Ramoncito, y de su sobrino Teobaldo—. Su tono, aunque afable, era ceremonioso, no el tono habitual de nuestras conversaciones.

—Sí, —le contesté, como si no hubiera oído nada de lo que había comentado él con su esposa— he visto que, a pesar de la diferencia de edades, se han hecho muy amigos. Ramoncito es un niño muy precoz.

—Sí, vecino; pero me parece que está ocurriendo algo muy grave. Como usted sabe, nosotros somos una familia religiosa, y mi mujer, muy alarmada, me ha dicho que Teobaldo le ha prestado a Ramoncito este libro de Voltaire—. Y, al decir esto, como quien pasa una bomba expuesta a estallar, me pasó un pequeño volumen, empastado en cuero, la novela **Candide**. Tomé el libro, y le contesté:

—Sí, ésta es una deliciosa novela del viejo Voltaire, eternamente joven. Y tan sencillamente escrita, que sin duda está al alcance de Ramoncito, aunque es demasiado libro para su edad.

—Usted olvida, vecino, —me interrumpió— que Voltaire fué un iconoclasta; olvida que fué uno de los más iracundos enemigos de la Iglesia, la que prohibió sus libros. Era ateo.

Como yo lo miraba sin hacer comentario, esperando que terminara, me repitió:

—¡Ateo, vecino! Y no creo yo, ni mucho menos mi mujer, que esté bien que Teobaldo destruya la fe religiosa que con tanto afán nosotros inculcamos en nuestros hijos.

Me quedé un rato en silencio embarazoso. Mi vecino no me hablaba con insolencia, ni siquiera se mostraba enfadado. Es un hombre apacible, de mediana estatura; de ojos cafés, bondadosos. Es calvo. Y me quedé pensando en si sería calvo no sólo por fuera sino también por dentro. Al fin, le dije:

—No creo que mi sobrino le haya prestado este libro —yo había puesto la dinamita volteriana en una mesita— a su hijo con fines de proselitismo. Precisamente, Teobaldo está aquí. Lo voy a llamar.

Yo me siento orgulloso de mi sobrino. Es un muchachón de diez y nueve años, de frente amplia, de mirada penetrante, de gran comprensión. Estaba en su pieza, en los altos. Desde el hall lo llamé, y bajó en el acto, saludando muy cariñosamente a nuestro vecino. Ante el problema que tuvo que enfrentar, dijo:

—No es el primer libro que le presto a Ramoncito. Es un niño muy precoz, y de un alto cuociente de inteligencia, lleno de tempranas inquietudes. Antes de éste, cuando me pidió un libro "serio", no se me ocurrió otra cosa que prestarle uno de Julio Verne. Pero después, cuando me vió leyendo este libro de Voltaire, me lo pidió con ansia, como un niño goloso habría pedido un pastel. Aunque lo creí muy avanzado para su edad, no vi ningún daño en prestárselo. Pero si usted —mirando a nuestro vecino— cree que no debo prestarle ningún libro, por cierto no lo haré.

Teobaldo había hablado, casi como si estuviera pronunciando un discurso, con cierta espontánea afectación. Mi vecino se quedó sorprendido. Sin duda, no esperaba tanta amabilidad y comprensión. ¿No era él el intransigente? Intervine:

—Acerca de este tema, vecino, tendremos mucho que hablar; pero será mejor que se lleve ahora este libro de Voltaire, para que lo lea usted mismo. Y después conver-

saremos. Me parece muy bien que usted desee educar a sus hijos de acuerdo con sus ideas, pero tal vez no sea el mejor procedimiento decirles que hay libros prohibidos para ellos. Recuerde que Voltaire recibió su educación en un colegio de los jesuitas, y que eso no lo hizo religioso, sino libre pensador.

El vecino, algo corrido, se fué con el libro, dejando pendiente la continuación de nuestra charla para después de que lo hubiera leído.

Yo no oí la escena que tuvieron mi vecino y su esposa, al regresar aquel con el libro que consideraba venenoso. Probablemente ella quiso quemarlo, en un auto de fe, como un libro hereje. Probablemente, el marido le dijo que si Ramoncito lo había leído, bien podía leerlo él; en verdad que era necesario lo leyera él, para medir el mal que le habría podido hacer ese veneno, y darle el antídoto de su fe religiosa. Lo cierto es, como lo supe después, que mi vecino que no había sido nunca un gran lector, principió a leer por primera vez un libro de Voltaire, que había sido para él un tenebroso fantasma desconocido. Y lo leyó casi de corrido, encontrándolo ameno.

El libro tenía notas marginales, hechas seguramente por Teobaldo, o por algún otro lector. Cuando mi vecino me lo devolvió, me dijo que gran parte de su contenido le había dejado una honda impresión. Entre otros pasajes marcados, me leyó él mismo el siguiente:

"Escasamente he conocido una ciudad que no deseara la destrucción de una ciudad vecina. (Aquí había una nota marginal, a lápiz, que decía: Esto fué escrito en 1759, y es tan cierto ahora como entonces. Las ciudades de aquellos tiempos, en Italia, y otras partes, eran independientes, como los países de ahora) ni una familia que no deseara el exterminio de otra familia. En todas partes los débiles execran a los poderosos, ante los cuales se arrodillan; y los poderosos los tratan como a ovejas cuya carne y lana venden. Un millón de asesinos regimentados, de un extremo a otro de Europa, obtienen su pan por medio de la depre-

dación disciplinada y el asesinato, por falta de una ocupación más honesta...

Las anotaciones marginales del libro habían ayudado a mi vecino a destilar su filosofía. Continuaba algo escéptico acerca de muchas de las nuevas ideas que asaltaban su mentalidad; especialmente objetaba la filosofía desenfrenadamente optimista del Dr. Pangloss. Pero admitió que el libro era ameno, y que probablemente no le había hecho daño alguno a Ramoncito. Mi vecino me dijo que, intrigada su esposa, también había resuelto leer el libro, porque creía que, seguramente, el veneno estaría entre líneas, y que para su esposo había pasado inadvertido. Ella, como Santo Tomás, tenía que ver para creer.

—Y no sólo —me agregó mi vecino— leyó el libro la señora, sino que la hija de ellos, Zunilda, un año mayor que Ramoncito, también lo leyó. —En verdad, lo leyeron todos en mi casa —siguió comentando mi vecino—, porque cuando lo anduve buscando para devolvérselo, no lo podía encontrar, por mucho que lo buscara, y ya lo creía perdido, y me disponía a comprar otro ejemplar, para reponerlo, cuando la empleada confesó que ella lo tenía, que lo estaba leyendo, a escondidas, por todo lo que había oído hablar de él.

—Eso pasa, —le dije, riendo de buena gana—. Prohiba usted un libro y todos lo querrán leer.

Principié a ver cada vez con más claridad la estrecha similitud que hay entre las relaciones de las familias con las familias vecinas, y las relaciones entre los países y sus países vecinos. En verdad, todos los hombres son vecinos en Santiago, y todas las naciones son vecinas en el planeta.

En las relaciones con mi vecino, entablamos pronto toda una política de íntima cooperación. Mi esposa se hizo amiga de la esposa de mi vecino. Vi que pronto se estaban prestando café, mantequilla, azúcar, harina. Durante mucho tiempo, como nosotros teníamos un refrigerador y ellos no, cuando por alguna causa no les entregaban hielo a los

vecinos, los proveíamos nosotros. La amistad de las dos mujeres se hizo especialmente íntima y tierna durante el embarazo y parto de Florencia. Mi vecina le cobró gran cariño a nuestro hijo, Roberto, que, con los años, ha llegado a ser un médico de cierta reputación.

He dicho que mi vecino tenía una higuera, un ciruelo y tunas. La higuera era enorme, y con el nuevo cuidado y abonos que recibieron, ella y el ciruelo, sus rendimientos de frutas eran enormes. Nosotros teníamos un parrón, con variedad de uvas, abundando más la Torontel, que parecía de la Tierra Prometida. Nuestros duraznos priscos también eran grandes y sabrosos. Mis vecinos, en el tiempo de la fruta, tenían muchos más higos, y muchas más ciruelas y tunas de las que podían consumir, aun considerando lo que se podía guardar en dulces y conservas. A nosotros nos sobraban duraznos, y muy, especialmente, uvas. Lógicamente establecimos un intercambio de frutas, ni más ni menos que cuando Chile envía lentejas, ajos y cebada al exterior, y trae azúcar, té y café.

Antes había habido entre estas dos casas todo un sistema de espionaje y contra espionaje, por intermedio de las empleadas domésticas respectivas. A medida que avanzábamos en nuestras prácticas de cooperación y amistad, este sistema fué desapareciendo. Lugarda trabó amistad con la empleada de los vecinos.

Mi vecino era un hombre que vivía sujeto a su sueldo como oficial del Registro Civil. Arrendaba la casa en que vivían y andaba generalmente a palos con el águila, con la permanente desvalorización de su sueldo, debido a la caída constante del valor de la moneda. Ese mismo fenómeno hacía que mi casa subiera de valor, de manera que una parte de su trabajo iba siendo misteriosamente aprovechada por mí, manera de hacer más pobres a los pobres, y más ricos a los ricos.

Una noche sentimos gritos de socorro en la casa vecina: nos pedían auxilio desde la galería trasera. No estaba en casa el marido, y habían entrado ladrones, abriendo la

puerta de calle con una llave ganzúa. Acrobáticamente, yo pasé de una galería a la otra, revólver en mano, y pude lograr que los asaltantes huyeran sin haber hecho daño, ni robado nada. Ni más ni menos que cuando se acudió en auxilio de Bélgica, asaltada por merodeadores de fuera. Pero yo lo hice con mejores resultados.

El problema de la propaganda ideológica de una familia a la otra, siendo mis vecinos católicos a **outrance**, y yo, libre pensador, fué fácilmente solucionado, sin necesidad de recurrir a una cortina de hierro, levantada por ellos o por nosotros. Luego comprendimos que podíamos vivir armoniosamente unos al lado de los otros, respetando cada uno la ideología de los vecinos. Había influencias mutuas, naturalmente, pero con placer constaté que nuestros vecinos ensanchaban su mentalidad, y aceptaban muchos de nuestros puntos de vista científicos.

Una tarde, mi vecino me habló muy compungidamente. Acababa de ser notificado de que su casa la ponía en venta su propietario, a causa de que, por una defunción, había que hacer reparto de bienes. Se la había ofrecido en primer lugar a él, viejo arrendatario. Pero le había advertido que si él no la compraba, la vendería en todo caso, sacándola a remate, si era necesario, porque había que hacer las particiones sin pérdida de tiempo. Y la casa había que pagarla casi al contado.

—Pues, la compra usted —le dije.

—Yo tengo algunos ahorros, pero muy pocos —me contestó—. La Caja me puede ayudar con un préstamo, pero lo que yo tengo no alcanza para hacer frente a la operación.

Entramos en detalles. Estudié su problema como si fuera mío. Era, en realidad mío, pues a mí, por amistad y por interés, me convenía que él siguiera siendo mi vecino. Averiguamos cuánto dinero necesitaba para hacer la operación, y se lo ofrecí al mismo interés que a mí me pagaba la Caja de Ahorros, donde yo tenía fondos a plazo.

Durante todos estos estudios y cálculos, yo veía cómo

a mi vecino, que no era canoso sólo porque era calvo, se le vinieron abajo, de los ojos a la barba, gruesos goterones de agua salada. Era el agradecimiento hecho lágrimas. Compró la casa, y hemos quedado como vecinos para todo el resto de nuestras vidas.

Mucho me han enseñado estas experiencias con mi vecino. Por primera vez practicaba yo la política de buena vecindad, que no tuve ocasión de practicar en la calle San Diego, donde los vecinos no significaban nada para mí, ni yo para ellos. ¡Y qué agradable me resultaba! Si todos los vecinos vivieran así ¡qué agradable sería la vida! Cada nuevo día apreciaba con más claridad la semejanza entre la buena vecindad de las personas en una ciudad, y la buena vecindad entre los países del mundo. El intercambio de nuestras frutas lo hacíamos sin pretender uno sacar indebido partido del otro. Las diferencias de ideología no nos separaban, respetándonos mutuamente nuestras creencias, sin perjuicio de que cada uno quisiera influir en la ideología del otro. Al ayudar yo a mi vecino cuando fué asaltado, habíamos sellado un pacto permanente de defensa mutua contra la agresión. Al contribuir a su prosperidad ayudaba el fomento de mi propia prosperidad. Al ayudarlo a comprar su casa era algo así como ayudar a un país económicamente atrasado, pero sin indebida explotación. No teníamos problemas de límites. Mi vecino no reclamaba parte de mi casa, ni yo reclamaba parte de su casa. Pero si hubiéramos tenido disputas o diferencias de límites, las habríamos arreglado armoniosamente, consultando nuestros mutuos intereses, y, en ningún caso habríamos dado el argumento de matonaje de que si poseemos algo que antes no nos pertenecía es nuestro porque lo hemos conquistado con nuestra sangre, argumento irritante e innecesario, pues cualquier salteador que entre en mi casa a sangre y fuego, podría dar el mismo argumento para quedarse con lo mío.

Al escribir yo ahora, mi vecino y yo estamos ancianos, y creemos que nos hemos embellecido mutuamente la vida. Jugamos ajedrez con frecuencia. Debo admitir que él es

algo superior a mí en el tablero. En desquite, mi sobrino, Teobaldo, lo vence con frecuencia, y es pocas veces vencido por él.

En mis conversaciones con el vecino, entramos en toda suerte de intimidades. De lo que me ha contado de su vida huérfana de aventuras y dramatismo, conservo este episodio, que me causó gran impresión. Cuando él era, hace muchos años, empleado del Registro Civil en una ciudad del Sur, conoció allá a un eminente personaje de la localidad, que era abogado, y diputado, por añadidura. Era el verdadero cacique de la localidad. Le presentó al oficial del Registro Civil el siguiente caso, que relato en párrafo aparte.

Un cliente del abogado quería divorciarse. Su matrimonio, forzado, era una tragedia de su vida. Estando en un fundo, siendo joven, de una familia distinguida, había tenido sus encuentros amorosos con la hija de un inquilino, y la había dejado embarazada. El padre, cuchillo en mano, lo obligó a casarse. No había amor, ni aprecio, ni nada que ligara a esa pareja, excepto el incidente que tuvo al hijo como resultado. La muchacha era ordinaria, ignorante, mal criada, sucia; y él era un mozo de la mejor sociedad. Naturalmente, no vivió él con ella, y la perdió intencionalmente de vista. Pasado algún tiempo, el joven se enamoró de una joven encantadora, de su misma posición social. Ella también se enamoró. Pero él no podía casarse porque ya estaba casado. Había ido a consultar a un abogado y diputado que residía en Santiago, quien le dijo que el divorcio era imposible en Chile, y que para anular el matrimonio se necesitaba el asentimiento de la mujer. Se localizó a la esposa, pero ésta se negó a facilitar el anulamiento. Entonces el abogado le dijo al cliente que lo único que se podía hacer en ese caso, era inscribir la muerte de la mujer en un Registro Civil, y él, como viudo podría casarse. Como este abogado y diputado tenía relaciones e influencias en ese pueblo del sur, pidió que se hiciera allí esa inscripción. Y la logró. El "viudo" se casó. Y cuando su mujer legítima se presentó a él para pedir

ayuda, se le dijo que estaba muerta. Y se le demostró que estaba muerta con la partida de defunción del Registro Civil, el Libro Mayor de la contabilidad de la vida. Y, en el hecho, tan muerta estaba, que jamás pudo resucitar.

Mi vecino me ha autorizado para que cuente este incidente, en el cual él no tomó parte, porque no era el Oficial del Registro Civil, sino empleado secundario, que sólo incidentalmente supo lo que se había hecho a sus espaldas.

Desde que volvimos del extranjero, donde pasamos nuestra luna de miel, hemos tenido amigos a nuestra mesa todos los domingos. Y a los parientes, a mi hermano y a mi hermana, y a mis suegros, y de cuando en cuando a mi prima. Son ésas como misas laicas de la religión de la fraternidad y la amistad. Recuerdo, especialmente, nuestra primera comida, cuando invitamos a todos los parientes a la inauguración de nuestra casa.

Yo había traído de Nueva York dos kilos de café de Costa Rica, que me los había regalado uno de los huéspedes de la residencial donde alojamos. El era una encantadora persona de San José. Me dijo que el café que me daba era considerado el mejor del mundo, superior al de Brasil, de Colombia, de Cuba, de todas partes, superior inclusive a todo el demás café de Costa Rica. Se trataba de la producción de un cafetal de la meseta de San José, y de un lugar especial de ese cafetal. Lo poco que allí se producía estaba siempre vendido con diez años de anticipación. Era el que se servían los reyes de Inglaterra en su Palacio de Buckingham. Se comprenderá que lo traje como quien trae una joya, para beberlo con mi familia. Lo que me faltó fué asegurarlo contra robo o naufragio.

Cuando invitamos a esta comida, hicimos mucho caudal del café que les íbamos a servir, contando su historia. Y, naturalmente, aunque la comida fué buena en su totalidad, pues Florencia es maestra en las artes culinarias, la gran expectación era por el café. Cuando íbamos en la mitad de la comida, Lugarda entró en el comedor y le habló al oído a mi mujer. Ambas salieron. Después de un rato volvió

Florencia con aire consternado. Hablándome al oído, me pidió que fuera con ella a la cocina. ¿Qué había ocurrido? ¡No podían encontrar el café! Lo habían buscado por todas partes y no aparecía. Y, para colmo de desgracia, no había en la casa ninguna otra clase de café. Siendo domingo, no se podía mandar a comprar al centro, pues todo estaba allá cerrado. Teníamos un despacho en la esquina, que vendía sólo café a granel, que sabíamos era atroz porque otra vez que habíamos quedado sin café, habíamos tenido que comprarlo. No era posible recurrir a nuestros vecinos, porque todavía no habíamos trabado amistad. Al contrario, nos miraban con recelo.

Estábamos al frente de esta disyuntiva: o no servíamos café, diciendo francamente lo que había ocurrido, o servíamos ese café detestable, de la esquina, sin explicación alguna, dejando la impresión de que en materia de gusto todo es relativo, y que lo que es sabroso en el Palacio de Buckingham, puede ser detestable en Santiago de Chile. Optamos por servir el café de la esquina. Fué servido en un precioso juego de tacitas de Limoges que nos habían sido obsequiadas por mi prima Adelaida, la que yo miré desnuda desde el closet, hacía años.

El primer sorbo lo tomó mi hermano, Ernesto, el profesor.

—¡Esto se llama café! —dijo— ¡exquisito!

—¡Delicioso! —exclamó a continuación Carmela, mi hermana, la que me llamó tonto porque le había pasado la copita vacía.

Mis suegros también lo encontraron sabroso.

—Tienes que darme un poquito, aunque sea, —imploró mi hermana—, para servirlo a unas amigas que he invitado para mañana.

Al principio no podía yo salir de mi sorpresa. Pero después me pareció muy natural todo eso, tanto nos dejamos impresionar por las reputaciones. ¡Cuánta fama litera-

ria es como el café a granel de la esquina! Más tarde, mucho más tarde, les conté a mis invitados la realidad de lo ocurrido.

Pero no todo era alegre y apacible en nuestro vecindario. Ya he dicho que al otro lado de nuestra casa estaba —y todavía está— el Hogar Cristiano, casa de refugio, asilo nocturno para mujeres destituidas que no tenían dónde pasar la noche. Allí se les daba hospedaje y desayuno, y se las echaba después a la calle a que fueran en busca de trabajo y de albergue permanente. Se las recibía hasta seis noches seguidas, y no más. No se podía hacer más porque eran muchas las postulantes, y pocas las camas.

Yo las veía llegar al declinar el día. Antes de que se abrieran las puertas esperaban unas de pie, otras sentadas en el umbral. Mujeres viejas, vestidas de harapos, tiritando de frío en las noches de invierno, con una estampa de tragedia en sus rostros. Existía eso en Santiago, a la vez que existía la opulencia. El Barrio Alto, y los conventillos coexistentes. Los grandes apartamentos alrededor del Santa Lucía, y las poblaciones callampas, coexistentes.

Yo echaba, en las mañanas, una mirada a los retratos de la Vida Social de **"El Mercurio"**, con sus noticias de matrimonios, nacimientos, despedidas de solteros, toda gente grande. Pensaba yo en los Heredia y los Sandoval de **Casa Grande**, de Orrego Luco; en los Valverde y los Lazúrtegui de **Gran Señor y Rajadiablos**, de Eduardo Barrios; en los Iturrigorriaga, de **La Chica del Crillón**, de Edwards Bello; la Urquizar y Urquizábal de **El Crisol**, de Fernando Santiván. ¿No tenía otro lado esa medalla? Esas mujeres que esperaban que se abrieran las puertas del Hogar Cristiano ¿no tenían también Vida Social? ¿No había entre ellas nacimientos, enlaces, bautizos? Pero a estos personajes de la sórdida vida santiaguina hay que irlos a buscar a otra parte, al **Infierno Gris**, de Joaquín Ortega Folch, que recibió el Premio 1950 de la Sociedad de Escritores de Chile, y que tanto ha indignado a **Alone** porque

muestra una vida social tan distinta de la del diario donde él hace sus autopsias literarias.

En ese otro lado de la vida social santiaguina podría aparecer, entre las defunciones, la de Petronila de Carrizo, colgada de una soga, en el sombrío tugurio de su conventillo, con su cara comida por los ratones. Y, al lado de esa noticia macabra, la de su hija Rosa, la prostituta, la de su hijo Julián, escapado de la cárcel, y todas las otras que mantienen en perpetuo escalofrío a quien se asome a ese infierno gris.

Venía yo una tarde de vuelta de un drama que acababa de presenciar, **La Visita del Inspector**, de J. W. Priestly, muy bien interpretado por el Teatro Experimental. Había bajado del tranvía en la calle Marín, y me dirigía a pie a mi casa. Venía pensando en todas las raras coincidencias de ese drama, en que tanta gente de arriba es responsable del dolor y la miseria de gente de abajo. ¿Ocurrirán cosas así realmente en la vida? me preguntaba. ¿Es que esa prostituta, Rosa Carrizo, del **Infierno Gris** de Ortega Folch, ya vieja, acaso espera en la puerta del Hogar Cristiano? ¿Y no puede ser otra de las que esperan alguna de las "chinas" en cuyos vientres don José Pedro Valverde, el Gran Señor de Eduardo Barrios, fue "mejorando la raza", como le decían sus amigos, y llenando de melancolía, hasta la tumba, a su esposa sentimental Marisabel Lazúrtegui Aldana?

Muchas veces, al pasar, al frente del Hogar Cristiano, oía trozos de conversación, frases truncas, de diálogos, al parecer tenebrosos. No me atrevía a detenerme a escuchar, porque mi curiosidad les habría parecido insultante. Pero esta vez, llena mi cabeza con el drama que acababa de presenciar, me detuve cerca del grupo, al lado de un árbol, haciéndome el que esperara a alguien, pudiendo oír, con esfuerzo, partes del diálogo. Una de las viejas decía:

—Yo no quise firmar.

—¿Para qué son esas firmas? —preguntó otra.

—Para pedir que no se usen las bombas atómicas en las guerras, esas bombas que matan a millones de personas.

—¿Y por qué no quisiste firmar?

—¿Para qué? ¿No es mejor que nos caiga una bomba atómica, y acabe con toda nuestra miseria? Así morimos de un golpe.

Al pasar al frente de esa mujer, la miré. Y ella me clavó su mirada, que yo no pude resistir, como si fuera un reproche merecido. Seguí mi marcha; pero, detrás de mí, la oí decir a sus compañeras:

—A ese señor lo conozco yo. Mi marido trabajó para él.

Me volví. La miré de fijo. Y todo el recuerdo de un lejano pasado me vino de súbito. Hasta de su nombre me acordé. Era Rosa, la mujer de Jorge Pérez, el obrero que trabajó para mi padre y para mí, el obrero para quien su mujer me fué a pedir ayuda, el obrero para quien se hizo una subscripción, para comprarle una corona.

Era la misma mujer, flacucha, pero ya tan vieja que su cara era como un pergamino arrugado. ¿De manera que ocurría eso en la vida real, no sólo en dramas, como **La Visita del Inspector?** Quise hablarle, naturalmente. Pero en ese momento abrieron las puertas del Hogar Cristiano. La mujer entró, y no pude verla más.

Lugarda había muerto, no hacía mucho, dejándonos un vacío doloroso. Yo me formé allí mismo la resolución de llevar a esa mujer a nuestro hogar, para que hiciera las veces de la vieja Lugarda, más para ser ayudada que para ayudar. Pero quería consultar primero a Florencia, a quien le conté toda la historia. Ella aceptó, naturalmente: yo no esperaba otra cosa. Pero al día siguiente, cuando fuí a buscar a Rosa, a la puerta del Hogar Cristiano, ella no llegó. Ni al día siguiente. En el Hogar no me pudieron dar noticias de ella. Ninguna de las otras mujeres que acudían a ese asilo, podían informarme tampoco. Siempre

seguí pasando yo por allí, con la esperanza de encontrarla. Como quince días después, otra vieja harapienta me dijo:

—¿Sabe, señor? Esa por quien usted preguntaba...

—Sí, ¿dónde está?

—Esa murió, señor. Así no más. Cayó muerta en la calle. Nadie sabía su nombre.

Y nadie había ido tampoco a hacer una suscripción para una corona, como se había hecho para su marido.

VIII

CHILE Y YO

HE colocado mi vida, ante los ojos del lector, dentro del tiempo y del espacio donde he vivido. El tiempo, es desde la fecha de mi nacimiento, 1880, y este año de 1950, en que escribo mi autobiografía. El espacio es Chile, con su loca geografía, tan admirablemente descrita por Benjamín Subercaseaux, y cierta salida de mi órbita, en que, como un cometa, hice un corto recorrido por tierras extrañas.

Pero este reducido trecho de tiempo y de espacio no explica toda mi vida. Al hablar de mi nacimiento, de mi infancia, de mi educación escolar, de mis amores, de mis actividades económicas, de mi familia, de mis amigos, me ubico en el medio y en el tiempo en que he vivido desde mi nacimiento hasta el ocaso de mi vida, con las influencias ambientales que he recibido. Pero yo traigo una herencia de atrás. Soy en el pasado mucho más que todo lo anterior.

Imagine usted que está en un salón iluminado, una noche de verano, con una ventana abierta al oriente, y otra al poniente, y que ve, de súbito, a una mariposa entrar por una ventana, revolotear alrededor de la lámpara central, posarse por algún momento en alguna flor, o en

un cuadro, subir casi hasta el techo, bajar casi hasta el suelo, y salir después por la ventana abierta al poniente. Esos minutos que pasó la mariposa en su salón son el equivalente a la vida mía, entre mi nacimiento y mi muerte. Usted sabe que la mariposa vivía antes de entrar en el salón. Sabe que seguirá viviendo después de que sale. Pero nada sabe de lo que hizo antes ni de lo que hará después.

Antes de entrar yo, en 1880 en el salón de la vida, ¿no había hecho nada? ¿no había sentido nada? ¿no había pensado nada? ¿no había sufrido nada? ¿no había gozado nada? ¿Principiaba allí mi vida? ¿No había nada antes? La religión católica me quiere hacer creer que mi vida es eterna a partir desde que nací. ¿Por qué no eterna también en la otra dirección, antes de que naciera?

No quiero llevar al lector a ninguna doctrina reencarnacionista, ni a un cielo o infierno, después de la muerte. Quiero sólo decir que yo no fuí una creación espontánea, desligada del pasado. Fuí resultado de una larga evolución, que, como lo he dicho antes, tuvo su origen —y ese origen tuvo sin duda otro— en el sol, al desprenderse parte de él para formar nuestro sistema planetario. La friolera de cinco o diez mil millones de años.

Es sabido que la memoria sufre a veces de alteraciones, como la amnesia, en que una persona se olvida de su pasado. Existen también los casos de hipermnesia, que ocurren, en ocasiones, en casos de enfermedad, fiebre alta o estados de agonía, en que se recuerdan los acontecimientos o las experiencias más lejanos que se tenían olvidados desde hacía años. Yo creo que también la subconciencia tiene en ocasiones estados de hipermnesia, es decir que la subconciencia recuerda, lo que le ha ocurrido en generaciones anteriores, antes de haber venido a la vida su individualidad y su conciencia presentes. Que yo sepa, los psicólogos no han estudiado todavía este fenómeno.

Por cierto, yo no puedo estar muy seguro de si a veces recuerdo algo que les ha ocurrido a mis progeni

res, o de si simplemente evoco páginas de los historiadores chilenos, que me han hecho familiar la vida de mis antepasados. A veces imagino, pero ésta puede ser simple fantasía, que recuerdo cuando era aún materia inorgánica. Me ocurre que cierro los ojos, y me pongo en armonía con el infinito. Me siento transportado en el espacio, con los múltiples movimientos que me llevan hacia lo eterno, con velocidades fantásticas. Bueno, esto es pura metafísica. Y ya sabemos lo que es la metafísica: algo así como buscar en un cuarto obscuro, con los ojos cerrados, un gato negro que no está ahí.

En una ocasión en que miraba yo a Florencia cosiendo a la máquina una cortina, de dibujos extraños, de largo a largo, me vino a la mente la comparación de que yo era como la hebra que sin cortarse iba avanzando en la malla, entrando y saliendo. Yo era una hebra interminable en la historia de mi país. Y no sólo de mi país: de la vida toda. Sentado en el sillón de mi galería, a solas, con los últimos destellos del sol en la cumbre de la cordillera, yo me veía —¿imaginación evocativa o hipermnesia?— como un hombre de ojos azules, a los pies de los Pirineos, entre verdes pinares, un hombre anheloso de cruzar mares y correr tierras. Me veía como un araucano viviendo una vida primitiva en el sur de Chile. Veía la llegada de esos españoles a la tierra chilena. Veía cómo uno de esos peninsulares coge a una de las mapuches, y, contra su voluntad, la monta tal como un potro montaría a una yegua. Veía cómo hermanos de esa hembra sometida, que luchaban por su independencia eran tomados prisioneros, y para que trabajaran en los lavaderos de oro, y no pudieran huir, los "desgobernaban", es decir les cortaban los pies, con un hacha, en el nacimiento de los dedos, y los sumergían en sebo hirviente para evitar la hemorragia. En mis evocaciones recorría yo toda la historia de Chile, como la presentan sus narradores Barros Arana, Francisco Encina, y tantos otros.

Todo esto es la historia de mi vida, porque yo soy

parte integrante de Chile: soy uno de los millones de chilenos no importantes, quienes, sumados, son más importantes que los hombres más importantes de mi país. Pero esto no es la creencia general; no es la creencia de nuestros hombres importantes; no es la creencia de nuestros gobernantes; no es la creencia de nuestros historiadores y novelistas; no es la creencia de nuestros filósofos y profesores. La creencia general es que la historia de Chile es la historia de sus hombres así llamados eminentes. Los araucanos y huilliches y picunches, los indígenas de Chile que forman el noventa por ciento de la sangre chilena, lo consideran un peso muerto, que han tenido que cargar sobre sus hombros los conquistadores y colonizadores de nuestro suelo.

El señor Encina, que ha publicado hasta ahora catorce volúmenes de su Historia de Chile, goza de la fama de ser el mejor historiador chileno, el historiador filósofo que ha deslumbrado a Chile con su monumento histórico, que deja en la penumbra al panegirista de nuestras proezas militares, Benjamín Vicuña Mackenna, al compilador Toribio Medina y al primer intérprete de nuestra historia general, Diego Barros Arana.

El Sr. Encina dice al principiar su Historia, con razón a mi juicio, que "una historia encuadrada en un sistema filosófico, sociológico, político, moral o religioso, no es historia... El historiador que, antes de repasar los documentos, sabe a dónde va a parar, sencillamente no es historiador, cualesquiera que sean su poder cerebral y sus dotes artísticas". Sin embargo, toda su Historia está escrita dentro de un marco ideológico concebido de antemano: la tesis de que Chile, el verdadero Chile, está compuesto sólo de unas cien mil personas, sus cien mil personas importantes, sus cien mil hombres libres, y que el resto es lo que eran los esclavos en la Atenas de Pericles, de los que había cinco por cada hombre libre, la tesis de que estos hombres selectos forman familias que entregan es-

herencia sus virtudes a sus descendientes. Chile es de ellos, y para ellos.

En realidad, el Sr. Encina nos muestra en su prólogo a "El Abate Molina" de Januario Espinosa, la génesis de su Historia de Chile. Toribio Medina fué, prácticamente, el primer incitador para que el Sr. Encina escribiera su Historia de Chile... para "aplastar y triturar" la de Barros Arana; para demostrar que "la tiranía española (de la colonia) era una patraña, que la administración de justicia fué buena en Chile". En verdad para demostrar que la grandeza de Chile se debía a la obra colectiva de la aristocracia castellano-vasca; que los españoles no habían venido a conquistar la América por espíritu de lucro, sino por ansia de creadores idealistas; que la mezcla de los españoles con los indios de Chile determinó "el retroceso del grado de evolución mental del español". En verdad, el Sr. Encina está en la razón al decir que cada época tiene sus historiadores que escriben de acuerdo con la filosofía de la época, y que la Historia General de Chile de Barros Arana llenó su misión y no corresponde a la mentalidad moderna. Pero la Historia del Sr. Encina ha nacido anticuada en sus interpretaciones, y no corresponde a la mentalidad de la época en que se ha escrito y se está escribiendo. El Sr. Encina está piloteado por la mentalidad racista y clasista del pasado, de los tiempos de Gobineau, resucitada por Spengler y por Hitler, para ensalzar y hacer dominar a su **Herrenvolk**, su raza superior, su raza señorial.

Condena el Sr. Encina a los frailes que abogaban por la defensa del indio como a cerebros desconformados. Es duro con el Obispo de San Miguel, de fines del siglo XVI, y lo acusa de "un sentimiento místico que ahogaba en él por completo el sentido de la realidad". Dice: "El postulado cristiano de la hermandad de los hombres no dejaba hueco en el cerebro para la percepción de la desigualdad de las razas humanas. Para él el indígena americano tenía latentes las mismas aptitudes intelectuales y morales

que el conquistador". Acusa al Obispo de San Miguel de creer "que el trabajo forzado, la guerra y los crueles castigos que se imponían como escarmientos a los prisioneros, eran las causas de la rebeldía del indígena y de su resistencia a plegarse al cristianismo y a adoptar los hábitos y el género de vida de los europeos".

Aplaude al Gobernador de Chile, Rodrigo de Quiroga (1575-1580), cuyo programa "consistía en una enérgica campaña a través de Arauco. Se tomarían prisioneros a los indios más belicosos; se ejecutaría a uno que otro cabecilla; y los demás serían trasladados a la provincia de Coquimbo, degorbernándolos, para que allí puedan sacar oro para los soldados que mantienen la guerra. De este Gobernador, cuyo plan aplaude, dice el Sr. Encina que es "tal vez la personalidad de mayor valer entre los conquistadores de Chile". Agrega que "su fondo de hidalguía manaba de la sangre".

Pero a Fray Antonio de San Miguel, que defendía a los indígenas, lo acusa de que para él "el aspecto realista del conflicto no contaba para nada. La situación de 1.200 españoles, condenados a pelear con 10.000 a 20.000 guerreros mapuches, a crear una nación con sus cerebros y sus brazos, llevando a cuestas medio millón de indios ociosos, no se representaba en su mente desconformada y la de otros frailes, como Fray Gil González, que compartían el pensar del Obispo de San Miguel". Le increpa a Fray Gil González que sostuviera y predicara "que el indígena, al rechazar por las armas la conquista, defendía una causa justa, que ejercitaba el derecho de defender su libertad".

El Sr. Encina, que en su prólogo que he citado del libro de Januario Espinosa, dice: "Contrariamente a Alessandri, siempre he creído que en los pueblos de raza española sólo el odio es fecundo", deja en claro que al indígena chileno habría sido preferible eliminarlo por completo, en una empresa total de genocidio, y justifica todas las crueldades de los conquistadores. Aplaude la conquista

de los Estados Unidos, hecha por "un grupo selecto de europeos puros, que no se mezclaron con los aborigenes". El Sr. Encina lamenta que esta mezcla se haya efectuado aquí, como puede verse por las citas que presento a continuación:

"En la gran masa (Tomo III, pág. 66) el mestizaje determinó el retroceso del grado de evolución mental del español. A partir de la segunda mitad del siglo XVII, se acentuaron mucho en el criollo las manifestaciones de una especie de infancia cerebral, que ya no desaparece en todo el curso de la historia de Chile". "Uno de los tres factores que retrasaron la evolución mental del pueblo chileno es (Tomo IV, pág. 363) la mezcla de sangre aborigen que ha llegado hasta las altas clases sociales". "Es necesario recordar (Tomo IV, pág. 553) que el español y el aborigen al cruzarse, no sólo legaron al mestizo la repulsión por el t r a b a j o, sino que produjeron una interferencia moral, determinada por el choque de las normas ancestrales y diferentes, de ambas sangres". "El standard de vida del mestizo (Tomo V, pág. 177) es ínfimo en la escala de la civilización. Pero ésta es la expresión fiel del desarrollo mental que atravesaba. Como consecuencia del mestizaje, aun conserva, como en el siglo XVII, viva la repugnancia por el trabajo regular". "El cruzamiento de españoles e indígenas (Tomo V, pág. 184) tenía, fatalmente, que engendrar un porcentaje crecido de desequilibrados mentales y de reversiones a la animalidad primitiva, mientras la nueva raza se consolidaba". "Hasta finalizar el siglo XVIII (Tomo V, pág. 500) las consecuencias del mestizaje continuaron pesando en forma adversa sobre los hábitos de la vida y los gustos del pueblo". "Todo el siglo XVII (Tomo V, pág. 539) y la primera mitad del siglo XVIII fué una lucha, sorda e inaparente, entre la barbarie, representada por el avance de la sangre aborigen hacia las altas clases sociales, y la civilización representada por la sangre europea que siguió llegando". "La infiltración de esta sangre aborigen (Tomo V, pág. 541) en

la capa española determinó un fuerte retroceso del cerebro español, le hizo bajar bastantes peldaños en la escala del desarrollo mental". "La mezcla de la sangre (Tomo V, pág. 599) aborigen, que ascendió cada vez más en mayor cantidad a las altas clases sociales, determinó un retroceso en el grado de desarrollo mental". "La sangre aborigen subió a la alta sociedad con los primeros criollos, e influyó en el sentido de rebajar el grado de desarrollo mental, de tornar más bastos los cerebros, y de imprimir un ritmo más lento a las reacciones del temperamento y de la inteligencia". "Las influencias espirituales (Tomo I, pág. 426) son impotentes para modificar, en el correr de pocos siglos, el grado de desarrollo mental, y para colmar los abismos que separan a las distintas razas humanas".

Para no cansar al lector, demos un salto al Tomo XIV, recién aparecido, de la Historia del señor Encina, y hagamos una última cita (pág. 86): "Aunque no se les representa con claridad (a los intelectuales del siglo XIX) el **retroceso en el grado del desarrollo mental**, que fué el corolario del mestizaje, y sus trascendentales proyecciones psico-sociológicas..."

He hecho estas citas, repetidas y monótonas, expuesto a cansar al lector, y restándoles valor literario a estas páginas, porque deseo dejar en claro que estas ideas del Sr. Encina no son incidentales, sino fundamentales, que son médula de la filosofía social del autor.

Su desprecio por el indio chileno lo muestra en miles de detalles de su narración. Cuando los españoles matan indígenas en la guerra, simplemente los matan; pero cuando los araucanos matan españoles en defensa de su territorio los **asesinan**. Algunas citas para corroborar esto. "Los mapuches (Tomo I, pág. 622) se limitaron a asaltar las estancias, a robarse el ganado, y **asesinar** a los españoles que lograban sorprender". "Los mapuches (Tomo IV, pág. 527) recorrían las pampas argentinas, **asesinando** a los españoles". "Los mapuches (Tomo IV, pág. 69?) **asesinaron a diez pobladores**". "Los indios (Tomo IV,

pág. 472) asesinaron a Pascual Delgado, por su carácter duro y atrabiliario, que lo había hecho odioso". En el Tomo I, pág. 528: ..." asesinatos de españoles cometidos por los indígenas". "El español (Tomo I, pág. 597) que se aventuraba fuera de la defensa era invariáblemente asesinado (por los mapuches)". 'Cinco soldados mestizos, deseosos de unirse a los indígenas, después de asesinar a diez españoles, tomaron la fuga". En el Tomo IV, pág. 63: "y en sus cartas brotaba de lo más íntimo de su alma la alegría ante las matanzas y escarmientos que Ribera hizo en los indios que asesinaron a los tres jesuitas".

He buscado prolijamente a ver si el Sr. Encina dice alguna vez en su Historia que los españoles han asesinado indígenas en Chile. No lo dice en ninguna parte.

He dicho que el Sr. Encina es también clasista, es decir que cree en la superioridad mental y moral hereditaria de las clases sociales. Para esto no hay necesidad de recurrir a citas, porque esta creencia destila de toda su Historia. Pero voy a hacer algunas, que me recuerdan un incidente en mi fábrica de velas. En una ocasión me fué a visitar un amigo, con su hijito de pocos años. Me sorprendieron trabajando en la fábrica como si hubiera sido un simple obrero. El chiquitín le preguntó a su papá:

—¿Que don Miguel no es dechente?

—Claro que es decente —le contestó— ¿por qué me lo preguntas?

—Es que está trabajando como un obrero.

A continuación van las citas del Sr. Encina, sin comentarios: En el Tomo IV, página 290: "Las calles, eran poco frecuentadas por la gente decente". En el Tomo IV, página 312: "Aun en los pueblos, las viviendas de la gente decente eran con frecuencia ranchos de paja". En el Tomo V, pág. 491: "El pueblo y la gente decente usaban también remedios extravagantes". Más adelante: "Sólo los españoles y los criollos españolizados, o sea, la gente decente".

No cansaré al lector con citas, y daré un salto al to-

mo XIV, que acaba de aparecer, de la Historia del señor Encina, haciendo una última cita (pág. 81): "Hacia 1825, don Francisco de Asís vivía en Rancagua, lo mismo que muchas familias decentes, en gran estrechez financiera."

Las ideas del Sr. Encina en cuanto a la inferioridad étnica, intrínseca de las razas aborígenes de América, y de araucanos, y demás pobladores e indígenas de Chile, queda de manifiesto a lo largo de toda su Historia cuando se refiere a ellos. Dice (Tomo I, pág. 339), hablando de la conquista de la América del Norte: "Cuáqueros y puritanos sabían, con el conocimiento de la sangre, más seguro que el del intelecto, que el indígena no era capaz de la verdadera naturaleza humana, o sea que era imposible transformar a un indio primitivo en europeo del siglo XVI, plegarlo al trabajo regular e inculcarle una religión inspirada en sentimientos dulces y en concepciones abstractas, que fatalmente habían de dar bote en su mentalidad".

Para apreciar lo anterior, debe recordarse que en Europa del siglo XVI estaba en pleno vigor la Inquisición. Torquemada, que murió cuando asomaba el siglo XVI mostró esta dulzura de que eran incapaces los indígenas de América, condenando a martirios a más de cien mil personas, enviando a la hoguera para ser quemados vivos a 8.800. Y aun los seformadores que habían creado sectas religiosas que protestaban del catolicismo, como Calvino hacían quemar vivos en Ginebra a los que discrepaban en algunos puntos de su interpretación de la Biblia. Yo le recomendaría al Sr. Encina se leyera el libro de Stefan Zweig dedicado a Calvino, que repase la vida de los inquisidores españoles, y que repita después que los indígenas de América eran "incapaces de acoger una religión de sentimientos dulces".

Se explica, en parte, esta actitud del Sr. Encina porque, en verdad, él no se muestra adverso a la Inquisición. Dice que su establecimiento "obedeció, en el fondo al deseo de mantener la unidad espiritual, que anima a los pueblos vigorosos, durante el periodo álgido de su expan-

sión". Agrega: "El archivo de la Inquisición, mirado con criterio estrecho de fanáticos religiosos o antirreligiosos, es uno de los agentes más activos de extravíos y engaños; en cambio, examinado desde más altura, es una fuente de sugestiones útiles de todo orden".

Pero el Sr. Encina cae, candorosamente, en las más flagrantes contradicciones. En el Tomo II de su Historia dice: "El pueblo español encontró en la religión un justificativo al ocio y a la mendicidad vagabunda". Según Stanhope, a quien cita el historiador, "el número de mendigos aumentó en Madrid en cerca de veinte mil en 1669. Se morían de hambre en sus casas, y parecen espectros". "En tiempo de los tres últimos Austria, vagaba en España una masa de 140 a 200.000 mendigos, formada en más del 80% por hombres y mujeres perfectamente aptos para el trabajo".

¿Y cuál era la dulzura cristiana que los araucanos con sus cerebros primitivos no podían compuender? Cito al propio Sr. Encina. "Valdivia (Tomo I, pág. 271) les hizo cortar la mano y las narices a cuatrocientos prisioneros indios, y los puso en libertad para que sembraran el terror entre sus tribus". "Alonso de Reinoso (Tomo I, pág. 525) hizo empalar a Caupolicán en una estaca aguzada que le atravesó verticalmente las entrañas". "Para comprobar la confesión (Tomo IV, pág. 353) los párrocos daban una papeleta al confesado (como los certificados de vacuna de hoy). A todo español que no se confesaba en cuaresma se le excomulgaba. Si era negro o indio, por la primera vez se le trasquilaba, recibía cuarenta azotes y se le exponía en el rollo público. A la segunda vez se doblaban los azotes". "El cabildo de Santiago (Tomo I, pág. 428) mandó el 27 de noviembre de 1551, que a los negros que se alzaran (había en 1778, en Chile, 21.583 negros, mulatos y zambos) o se rebelaran del servicio de su amo, y no volvieran dentro de ocho días del día en que se huyere, puede el juez condenar a que se les corte el miembro genital".

Y el Sr. Encina tiene el candor de decir en ese mismo Tomo de su Historia, pág. 380: "Ningún poder, ninguna enseñanza, sin excluir la religiosa, podían hacer germinar en los aborígenes, aun asilándolos en grupos, los sentimientos y las ideas que informan el cristianismo y la civilización occidental. Las concepciones y la moral abstracta del cristianismo tenían que resbalar por la superficie de sus cerebros primitivos, lo mismo debía suceder con el patrimonio mental que constituye el alma mater de la civilización europea".

¿Y qué nos dice el propio Sr. Encina de la vida privada que llevaban estos religiosos que venían a inculcar su religión en los indígenas de Chile? Que hable el propio historiador, detractor del indígena y panegirista del conquistador y colonizador español.

"La mayor parte de los frailes llevan una vida tan licenciosa (cita a Frex Frezier) que hasta los superiores y provinciales sacan de los conventos que gobiernan sumas considerables para atender a los gastos de una vida mundana". "Las monjas, con la excepción de tres o cuatro monasterios, sólo guardan la apariencia de la clausura, porque en vez de vivir en la pobreza común de que hacen voto, viven en particular y a sus expensas, con gran séquito de domésticas, esclavas, negras y mulatas, que les sirven en las verjas de terceras, que ellas mismas abren la puerta al desorden". "Viven los religiosos con sus concubinas dentro de las celdas, y otros las mantienen en sus casas particulares".

No hay duda de que el Sr. Encina da vida a su Historia, entrando a veces en detalles de vivo interés humano. Nos describe las peleas entre diferentes congregaciones religiosas. Los dominicos y los franciscanos, que fueron los primeros en llegar a Chile, no vieron con buenos ojos la llegada de los agustinos. Para combatirlos, les provocaron una inundación que hizo subir el agua en el convento metro y medio. Pero habiendo fracasado en su intento de destruir el convento con el agua, trataron de

destruirlo por medio del fuego. Preferible es citar al Sr. Encina textualmente, porque él dice que era imposible "hacer germinar en los aborígenes los sentimientos y las ideas que informan el cristianismo, las que tenían que resbalar por la superficie de sus cerebros primitivos". Escribe el Sr. Encina, citando la Historia de los Agustinos en Chile: "Pusieron (los dominicos y franciscanos) a la puerta de cada celda (del Convento de los Agustinos) guardias que estorbasen a la salida a quien lo intentase. Y, aseguradas las puertas, fueron sin resistencia alguna, clavando hachones en los techos altos y bajos de la casa ... de aquí pasaron a la iglesia ... fueron clavados los hachones en el techo, en los retablos, en las santas imágenes, y en cuanto había de sagrado. En especial fijaron un hachón diforme de largo y ancho, en la sacra efigie de San Agustín, el blanco de sus odios. Y pegaron fuego, y como estaba tan bien dispuesto el combustible, luego ardieron los hachones y de ellos saltó la llama a las maderas y lienzos; y comenzó furiosamente a cebarse en el templo. De aquí salieron velozmente a la casa, y, discurriendo de una parte a otra, pegaron fuego a los hachones del edificio, y en breve se alzó de varios puntos el incendio"

Realmente, me parece que mis antecesores araucanos hacían bien en rechazar una moral cristiana que procedía entre mi gente como lo ha descrito el propio Sr. Encina, que no desperdicia ocasión para mostrar nuestra inferioridad mental. Dice, por ejemplo, (Tomo I, pág. 609): "La mentalidad primitiva de los indios supuso que el Gobernador había traído la epidemia en dos botijos para matarlos". Se refiere a la viruela que mató a la cuarta parte de la población indígena. ¿Y qué nos dice el Sr. Encina de la mentalidad, no primitiva de los católicos de hoy, que acaban de aceptar universalmente el nuevo dogma, proclamado por el Papa, de la asunción, física, en cuerpo, de la virgen al cielo, mucho antes de Zeppelin y los hermanos Wright y los aviones a chorro, violando la ley de la gravitación universal? Esto, sí, puede creerse sin ser obtuso

mentalmente; pero suponer que los españoles estaban haciendo la guerra microbiana era una prueba de estupidez racial.

Para hacer la defensa de los araucanos, acusados de inferioridad étnica, no es necesario ir a buscar argumentos en el libro macizo del Dr. Nicolás Palacios, "Raza Chilena", que peca en forma opuesta al señor Encina, pues endiosa a los araucanos como a una raza superior a las razas latinas. Basta para contradecir al Sr. Encina citar al propio Sr. Encina, a quien se le escapan sus propias contradicciones.

Admite el Sr. Encina, en diversas partes de su Historia, que los araucanos lograron un gran progreso de su capacidad militar, con lo que mostraron que aprendían de los españoles lo que era más útil para ellos. "Ahora el mapuche economizaba hasta vidas, y obtenía de su fecunda imaginación militar, de la tenacidad de su energía guerrera, y del terreno, un partido tan inteligente, que aun los pueblos europeos mejor dotados, puestos en iguales circunstancias y grado de desarrollo social, no le habrían sacado mejor". "Algunas veces el bastardo solía eclipsar en valer y situación a la prole legítima". "Lo que ha causado (Tomo I, pág. 112) la admiración de los etnólogos es el asombroso contenido por desenvolver que encerraba la mentalidad araucana; su admirable voluntad guerrera sostenida durante tres siglos, y su poderosa imaginación creadora, canalizada hacia la guerra, por los estímulos externos... Los soldados de los tercios de Italia, de Flandes y de Navarra, es decir, los primeros soldados del mundo en el siglo XVI, levantaron al guerrero mapuche a su propia altura... La voluntad guerrera del pueblo araucano mostró una tenacidad que toca los límites de lo inverosímil... Fuera del romano, ningún otro pueblo primitivo ha exteriorizado una voluntad tan tenaz". "Lo que permitió al pueblo mapuche (Tomo I, pág. 11[illegible]) sostenerse por tres siglos frente al español, y después a su descendiente, el chileno, fué su cerebro, y no su le-

roísmo... Inventó nuevas armas, e ideó una nueva táctica, y una nueva estrategia. Creó en cuatro años lo que los pueblos bien dotados suelen crear en siglos". "Multiplicaron el caballo (Tomo I, pág. 114), lo manejaron hábilmente, y le sacaron un rendimiento guerrero muy superior al que le sacaban sus maestros. Crearon la infantería montada siglos antes que los ejércitos europeos". "Idearon (pág. 115) las fortalezas con tanta perfección que del fuerte de Quiapo, dice don Martín de Guzmán, que era de calidad, que en Italia no se podía hacer mejor. Se concentraban para pelear como iban a hacerlo los ejércitos de Napoleón 250 años más tarde".

Y sin notar sus contradicciones, dice el Sr. Encina en el mismo Tomo I, pág. 392: "Es tarea ociosa conjeturar las posibilidades cerebrales de los indios chilenos. Aun concediéndolas muy amplias, su desarrollo exigía siglos".

Podría el Sr. Encina decir que este avance en el arte de la guerra era unilateral, que no significaba capacidad de avance en otras direcciones; pero él mismo se encarga de decir (Tomo II): "En la nación, como en el individuo, toda superioridad se alcanza siempre a expensas de otros aspectos de la actividad. Un país (se refiere a España) que tenía en la sangre el amor a las armas y el orgullo distraído en la grandiosa aventura imperial, tenía, necesariamente, que volver las espaldas a la actividad económica, que desviar de ella su imaginación y su voluntad". "Las aptitudes que forjan al guerrero, al intelectual o al comerciante, manan de una misma fuente: son simples transformaciones de la energía vital canalizada en diversos sentidos por los estímulos, y convertidos por el ejercicio y el hábito en aptitudes".

Que los araucanos, con sentido práctico y realista hayan tratado de aprender y hayan aprendido de los españoles sus artes guerreras era lo más sensato. Pero hay más.

A pesar de que, como lo establece el Sr. Encina, "el

pueblo mestizo quedó en su gran mayoría al margen de la enseñanza, salvo la doctrina cristiana (Tomo IV, pág. 378), en otra parte dice: "Desde el principio los mestizos aventajaron a sus progenitores españoles en las disposiciones para la música".

Cita el caso de Ambrosio Santelices, mestizo, autor de imágenes talladas en madera, y al mestizo José Gil de Castro, que hizo en los últimos días de la Colonia muchos retratos de gran valor artístico, los de San Martín y O'Higgins, entre otros.

En cuanto a la limpieza, los araucanos podían educar a los españoles. Citando a Rosales, dice el Sr. Encina (Tomo I, pág. 102) "Proviene la fortaleza de las mujeres de criarse medio desnudas, al frío y al agua, con tan poco melindre y delicadeza, que todas las mañanas, aunque esté granizando, se han de bañar".

El Sr. Encina pone énfasis en demostrar que los indígenas de Chile eran perezosos, que le tenían odio al trabajo. "El empeño de los españoles para plegarlos a la vida civilizada tropezaba con los hábitos de ocio del araucano". El Sr. Encina, a quien hemos visto defender la Inquisición, defiende, naturalmente, la esclavitud, o sea el servicio obligado, las encomiendas, y los mayorazgos.

Fustiga a los frailes que luchaban por abolir el sistema de encomiendas y reemplazarlo por el de tasa, es decir de trabajo libre y de pago de una contribución. "La necesidad del trabajo obligatorio de los indígenas, dice, era ineludible para el desarrollo de la civilización, y aun para la existencia de la colonia".

Dice que el español, en vez de matar al indio o de expulsarlo, como se hizo en Estados Unidos, donde el piel roja desapareció rápidamente, "lo forzó al trabajo en las faenas agrícolas y mineras, exactamente en la forma en que todas las razas fuertes han obligado a las razas débiles a trabajar para ellas". "Sin la encomienda el aborigen habría retrocedido al estado salvaje". "Sólo había dos caminos que conducían al aniquilamiento del poder militar

del pueblo mapuche: colgar a los guerreros de los robles de sus selvas, o declarar esclavo al indio cogido en la guerra, y alejarlo de su tierra natal. Esta segunda solución era más complicada pero más útil. El indio vendido como esclavo, o empleado en los cultivos agrícolas, o en las faenas mineras, era una riqueza aprovechada; colgado de un roble de la selva era una riqueza perdida". La verdad es que se hicieron ambas cosas. A algunos los colgaban, a otros los vendían como esclavos para el Perú, a otros se les desgobernaba para que trabajaran en los lavaderos de oro. Dice el Sr. Encina (Tomo I, pág. 297): "En octubre de 1553 se organizó la explotación de los lavaderos de oro. El número de indios que trabajaban por cuenta de los encomenderos llegó a 20.000, y, al comienzo, hubo días en que el oro extraído pasó de doscientas libras".

Las ventajas de la esclavitud, o sistema de encomiendas, comparadas con los resultados del trabajo libre y la tasa, las quiere demostrar el Sr. Encina, aseverando que los propios indígenas eran más prósperos con el régimen de las encomiendas. Dice que las encomiendas creaban en los encomendados el hábito del trabajo". "En 1567, había en los términos de la ciudad de Santiago 150.000 ovejas, y los indios encomendados eran dueños de 50.000 de ellas. En las ciudades del sur había 21.000 ovejas, de las cuales 14.000 eran de los españoles y 7.000 de los indios. A la encomienda, ya desaparecida, se debe lo que el pueblo chileno es hoy".

Al dar estas cifras, el Sr. Encina no hace referencia alguna al cortísimo número de españoles que había en Santiago, y en el Sur de Chile a mediados del siglo XVI, comparado con el número de indígenas. "En 1583 el Gobernador don Alonso de Sotomayor (Tomo I, pág. 407) calculaba en 1.100 el número de españoles varones que existían en Chile. Las mujeres no pasaban de cincuenta". Reste de esta cifra los soldados que eran la mayoría ¿cuántos quedaban? ¡Cuántos eran los encomenderos? A todas luces salta el hecho de que los encomendados, per

capita, tenían escasísimo número de ovejas, ni siquiera una por cada uno. ¿Qué diría usted si le dieran la información de que en el Matadero de Santiago se benefician mil ovejas, y que, de éstas, la tercera parte son para la población de Santiago y sólo dos tercios son para los diputados y senadores? Algo así es lo que ocurre con el reparto de las ovejas entre encomenderos y encomendados en el siglo XVI, en nuestro país. No creo yo que el Sr. Encina presente sus cifras con el deliberado propósito de sorprender a sus lectores. Pero, sí, es evidente que las presenta en forma infantil, y no como un serio historiador.

El Sr. Encina condena el reemplazo de la esclavitud por la tasa, como "un sentimiento místico que ahogaba el sentido de la realidad". Dice: "La tasa arruinó en tres años a los encomenderos, a los indios, y a la Colonia. Junto con saber su liberación del trabajo obligatorio, los indígenas volvieron a la vida ociosa, que era una necesidad de su grado de desarrollo cerebral y de sus hábitos... Los lavaderos de oro se paralizaron, dejando a la colonia sin recursos con que costear sus necesidades más premiosas y a las cajas reales sin entradas; los ganados quedaron sin pastores y los cultivos agrícolas se suspendieron".

El Sr. Encina no hace ningún esfuerzo para explicar por qué los indios no eran tan afectos al trabajo libre. ¿Era libre este trabajo? ¿No era la tasa un gravamen que prácticamente significaba que el indio trabajaba sólo para sus amos? Veamos lo que dice el propio Sr. Encina al respecto: "La tasa de Esquilache, dictada en Lima en 1620, suprimía el servicio personal. Los indios mayores de 18 años y menores de 50, en La Serena, Santiago, Chillán y Concepción, debían pagar una tasa de diez pesos y medio al año. El salario de los indios era de cuarenta pesos anuales". De manera que los indios pagaban más del 25% de su salario como contribución y debían pagar, trabajaran o no. Imaginemos a un obrero de hoy que gane seis mil pesos mensuales, y que tuviera que pagar mil quinientos pesos como contribución, y que tuviera que pagar aun

cuando no trabajara. Tal era la situación de la tasa que no incitaba a los indios a trabajar. ¿Incitaría esta recompensa al Sr. Encina a trabajar? Lo podría tentar a escribir su historia, pero no a criar ovejas.

Acusar a los mapuches de perezosos —y la pereza, sí, es rasgo hereditario, pues representa flojedad de los músculos, lentitud congénita— es calumniar al araucano, como queda demostrado con el hecho de que eran magníficos guerreros, y un hombre que le tiene odio al esfuerzo no puede ser buen guerrero. Por otra parte, el propio señor Encina dice: "Las mujeres, (Tomo V, pág. 179) habituadas al trabajo desde muchas generaciones de aborígenes, desplegaban una actividad y una iniciativa que contrasta con la indolencia de los hombres". Y describe los diversos trabajos pesados que hacían.

¿Cómo explica el Sr. Encina que se heredaran, a través de los siglos, el amor al trabajo de la india chilena y el horror al trabajo del indio chileno? Nuestro historiador no hace diferencia en cuanto a qué se hereda y qué se adquiere por educación en los individuos.

Dice el Sr. Encina (Tomo IV, pág. 56): "La repugnancia del indio por el trabajo, causa, y no efecto, del servicio personal, provenía del grado de desarrollo mental y de los hábitos ancestrales". ¿Los conquistadores españoles tenían que someter a los indios a la esclavitud para inculcarles hábitos de trabajo? De la repugnancia del español por el trabajo queda constancia en la propia Historia del Sr. Encina. "En el primer cuarto del siglo XVI —dice, citando a Naveguero (Tomo II)— los españoles no son muy industriosos, y ni cultivan, ni siembran de buena voluntad la tierra, sino que van de mejor gana a la guerra, o a las Indias, para hacer fortuna por este camino, más que por cualquiera otro". "Si los españoles son pobres es porque son descuidados y holgazanes".

Los españoles entraban en masa a los conventos para sacarle el cuerpo al trabajo. Según González de Avila, citado por el Sr. Encina (Tomo II), a principios del siglo

XVII había en España 200.000 religiosos. Hacia la misma época el número de conventos era de 9.084. A mediados del siglo XVI las rentas de los bienes raíces del clero sumaban cinco millones de ducados, la mitad, más o menos, de la renta de toda España. "Hacia 1619, decía el Municipio toledano, hay doblados religiosos y clérigos, porque ya no hallan los españoles otro modo de vivir y de poder sustentarse". "La observación es exacta", dice el Sr. Encina. "Hacia 1633 (Tomo IV, pág. 109) documentos incontestables arrojan una existencia de 500 eclesiásticos y monjes en Chile". Y muchos de éstos se ordenaban para "quitarse del trabajo".

Los españoles que venían a Chile eran, en su casi totalidad, soldados o frailes, y los que tenían que trabajar eran los indígenas, primero, y éstos y los mestizos después. El Sr. Encina dice de éstos que "ni el ejemplo ni la persuasión, ni el salario lograron encauzarlos en el hábito del trabajo, que repugnaba a su grado de desarrollo mental y a sus hábitos ancestrales". Y en otra parte dice: "El número de días festivos abarcaba la cuarta parte del año. Y el trabajo, en esos días, estaba prohibido al español y a sus hijos; mas, para los indios, la prohibición se reducía a doce días, además de los domingos". En el siglo XVII los días festivos subieron a 139, es decir, trabajaban los españoles 226 días en el año. En el mismo Tomo II dice el Sr. Encina, citando documento contemporáneo: "La servidumbre de la familia del conquistador se acercaba más a una pequeña tribu que a una familia moderna... Cada mujer española quería tener treinta indias de servicio, que la estuviesen lavando y cosiendo como a princesas".

Decir que la esclavitud fué fuente de progreso para Chile no tiene justificación histórica. En los Estados Unidos perduró la esclavitud hasta los tiempos de Lincoln en el Sur, mientras estaba abolida en el norte. Sin embargo los Estados donde no había esclavitud fueron los que más progresaron.

El calendario del Sr. Encina está muy atrasado en lo

que se refiere a conocimientos de biología y de psicología. Nos habla constantemente de "la sangre" del español con la reverencia con que se hablaba antes de la "sangre azul".

El Sr. Encina cree que la sangre del araucano es sangre inferior. Parece que él mismo protestaría indignado si se le dijera que por sus venas corre sangre araucana, a pesar de que dice (Tomo VI, pág. 9): "La sangre indígena, aunque en corta proporción, circulaba por la casi totalidad de los criollos de la alta clase social, al despuntar el siglo XIX". Digo que el Sr. Encina se indignaría si le dijeran que tiene sangre araucana, porque él estima que los historiadores del siglo XIX que defendían a los araucanos contra las crueldades de los españoles se habrían indignado si se les hubiera supuesto algo de sangre araucana en sus venas. Dice (Tomo I, pág. 471): "Si a los historiadores chilenos del siglo XIX que más energía gastaron en execrar la conducta del español con el indio, se les hubiera supuesto algunas gotas de sangre aborigen en sus venas, se habrían indignado". ¿Por qué cree que se habrían indignado, sino porque cree un insulto decirle a alguien que tiene sangre araucana?

Veamos la reverencia del señor Encina por "la sangre". "Es un conocimiento (Tomo IV pág. 50) que viene de la sangre y no del intelecto". "Nada más opuesto (Tomo IV, pág. 377) desde este punto de vista, que el siglo XVII al XIX, cuya característica es la disociación mental originada por el exceso de conocimientos exóticos, extraños a la sangre, que el cerebro es impotente para asimilar". Entre los factores que, a su modo de ver, retrasaron la evolución mental del pueblo chileno (Tomo IV, pág. 363) pone en primer lugar "la mezcla de sangre aborigen que ha llegado hasta las altas clases sociales". "La barrera (Tomo V, pág. 247) que separa al pueblo de las clases aristocrática y burguesa no es de simple cultura y aptitudes, sino de grado de desarrollo mental. Necesita aun recorrer una larga jornada en el proceso de la evolución

cerebral, para que pueda desarrollar las aptitudes y adquirir los hábitos que exige la vida civilizada". "Asomos aislados (Tomo III, pág. 501) de un conflicto milenario que se desarrolló en la sangre más que en el cerebro".

El Sr. Encina siente gran desprecio por la cultura en cuanto a factor en el desenvolvimiento social de un pueblo. Dice (Tomo IV, pág. 361): "La escasa difusión de la cultura no es causa de la lenta evolución cerebral, sino que la lenta evolución cerebral es causa de la escasa difusión de la cultura". Dice (Tomo V, pág. 584): "Las Universidades jamás han sido focos creadores de las ciencias, ni palancas del desarrollo mental".

Aparece estupendo que el señor Encina hable con tanto desprecio y con tanta injusticia acerca de las Universidades. Sólo se concibe que diga que las Universidades "jamás han sido focos creadores de las ciencias ni palancas del desarrollo mental", si ignora en absoluto lo que son las grandes Universidades modernas, especialmente de los Estados Unidos, Universidades con profesores y laboratorios propios, que han hecho descubrimientos trascendentales en el campo de la física, química, medicina: Universidades con sus observatorios astronómicos, y sus profesores investigadores que casi ponen todo el universo a nuestro alcance; Universidades que hacen exploraciones y excavaciones arqueológicas en todas partes del mundo. El señor Encina debiera ver la lista de los ganadores del premio Nobel en química, física y medicina, que son profesores universitarios norteamericanos, que trabajan en los laboratorios norteamericanos, que son producto de esas Universidades, y que están preparando nuevas generaciones de sabios que amplíen y superen su aporte al progreso de la ciencia.

Por cierto, el Sr. Encina, al llegar a O'Higgins, (Tomo VIII) le censura que haya abolido los títulos de nobleza, que fuera muy prematuro en tratar de suprimir los abolengos, que hizo mal en prohibir las procesiones religiosas nocturnas, y en abolir el remate de los oficios pú-

blicos y el derecho de los poseedores a venderlos o cederlos a otra persona. Le censura su fe en la educación pública; le censura su americanismo, su mentalidad y patriotismo continentales.

Ni la estupenda rapidez con que fueron transformados mentalmente los japoneses, por medio de la educación, ni las transformaciones de pueblos nómades, sin lengua escrita, sin alfabeto, que se han operado en el curso de una generación en la Unión Soviética, hacen salir al Sr. Encina de su creencia de que es la sangre, que demora siglos, la que transforma los pueblos, y no la educación, directa y refleja. Sin embargo, en contradicción con este determinismo de la sangre que predica, dice él mismo (Tomo III, pág. 8) hablando del homo europeus, "su inteligencia recorre todos los grados, y va, según el individuo, desde la estupidez hasta el genio".

Y así es, todas las razas humanas, todas, sin excepción, pertenecen a una misma especie. Decir que la naturaleza humana no puede cambiar, y que trae su senda trazada para cada raza como si fuera una especie diferente, es un absurdo ya comprobado. El mito de la raza, creado por el conde José Arturo Gobineau, reaccionario del Segundo Imperio, a mediados del siglo XIX, y cogido después por Spengler y por Hitler, para justificar sus guerras de conquista, y tomado, finalmente, cuando ya ha fenecido, por el Sr. Encina, para darle nueva vida, y denigrar a la raza araucana, es el mayor obstáculo para establecer la paz mundial y la convivencia social.

Los hombres de todas las razas, además de tener los mismos órganos, tienen la misma sangre, de idénticos tipos. Si el señor Encina se ve en la necesidad de que le hagan una transfusión de sangre, puede recibir la de un araucano puro, o de un negro, siempre que sea la del tipo que le corresponda. La idea de que la sangre es la transportadora de la herencia es tan obsoleta como la propia palabra obsoleta. La sangre del caballo, dice Bergan Evans, en su libro "Historia Natural de la Estupidez", se le pone

en las venas a los blancos para combatir la fiebre tifoidea y la difteria, y los que reciben este serum no relinchan. La literatura moderna está llena de libros científicos irrefutables que prueban que no hay superioridad intrínseca de razas.

La *Organización Educacional, Científica y Cultural de las Naciones Unidas* (UNESCO) acaba de hacer declaraciones que se han publicado en todo el mundo respecto al problema de las razas. Este documento, redactado y revisado por eminentes hombres de ciencia de Gran Bretaña, Estados Unidos, Nueva Zelandia, México, Brasil, India, Francia, Noruega y Suecia lo describe la UNESCO como "la declaración más autorizada de la moderna doctrina científica sobre el discutido tema de las razas, que jamás se haya publicado". He aquí parte de esta declaración: "Las diferencias que existen entre los diversos grupos de la especie humana se deben a factores tales como el aislamiento, la imprecisión y la fijación casual de las partículas que controlan la herencia y la selección natural.

"Hay tres principales divisiones étnicas: mongólica, negroide y caucásica. Dados los mismos grados de oportunidad para desarrollar sus potencialidades, el rendimiento medio de los miembros de cada grupo es poco más o menos el mismo.

"La personalidad y el carácter no tienen raza, y no hay razón para creer que algún grupo humano sea más rico que otros en estos aspectos. No hay ninguna evidencia definida de que existen diferencias innatas en el temperamento entre los grupos humanos. Es obvio que los individuos en todos los grupos étnicos varían mucho entre sí mismos en sus dotes.

"El mito de las razas ha creado una enorme cantidad de daño humano y social. Aun impide el desarrollo normal de millones de seres humanos, y priva a la civilización de una efectiva cooperación de mentes productivas".

El señor Encina tenía ciertos recelos, al principiar a escribir su Historia —lo dice así en su prefacio al libro

de Januario Espinosa— por las protestas que iba a suscitar entre los partidarios de O'Higgins y los de Carrera; entre los partidarios de San Martín y los de Bolívar; y preveía también los enconos que iba a provocar al hablar de Portales, Prieto, Bulnes, Montt, Errázuriz, Pinto, Balmaceda, etc. Pero no se le pasó por la mente —a lo menos no lo menciona— que un descendiente de araucanos saliera a rectificar sus errores raciales y clasistas, que son mucho más graves que los errores en que puede haber incurrido el señor Encina con respecto a O'Higgins, Portales o Balmaceda.

Yo estimo que el señor Encina ha denigrado a mi estirpe. Como he dicho antes, soy uno de la gran masa del pueblo chileno, con sus vicios reales, y virtudes potenciales, uno de la multitud, uno de la plebe, uno de los que en la vida de su estirpe han sufrido las consecuencias de esta creencia del señor Encina: que somos una raza y una clase inferior, y que debemos dar gracias a Dios porque no nos colgaron a todos de los robles de la selva, y que nos salvara la vida un régimen de encomiendas y esclavitud, cargando, en todo caso, con el pecado original de haber hecho retroceder la marcha del progreso de la mentalidad de los conquistadores y colonizadores de nuestra tierra.

El Sr. Encina ha escrito una Historia de Chile que se lee con sumo agrado e interés, una Historia que evoca el pasado con verdadero sentido de la realidad, una Historia que tiene gran valor artístico, dentro de su lenguaje sencillo y familiar. Por eso su obra ha tenido tan amplia acogida y, precisamente por eso, sus graves prejuicios y funestos errores hacen que sea dañina. El Sr. Encina es esclavista, racista, clasista. Es partidario de las encomiendas y los mayorazgos. Defiende la Inquisición, y la prostitución en las clases pobres, para proteger la virtud de las clases ricas; ataca la cultura y las Universidades. Su obra está reñida con la ciencia y con las investigaciones biológicas modernas. Es retardataria para el progreso de Chile. Su libro es una justificación de la explotación del pueblo chileno por un grupo de junkers, que, según él, constituyen la clase señorial del país.

IX

EL MUNDO Y YO

USTED no puede bañarse hoy en el mismo río en que se bañó ayer, ni puede bañarse mañana en el mismo río en que se bañó hoy. Ni yo tampoco puedo hacerlo. Ni nadie. ¿Por qué? Porque el río se está renovando sin cesar, porque el agua que llevaba ayer, ya hoy está muy lejos, y el agua que lleva hoy estará muy lejos mañana.

El agua, aun el agua aparentemente quieta de los lagos que reflejan sin arrugas el cielo azul, está en eterno movimiento, en todo el planeta. Desprendida de la superficie de mares, ríos, lagos, por el calor del sol, sube, purificada, a las alturas. Viaja, con el viento, en nubes como aviones a vela; cae en forma de lluvia, nieve o granizo, sobre el mar y sobre las montañas. De las cumbres de las cordilleras baja también hacia el mar, donde llega la que no se ha encumbrado de nuevo en el camino. Sube otra vez. Baja. Y sube y baja. Recorre incesantemente el universo entero, como la sangre recorre nuestro cuerpo. El agua, si tuviera conciencia, tendría conciencia cósmica. De todos los cuerpos de la naturaleza es el más viajado.

Pero el agua es sólo uno de los cuerpos del universo. Ni es siquiera un cuerpo puro. Es un mestizo, o un mulato, o un zambo. El drama de la existencia de la naturaleza se representa con noventa y seis personajes, la serie de los elementos químicos conocidos hasta ahora. Usted y yo conocemos a un gran número de ellos. El primero en la lista es el hidrógeno; y uno de los últimos es el uranio. Entre ambos, hay muchos que nos son familiares, el oro, el carbono, el nitrógeno, el oxígeno, el sodio, el fósforo, el cobre, el cinc, la plata, el yodo, el mercurio, el plomo, para citar sólo algunos de los más populares. Pero muchos son desconocidos para la mayoría de la gente. ¿Ha oído usted hablar del titanio, del galio, del samario, del europio, del erbio, para citar sólo algunos de los menos populares?

Al agua que es el cuerpo más abundante y más importante de nuestro mundo, sin el cual no podría haber vida, no la he nombrado siquiera entre los más comunes, por la sencilla razón de que no es un cuerpo puro, no es de "pura raza", como la perrita de Maluenda. Es el resultado de una combinación. Un "bastardo". Es el resultado del matrimonio del hidrógeno con el oxígeno. Si cualquiera de estos dos elementos no existiera, no podríamos existir ni usted ni yo, ni ser viviente alguno, de la vida que nosotros conocemos. Si no existieran el nitrógeno o el carbono, tampoco.

Yendo yo, en una ocasión, a lo largo del Parque Forestal, acompañando a un deudo al cementerio, contemplaba los árboles, olmos, arces, abedules, de los cuales no es difícil averiguar la edad, porque cada año va dejando su marca en los troncos con la precisión con que los relojes de control marcan la llegada de cada obrero y empleado en las grandes fábricas. Y la edad de los caballos que conducen la carroza se puede averiguar examinando la dentadura. Tal vez la edad más difícil de averiguar es la de las mujeres, cuando han pasado los veinte. Cualquiera mujer puede engañar al más experto con su maquillaje. Yo vi a Sara Bernhardt haciendo el papel de Roxana en el Cyra-

so de Rostand, cuando era octogenaria. Pero que uno sorprenda la fe de bautismo, o el certificado de nacimiento de una mujer, y ya no hay engaño.

La ciencia ha descubierto, prácticamente, el certificado de nacimiento del planeta en que vivimos. Este certificado está escrito, no en papiros ni en pergaminos, sino en los minerales de uranio, que con tanto afán se explotan ahora para fabricar bombas atómicas. Se ha podido comprobar, con la precisión de contadores y auditores científicos, que el uranio, la más antigua substancia radioactiva que se conozca, está en constante proceso de desintegración, por medio de su radioactividad, que lo va transformando en plomo. El proceso completo de la transformación dura diez mil millones de años. De manera que, averiguando la cantidad de plomo que hay en un mineral de uranio, se puede averiguar su edad. De esta manera se sabe, muy aproximadamente, la edad mínima, a lo menos, de la corteza terrestre. Es de cinco a diez mil millones de años.

Por cierto que la Tierra existió antes en alguna otra forma, como parte del Sol. Y antes, de alguna otra manera. Yo no puedo concebir que el universo haya comenzado alguna vez, porque, para que hubiera principiado alguna vez, tendría que haber sido creado de la nada, lo que está reñido con todos los principios que informan mi conocimiento del mundo. Además, tendría que haber estado el espacio pre-existente allí. Para fabricar algo, se necesita de espacio donde fabricarlo, y ponerlo, así sean las velas que yo fabriqué, como el mundo, que la religión asegura que Dios fabricó. Yo no puedo concebir al universo limitado, ni al espacio limitado, ni al tiempo limitado. Si el universo es limitado, ¿qué hay más allá del límite? Si el espacio es limitado, ¿qué hay más allá de donde termina? Si el tiempo es limitado, ¿qué había antes de que principiara el tiempo? ¿No había tiempo? ¿Puede Ud. concebir que alguna vez no haya tiempo?

Antes se creía que la Tierra era el centro del mundo y que había unas seis mil estrellas —límite de la visión humana— que giraban alrededor de ella. Cuando Galileo

construyó su "tubo óptico", pudo, con la ayuda de ese telescopio, con lentes de cinco centímetros, ver diez veces más estrellas de las que podía ver el desnudo ojo humano. Se ha venido avanzando tan rápidamente en la creación de nuevos telescopios, que el de Mount Wilson, de 250 centímetros, ya ha sido superado, y hoy día se pueden ver y fotografiar mil millones de estrellas. Pero éste no es el fin. Seguramente, no hay fin en ninguna parte.

Algunas de estas estrellas están tan distantes que hay que medir las distancias, no con kilómetros o millones o billones de kilómetros, sino con años-luz, es decir, con el tiempo que recorre la luz en un año, a razón de 300.000 kilómetros por segundo. Y, todavía, como ésta es una vara corta para medir tales distancias, se recurre a la unidad de medida llamada "parsec", que es de casi quinientos millones de años-luz. En cuanto a tamaño, existen estrellas que son cien millones de veces más grandes que el Sol. Y se conoce una, por lo menos, que es un millón de veces más pequeña. Hay estrellas diez mil veces más brillantes que el Sol, y otras que dan menos de un diezmilésimo de la luz solar.

Alicia, en el País de las Maravillas, no tiene nada de qué admirarse, si comparamos con lo que nosotros, los grandes, tenemos ante nuestra vista, con ayuda de los telescopios. Pero, con sobrecogerme lo inmensamente grande, en el tiempo, y en el espacio, me sobrecoge mucho más lo inmensamente pequeño. ¿Qué puede ser tan pequeño que, teóricamente, a lo menos, no pueda dividirse en dos hasta lo infinito?

Antes se creía que la molécula era la última unidad indivisible de la materia. Después se creyó que lo era el átomo. Pero ni la una ni el otro lo son. La molécula es la unidad más simple en un cuerpo compuesto, la sal ordinaria, o el agua, por ejemplo. Llega un momento en la división y subdivisión de las moléculas que no se puede continuar sin desintegrarlas y liberar los átomos de los elementos que las componen. Así, la molécula de agua se descompondrá en dos átomos de hidrógeno y uno de oxí-

no. Si subdividimos la molécula de sal, se descompondrá en átomos de cloro y de sodio.

¿Y de qué tamaño es una molécula? Las cifras, a pesar de su exactitud, no ponen una idea clara en nuestra mente. Los hombres de ciencia nos dicen que si tomáramos una ampolleta (bombillo) de 40 bujías, y si hiciéramos en ella un agujero que permitiera entrar un millón de moléculas por segundo, se necesitarían cien millones de años para llenar la ampolleta. ¡Fíjese usted! Entra un millón de moléculas por segundo, y son tan pequeñas que se necesitan, no cien millones de segundos, sino cien millones de años, para llenar la ampolleta.

Y estamos hablando sólo de las moléculas. Los átomos son, naturalmente, más pequeños. Y, con ser tan pequeños, cada uno de ellos es como todo nuestro sistema solar, con un sol central, y planetas que giran a su alrededor. Los espacios, las distancias, que hay entre estos planetas, son, relativamente al tamaño del átomo, más grandes que los espacios interplanetarios de nuestro sistema solar.

He hablado de los noventa y seis personajes de "pura sangre", sin mezcla, que son los pobladores de nuestro mundo, los noventa y seis cuerpos simples, o elementos. Cada veinticuatro horas, mil millones de aerolitos, caen en la Tierra, y son más fáciles de contar de lo que Ud. podría imaginar, si no supiera cómo se cuentan. Todos los que han llegado a la superficie terrestre, —hay muchos miles de ellos en nuestros museos— sin destruirse con la fricción atmosférica, han sido examinados, y no se ha encontrado en ellos otro elemento extraño, fuera de los noventa y seis que nos son conocidos. El examen de la composición de las estrellas —fácil de hacerlo, si se sabe cómo— nos muestra que en el universo, en su conjunto, no hay elementos que no existan en la Tierra.

Los textos de química de cualquier muchacho que estudie humanidades nos dan la lista completa. No se necesita de expertos en protocolo para asignarles su orden; ni se sale del paso, para no ofender a ninguno, colocándolos en orden alfabético, por el arbitrario nombre que les he-

mos dado. Se colocan de acuerdo con el número de protones que tienen. El hidrógeno va primero, porque tiene un protón. El uranio va de los últimos porque tiene noventa y dos. El oro tiene setenta y nueve. No es tan importante. Ni es el que vale más. Mientras yo escribo este libro aparece en la vida social de los cables, otro de los elementos que hasta ahora era poco popular, el torio. Se le puede aprovechar como el radio para las bombas atómicas, y el Brasil está exportando valiosas arenas que lo contienen.

De mi sorpresa ante el macrocosmos he entrado en mi sorpresa ante el microcosmos. Pero todavía estoy en el imperio del mundo físico, del mundo inorgánico. Mi sorpresa da un nuevo salto de estupefacción cuando me enfrento con la substancia viva. Me extraña esto tanto como si, de súbito, viera yo que en mi escritorio la pluma, el tintero, el papel, se pusieran a moverse, a conversar, a hacerse caricias, a insultarse, a darse de golpes, a improvisar poemas, a componer música. Porque ¿no es eso, en realidad, lo que ha ocurrido? ¿No se han agregado vida orgánica, estómago, pulmones, cerebro, algunos de estos noventa y seis caracteres del drama del universo?

Aun cuando no podemos decir de una manera la dónde termina la materia inorgánica, y dónde principia la orgánica, la verdad es que las manifestaciones de la vida se presentan en los compuestos del carbono. Miles y miles de estos compuestos se han creado en los laboratorios de todo el mundo, y miles y miles se crearán.

He hablado antes del origen de la vida, de la transformación de lo inorgánico a lo orgánico. Y he dicho que la ciencia está a punto de crearla artificialmente. Y bien, en el lapso transcurrido entre el día en que escribí eso hasta ahora, ha aparecido ante el estupefacto mundo científico la noticia de que un sabio soviético, Bochian, de apenas cuarenta y siete años, ha logrado crear la vida en su laboratorio, en Moscú. El virus ha sido considerado, desde hace algún tiempo como el eslabón entre lo vivo y lo muerto, entre lo orgánico y lo inorgánico; pero la bacteria ya es, manifiestamente, un ser vivo. Con una albúmina

sin vida, mezclada con un ácido, bajo los efectos del choque de los rayos ultravioletas, creó Bochian la bacteria. Es como si, en el silencio de su laboratorio, hubiera dicho: "Hágase la vida, y la vida fué". Porque no se trata de crear seres vivos de un alto tipo de evolución, no se trata de crear Adanes y Evas, que, después de haber comido la fruta prohibida, tienen que cubrirse con hojas de parra. Creada la bacteria, el desenvolvimiento, la evolución de la vida, hasta llegar a sus más complicadas formas, lo comprendemos con facilidad.

La fragilidad de nuestra vida, de toda la vida humana, en verdad, de toda la vida, en todas sus manifestaciones, animales o vegetales, queda en evidencia si consideramos que existe entre dos fuegos: los rescoldos del trozo de estrella enfriado —un infierno de calor— sobre el cual vivimos, con apenas una pequeña capa de rocas y sedimentos, que nos protegen; y la incandescencia del Sol, al cual estamos ligados, y que si nos da un poco de más calor nos quema, y si nos da un poco menos calor, nos hiela.

Somos prisioneros y esclavos de la Tierra en que vivimos, como lo es, en su cárcel, cualquier prisionero. Más aún. El medio ambiente es nuestro amo y señor. Yo peso setenta y dos kilos, porque vivo en la Tierra. Si viviera en la Luna pesaría unos diez kilos. Si viviera en Júpiter, pesaría unos doscientos kilos. Mi edad también variaría según el planeta en que viviera. Si nuestra atmósfera fuera diferente en su constitución, también lo serían nuestros pulmones. El ambiente no fué creado para nosotros, como una casa que construímos para vivir. Nosotros tuvimos que formarnos, de acuerdo con el ambiente.

Lo que representa la vida en nuestro planeta es algo insignificante, considerado su volumen en relación con la Tierra toda. Es tan insignificante que, si se suprimiera todo lo que tiene vida, y fuera lanzado a los espacios interestelares, la Tierra seguiría pesando prácticamente lo mismo. Sería como si le hubieran quitado un grano de polvo a una manzana en un cargamento de miles de toneladas de manzanas.

Y de esa parte infinitesimal que tiene vida propia en el planeta, la vida humana es sólo una pequeña fracción. Y, en la vida humana, lo que contiene su capacidad de sentir, imaginar, pensar, representa, a su vez, una pequeña fracción del conjunto de la vida humana. Pero es esa fracción pensante del hombre lo que ha construído todo el mundo material y espiritual en que nos hemos desarrollado y vivimos.

Uno de los primeros pasos en la marcha ascendente del progreso humano, en la historia de su conquista de la naturaleza que le rodea, fué el aprovechamiento del fuego. Otro gran paso fué convertir un tronco de árbol en una rueda, para hacer más fácil su movimiento en la tierra. Otro gran paso fué ahuecar un tronco de árbol, y construir una canoa, para hacer más fácil su movimiento en el agua. Lo que el hombre ha realizado en el aprovechamiento de los noventa y seis personajes que pueblan la Tierra, sus elementos, en sus millones y millones de manifestaciones, debidas a sus mezclas y combinaciones, es toda una epopeya de realizaciones, habiendo llegado a construir maravillas como los telescopios, que exploran lo infinitamente grande, los microscopios electrónicos, que exploran lo infinitamente pequeño, los aviones, los submarinos, los radios, la televisión, la desintegración del átomo y ¿qué no? Pero todo esto no es nada, al lado de lo que está en camino de construir. En cada nuevo año se hacen ahora más descubrimientos científicos que en un siglo de los de Arquímedes o de Darwin.

En este mundo de maravillas, en esta epopeya de la vida, yo soy un personaje. No soy uno de los protagonistas. No soy el primer tenor. Soy uno del coro. Soy sólo uno de la multitud, uno del montón, uno de los dos mil quinientos millones de hombres que pueblan la Tierra. Si yo no existiera, si yo no hubiera existido, ni mis padres, ni mis abuelos, no habría habido diferencia en la marcha del desenvolvimiento humano. Pero si todos los que son como yo, si todos los personajes anónimos, si la multitud no hubiera existido, el mundo no habría hecho ningún progreso. Un gr

nio solo, aislado, sin el concurso del trabajo de miles y miles de personas que no son genios, no podría hacer nada. No podría vivir siquiera.

Cuanto más fácilmente puede existir aislado un ser viviente, menos importante es para el progreso en general. Una lombriz no necesita de la cooperación de muchas otras lombrices para existir, y sus realizaciones en la marcha del progreso son escasas. Un salvaje de las cavernas no necesita de tanta cooperación como un hombre civilizado. De ahí que su contribución al progreso sea escasa. El progreso humano sólo es posible como cooperación del esfuerzo humano.

El error más grande que ha cometido la humanidad, al organizar la marcha de su progreso, ha sido ignorar, o, por lo menos, minimizar, la importancia del hombre común, de la multitud, a la cual ha creído necesaria sólo para las labores manuales más simples. Que éste ha sido un error queda demostrado con el hecho de que, a medida de que la masa ha ido siendo educada para una labor más inteligente, el progreso ha ido siendo mayor. Los pueblos en que la educación de las masas está más abandonada son los más atrasados. Y en un mismo país, las regiones donde la masa está más ineducada, el progreso ha sido menor. Ya he apuntado el hecho de que en los Estados Unidos, los estados donde se abolió la esclavitud negra más temprano, avanzaron más rápidamente que aquellos en que la esclavitud perduraba. El señor Encina dice que lo que Chile es hoy en materia de progreso, se debe a las encomiendas, al régimen de la esclavitud de la Colonia. Eso sólo se puede creer, teniendo un criterio clasista, pensando que Chile es sólo un conjunto de las familias que poseían esclavos, y ahora tienen inquilinos, pensando que todo este progreso de la evolución obedece al propósito ciego de crear razas y clases superiores, que deben vivir de razas y clases inferiores, como los animales carnívoros deben vivir de los herbívoros, y éstos de los seres vegetales. Pero no parece ser ése el designio de la evolución, si es que la evolución tiene algún designio.

Que hemos mirado, y miramos todavía, con mucho desprecio la educación de la multitud, queda de manifiesto con estadísticas recién publicadas por la Unión Panamericana, que dicen que hay diecinueve millones de niños que carecen aún de colegios para la enseñanza más elemental en el Hemisferio Occidental. Este analfabetismo forzado, estimulado, va, desde el doce por ciento en los Estados Unidos, hasta un setenta por ciento en países hispanoamericanos como Chile. Estoy hablando sólo del conocimiento del alfabeto. En cuanto a mediana instrucción científica, no hay un uno por ciento, en toda la población del mundo, que la tenga.

En Chile no trepidamos en crear nuevos y nuevos impuestos, y en subir los existentes, para los más diversos fines. Pero, a pesar de que tenemos el ejemplo de los Estados Unidos, y a pesar de que muchas veces se ha lanzado la idea y se ha mostrado sus ventajas, no se ha pensado en crear un impuesto a la renta para levantar todos los fondos necesarios para la educación pública.

Mientras escribo estas líneas, los cables distribuyen por el mundo la noticia de que se le ha concedido el Premio Nobel de la Paz al negro Ralph Bunche, nieto de esclavos. Los hombres de la raza negra, llevados a los Estados Unidos, como simples bestias, que habían sido cazados en el Africa, tal como se cazan tigres, estuvieron casi hasta ayer no más considerados al margen de la humanidad. Aún ahora, en la mayoría de los estados de los Estados Unidos se prohibe el matrimonio de un blanco con persona en cuyas venas corra, aunque muy diluída, la sangre de algún abuelo negro. A pesar de eso, algunos negros han tenido la oportunidad de educarse y de distinguirse. Son miles y miles los negros que han alcanzado distinción sobre los blancos en los campos de la ciencia y del arte. De este negro que acaba de obtener el Premio Nobel, el General Eisenhower dijo que era "el mayor estadista que hayan producido los Estados Unidos en la hora presente".

Yo sé que la educación no puede hacer de un tonto un genio; pero sé también que la falta de educación puede

hacer de un genio un tonto, y con frecuencia confundimos la ignorancia con la estupidez. Si al lector le gusta —como a mí— leer autobiografías, o simples biografías, se habrá encontrado con muy numerosos casos en que hombres que se han distinguido por su inteligencia, parecían tontos antes de ser iluminados por el estudio y la educación. Carlos Darwin dice, en su autobiografía, que debe haber sido muy tonto cuando principió a ir a la escuela, pues su credulidad lindaba con la simpleza. Voy a citarlo textualmente, traduciendo de su autobiografía, muy poco conocida, que se llama: "Recuerdos del Desarrollo de mi Espíritu y mi Carácter". Dice: "Debo haber sido muy simple cuando fuí por primera vez a la escuela. Un niño, llamado Garnett, me llevó a una pastelería en una ocasión, y compró algunos pasteles por los cuales no pagó, porque el dueño le fiaba. Al salir le pregunté por qué no había pagado los pasteles. El me contestó inmediatamente:

—"¿No sabes que mi tío dejó una gran suma de dinero a la ciudad, con la condición de que todos los comerciantes dieran lo que pidiera, sin pagar, a cualquiera que llevara puesto su sombrero, y lo moviera de una manera especial?—. Y al decir esto, me mostró cómo había que mover el sombrero.

"Entramos después en otra tienda, donde también hizo una compra sin pagar por ella. Al salir, me dijo:

—"Si quieres, te presto el sombrero, y entra en esa pastelería a comprar pasteles. Pero no olvides mover el sombrero en la forma que te he indicado.

"Yo acepté gustoso la generosa oferta, y entré en la pastelería y compré pasteles, moví el sombrero en la forma indicada, y cuando iba saliendo con mi paquete, sin pagar, el dueño se me vino encima. Tuve que entregar los pasteles y huir precipitadamente. Mi falso amigo, me esperaba afuera, casi reventando de risa."

Y éste era Darwin, el hombre más circunspecto para observar y llegar a conclusiones científicas.

Puede imaginarse cuál sería el progreso del mundo si

todos los hombres recibieran una educación completa, lo que no es ninguna utopía, si la humanidad deja de insistir en que han de ser unos pocos los privilegiados que mantengan a la gran masa a su servicio, si la humanidad echa al montón de basura de la historia la vieja doctrina —interesada en perpetuar la esclavitud humana por medio de la explotación económica— de la superioridad de ciertas razas y de ciertas clases sociales, y de la inmutabilidad de la naturaleza humana.

Si es maravilloso el mundo material, con lo inmensamente grande y lo inmensamente pequeño que contiene, mucho más maravilloso es el mundo espiritual. Es maravilloso lo que sabemos; pero es mucho más maravilloso lo que no sabemos. ¿Hay un propósito en el universo? ¿Va hacia una meta determinada? ¿Sabe hacia dónde va? ¿O va como un ciego por un callejón obscuro? ¿Se rige el universo por principios morales? ¿Hay átomos buenos y átomos malos? ¿Hay algo de cierto en la transmisión del pensamiento, en la telepatía, en la clarividencia? ¿Pueden prever los poetas y los profetas lo que no pueden prever los hombres de ciencia? ¿Es la intuición una forma de la inteligencia? ¿Qué hay que quede más allá de la observación de nuestros sentidos? ¿Cuántas dimensiones hay en el universo que nos son desconocidas?

Día a día nos damos cuenta de que es mucho lo que hay que explorar en nuestro planeta, en el cual estamos descubriendo sin cesar nuevas riquezas y posibilidades. En las esferas celestes estamos descubriendo nuevas y nuevas estrellas y constelaciones de estrellas. Pero lo que tenemos todavía que descubir dentro de nosotros mismos es infinitamente más importante, porque, por inmenso que sea el universo, nos cabe todo dentro de nuestra mente, lo más poderoso y lo más misterioso que existe en el mundo. El hombre, como lo dice el Dr. Alexis Carrel, en su libro de ciencia mística, es un desconocido.

¿El cuerpo manda al espiritu, o el espiritu manda al cuerpo? Una novela del norteamericano, Rupert Hughes

Destino, presenta este problema, y trata de demostrar el predominio del cuerpo sobre el espíritu. Asomémonos a esta novela.

Desde el Cielo, algunos ángeles están mirando hacia la Tierra. Dos personajes terrestres ocupan principalmente su atención: una mujer, llamada Niobe Fenn, y un hombre, llamado Joel Kimlin.

La mujer es una joven de Chicago, inmensamente bella e inmensamente rica. La vida se lo ofrece todo para ser también inmensamente feliz. Y no lo es. Caprichosa, vana, está siempre descontenta. Hoy quiere esto. Mañana quiere aquello. Un hombre adorable la ama y desea casarse con ella. Niobe lo besa con amoroso frenesí un día, y lo desprecia, y odia, al día siguiente. A pesar de que lo tiene todo para ser feliz, es, en realidad, desgraciada.

Joel es un campesino inculto, que pertenece a una familia de almas groseras, donde el crimen se aplaude como si fuera heroísmo.

Los ángeles se extrañan de que los hombres y las mujeres sean tan estúpidos en la Tierra. Dios, que les oía sus comentarios, les dijo:

—Si ustedes estuvieran en su lugar, acaso no lo podrían hacer mejor.

La discusión que tuvieron Dios y los ángeles llevó a esta resolución: dos de ellos bajarían a la Tierra, uno iría a habitar en el cuerpo de Niobe, y el otro iría a morar en el cuerpo de Joel.

El cambio fué hecho imperceptiblemente. Pero estas almas de ángeles en esos cuerpos adultos no podían innovar nada. Cada órgano del cuerpo seguía funcionando como había funcionado antes, como había funcionado en el cuerpo de sus padres, y abuelos y bisabuelos, y tatarabuelos. El corazón latía como latía antes. Las nuevas almas tenían que aceptar los mandatos del cuerpo. Cada músculo obedecía a un código tiránico establecido en su cuerpo por la experiencia de ese mismo cuerpo y de los cuerpos de sus padres, a través de miles de generaciones.

El destino pone en contacto a Joel y a Niobe. No sa-ben, ni el uno ni el otro que son los ángeles que bajaron del cielo a habitar esos vasos terrenales. Los recuerdos que ellos tienen no son los recuerdos celestiales, sino los recuer-dos terrenales, grabados en las células de sus cuerpos.

Como es de esperarse, la naturaleza exquisita, refina-da de Niobe, siente repugnancia por el temperamento gro-sero de Joel, quien, a pesar de que ha sido "convertido" y de que se propone "convertir" a Niobe, no puede [illegible] su temperamento brutal, y aparece ante ella como la bes-tia que es.

Joel le ha salvado la vida en dos ocasiones, una vez exponiendo la propia, al tratar de salvarla cuando ella es-taba a punto de ahogarse en el mar.

Una mezcla de agradecimiento y compasión lleva a Niobe al aposento de Joel, cuando sabe que él está enfer-mo. Y allí está a punto de rendirse a él como una pecadora vulgar, cuando Dios, cumpliendo su promesa de llamar a las almas de los ángeles si su vida en la Tierra se hacía demasiado miserable, envía a un mensajero en su busca.

Pero las almas de los ángeles no quieren irse. Niobe sabe que está a punto de perderse para siempre. Joel, que se había propuesto salvar a la casquivana Niobe y conquis-tarla para la felicidad eterna, sabe también que la va a condenar al martirio, y que también está en el umbral de la perdición. Pero no aceptan el llamado del mensajero ce-lestial. Almas esclavas de los cuerpos, obedecen el mandato del cuerpo, cuyo destino está fijado de antemano por la herencia y por todos los hábitos a que el cuerpo ha obe-decido anteriormente.

Lo anterior parece tener, más que el sello del deter-minismo, el sello del fatalismo. Es la negación del poder del espíritu sobre el cuerpo, lo que no aparece objetable si se considera que el espíritu es una expresión del cuerpo. La novela de Hughes, si fuera real lo que describe, sería una corroboración de la doctrina de "la sangre" del señor Encina, porque no deja margen para los cambios provoca-dos por la educación.

Pero el argumento de la novela de Rupert Hughes no tiene validez lógica. Usted puede sacarse un par de zapatos que le aprietan, y ponerse otros que le permitan andar con más comodidad, o viceversa. Pero no puede sacarse su alma y ponerse otra. No se puede poner en un cuerpo humano un alma distinta de la propia. Puede aún sacársele a una persona un órgano vital y ponérsele otro en su lugar. Pero no puede hacerse lo mismo con el alma, porque el alma es todo el cuerpo. No se puede concebir, ni por un momento, un cuerpo vivo sin alma, ni un cuerpo muerto con alma. El alma que fué a habitar el cuerpo de Niobe pasó a ser Niobe, y el alma que fué a habitar el cuerpo de Joel, pasó a ser Joel.

El alma de Niobe y la de Joel —como la mía— eran parte de ellos mismos, de la lejana herencia de su lejano pasado, acumulada a través de las edades, y de todas las experiencias e influencias del medio en que vivieron sus cuerpos. De ahí que esté extendida la creencia de que "la naturaleza humana no cambia", aforismo con que se justifican todas las ideas conservadoras, ultramontanas y reaccionarias. Pero la verdad es que "la naturaleza humana cambia". La historia de la Humanidad es, en cierta manera, la historia del cambio de la naturaleza humana, a pesar del empeño desplegado en impedir que cambie. Si la naturaleza humana no hubiera cambiado desde los hombres de las cavernas, seríamos todavía como los hombres de las cavernas.

Lo que se necesita para cambiar la naturaleza humana es cambiar las condiciones ambientales en que se vive. Supongamos que un grupo de hombres vive en una región donde escasea el agua, aun para beberla. Es admisible que allí haya una tendencia de parte de casi todos a robar agua, para saciar su sed, si lo pueden hacer sin exponerse a duras represalias. Pero transportados esos hombres a un lugar donde el agua es tan abundante como el aire, no sentirán el impulso de robarla. Una tendencia irresistible al robo ha desaparecido por la sencilla razón de que ya no es necesario. Pero ¿cómo explicaría esto el hecho de que

haya hombres que no necesitan robar y, sin embargo, roban!

Ocurre, a veces, que aun habiendo desaparecido las condiciones que provocan una conducta determinada, esta conducta persiste, durante algún tiempo, por inercia mental, análoga a la inercia física que hace que un cuerpo en movimiento no se detenga súbitamente al cesar la fuerza que lo impulsaba. Además, puede haber otros factores determinantes. En el caso del que roba, no necesitando robar, se pueden encontrar otras ventajas, aparentes o reales, para el ladrón, como la mayor influencia que obtendría poseyendo más de lo que necesita, pudiendo dar o negar ese exceso a otros, para someterlos a su voluntad, lo que satisface su instinto de supremacía.

Toda acción humana es egoista, tiene necesariamente que ser egoista. Es decir, el hombre, al actuar, aun con un propósito bondadoso, piensa primeramente en darse una satisfacción personal, y sólo secundariamente, en dar satisfacción a otros.

Vamos a imaginar a un hombre que va a cruzar, de noche, a pie, una línea férrea, en campo abierto. Ve a otro hombre dormido, probablemente borracho, tirado sobre la línea. Sabe el transeúnte que no tardará en pasar por ahí un tren, y que el borracho será triturado. Pero no siente ningún deseo por esforzarse en salvarlo. No le preocupa más la vida de ese hombre que la de un perro o de una mosca. No tiene sentimientos humanitarios. Sigue su camino, y abandona al hombre dormido a su suerte. Naturalmente, tendremos que admitir que ese hombre, sin sentimientos de humanidad, es un egoista.

Tras él, y antes de que llegue el tren, pasa otro hombre, cuya reacción es diferente. Este hombre tiene sentimientos de humanidad; se apiada de la presunta víctima y se apura en hacer la obra de salvamento, retirando de los rieles el cuerpo dormido. ¿No es egoista este hombre? Lo es, tanto como el otro. Su manera de proceder le da satisfacción personal. Si no procediera así, sufriría con su conciencia atormentada.

La diferencia que hay entre estos dos hombres es que a uno le da placer un acto de bondad, un acto humanitario, y al otro no le da, lo que depende de la conciencia que para cada uno ha creado la vida que ha vivido, el ambiente en que ha crecido, la educación que ha recibido. Aun Jesucristo, dejándose clavar en la cruz, procedía egoistamente, porque era un placer para él sacrificarse por los demás. Los monjes que se martirizaban con silicios gozaban con su dolor.

No aconsejo a nadie que pida una cruz para que lo claven en ella, ni pidan silicios para martirizarse. No es necesario que nadie goce con el dolor propio; es necesario que todos sufran con el dolor ajeno, y que gocen con el placer ajeno. De manera, pues, que la sociedad, con todos sus agentes de transformación, leyes, educación, prensa, literatura, radio, arte, debe empeñarse en crear gustos, deseos, tendencias, de tipo humanitario, que aúnen el placer, el goce personal, con el placer y el goce de los otros. Pero hay que entender en qué consiste la felicidad de los otros, y no tratar de engañarlos. La religión, especialmente nuestra religión católica, pone empeño en procurar felicidad a las masas, a la multitud, a los tontos, que padecen hambre, frío e ignorancia, predicándoles la resignación, que les asegurará una vida de felicidad eterna después de la muerte. Es bien ingenuo este consuelo, y es bien problemática esta felicidad. Esto me hace pensar en la niñita piadosa que sentía pena observando a una lombriz solitaria en su jardín, y que la cortó en dos, para que la pobrecita no estuviera tan sola.

El estudio de la conducta del hombre recién principia a hacerlo una nueva rama de la psicología, **behaviorism**, que aún no tiene nombre en castellano, y la verdad es que está todavía en su cuna, envuelta en gruesos pañales de ignorancia. Me he expresado en esta historia de mi vida con cierto desprecio por la metafísica, diciendo que es como la búsqueda, con los ojos vendados, en un cuarto obscuro, de un gato negro que no está ahí. Pero al frente de tantos misterios de nuestro espíritu, casos de transmisión del pen-

samiento, telepatía, clarividencia, tengo que admitir la posibilidad de que bien puede ocurrir que el gato esté allí, y que algún día algún hombre de ciencia llegue a sentir sus arañazos en su propia cara.

¿No le ha ocurrido a usted que ha soñado que algo acaba de ocurrir, y que, al despertar, usted comprueba que, realmente, ha ocurrido lo que usted había soñado? ¿No ha soñado usted alguna vez que algo va a ocurrir, y después realmente ocurre?

A mí me ocurrió un día lo siguiente: Tuve un sueño estrafalario. Me había acostado con un fuerte dolor de muelas, que fué sólo parcialmente vencido con el sueño. Soñé que había ido donde el dentista, y que allí había encontrado a una mujer muy hermosa, que me quitó el dolor dejándome besarla en la silla de torturas dentales. Cuando desperté, el sueño estaba confuso en mi mente, y poco a poco lo fuí reconstruyendo. Yo no había leído nada todavía de Freud, y de su interpretación de los sueños. Desperté con el dolor de muelas, que parece no me había abandonado en toda la noche. Que hubiera soñado con un dentista, cuando me acosté con dolor de muelas, me parecía natural. Que hubiera soñado con una mujer bonita que me quitó el dolor en la silla del dentista, era algo menos natural. Pero tal vez se explica por mi natural deseo de amortiguar el dolor. En todo caso, deseché todo eso como insubstancial, pues siempre he soñado sueños estrambóticos.

El dolor persistente me llevó, sin embargo, donde el dentista. La puerta de su gabinete estaba abierta. Entré. No había nadie allí. Me senté a esperar. Otras veces me había ocurrido lo mismo. Pasaba el tiempo, y el dentista no llegaba. De pronto, entra una señorita, y se dirige a mí con mucha naturalidad, pidiéndome que le viera una muela que le causaba gran molestia. Naturalmente, ella no conocía al dentista, y creía que yo lo era. No le dije que no lo era. Quise hacerle una broma. Con gran desparpajo le dije que se sentara, y cerré la puerta. Le puse mi dedo en la boca. ¡Con qué facilidad se le puede poner el dedo en la

boca a una mujer... cuando se es dentista! o se pretende serlo. Le toqué las mejillas. Y la garganta. Y muchas otras partes donde no crecen muelas. Ella no protestaba. ¿Creía acaso que esa era una parte del tratamiento? Los dos nos fuimos del gabinete dental antes de que llegara el dentista. A los dos se nos había quitado el dolor de muelas. ¡Qué diferente esta entrega a la de Sofía, en Talca, que me recibió en traje de novia!

¿Qué explicación tenía mi sueño? ¿Era una anticipación de lo que iba a ocurrir, algo de lo más estrafalario que me ha ocurrido en la vida? Claro está que todo podría tratar de explicarse en forma más o menos realista, racional, científica. Yo me dormí con un fuerte dolor de muelas. Esa era una realidad. Soñé con un dentista. Muy explicable, muy natural. Le tenía miedo al dolor que me iba a causar el dentista. Mi subconciencia, combatiendo ese dolor por anticipado, trata de procurarme un placer que mate el dolor, y se me aparece, no un dentista, con instrumentos de tortura, sino una mujer con caricias que me hacen olvidar el dolor. Todo esto sigue siendo natural. Pero ¿por qué ocurrió lo que soñé? ¿Fué una casualidad fortuita que llegara ella allí cuando yo estaba esperando al dentista? Esa coincidencia es bien posible: que yo hubiera soñado que iba a entrar una mujer al gabinete del dentista, y que realmente entrara. Y después, precisamente lo que yo había soñado la noche anterior, puso en mi mente la idea atrevida de acariciar a esa mujer. Y lo hice. Es decir, que hice eso porque lo soñé. Y no que lo soñé porque lo iba a hacer.

Esa sería una explicación, algo estrambótica, pero pasablemente aceptable. Otra explicación —y ésta es mucho más estrafalaria— sería que yo soñé algo que había ocurrido. Es decir, que había ocurrido lo que iba a ocurrir. Esto es, naturalmente, pura metafísica, algo que, siendo metafísica, no se puede explicar científica ni racionalmente, porque si se pudiera explicar científica o racionalmente, no sería metafísica. Esto sería más misterioso aun que la telepatía, en que algunos creen, pero no pueden explicar. Lo más aproximado a una tentativa de explicación de que haya

ocurrido lo que va a ocurrir sería la siguiente: Usted va a ver una película. La historia de Juana de Arco, digamos. Se sienta usted en su butaca, y ve desarrollarse ante sus ojos la infancia de Juana. Pero lo que sigue de la vida de la Doncella de Orleans, está ahí, está en la parte todavía no proyectada, del rollo que contiene su vida. Usted no lo ve, pero está ahí. Toda la vida de Juana de Arco está ahí, pero usted no puede ver en cada momento sino una parte de ella. El pasado, el presente y el futuro son sólo una clasificación que hacemos por la incapacidad de verlo todo de una sola vez. La realidad sería que no hay sino un solo momento, que no hay tiempo, que la idea de tiempo es sólo limitación de nuestros sentidos que no nos permiten verlo todo simultáneamente, sino sucesivamente. La religión católica sostiene que Dios es omnisciente, es decir, que lo sabe todo y lo ve todo, el pasado, el presente y el futuro. Para que esto sea posible sería necesario que todo estuviera presente en todo momento, que la idea del tiempo fuera algo ficticio de la limitada mente humana. Todo esto es estrafalario, pero explicaría lo que nos ocurre a veces cuando tenemos una visión del porvenir, cuando estamos en un lugar que visitamos por primera vez, y sentimos la sensación de que hemos estado allí antes; explicaría la existencia de videntes y profetas; explicaría que nuestra subconciencia y nuestros sueños nos lleven por todas partes, y a todos los tiempos, en un mismo segundo.

Cuando considero lo que soy en un mundo que no comprendo, ¿me debo sentir más tolerante con la gente religiosa, que resuelve el problema de la vida en forma simplista? El mundo fué creado en siete días. Dios dijo: "Hágase la luz, y la luz fué". E hizo del hombre el rey de la Creación. Por medio de sus profetas, Confucio, Moisés, Cristo, dictó un código de conducta para el hombre, y creó un Cielo para premiar a los buenos, y un Infierno para castigar a los malos. Estableció dogmas que son la negación de la ciencia, y nos dictó un Credo que está en pugna con la razón y el sentido común. Naturalmente, todo esto usted debe creerlo porque sí. No debe preguntar quién

creó a Dios, ni cómo pudo él de la nada crear el universo, con sus miles de millones de estrellas. No hay que hacer preguntas, porque con ellas no se aclara nada, y todo se confunde más. La religión debe ser "como el arte, sin ideas, arracional". Esto lo acepta la mayor parte de la Humanidad, porque es más cómodo, porque es la linea de menor resistencia, porque no hace pensar, porque nos da la felicidad preparada como una receta de botica, embotellada, con etiqueta, envuelta en papeles con colores de fantasía. ¿Qué toda esta interpretación religiosa de la vida no es sino un cuento de hadas? ¿Qué más da? Es arte. Y el arte, como nos ha dicho Pablo de Rohka, es, y debe ser, arracional, sin ideas. No es necesario comprenderlo. Noventa y nueve décimos de la humanidad no tratan de comprender el mundo, ni la vida. Se conforman con vivir la vida en el mundo.

X

POR QUE VALE LA PENA VIVIR

MIRANDO todo el panorama de mi vida, cuando ya me acerco al desenlace final, me hago con frecuencia esta pregunta: ¿vale la pena vivir? A veces usted va al cine, y, de vuelta a su casa, se dice a sí mismo que no valía la pena haber ido a ver la película que desfiló ante sus ojos. Esta película de la vida ¿vale la pena? No le pregunte al que está en plena juventud, porque no ha visto todavía toda la película. Pregúntele al que ya llegó a los episodios finales, como he llegado yo.

Un filósofo griego, Hegerias, de la escuela pesimista, sostenía, en sus arengas de los jardines de Atenas, que la vida no vale la pena de ser vivida, y que es preferible suicidarse. Cuando le preguntaban por qué no se suicidaba él, contestaba:

—Si yo me quito la vida, ¿quién va a quedar aquí para predicar el suicidio a los demás?

No se inquiete el lector. Las veces que me quise suicidar, y no lo hice, como se ha visto en esta historia, no decidí conservar mi vida para recomendarles el suicidio a

los demás. No voy a tratar de demostrarle que lo mejor que puede hacer es quitarse la vida. Pero voy a tratar de poner en balanzas de precisión, de acuerdo con mi experiencia, y con lo que he visto a mi alrededor, en todo el curso de mi existencia, las ventajas y las desventajas de la vida, sus placeres y sus dolores.

Desde luego, ¿por qué esta ansia de vivir? ¿No ha de ser muy sabrosa la vida, cuando todos quieren seguir viviéndola? Usted podrá estar enfermo de un mal doloroso e incurable, y lo más probable es que querrá seguir viviendo. Usted podrá estar sufriendo frío, y hambre, y vergüenza, y lo más probable es que querrá seguir viviendo. Hay excepciones, sin duda, pero relativamente pocas. Sumando estadísticas de diversos países, he llegado a la conclusión de que han de suicidarse en el mundo cien personas por día, en una población de más de dos mil millones. En la sola ciudad de Nueva York se suicidan entre dos y tres personas al día.

Aun los que dicen que prefieren morir porque no pueden soportar sus penas, sus dolores, sus miserias, su vergüenza, cuando la muerte se les acerca, prefieren seguir viviendo. Estoy seguro de que aquella Rosa, que, a las puertas del Hogar Cristiano, decía que prefería que las bombas atómicas terminaran de una vez por todas con su vida, y con toda la vida, cuando estaba muriendo, no deseaba otra cosa que vivir y seguir viviendo. Consideremos el caso de Alicia, en la novela Infierno Gris, de Ortega Folch, abandonada por su marido, dejada con su criatura enferma. Decide suicidarse, morir con su pequeñuela. Compra el narcótico, lo toma, y se lo da a su criatura, en un vaso de leche. Cierra las puertas y las ventanas; tapa las rendijas, y da el gas. Pero cuando ve venir la muerte, ya está arrepentida. Quiere vivir. Ya era tarde. El narcótico y el gas la vencen.

Tengo para mí que casi todos los suicidas están arrepentidos cuando están muriendo. Sin duda por eso tantos se lanzan de altos pisos, para estar seguros de que su arre-

pentimiento de nada les servirá cuando ya vayan cayendo. La verdad parece ser que sólo un extravío momentáneo abate nuestra ansia de vivir.

¿Y por qué? ¿Por qué esta ansia de vivir? Este intenso deseo de prolongar la vida no es rasgo característico de la especie humana. Lo sienten todos los animales, desde los organismos celulares. Y los animales, así llamados irracionales, lo sienten más que nosotros. No hay noticia de que otro animal, fuera del hombre, se suicide. La versión de que los alacranes se suicidan cuando se les rodea de fuego, es pura fantasía. Y, si fuera cierta, mostraría tan sólo que prefieren una muerte menos cruel que la de la hoguera. El deseo de vivir lo siente todo lo que tiene vida, lo sienten aun las plantas, los robles o algas. Es condición de la vida querer vivir.

Esto parece, desde luego, fácil de explicación lógica. Si lo que vive no tiene deseo de vivir, muere. Muere porque no hace nada por conservar la vida, ni su vida individual ni la vida de la especie. Imaginemos que la vida está representada por un sarao, en un amplio salón público, donde hombres y mujeres bailan en alegre torbellino. ¿Quiénes están allí? Los que quieren estar, si descontamos a los que no son parte del sarao, como los músicos de la orquesta y los garzones que sirven los manjares. Y aún éstos están ahí porque quieren estar, porque les conviene estar. Si, entre los asistentes hay algunos que no quieren estar ahí, se van. Con esto, aparentemente, me contradigo, pues he dicho antes que no tenemos libertad para nada. Pero no hay contradicción, porque los que quieren estar ahí tendrán que querer estar, y los que no quieren estar tendrán que no querer estar. El hecho, en todo caso, subsiste: los que quieren estar se quedan. Los que no quieren estar, se van. Lo mismo pasa en el sarao de la vida: los que quieren vivirla la viven. Los que no quieren vivirla se marchan. Como los que quedan sienten ansia de vivir, transmiten, por herencia, esta ansia a sus descendientes.

Para entender esto con más nítida claridad todavía vamos a imaginar que, por arte mágico, echamos de súbito a la vida a un millar de seres de cualquiera especie, gorriones, liebres o peces. Y vamos a suponer que entre estos seres, que viven en el aire, en la tierra y en el mar, hay, en cada uno de ellos, un grado diferente de deseo de vivir, de ansias de vivir. Es natural que así sea, dada la infinita variabilidad que es corolario de la vida, por sus múltiples cruces de individuos de variadas tendencias.

Varias veces me he referido a esta tendencia a la variabilidad de la vida, es decir, al constante nacimiento de seres distintos. Por si el lector no comprende bien esto, se lo voy a explicar, con un ejemplo. Tome usted dos, tres o cuatro colores. Mezcle dos de ellos, y obtendrá otro color. Mezcle este nuevo color con otro de los que tenía, y producirá un nuevo color otra vez. Y si continúa con las mezclas, seguirá obteniendo nuevos colores y matices, en los cuales se pueden producir millones y millones de diferencias. Eso mismo ocurre con la mezcla de los sexos.

La actitud ante la vida tiene manifestaciones negativas y manifestaciones positivas. Negativas serían, desde luego, no huir del peligro; no aparearse con el sexo opuesto para reproducirse. Manifestaciones positivas serían: comer, reproducirse, huir del peligro, combatir por la vida cuando se es atacado, perseguir la presa.

De estos millares de seres, gorriones, liebres, peces de que he hablado, ¿cuáles van a subsistir? Lógicamente, los que sienten el deseo de vivir, los que se alimentan, los que se reproducen, los que persiguen su presa, los que combaten al enemigo, o huyen de él. Los otros perecen. Es decir, perecen los que no tienen ansias de vivir. Los sobrevivientes, en su descendencia, por virtud de la ley de herencia, que hace que de tales padres nazcan tales hijos, la nueva generación, con algunas excepciones de atavismo, tendrá, en general, ansias de vivir, unos más, otros menos. Los que tienen más ansias de vivir exteriorizarán esta ansia en todas las manifestaciones agresivas de la lucha

por vivir: se buscarán más afanosamente el alimento; atacarán más fieramente al enemigo que pone en peligro su vida; perseguirán más constantemente a su presa; sentirán más fuertes impulsos por reproducirse. Y así, la nueva generación estará formada por individuos que sienten más ansias de vivir que sus padres, y más que sus abuelos, porque los que sienten estos deseos con menos vigor irán cediendo su lugar a los que los sienten con más vigor.

Y tenemos, así, formado como tendencia hereditaria, como instinto ancestral, el ansia de vivir. Los instintos no son ideas, no son raciocinios. Son reacciones espontáneas, que muchas veces pueden ir contra nuestras ideas, contra nuestros raciocinios. Habiendo llegado, en el hombre, esta ansia de vivir a ser un instinto invencible, el que nos pongamos a pensar acerca de la vida, a averiguar si vale la pena vivir, o si no vale la pena, no tiene nada que ver con nuestra ansia instintiva de vivir. Podremos creer, y podremos demostrar, que no vale la pena vivir, que la vida es un negocio a pura pérdida, en que las cifras en el DEBE son muy superiores a las cifras en el HABER, que se sufre inmensamente más de lo que se goza; pero nuestro instinto nos ordenará que no cerremos el negocio de la vida, que lo sigamos teniendo en actividad, aún a sabiendas de que estamos en falencia. Si hay excepciones, si alguno quiere declararse en quiebra, y entregar el negocio de su vida a un síndico, se suicida, y deja el campo a los otros que quieren seguir viviendo, cualesquiera que sean las condiciones adversas que deban enfrentar.

Todo lo anterior para demostrar por qué queremos seguir viviendo, por qué sentimos el ansia de vivir, por qué amamos la vida y tememos la muerte. Podría creer el lector que me estoy saliendo de mi tema, que es la historia de mi vida. ¿Qué tiene que ver mi autobiografía con el tema filosófico de si vale o no vale la pena de vivir? Tiene mucho que ver, porque parte de la historia de mi vida es lo que he pensado y pienso, pues esto ha sido uno de los factores que han acondicionado mi vida. Además, yo vivo, yo estoy aquí, a pesar de todo lo que he sufrido en

por vivir: se buscarán más afanosamente el alimento; atacarán más fieramente al enemigo que pone en peligro su vida; perseguirán más constantemente a su presa; sentirán más fuertes impulsos por reproducirse. Y así, la nueva generación estará formada por individuos que sienten más ansias de vivir que sus padres, y más que sus abuelos, porque los que sienten estos deseos con menos vigor irán cediendo su lugar a los que los sienten con más vigor.

Y tenemos, así, formado como tendencia hereditaria, como instinto ancestral, el ansia de vivir. Los instintos no son ideas, no son raciocinios. Son reacciones espontáneas, que muchas veces pueden ir contra nuestras ideas, contra nuestros raciocinios. Habiendo llegado, en el hombre, esta ansia de vivir a ser un instinto invencible, el que nos pongamos a pensar acerca de la vida, a averiguar si vale la pena vivir, o si no vale la pena, no tiene nada que ver con nuestra ansia instintiva de vivir. Podremos creer, y podremos demostrar, que no vale la pena vivir, que la vida es un negocio a pura pérdida, en que las cifras en el DEBE son muy superiores a las cifras en el HABER, que se sufre inmensamente más de lo que se goza; pero nuestro instinto nos ordenará que no cerremos el negocio de la vida, que lo sigamos teniendo en actividad, aún a sabiendas de que estamos en falencia. Si hay excepciones, si alguno quiere declararse en quiebra, y entregar el negocio de su vida a un síndico, se suicida, y deja el campo a los otros que quieren seguir viviendo, cualesquiera que sean las condiciones adversas que deban enfrentar.

Todo lo anterior para demostrar por qué queremos seguir viviendo, por qué sentimos el ansia de vivir, por qué amamos la vida y tememos la muerte. Podría creer el lector que me estoy saliendo de mi tema, que es la historia de mi vida. ¿Qué tiene que ver mi autobiografía con el tema filosófico de si vale o no vale la pena de vivir? Tiene mucho que ver, porque parte de la historia de mi vida es lo que he pensado y pienso, pues esto ha sido uno de los factores que han acondicionado mi vida. Además, yo vivo, yo estoy aquí, a pesar de todo lo que he sufrido en

mis antepasados, desde mucho antes de nacer, precisamente por esta ansia de vivir, este instinto que ha existido en mí durante siglos y siglos. Es parte de mí mismo. Es parte de mi vida.

Al principio, no me inquietaban en lo más mínimo estos problemas. No creo que me inquietaran más de lo que inquietan a los animales así llamados irracionales. Simplemente sentía el ansia de vivir, y le tenía horror a la muerte, aún a la muerte simulada de aquella vez en que tuve que tenderme, como muerto, entre velas encendidas, al pie de una corona fúnebre. Gozaba yo con todos los placeres inherentes a la vida: respirar, comer, beber, fornicar, orinar, defecar. Me preocupaba lo material. Es cierto que, leyendo los libros de la biblioteca de mi hermano, en Talca, principié a asomarme a la vida espiritual. Pero, como pude comprobarlo después, me asomaba por ventanas laterales: la literatura española, Fray Luis de León, Lope de Vega, Cervantes. No miraba la vida desde su pórtico frontal. No había un solo libro de ciencia en esa nutrida biblioteca clásica.

Fué por mera casualidad —casualidad no explicada— que cayeron en mis manos los libros de un vulgarizador científico alemán, que ya ha quedado rezagado en las avenidas de la ciencia, Luis Büchner, con sus obras "Fuerza y Materia", "La Vida Psíquica de los Animales", y otras. Esas páginas me abrieron el espíritu a un mundo nuevo. Después fué Ernesto Haeckel, quien me impresionó mucho, con sus "Enigmas del Universo", y su ley biogenética. Más tarde fueron Huxley y Darwin. El primer libro de Darwin que leí fué su viaje alrededor del mundo, y fué un placer para mí dormir una vez a la entrada de una caverna, en lo alto de la Cordillera de los Andes, donde había dormido Darwin.

El primer libro serio de historia que leí fué el "Bosquejo de la Historia Universal", de H. G. Wells. Para conocer a mi país, leí toda la Historia General de Chile de don Diego Barros Arana, que fué profesor mío en el Ins-

stuto. Estaba leyendo yo su Historia cuando lo veía sentado, en la Alameda, con sus zapatillas azules de fieltro, inspeccionando la erección de la estatua de los hermanos Amunátegui. Finalmente, me leí la "Historia de Chile" del Sr. Francisco Encina, a que ya me he referido.

Voltaire fué mi silabario filosófico. Me interesé después por Platón y demás filósofos griegos. Leí la "Historia de la Filosofía" de Will Durant primero, y después la "Historia de la Filosofía" de A. V. Schelov, del Instituto de Filosofía de la Unión Soviética. Encontré en Spinoza a mi filósofo favorito. Y, por cierto, he leído innumerables libros científicos.

El estudio de la vida, sus orígenes, y su destino, cae en el territorio, no de la ciencia propiamente tal, sino de la filosofía. Y aquí debo decir lo que yo entiendo por ciencia, y lo que entiendo por filosofía. Para mí, es ciencia el estudio de los hechos conocidos, de los cuerpos y de su comportamiento. Hay también ciencias abstractas, que no tienen que ver con los hechos ni con la conducta de los cuerpos. Las ciencias matemáticas, cuyas verdades son susceptibles de comprobación lógica. Las ciencias, que principiaron teniendo una burda clasificación, se han dividido y subdividido sin cesar, y se siguen dividiendo y subdividiendo. Cada nuevo día están naciendo nuevas especialidades. Creo que si Aristóteles viviera entre nosotros ahora, no se atrevería a emprender el estudio de todas las ciencias.

¿Dónde termina la ciencia y dónde principia la filosofía? Nunca, en el campo de la observación humana, termina algo en una línea precisa, más allá de la cual principia otra cosa. No hay saltos bruscos; todo va en gradación. No hay una línea que separe el día de la noche; no hay una línea que separe un color de otro; no hay una línea que separe el mundo animal del vegetal; no hay una línea que separe al mundo orgánico del mundo inorgánico; no hay una línea que separe a los tontos de los inteligentes. Tampoco hay una línea precisa que separe

a la ciencia de la filosofía. Pero yo diría que entre ambas está la lógica, que en parte es filosófica, y en parte es científica.

Tan pronto como la filosofía, en alguno de sus aspectos, establece verdades comprobables, por medio de experimentos o de raciocinios lógicos, deja de ser filosofía y pasa a ser ciencia. Ninguna ciencia, en sí, puede ser filosofía, porque, para serlo, tiene que apoyarse en muchas otras ciencias. En cierta manera, la filosofía es una amalgama de todas las ciencias.

Mas allá de la filosofía —lógica, ética, estética— está la metafísica, o sea, lo que está más allá de la física, fenómenos psíquicos, como la transmisión del pensamiento o telepatía, la interpretación de los sueños, explicada por Freud, Adler, y otros, el estudio de la conciencia y de la subconciencia.

La ciencia establece ciertos hechos, a veces evidentes, a veces discutibles, pero comprobables al final de cuentas, lo que explica que muchas nuevas aseveraciones científicas sean discutidas a veces, y negadas, aun por hombres de ciencia, o así llamados hombres de ciencia. A Colón le dijeron los sabios de Salamanca que estaba equivocado cuando sostenía que la Tierra era redonda; a Pasteur lo combatieron sus colegas porque decía que la vida no podía crearse por generación espontánea en las condiciones actuales; a Galileo casi lo pusieron en la hoguera en los tiempos pasados, y a Freud casi lo pusieron en la parrilla en los tiempos presentes. Darwin fué furiosamente rebatido en su teoría de la evolución de la vida, y de la lucha por la existencia y el origen de las especies; lo que no impidió que, después, en subscripción popular en que se limitaba la erogación de cada cual no recuerdo si a un chelín o a un penique, se reunió bastante para que se le hiciera una estatua de oro, sobrando dinero.

Y estas teorías de Darwin se han prestado a variadas interpretaciones, sin contar con que el Papa actual, Pío XII, les ha negado su validez científica. Aceptadas

sus leyes de la lucha por la vida y el triunfo de los más aptos, esta teoría fué interpretada por las clases poseedoras como la justificación científica para que ellos fueran los amos del mundo, porque eran los más capaces. Después vino Marx, y dijo: "Proletarios del mundo, uníos". Y unidos los proletarios, han resultado los más fuertes, y los más capaces, y las teorías de Darwin justificarían que los proletarios asaltaran el poder y trataran de manejar el mundo en su provecho.

Este abstruso capítulo en que estudio el problema de si esta vida vale realmente la pena de ser vivida, cae, de lleno, en el campo de la filosofía, es decir, en el campo de la discusión, sin que sea posible hacer aseveraciones comprobables. Porque es esencia misma de la filosofía que todo lo que estudia sea discutible. Si dejara de ser discutible, y pasara a ser comprobable algo de lo que asevera, dejaría de ser filosofía y pasaría a ser ciencia.

Como lo he dicho antes, he leído mucho acerca de filosofía y de historia de la filosofía, probablemente mucho más que los profesores del ramo en los Liceos de la República. Pero estoy seguro de que, si se me llamara a rendir examen de filosofía en la Universidad, y si mis examinadores fueran, por ejemplo, los siguientes miembros de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Estado: don Enrique Molina, que es, además, Presidente de la Sociedad de Filosofía de Chile; la Sra. Amanda Labarca, eminente pedagoga chilena, funcionaria de la UNESCO (organización educacional de las Naciones Unidas), y el Sr. Maximiliano Salas Marchant, distinguido educador, que fué Director General de Instrucción Primaria de nuestro país —los tres muy viajados por todo el mundo— si éstos fueran, repito, los maestros que me examinaran en filosofía, estoy seguro de que me "rajarían" de medio en medio. Como esta simple suposición acaso me deja muy mal parado ante mis lectores, para seguir hablando de temas filosóficos, agregaré que, si yo los examinara a ellos, los "rajaría" también a los tres de medio en medio.

Tal vez el lector tenga curiosidad de saber qué les preguntaría yo a estos tres miembros de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile. No les pediría que me hicieran un resumen de "La República" de Platón, ni que me explicaran los imperativos categóricos de Kant. No; les haría preguntas mucho más sencillas, pero profundamente filosóficas.

Vamos a imaginar estos exámenes como creo que podrían ocurrir. Me veo sentado a una mesa, en una sala del viejo edificio de la Universidad, en la Alameda, presidida por la estatua en mármol blanco del genuino sabio, don Andrés Bello. Yo soy el presidente de la mesa examinadora. Podemos imaginar que los espíritus de Platón y de Aristóteles completan la comisión. Esta será una especie de revancha por las muchas veces que fuí "rajado" como alumno de humanidades. Es frecuente que yo me desquite de agravios que me han hecho, castigando a mis verdugos con mi imaginación.

Llamo, primero, al Sr. Maximíliano Salas Marchant, quien, sin embargo, no me ha hecho jamás agravio alguno. Don Maximiliano, con su cuerpo diminuto, sus modales modestos, su voz suave, su mirada dulce, se sienta a someterse a mi interrogatorio. A continuación, el cuestionario, con sus respuestas lógicas, inevitables.

—¿Es cierto, Sr. Salas Marchant, que Ud. ha anunciado un libro que se llama "La Autobiografía de un Hombre Feliz"?

—Es cierto.

—¿Es Ud. el hombre feliz de esa biografía?

—Yo soy el hombre feliz.

—¿Por qué se considera Ud. un hombre feliz?

—Porque cualquiera que haya sido mi suerte en la vida, me conformo, y me siento feliz con ella. Creo que ésa es la esencia de la filosofía.

—Donde Ud. reside, Sr. Salas Marchant, ¿no hay gente que vive en la miseria?

—Sí, hay gente que vive en la miseria.

—¿No sabe Ud. que son muchos los centenares de miles de personas que viven en la miseria en Chile, sin considerar el resto del mundo?

—Sí, lo sé.

—¿No sabe Ud. que más de la mitad de los niños chilenos no tiene siquiera ocasión de aprender a leer?

—Sí, lo sé.

—¿No sabe Ud. que la mitad de los niños chilenos están desnutridos, pasan hambre, y gran número de ellos muere, literalmente por falta de alimento?

—Sí, lo sé.

—¿No es Ud. Sr. Salas Marchant, una persona sensible, que sufre con el sufrimiento de los demás que Ud. no puede aliviar?

—Sí, lo soy.

—Si Ud. sufre con el sufrimiento de los demás, y un persona que sufre no puede al mismo tiempo ser feliz, ¿cómo puede llamarse a sí mismo una persona feliz?

Aquí el Sr. Salas Marchant se muerde los labios; se pellizca los pantalones largos, y se queda callado. La comisión le da un uno en filosofía, y llama al segundo examinado, a la Sra. Amanda Labarca Hubertson.

Avanza esta dama, vestida con gran lujo llamativo, y con muchas brillantes joyas. Se sienta graciosamente, con sonrisa de colegiala, segura de sus conocimientos. A continuación el cuestionario, y sus respuestas lógicas, inevitables.

—Señora Labarca, ¿Ud. ha escrito un libro que se titula "Bases para una Política Educacional?

—Sí, es mi último libro.

—¿Dice Ud. en ese libro que los chilenos estamos en un período de "hibridación inconclusa" y que es necesario traer gente del extranjero para blanquear nuestra raza, como único medio de mejorarla?

—Así lo digo.

—¿Ha sido Ud. llamada por la UNESCO para colaborar en sus labores?

—Sí, he recibido varias comisiones de la UNESCO.

—¿Sabe Ud. que la UNESCO ha hecho una declaración de principios en cuanto a las razas humanas que dice textualmente que "el mito de las razas ha creado una enorme cantidad de daño humano y social"?

—Sí, lo sé.

—Las ideas que Ud. ha expuesto con respecto a la inferioridad intrínseca de la raza chilena en período "inconcluso de hibridación" ¿no están en contradicción con los principios básicos de la UNESCO?

—Sí, lo están.

—¿Está bien que un funcionario de una institución con un credo determinado que defiende, trabaje para ella cuando su credo personal es opuesto?

—No está bien.

—¿No es Ud. culpable de esta contradicción entre su conducta y sus creencias?

La Sra. Labarca se queda callada. Se muerde los labios y se pellizca su vestido morado. Con una dama hay que tener consideraciones, y la llevamos por otro lado, a ver si mejora su nota.

—Señora Labarca ¿no es Ud. un producto de esta raza chilena, que está en medio de un "proceso inconcluso de hibridación", como Ud. dice?

—Sí, lo soy.

—Estos productos de "hibridación inconclusa" ¿no se caracterizan por su inferioridad mental?

—Sí.

—¿No resulta, entonces, de acuerdo con sus propias ideas que Ud. es mentalmente inferior, que sus ideas en asuntos de alta filosofía no son de ningún valor?

La Sra. Labarca se queda otra vez callada, perpleja. Se muerde los labios, y se pellizca su vestido morado.

—¿Tiene valor científico, señora, una opinión emitida por una persona mentalmente inferior?

—No.

—Entonces ¿por qué han de tener valor sus opiniones en cuanto a la inferioridad de sus compatriotas?

La Sra. Labarca se muerde otra vez los labios; se pellizca su vestido morado, y se queda callada. No sonríe esta vez.

Hago otra tentativa para salvarle el examen, y le pregunto:

—Señora Labarca, ¿no es Ud. una pedagoga, una educadora?

—Sí, lo soy, —responde complaciente; pero esa respuesta correcta no le puede mejorar la nota.

—¿No tiene Ud. fé en la educación?

—Sí, la tengo.

—La UNESCO, Organización Educacional, Científica y Cultural, ¿no tiene fe en la educación?

—Sí, la tiene.

—¿No colabora Ud. con la UNESCO?

—Sí, colaboro.

—¿Cómo compagina Ud. lo anterior con su declaración de bancarrota de la educación, y su dictamen de que a la raza chilena no se la puede educar, y que hay que reemplazarla, que hay que blanquearla con sangre europea?

La Sra. Labarca se queda callada por cuarta vez. No hay forma de salvarla. La comisión le da un uno en filosofía, y llama al tercer examinado.

Avanza el Sr. Enrique Molina, alto, elegante, esbelto, rigurosamente rapado, y se sienta con manifiesto aire de superioridad. Se cree muy por encima de su examinador. A continuación el cuestionario, y sus respuestas lógicas, inevitables.

—Sr. Enrique Molina, ¿Ud. es el Rector de la Universidad de Concepción, desde su fundación hasta hoy?

—Sí.

—¿Cuál es la principal fuente de entradas con que se sostiene esa Universidad?

—La Lotería de Concepción.

—¿Es cierto que, con motivo de una ley que gravaba

los billetes de esa Lotería, se redujeron grandemente las entradas de la Universidad?

—Es cierto.

—¿Lo alarmó esto a Ud.?

—Mucho, porque la Universidad quedaba desfinanciada.

—¿Qué hizo Ud. ante esta situación?

—Me vine a Santiago, a gestionar con el Gobierno para que se suprimiera ese impuesto que gravaba la lotería.

—¿Con el objeto de que el público comprara más boletos?

—Sí, naturalmente.

—Es decir ¿para que el público jugara más en ese juego de azar?

—Claro.

—La moral humana, que predica una sana filosofía ¿no repudia los juegos de azar?

—Sí.

—Ud. como rector de la Universidad de Concepción ¿no vino a Santiago a gestionar que se hiciera más fácil que el pueblo pudiera jugar más?

—Sí.

—¿No encuentra Ud. que su conducta como agente de la Lotería está en pugna con su posición como Rector de la Universidad?

El Sr. Enrique Molina se queda callado. Se muerde los labios. Se pellizca sus pantalones muy bien aplanchados.

—Sr. Molina, aquí tengo a la vista uno de los avisos que publica la Lotería de la Universidad de Concepción. Dice así, con caracteres llamativos, y con ilustraciones: "Un empleado particular con sueldo vital necesita trabajar 241 años para ganar diez millones de pesos. Ud. los puede ganar en un segundo si tiene un número de la Lotería de Concepción, para el sorteo gigante del próximo sábado". Mire Ud. este aviso y dígame si lo reconoce como uno de los que publica la Lotería de Concepción

que es la fuente de entradas de la Universidad que Ud. dirige.

—Sí, ése es uno de los avisos de la Lotería de Concepción.

—¿No encierra este aviso una incitación al juego y un menosprecio del trabajo?

—Sí.

—¿Está bien que una Universidad incite al juego y predique el desprecio por el trabajo?

—No.

—Al venir Ud. a Santiago a negociar que se suprimiera el impuesto a los boletos de la Lotería de la Universidad de Concepción ¿no actuaba Ud. como agente máximo de la venta de boletos de la Lotería?

—Sí.

—¿No hay contradicción en ser Rector de la Universidad de Concepción, educador, Presidente de la Sociedad de Filosofía de Chile, y agente máximo de la venta de boletos de lotería?

El Sr. Molina se muerde otra vez los labios, se pellizca sus pantalones muy bien aplanchados, y contesta:

—Pero hay que considerar el fin a que se destina el producto de la Lotería en nuestra Universidad. Ese dinero ayuda a educar a la juventud chilena.

—Con esto ¿quiere Ud. decir Sr. Molina, que el fin justifica los medios?

—En cierta manera.

—Entonces la Universidad de Concepción estaría justificada en explotar otros vicios, como la bebida y la prostitución, para procurarse fondos.

—No tanto.

—Pero prácticamente, la Universidad, por medio de su Lotería, justifica y recomienda el juego, y le hace propaganda ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

El Sr. Molina se queda nuevamente callado. La co-

misión examinadora cambia miradas de sorpresa, y le da un uno en su examen de filosofía.

Debido a este examen en que he "rajado" a tres filósofos chilenos, creo que ya estoy, a los ojos del lector, más capacitado para seguir hablando acerca de temas filosóficos.

Todo lo que he experimentado en la vida, todo lo que he visto, todo lo que he oído, todo lo que he leído, me lleva inflexiblemente a una interpretación pesimista de la vida. Por cierto esto no me deja en peores condiciones que al optimista que vive en el paraíso de los tontos. El optimista piensa así en las diversas circunstancias que voy a enumerar:

Le roban el reloj en el ómnibus; se siente muy feliz porque no le han robado la cartera, donde tenía mucho más dinero de lo que valía su reloj. Otro ómnibus lo atropella, y le corta una pierna; se siente feliz porque no le cortó las dos piernas. Besando a una muchacha, pesca un resfrío; se siente feliz porque no fué más lejos y no pescó una sífilis. Su salario vital no le alcanza para subvenir a todos los gastos indispensables de su vida; se siente feliz porque tiene un sueldo vital, pues estaría mucho peor si estuviera cesante. Compra medio boleto de la Lotería de la Universidad de Concepción, y no se saca nada; se siente feliz porque no compró el boleto entero.

Con la anterior filosofía la vida vale la pena de ser vivida, porque, por muy miserable que sea, siempre se tendrá el consuelo de que no es mucho peor. Pero no me parece a mí ésta la mejor manera de enfrentar este problema. Yo lo confronto de esta otra manera:

Me gusta vivir; quiero vivir; tengo ansias de vivir. No deseo morir. Este es para mí un mandato biológico. Y, sin embargo, es una verdad que no puedo eludir que tendré que morir. Haga lo que haga, no podré evitar la muerte, que me puede llegar mañana mismo, acaso hoy, antes de que termine de escribir la historia de mi vida.

Siento inmenso cariño por mi esposa y por mi hijo y por muchos de mis parientes y amigos. No quiero que

se mueran. Su muerte sería para mí un pesar enorme. Yo haría todo lo que pudiera por evitar estas muertes. Pero no las podré evitar. Van a morir. Lo sé. Para evitarme este dolor, podré evitar pensar en ello. Pero esto no pasaría de ser un engaño, como tratar de pensar que no tengo hambre, cuando tengo hambre. Si llegan a morir mis seres queridos antes de que yo muera, sé lo que tendré que sufrir, porque sé lo que sufrí cuando murieron mis padres.

Voy a poner más claro esto de la muerte. Suponga que, por culpa suya, o siendo inocente, lo han condenado a muerte, y lo tienen en capilla, ¿no sufriría Ud. en la capilla? Supongamos que se trata de ser amable con Ud., y que lo dejan salir de la capilla, pasearse por los jardines, leer libros, recibir a sus amigos, y supongamos que le dan bien de comer; pero siempre pendiente sobre Ud. la condena de muerte, ¿será Ud. feliz? Supongamos que no se ha fijado el día de la ejecución, que éste puede ser mañana, o pasado, o el año que viene, o después, ¿no sufrirá Ud. siempre con esta condena cuya ejecución está pendiente? Supongamos que para no hacerle horrible la muerte, se le ha condenado a morir cuando esté durmiendo, sin que Ud. sepa qué noche va a ser su última noche, ¿no sufrirá Ud. siempre en espera de esta ejecución?

Pues bien, Ud. está condenado a morir, como yo; como mis parientes y amigos, como sus parientes y amigos. La ejecución de la sentencia puede tener lugar mañana, o pasado, o la semana, o el año que vienen, o más tarde. Pero la ejecución de nuestra sentencia de muerte tendrá que venir, y no estamos seguros de que la muerte haya de ser tranquila, cuando estemos durmiendo. Bien puede ser desesperada. ¿Se puede ser feliz al frente de esta expectativa? De esto me voy a ocupar más en detalle en el capítulo siguiente, en el que hablo de mi muerte. Ahora quiero apuntar que éste es un motivo de dolor, no de placer.

Y debemos considerar que estamos en peligro constante e inminente no sólo de nuestra propia muerte, y la de nuestros parientes y amigos, sino que estamos en peli-

gro de que, cualquier día, un terremoto arrase toda nuestra ciudad, como ha ocurrido varias veces. Estamos además en peligro de que, cualquier día, la Tierra choque con un cuerpo celeste, y sea reducida a una nube de gases. Y, desde luego, estamos en constante peligro de una nueva guerra mundial, con bombas atómicas, más poderosas que las ensayadas en Hiroshima y Nagasaki.

Nada de esto es alentador. Es deprimente. Es causa de dolor y sufrimiento. Nos admiramos cuando echamos agua hirviente, o rocío de veneno en una colonia de hormigas, de ver cómo, poco después de la mortandad en masa, las hormigas sobrevivientes se organizan de nuevo, y siguen su labor interrumpida, para ser destruídas otra y otra vez, y para que los sobrevivientes sigan luchando. Sin embargo, eso mismo hacemos nosotros. Relativamente, las hormigas están mas seguras que nosotros.

Estamos también expuestos a pestes y plagas. Estamos expuestos a crisis monetarias que nos dejen en la miseria. Vivimos en la incertidumbre. Hay mucho frío sin estufa, y mucha hambre sin pan.

Nuestra religión católica nos predica que debemos soportar resignadamente todos los padecimientos de esta Tierra, pues cuanto más hayamos sufrido aquí más seguros estaremos de disfrutar de mayores placeres en el Cielo. Creo que aun la gente religiosa es algo escéptica acerca de esta promesa; y esa letra, sin fecha, que firma la Iglesia en la Tierra, para que la cobren los fieles en el Cielo, la descontarían de buena gana aquí abajo por una pequeña fracción de su valor nominal. Es más todavía, casi todos, como Fausto, aceptarían los tormentos del Infierno, después de su vida, si, a cambio de ello, pueden obtener el amor de Margarita mientras vivan.

Por otra parte, yo perdí temprano la fe religiosa. Llegué con fe al colegio de Santo Domingo, y entre frailes y altares, la perdí. Mi madre me había inculcado un verdadero fervor religioso. ¿Por qué lo perdí en Santo Domingo? A eso contribuyeron directamente los propios frailes. El Rector del colegio daba los "guantes", es decir los latigazos

con varas de cuero sobre las palmas de las temblorosas manos extendidas de los muchachos. Muchas veces fuí enviado a su oficina, y me sometía ese hombre, con su sotana amarillenta, a un cruel martirio, gozando él al hacerme sangrar y sufrir, lo que me hacía evocar los tiempos de Torquemada. Estos castigos, impuestos a veces porque no había podido comprender una lección, aparecían ante mí como una crueldad que estaba reñida con todo lo que yo consideraba sentimientos cristianos.

Pero ocurrió allí algo que me sublevó más que eso. Al lado de mi cama estaba la de un condiscípulo menor que yo, precisamente aquel que me dijo que "se atrevía para mí", y con quien yo no quise pelear. Ese pobre chiquillo fué seducido y corrompido sexualmente por uno de los frailes, que era profesor de nosotros. Trató después el mismo fraile de corromperme a mí y eso me causó indignación, y repugnancia por el fraile y por la religión de la cual era sacerdote. Poco después "La Ley", el combativo diario radical de aquellos tiempos, denunció esta corrupción del clero en otros colegios. El diario fué excomulgado; pero yo, que sabía que todo lo que publicaba "La Ley" era verdad, quedé curado de todo sentimiento religioso. No fueron Voltaire, ni Darwin, los destructores de mi fe. Fueron los frailes, encargados de fortalecerla.

De manera, pues, que yo no hallo consuelo en la promesa de que en otra vida haya de encontrar compensación para los sufrimientos de esta vida. Podrá preguntarme el lector, si al lado de todos los pesares de la vida, de todos los sufrimientos no hay placeres compensatorios. Sí, naturalmente; la vida ofrece también placeres. Pero, anotemos, con Schopenhauer, que gran parte de estos placeres, son de carácter negativo, son la eliminación del dolor; son como el placer que usted experimenta cuando suprime un dolor de muelas. El que no siente hambre no goza con lo que come. Es requisito indispensable sentir previamente el dolor del hambre, para sentir el placer de comer. Y es necesario sentir el dolor de la sed, para sentir el placer de beber. Estos placeres tienen diversos gra-

dos, que corresponden a los diversos grados de dolor. Cuanto más intensos son el hambre y la sed, más se goza comiendo y bebiendo.

Otro gran placer de la vida es la cópula de un hombre con una mujer, que corresponde al instinto de la conservación de la especie, así como el hambre corresponde al instinto de la conservación del individuo. Es decir, nuestros dolores y placeres son motores para defender y conservar la vida. El placer sexual es también la eliminación de un dolor de un deseo. Cuando usted satisface este deseo, ya no puede sentir placer, porque no tiene dolor que eliminar. Muy temprano noté yo que me entusiasmaba viendo desnudarse a una mujer, y que tenía muy poco interés en verla vestirse.

Para hacer feliz a una persona tiene que principiarse por hacerla desgraciada, descontenta de su situación actual y deseosa de mejorarla. Una humanidad contenta, satisfecha, no progresa. Hay que estar descontento de la vida presente para desear una mejor.

Uno de los placeres de carácter negativo más grandes de la vida es dormir, que requiere la condición previa de estar cansado, de sentir sueño. Es decir, el placer de dormir es también la eliminación de un dolor. ¿Y por qué es éste uno de nuestros mayores placeres? Porque es el que más nos aleja de los pesares de la vida, haciendo que los olvidemos por completo. Esto explica el predominio de los narcóticos, como el vino o el cigarro, o los más violentos, como el opio y la morfina.

Todos los placeres que nos hacen olvidar el fardo de la vida, son como narcóticos, la música, el baile, la poesía, la contemplación de un bello paisaje, jugar fútbol, o ver jugar fútbol, jugar a las cartas, encumbrar volantines, jugar a la rayuela, cazar perdices.

En todo caso, cualquiera que sea la explicación filosófica de estos placeres, de carácter negativo, o de carácter positivo, la verdad es que son placeres, y que compensan, en parte, el dolor de vivir. Pero tratemos de poner los placeres en un platillo de una balanza y los dolores en otro

Tiene que ser una balanza especial, imaginaria, porque los dolores y los placeres no se pueden pesar en las balanzas en que se pesa el arroz y el azúcar. Veremos que, descartando el dormir, que es como la ausencia de la vida, razón por la cual ése es el mayor placer, la balanza se inclinará con peso abrumador en el lado del platillo de los dolores. Recorra su vida hacia atrás, repase su pasado, y verá que al escribir usted su autobiografía no puede escribir la historia de un hombre feliz.

¿Qué? ¿Estoy predicando como el filósofo Hegerias, que aconsejaba el suicidio? ¿Quiero decir que no vale la pena vivir la vida? Pero este capítulo lo he titulado: "Por qué vale la pena vivir". Es decir, doy por establecido, a priori, que vale la pena vivir, y, después de todo lo dicho, parece que no me he dejado margen para hacer esta demostración. ¿Por qué vale la pena vivir?

Yo admito que la vida es como es, como la describe la Biblia, un valle de lágrimas. Y no me hago fantásticas ilusiones religiosas. No creo que haya otra vida que me ofrezca compensaciones por el mal trato que recibo en ésta. Sé que hace tiempo creció el árbol del cual han aserrado los tablones con que se va a hacer mi ataúd. Acaso esté ya hecho este ataúd, esperando en fila, en alguna empresa de pompas fúnebres. Sé que mi vida es como el entrar y salir de una mariposa que vuela por una ventana al interior de un aposento, y que sale por otra ventana, tras breve permanencia.

Bien, la vida es así. Yo no la puedo cambiar. No la puedo hacer durar más que lo que está determinado haya de durar. Pero lo que puedo hacer es tratar de lograr que mi permanencia en el aposento sea tan placentera como esté en lo posible. A diferencia de la mariposa, yo puedo contribuir a lograr que el aposento sea más y más atractivo. Yo puedo, en cierta manera, transformar el aposento, para mi felicidad, y para ofrecerles más felicidad a los que entren en el mismo aposento, después de que yo haya salido. Puedo colgar bellos cuadros en las paredes. Puedo poner bellas flores en las ventanas. Puedo poner un piano en un

rincón, o un arpa, o una guitarra. Puedo poner libros en un estante. Puedo instalar calefacción, para abuyentar el frío. Esto es lo que ha hecho el hombre en su larga historia, a través de las generaciones: ha hecho que el mundo sea un lugar más agradable como habitación humana. Esta labor proporciona los goces máximos de la vida.

Voy a explicar esto de otra manera todavía. Suponga que al entrar usted en la pubertad, su padre, o su madre, ponen un talego con dinero sobre una mesa, y le dicen que es para usted. No es que yo crea que el dinero es lo más valioso en la vida. Pero como representación de trabajo anterior, de esfuerzo realizado, tiene un valor efectivo, con el cual usted puede adquirir muchas cosas en la vida.

Usted puede ser un místico misantrópico, y dejar allí el talego, despreciativamente, sin tocarlo. Usted puede ser un libertino, y ocupar todo el dinero en placeres enervantes. Usted puede ser un ambicioso hombre de negocios, y usar el dinero para hacerlo reproducirse y aumentar. Usted puede usar el dinero en darse usted y los suyos, una vida regalada, agradable, libre de inquietudes. Ese talego que le ha cabido en suerte es como la vida, un capital que usted puede usar para su felicidad o su desgracia. Usted mismo —su vida, su capacidad, su talento— es la fortuna que está en el talego. Usted determina la manera cómo va a aprovechar esa fortuna. Unos tienen más caudales en su talego: otros tienen menos. A todos se les ha de acabar algún día. Pero ésa no es razón para que no tratemos de obtener el máximo de placer mientras dure. Y usted observará que el placer que reparte a su alrededor es el mayor placer.

Miremos desde otro ángulo. Usted ha sido invitado a un festival, o a un week-end, en la playa; o a hacer vida de campaña por una semana en la cordillera; o a ver una película, o una función de circo; o a jugar una partida de fútbol, o a verla jugar; o a cortar leña en el bosque: o a acarrear agua de un río. Cada uno ha sido invitado a algo diferente en la vida, o a varias cosas diferentes. La invitación no es para una eternidad, es transitoria, de corta duración. Pero ésa no es razón para que usted no trate de

llenar su misión en la forma más placentera posible. Y usted observará que si su tarea era cortar leña, y ayuda a un anciano que apenas puede cortar la leña a su lado, obtendrá el mayor placer, y si ayuda a una muchachita que apenas puede con el cántaro de agua del río, obtendrá el mayor placer.

Esto lo descubrí hace mucho tiempo. Llevé una vez al circo a mi pequeño Roberto. Miraba yo las maromas de los payasos, y sentía placer. Pero miraba el entusiasmo radiante de mi pequeñuelo, y esto me daba mucho más placer. Ya nunca más fui al circo a mirar a los maromeros y gozar con sus proezas; íba a mirar a mi hijo que gozaba con esas proezas. Esto me daba más placer.

Para terminar este capítulo me ha parecido lo más apropiado traducir para el lector el Credo de Robert G. Ingersoll, que, para mí, es uno de los más grandes filósofos modernos, y que no figura en ninguna Historia de la Filosofía que yo conozca. Helo aquí: "La superstición no es religión. La creencia, sin las pruebas, no es religión. La fe, sin la realidad, no es religión. ¿Qué es la religión? Amar la justicia; defender el derecho; ser bondadoso; ayudar al que sufre; proteger al débil; olvidar las ofensas; recordar los favores; amar la verdad; ser sincero; ser honrado en el lenguaje; amar la libertad; librar batalla sin cuartel contra la esclavitud en todas sus formas; amar a la esposa, al hijo y al amigo; hacer un hogar feliz, amar lo bello en el arte y en la naturaleza; cultivar el espíritu; familiarizarse con los encumbrados pensamientos que ha expresado el genio; con los nobles hechos de todo el mundo; cultivar el valor y la alegría; hacer a los otros felices; llenar la vida con el esplendor de actos generosos y el calor de palabras de afecto; descartar el error; destruir los prejuicios; recibir placenteramente las nuevas verdades; cultivar la esperanza; ver la calma más allá de la tempestad, la aurora después de la noche; hacer lo mejor que se puede hacer, y, después, resignarse a lo que sucede, ésta es la religión de la razón, el credo de la ciencia. Esto satisface al cerebro y al corazón",

XI

MI MUERTE

ESTOY terminando de escribir esta historia de mi vida cuando leo en "**El Mercurio**", decano de la prensa chilena, la siguiente gacetilla:

"En el Ministerio de Defensa se efectuó ayer una reunión de autoridades militares y civiles, y dirigentes de instituciones patrióticas, encargados de preparar las festividades con que será celebrado, el 17 del presente, el centenario de la muerte del general San Martín".

En esta noticia me llama la atención que se hable de **festividades** y de **celebración** del centenario de una **muerte.** Comprendo que se hable de ceremonias para conmemorar una muerte, pero no de festividades para celebrarla. Sin embargo, es posible que el periodista tenga razón, desde su punto de vista personal, y que crea que la muerte es un acontecimiento que debe celebrarse con festividades. Desde luego, cuando muere una criatura de las clases pobres en nuestro país, se celebra un velorio, que es una verdadera fiesta, con frecuencia una bacanal. Y *no* aparece del todo absurdo celebrar la muerte como el final de una jornada.

La muerte de los otros puede ser una *fiesta*, y también un negocio. Cuando, hace poco, Bernard Shaw se fracturó un fémur, al caerse, mientras paseaba por su jardín, hubo que llevarlo al hospital y operarlo. Teniendo ya

el rey de la sátira moderna noventa y cuatro años de edad, se temía que muriera. Y entonces, un empresario de películas, en combinación con una revista norteamericana, ofreció a Shaw la suma de un millón de dólares por que se dejara tomar una cinta sonora, de unos diez a quince minutos, en la que él se despidiera de la vida y de la humanidad. Esa película se exhibiría en todo el mundo el día de su muerte. ¡Magnífico negocio que Bernard Shaw rehusó enfáticamente. Más tarde murió, y sus funerales, como él los había pedido, fueron de los más sencillos, sin intervención religiosa, sin pompa, sin flores siquiera, con sólo unos pocos de sus amigos íntimos, incinerado su cuerpo, para que las cenizas fueran esparcidas en su jardín, con las de su esposa. Todo lo opuesto de los funerales de nuestro ex Presidente Alessandri.

La muerte es materia prima de negocios para muchos. Desde luego para los empresarios de pompas fúnebres; para los floristas que expenden coronas y guirnaldas; para las compañías de seguros de vida; para los que construyen mausoleos; para los diarios que publican las defunciones; para los frailes que cantan misas a los muertos, al enterrarlos, y en los aniversarios sucesivos.

Pero la muerte de uno mismo, ya es otra cosa. No nos sentimos tentados a hacer negocios con ella, ni aun que se nos ofrezca un millón de dólares, como hemos visto.

Dos veces, antes de llegar a la ancianidad, he confrontado la muerte. Cuando tuve una fiebre tifoidea, y mi hermano quemó las sillas de su comedor para calentar agua con la cual darme un baño; y cuando se me obligó a tenderme como muerto, entre velas encendidas, bajo una corona fúnebre, ordenándome que me quedara tan inmóvil como la muerte misma. En la primera de estas ocasiones, me sentía morir, me sentía aún como si ya estuviera muerto. Es decir, era algo así como si yo me hubiera salido de mí mismo, con mi imaginación, y viera mi cuerpo muerto, estando mi espíritu, mi mente, mi conciencia, vivos.

La imaginación del hombre es, sin duda, lo más po-

-ente que existe. Viaja mucho más rápidamente que la luz. No hay nada que viaje con más rapidez que la imaginación. Ve más que el más potente telescopio y que el más poderoso microscopio. Se necesita de miles de obreros y de mucho tiempo, para levantar un rascacielos; pero la imaginación de un solo hombre lo puede levantar en una fracción de segundo.

Su imaginación lo puede imaginar todo, menos su propia muerte. Ud. no puede imaginar que está muerto. Yo no puedo imaginar que estoy muerto. Si Ud. imagina que está muerto, tiene que estar presente ante esta imagen, tiene que estar vivo, porque si no está presente, si no está vivo, no puede imaginar que está muerto. Ud. se puede imaginar que está muerto, sólo si está vivo. El que está muerto no puede imaginar que está muerto. A no ser que uno imagine a otra persona que se nos parezca y que esté muerta.

La verdad es que nada sé positivamente, acerca de mi vida anterior a mi nacimiento. Sé de dónde vengo, cuáles son mis antepasados, a través de los siglos. Pero no más, y no mucho acerca de eso tampoco. En cuanto a mi futuro, a lo que será de mí después de que haya muerto, no sé nada.

La filosofía humana acerca de la muerte es muy variada. Muchos, millones y millones, creen que, después de morir seguimos viviendo, y que nuestra vida futura será de eterna felicidad y encantamiento, si hemos sido buenos en la Tierra, y será de sufrimientos indescriptibles, si hemos sido malos. Esta es una manera que se ha ideado para tentar a la gente a ser buena, y para apartarla de la maldad. Según mis observaciones, este plan no ha tenido mucho éxito. Creo que hay más gente buena que no cree en la supervivencia de las almas, que la que cree en ella.

Todos, de todas las religiones, sentimos respeto por el cuerpo muerto, ante el cual conocidos y desconocidos nos descubrimos. Lo respetamos más que cuando estaba vivo. Los egipcios los embalsamaban de tal manera que

sus momias, conservadas muchas de ellas hasta ahora, en museos, son verdaderas obras de arte. Para los cuerpos sin vida se construyen ciudades más hermosas que para los cuerpos con vida, cementerios tan hermosos como el Pere Lachaise, y mausoleos con magníficas esculturas. Se fabrican hoy día ataúdes tan hermosos, tan lujosos, tan confortables, que son, casi, una invitación a la muerte. En los funerales, todos quieren dar una última mirada al muerto. Al Presidente Alessandri lo fueron a mirar medio millón de personas. Cuando vivo, le pasó muchas veces revista al Ejército. Muerto, le pasó revista a Santiago.

Algunos prefieren ser incinerados, y esta idea toma cuerpo. Un señor, amante de la belleza, dejó establecido en su testamento que su cuerpo debiera ser incinerado, y que sus cenizas, por iguales partes, debieran ser esparcidas a los vientos en los dos puntos más bellos del mundo, en el Morro, de La Habana, y en Golden Gate, de San Francisco. En cuanto a mí, diré que lo que ocurra con mi cuerpo, después de muerto, me tiene sin inquietud. Y no deseo ni que me embalsamen, ni que me hagan mausoleo, ni que se me canten misas, ni se me hagan funerales suntuosos, ni se me pongan flores siquiera en mi entierro, seguro como estoy de que ni he de gozar con su belleza, ni sentir su perfume. Preferiría que mi cuerpo fuera enterrado como enterré yo a Techo y a Abrigo, en la tierra, directamente, para volver a lo que era antes de nacer.

Es curioso que, siendo la muerte uno de los muy pocos acontecimientos futuros de los cuales estamos seguros nos han de ocurrir, no la hayamos estudiado científicamente, sino para hacer negocios con ella. Las Compañías de Seguros de Vida han estudiado las estadisticas de la muerte y, aunque no pueden predecir a Ud. o a mí, cuándo vamos a morir, valiéndose de las estadisticas, tomando en cuenta a los millones de hombres en conjunto de un país, nos dicen cuántos van a morir cada año, cada mes, cada día; y cuántos de los muertos van a ser hombres y cuántas mujeres; y cuántos van a morir de tal edad y cuán-

nos de tal otra edad; y cuántos de tal enfermedad, y cuántos de tal otra enfermedad.

¿Qué es la muerte? Por su cabeza revoletea una mosca. Usted logra aplastarla, reventarla. Está muerta la mosca. ¿Qué quiere decir esto? Por cierto quiere decir que ya no podrá revolotear por su cabeza, que ya no lo va a molestar más. Y esto es todo lo que le interesa a Ud. con respecto a la muerte de la mosca. Pero ¿qué quiere decir esa muerte para un hombre que piensa científicamente en el fenómeno que ha ocurrido con la mosca? ¿Qué quiere decir que ha muerto? Quiere decir que un ser llamado mosca, un díptero, que hacía poco volaba, y se posaba en diferentes partes, ya no vuela ni puede posarse en ninguna parte. Ya no puede moverse. La mosca se acabó; desapareció como mosca. Queda en el papel en que Ud. la aplastó una mancha fea, líquida, que se va secando, y con el tiempo se pone amarillenta. ¿Es ésa la mosca? No es la mosca. Esa es una substancia que fué una mosca, como antes debió haber sido otra cosa. La mosca desapareció. Desapareció para siempre.

Si las moscas tuvieran nuestra inteligencia, nuestra imaginación, y la capacidad para hacerlo, tal vez tendrían cementerios de moscas, ataúdes y mausoleos de moscas, misas para el descanso de sus almas. Y, acaso las más importantes fueran embalsamadas, y todas las demás moscas las fueran a mirar en su féretro, y las acompañaran en sus funerales.

Usted seguramente no cree que la mosca tiene un alma, destinada a irse al Cielo, si no hizo daño en la Tierra; al Infierno, si hizo mucho daño, y al Purgatorio, si su conducta fué intermedia. Si Ud. cree que las moscas tienen alma, que se distribuyen en el Cielo, el Infierno y el Purgatorio, también debe creer que tienen alma todos los otros animales que salieron del Arca de Noé, y que se propagaron por la Tierra. Creerá que tienen alma los infusorios, los microbios de toda índole, de los que hay en la Tierra billones de billones, y posiblemente los hay en

mucho mayor abundancia en otros mundos de los cuales nada sabemos.

Y si cree que los infusorios tienen alma, que sobrevive eternamente, almas más chicas, tal vez, si es que hay almas de diversos tamaños, ¿por qué no ha de creer que las plantas, que son otra expresión de la vida, tienen también alma? Así lo sostuve yo la única vez que he estado borracho, en una disertación acerca del alma de las lechugas, a las cinco de la mañana, en el Mercado Central.

Es posible que el lector no crea en tantas almas; son muchas para creer en ellas. Pero posiblemente cree en el alma de los hombres, en un alma que no muere cuando muere su cuerpo. ¡Claro! El hombre es tan importante. Hay quienes todavía creen que el universo se creó para el hombre, el hombre de la Tierra; y no para todos los hombres de la Tierra, tampoco, no para sus dos mil millones, sino para un grupo determinado de hombres, el grupo a que cada cual pertenece, raza, nación, clase social.

Mi autobiografía no es un libro de propaganda antireligiosa. No voy a tratar de convencer al lector de que esto de la existencia de un alma en mi cuerpo, que va a seguir viviendo después de que yo muera, es algo científicamente inaceptable. Todo lo que diré, puesto que estoy presentando mi vida en todos sus aspectos, es que yo no creo que mi alma, mi espíritu, mi conciencia, sigan viviendo después de que yo he muerto. Creo que esta alma es una manifestación de la vida de mi cuerpo. Es una llama que se apaga al apagarse la vida.

¿Una llama, he dicho? Precisamente lo que yo he hecho casi toda mi vida, es velas. Millones y millones de velas. Al encender Ud. una vela, nace, digamos, el alma de la vela. Al apagar Ud. la vela tenemos el fenómeno opuesto al de nuestra muerte en que muere el cuerpo y sigue la llama del alma. En el caso de las velas Ud. apaga su alma, su llama, y sigue viviendo el cuerpo.

Pero en el caso de las velas Ud. puede volver a encender la llama apagada. ¿Ocurre también así con nos-

otros? No se ha dado caso conocido de resurrección, fuera de la de Cristo, que no cuenta con suficientes pruebas circunstanciales para aceptarla como verdadera.

Por cierto, aquí entra un nuevo factor: la fe. ¿Qué es la fe? A mi modo de ver es la facultad de creer en algo que no se puede demostrar ni por experimentación, ni por raciocinio, ni por pruebas circunstanciales, algo que se cree porque sí, porque le dicen a uno que debe creerlo. Esto para mí es pura metafísica. Y no es provincia mía probar que no hay tales milagros. Los que sostienen que los hay son los que deben probarlo.

Antes de que naciera ¿tenía yo alma? Algunos lo creen así, los reencarnacionistas. Según ellos, su alma ha estado antes en otro cuerpo, el de un lobo, o el de Santo Tomás de Aquino; en el de una araña, o en el de Santa Teresa de Jesús. Yo no creo en eso. Nadie lo ha podido probar, ni por experimentación, ni por lógico razonar, ni con testigos dignos de confianza. Yo no creo que mi alma existiera antes de que yo naciera, como no existían tampoco mi corazón, ni mi olfato. Si mi alma existía antes ¿cuándo entró en mi cuerpo? ¿Por dónde entró? ¿Escogí yo mi alma, entre un gran surtido, como escojo ahora la corbata o los zapatos de que me voy a proveer? Nacido aquí en Chile, ¿podría haber escogido para mi uso personal el alma de un samurai japonés o de un trovador provenzal? Y si tenía tantas almas para escoger, ¿por qué no escogí dos para ponerlas a prueba y ver cuál me resultaba mejor?

Pero si yo no creo que, al morir, haya de seguir viviendo mi alma, lo que creía antes, cuando era profundamente religioso, el que me de cuenta ahora de que no voy a ir al Cielo, ni a ninguna otra parte, después de muerto, ¿no debe ser una decepción para mí? Si a Ud. lo han invitado a un delicioso week end, con todos los placeres imaginables, y se ha preparado para pasarlo divinamente, y alguien le dice que el week end no se va a efectuar, sufrirá un desengaño, una decepción, tanto mayores cuanto más esperaba gozar en esas vacaciones ofrecidas. Pero si la

invitación al **week end** era fraudulenta desde el principio, no tiene por qué sufrir decepción. No es que lo hayan excluido a Ud. Todos han sido excluidos. Y los que creen en la fiesta que no va a tener lugar son los engañados.

Para el viaje al cielo hay toda clase de folletos de propaganda turística, editados por la Iglesia. Superan a todo lo que las empresas de navegación aérea nos dicen acerca de las bellezas de los países que se nos invita a visitar. Pero estos agentes de viajes terrenales tienen algo en qué apoyarse para describir las bellezas naturales y artificiales, montañas y catedrales. Publican fotografías y descripciones de otros viajeros que han ido antes a esas regiones. Los señores que editan la propaganda para el viaje al Cielo, no tienen, sin embargo, otra cosa en qué apoyarse que su imaginación, y nos piden que les creamos como cuestión de fe. Como la fe es para mí algo metafísico que no tomo en serio, no creo haber perdido mucho con el retiro de la invitación para ese viaje al Cielo, donde se me invitaba a un **life end**, a una permanencia eterna.

Pero, en todo caso, ¿no resulta algo aterrador tan sólo pensar en la muerte, en nuestra desaparición completa y permanente, como la de la mosca que hemos aplastado? ¿Aterrador? Pero ya hemos visto que yo no me puedo imaginar estar muerto. Todo lo más que puedo hacer es tratar de mirar a otra persona como yo, muy parecida a mí, igual a mí, en rasgos corporales, que ha cesado en sus manifestaciones de sujeto vivo.

Si Ud. es creyente, si Ud. cree que su alma va a seguir viviendo después de su muerte, si cree que ha vivido una vida que lo acredita para ir al Cielo, y, si no ha vivido tal vida, cree, cómo los creyentes, en general, que basta con que Ud. confiese sus pecados y se arrepienta para que San Pedro le abra las puertas de su Paraíso, ¿por qué ha de temer la muerte? Me parece a mí que debiera desearla, como se desea que llegue pronto el día en que hemos de partir para un **week end** prometedor.

Pero a usted tal vez le inquieta la suerte de su cuerpo

además de la de su alma, pues su asunción no sería física, corporal, como la de la Virgen María. Tal vez le ocurre lo que a un viajero, a quien se le ha quedado atrás la maleta, que lleva toda su ropa y todo su dinero. No creo que debiera preocuparle mucho eso, porque debe esperar que en el Cielo haya de todo, y que usted no necesita llevar nada de la Tierra, ni su cuerpo siquiera.

A lo que mejor se puede comparar la muerte es al sueño. Dormir es lo que más se parece a morir. Es, en realidad, una muerte temporal, en que las solas manifestaciones de la vida son las actividades espontáneas de nuestros órganos, tejidos, humores: respirar, digerir, el circular de nuestra sangre, y algunas manifestaciones de nuestra subconciencia, en forma de sueños más o menos extrafalarios.

¿Teme usted dormir? ¿Teme usted a esta muerte temporal? Todo lo contrario; a usted le gusta dormir. Usted está encantado de dormir ocho horas de un tirón. Y dormiría de buena gana diez horas, o más. ¿Le asustaría a usted dormir una semana, o más?

No, no le asusta. Le agrada aún. Pero usted me dirá que es porque sabe que su cuerpo está vivo. ¿Lo sabe mientras está durmiendo? No lo sabe. Lo que ha dejado de existir durante el sueño es su conciencia de la realidad de la vida, lo que usted llama su alma. Esto no le inquieta a usted, si cree que va a ser temporal, como apagar la vela, que puede encender de nuevo.

Pero si el sueño no es temporal, si es eterno, ¿por qué le ha de inquietar? Usted goza con dormir principalmente porque descansa de las faenas, los pesares, las preocupaciones de la vida. ¿Por qué esta ansia de volver a hacerse cargo de las faenas, de los pesares, de las preocupaciones de la vida? Supongamos que va usted por una carretera con un pesado fardo en sus hombros. Va subiendo cuestas, va transportando penas en su pesado fardo. Alguien, misericordiosamente, se lo quita, y le permite que se recueste a descansar. ¿Por qué ha de estar ansioso de despertar

para volver a tomar el fardo sobre sus hombros, y seguir subiendo cuestas, traspirando, cansado? Yo estaría encantado de que me quitaran el fardo definitivamente. ¿Usted no? ¿Por qué no?

Pero, podrá ocurrir que lo que a usted le inquiete y le haga sufrir más es el hecho de que su cuerpo va a perecer, es decir que no sólo se va a apagar la llama de la vela, sino que la vela toda se va a consumir, que ya no va a haber más vela como tal, a pesar de que lo que constituía su esencia seguirá existiendo en las diversas substancias en que se transformó con la combustión de la vela.

¿Su cuerpo? Usted adora su cuerpo. Usted se subleva ante la idea de que su cuerpo se va a desintegrar. ¿Fue usted donde el barbero esta mañana, o ayer, o el día antes? ¿No le cortó él el cabello? ¿No tiró al suelo parte de su cabello, parte de su cuerpo? ¿Le inquieta a usted eso? ¿Le inquieta saber que va a venir el mozo que hace el aseo y va a echar a la basura parte de su cuerpo? Usted se cortó las uñas algún día dentro de la última semana. ¿Se le ha ocurrido a usted poner los recortes de sus uñas en un cofrecito, ataúd de sus uñas, como parte de su cuerpo por el cual siente reverencia, al lado de una colección de dientes, que el dentista le ha ido extrayendo, uno tras otro?

Pero me dirá usted que ya no necesita de las uñas o el pelo cortados, o de los dientes extraídos. Supongamos, entonces, que usted sufre de un repentino ataque de apendicitis, y que el doctor le dice que hay que extirparle el apéndice vermiforme, sin demora. Se saca el apéndice de su cuerpo. ¿Querrá usted guardar reverentemente este pedazo de su cuerpo? Me dirá, acaso, que no necesita y que nunca necesitó de su apéndice durante su vida, que es una supervivencia innecesaria. Supongamos, entonces, que tiene otra enfermedad, que obliga a los doctores a extraerle, digamos, una pierna, o las dos, para evitar el desarrollo de una gangrena, o de un tumor canceroso. ¿Qué hace Ud. con esos pedazos de su cuerpo? ¿Los entierra con un cere-

monial religioso? ¿Los lleva al cementerio siquiera? Si la parte de su cuerpo que le extirpan es tal, que ya no es posible la vida, es decir que ya no es posible la llama, porque la vela respectiva se ha consumido, ¿por qué ha de ser más grave eso, por qué ha de ser más desesperante, más trágico? Si usted no tiene reverencia por una parte de su cuerpo, ¿por qué ha de tener reverencia por todo su cuerpo?

A medida que me he venido acercando al final de mi vida, la idea de mi muerte, que antes me inquietaba, no me inquieta ya. Sé que no voy a ser yo el que sufra con mi muerte, sino los seres queridos que dejo tras de mí. Me había inquietado mucho dejarlos desamparados; pero, como, afortunadamente, aun en medio de este mundo tan cruel, quedarán después de mi muerte sin necesitarme para su sustento, y para llevar adelante sus cargas de la vida, me inquieta poco que llegue el día de mi partida. Sé que ni siquiera los voy a echar de menos, porque, una vez muerto, no tendré conciencia de su memoria. No tendré ningún recuerdo de ellos. Y ellos, siguiendo la marcha normal de la vida, terminarán por consolarse, y olvidarme. En cuanto a mí, seré, después de muerto, lo que era antes de haber nacido. Y me parece seguro que no he sufrido yo, personalmente, antes de haber nacido.

Sé que soy un eslabón en una cadena infinita, ligado al pasado con lo que de él he heredado; ligado al futuro con la herencia, material, y espiritual, que dejo tras de mí. Antes miraba yo la vida sin comprender casi nada de ella. Por eso me he llamado a mí mismo un tonto, un hombre atónito ante la vida y sus misterios. Pero algo he principiado a comprender.

Me ocurría lo que a un color, un matiz, un claro-obscuro, de un cuadro, como el Adán de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, cuya reproducción tengo en mi dormitorio. Si soy un color en el cuadro, y formo parte de él, no puedo ver todo el cuadro, no puedo juzgarlo. Pero si me fuera dado salirme del cuadro, y mirarlo de frente, podría

ver y comprender la belleza del cuerpo, reclinado, desnudo, con su brazo sobre la rodilla, de una belleza que seguramente no tuvo jamás el Adán verdadero, si es que hubo un Adán verdadero.

Así puedo imaginarme a mí mismo muerto, como si realmente me hubiera salido del cuadro del cual formo parte, y lo mirara de frente, y lo viera en su conjunto, y lo pudiera comprender. Y pudiera decirle a la Vida, lo que el poeta mejicano Amado Nervo:

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni una pena inmerecida.

Porque veo al final de mi rudo camino
que yo fuí el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las hieles, o la miel, de las cosas,
fué porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

...Cierto, a mi lozanía va a seguir el invierno:
¡mas, tú no me dijiste que Mayo fuese eterno!
Hallé, sin duda, largas las noches de mis penas;
mas, no me prometiste tú sólo noches buenas,
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fuí amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Por cierto, eso de que yo "soy el arquitecto de mi propio destino" lo acepto sólo con las reservas que se desprenden del capítulo en que he hablado de lo cercenada que está mi libre voluntad.

Una mañana amanecí con un fuerte dolor a la cintura, al cual no le concedí mucha importancia. Pero las puntadas al costado persistían. El dolor es sólo una campana de alarma, que nos advierte que algo marcha mal en el cuerpo, tal como las campanas de incendio anuncian el

peligro de las llamas en una ciudad. Simultáneamente, me disminuía el apetito, y sentía un decaimiento general. Consulté a mi hijo.

Roberto me sometió a un minucioso examen. Como médico estudioso e investigador, me hizo toda suerte de preguntas. Quería aparecer tranquilo; pero no me podía ocultar su inquietud. Me dijo que no se trataba de nada grave. Me recetó algunos medicamentos. Pero mi cuerpo no reaccionaba como él quería. Un día llegó con un médico amigo. Para no alarmarme, me dijo:

—Veníamos juntos de una consulta, y, como le dije que tú no te sentías bien, me ofreció acompañarme.

No me engañó con esa explicación. Comprendí que mi hijo solicitaba ayuda profesional. Se trataba ya de una pequeña junta de médicos para mi enfermedad. El doctor amigo me hacía preguntas, y me miraba. Y mi hijo no me miraba a mí, sino a su amigo, para leer en su rostro su opinión.

Leyendo la autobiografía de Clarence Darrow, me impresionaron mucho unas líneas que dedica a su hijo, diciendo de él que jamás, en todo el curso de su vida, le había dirigido el hijo al padre una palabra áspera, ni en su fondo ni en su tono. El padre tampoco al hijo. Entre mi hijo y yo ocurría lo mismo: nunca nos hemos dicho una palabra agria, y todo el empeño de él ha sido evitarme sufrimientos a mí, y todo el empeño mío evitarle sufrimientos a él.

—¿Qué dice el nuevo doctor? —le pregunté después.

—Lo mismo que te he dicho yo. Una cosa pasajera. Cansancio. Lo que necesitas es reposo, y cuidado con tu dieta.

Simulé que le creía, y le agradecí su piadosa mentira blanca.

Me habían echado a la cama. Pero yo había pedido que pusieran mi lecho en la galería que daba al jardín. Desde allí, mirando a lo alto, admiraba el telón de fondo andino del panorama. Mirando hacia abajo, contemplaba

nuestro abigarrado rosal, y los jazmines, las fucsias, las hortensias, los gladiolos, los clementis, los pensamientos, los delfinios, las campanillas, los claveles, los clarines, los crisantemos, las amapolas, las madreselvas, los suspiros gigantes, de azul eléctrico, y, al fondo, las malvas con sus enormes flores, blancas y rosadas. Era todo un espeso matorral de flores, artísticamente asimétrico, cuyo perfume llegaba hasta mi balcón. Se creería, de repente, que las malvas estaban ardiendo, echando chispas, que saltaban de unas corolas para caer en otras. Eran las abejas libando la miel, a los rayos del sol que se ponía. Algunas mañanas, el jardín adquiría un aspecto fantástico. Millares de gotas de rocío, sobre hojas y pétalos, reflejando el sol, parecían diamantes de múltpiles facetas y variados quilates, que se esperaría Aladino entrara a recogerlos.

El jardín, en plena orgía de colores, parecía, a la vez, una inmensa pajarera natural, con sus paredes tupidas de enredaderas, con escondidos nidos de gorriones; con su piso verde, y su techo abierto hasta el azul del cielo. Allí llegaban los gorriones como a su propia casa. Siempre había docenas de ellos durante el día, a veces hasta un centenar. Yo los observaba, tan inteligentes para combinar su dieta omnívora, de carne, legumbres, fruta. La carne la obtenían de los pulgones de los rosales, carne verde, y de algunas lombrices del jardín, carne rosada. De las hojas de las plantas se proveían de vegetales, y picaban también nuestras frutas. Yo no les reprochaba el daño que nos hacían. En el surtidor tomaban agua, y se daban baños de lluvia. Y, para limpiar sus cuerpos de bichos parasitarios se daban enérgicos baños de tierra. Los gorriones no necesitan de médicos para que los cuiden. Están siempre mostrando su alegría con sus trinos. ¡Y hay que verlos como pedagogos, enseñando a volar a los pichoncitos recién emplumados!

De cuando en cuando aparecía algún zorzal. Nunca entró una paloma en la gran pajarera, a pesar de que éstas se paseaban como en su casa, en la calle, frente a nuestra

puerta. El jardín de nuestro vecino estaba casi tan hermoso como el nuestro.

Pero yo sabía que esos apacibles jardines, con su orgía de colores y perfumes, eran, por otra parte, como una selva salvaje, donde se libraba, en todo momento, encarnizada lucha por la existencia. Vemos, en películas, la lucha de fieras, tigres, y leopardos, en tierra; buitres y cuervos, en el aire; tiburones y cocodrilos, en el agua. Y ese espectáculo macabro convierte nuestras cabezas en erizos. ¡Cuestión de volumen, que es algo relativo a nuestro propio tamaño! En mi jardín, y en el de mi vecino, se libra la misma lucha encarnizada, pero entre seres más pequeños. El que un gorrión se engulla los pulgones de un rosal ¿no es como que una boa se engulla una liebre?

Yo tenía imaginación bastante despierta para juzgar esta lucha, independientemente del tamaño de los combatientes, lucha despiadada con que algunos justifican la lucha del hombre contra el hombre, diciendo, como Spengler, que la guerra es necesaria. La humanidad no ha conocido ni un solo día, desde los tiempos prehistóricos, hasta hoy, en que no se esté librando a lo menos una guerra entre pueblos diferentes. Y muchos creen que esto debe ser así siempre, "porque la naturaleza humana no cambia". Pero la batalla cuerpo a cuerpo de las selvas vírgenes y la de mi jardín es entre individuos de diferentes especies. La creencia errada de que algunos hombres son inferiores a otros, de razas tan distintas como si fueran especies diferentes, le da analogía no justificada a las guerras humanas con la lucha por la vida entre especies distintas. ¡Tan grave y trascendental es el prejuicio racial, que fomentamos en vez de combatir!

Una tarde, mi esposa, como si se tratara de algo incidental, de poca importancia, que no respondía a plan o propósito definido alguno, me dijo con su voz suave:

—¿No quieres que llame al padre Lorenzo para que converse contigo?

El padre Lorenzo, muy poco menor que yo, es el confesor de Florencia, desde cuando era muchacha. Fué quien nos casó. Además de consejero espiritual, es amigo de la casa. Pero viene a vernos muy de tarde en tarde; a veces pasa un año sin que yo lo vea. Sabe lo irreligioso que soy, pero ha sido siempre muy tolerante conmigo. El me tolera mis pecados. Yo le tolero sus virtudes. Estamos pagados.

No me extrañó la petición de Florencia. En verdad la había estado esperando. Sonriendo, le dije:

—¿Que ya se acerca el fin?

—De ninguna manera —se apresuró a contestarme—. Pero como amigo de nosotros, me ha dicho varias veces que le gustaría venir a verte. Yo he sido quien le ha dicho que sería mejor que no viniera, porque tú podrías alarmarte, creyendo que te encontramos muy mal.

—Que venga, si quiere, pero no a confesarme —le contesté. Conversábamos en la galería, donde me gustaba pasar la mayor parte del día. No era cuestión de que cambiaran mi cama, sino que tenía mi verdadera cama en el dormitorio, y un diván-cama en la galería. Necesitaba sólo de pocos pasos para cubrir la distancia entre ambos lechos.

El padre Lorenzo fué a verme ese mismo día, al caer la tarde, cuando me acababan de llevar al dormitorio. Principió la conversación con referencia a mi enfermedad, diciéndome que estaba seguro de que muy pronto me mejoraría, que había que tener confianza en Dios. Yo me sonreí, con escepticismo.

A la cabecera de la cama de mi esposa había una virgen. A la cabecera de la mía había un cuadro, composición fotográfica, que representaba al Phitecantropus erectus, ser intermedio entre el hombre y el mono, que lo tenía yo allí con el mismo orgullo con que el poeta Dublé Urrutia podría tener el retrato de alguno de sus lejanos abuelos de la rancia aristocracia de la antigua Galia. El cuadro estaba ligeramente inclinado en la pared, y yo podía verlo sin mover la cabeza, apoyada en la almohada.

—¿Por qué no cambiamos ese cuadro? —me dijo el padre Lorenzo— por una imagen de Cristo?

—¿Por qué, padre? —le pregunté.

—Porque es una blasfemia; es la negación del origen divino del hombre.

Me quedé mirándolo un rato. Al fin le dije:

—¿Usted cree que es el momento oportuno para discutir eso, padre?

—Creo que es el momento más oportuno, porque ahora tiene usted tiempo y tranquilidad para meditar y corregir sus errores. No creo que su enfermedad sea grave. Pero siempre conviene estar preparado para la muerte. Siempre conviene estar en paz con Dios.

—Pero si Dios no me busca camorra, yo estoy en paz con El.

—Dios no les busca jamás camorra a los hombres. Son los hombres los que le buscan camorra a El. Pero todos, cuando divisan la muerte, se reconcilian, y piden perdón. Recuerde a Pedro de Valdivia, tendido, ensangrentado, en el suelo, muriendo. No tenía un crucifijo cerca de él y con sus dedos, casi exánimes, tomó sangre de su cuerpo, como si fuera tinta y dibujó una cruz en la tierra, y la besó. Todos, aun los grandes herejes, el mismo Voltaire, cuando les llega la hora final, se reconcilian con Cristo, y piden perdón por sus blasfemias.

—Padre, usted está mal informado acerca de los últimos días de Voltaire —le dije—. La Iglesia, en el caso de este gran libre pensador, como en miles de otros, ha inventado una leyenda de arrepentimiento. Los documentos históricos más irrefutables dejan establecido que Voltaire no aceptó ni en sus últimos momentos desdecirse de sus creencias. Ocurre, naturalmente, que muchos librepensadores, cogidos en sus últimos momentos, con la claridad de su pensamiento ofuscada, pueden "pisar el palito", que les pone la Iglesia, como usted me lo quiere hacer pisar a mí. Hay un libro, que acaso usted no conoce, que muestra los últimos instantes de un gran número de libre-pensadores, agnósti-

cos y ateos, libro que establece la verdad histórica. Casi todos estos arrepentimientos de que nos habla la Iglesia son imposturas.

Esa conversación con el padre Lorenzo, me hacía evocar los esfuerzos de los frailes que vinieron con los conquistadores y colonizadores de Chile para convertir a los mapuches a la fe católica. Les costaba a esos frailes convertirlos, y el señor Encina acusa a los indios, por esta razón, de inferioridad mental, porque, como dice, en sus cerebros rudimentarios las ideas religiosas del catolicismo daban bote. Y recordaba yo el ejemplo con que ilustraba su aseveración: el del indio que, convencido al fin de que si se dejaba bautizar ganaría el cielo, pidió que bautizaran también a sus dos queridos perros.

Indudablemente, en mi cabeza también daban bote las palabras y los argumentos del buen padre Lorenzo. Yo era tan obtuso como los mapuches.

El confesor de mi mujer quería lograr, a toda costa, que yo me confesase.

—Aunque Ud. no crea, don Miguel —me dijo— ¿qué pierde con la confesión?

—Pero, padre, —le contesté— Ud. sabe que soy determinista, y que aun habiendo pecado mucho, no me considero culpable de mis pecados.

—¡Ah, determinista! ¿Vamos a volver a esas discusiones?

—No, no me siento con muchas fuerzas para discutir. Pero, además, Ud. y yo tenemos conceptos diferentes en cuanto a lo que es pecado. Veamos, recorriendo mi vida, algunas acciones mías que Ud. considera pecados, y yo no.

—¿Cuál, por ejemplo?

Pensé un momento, y luego le dije:

—Cuando muchacho, me escondí en un closet, en el dormitorio de una prima mía, para verla desnuda. ¿Es pecado eso?

—¡Claro! ¡Lujuria! ¡Lascivia!

—Yo no lo creo pecado, padre, y parece que los

frailes de cierto convento de una historieta que yo me sé tampoco lo creían pecado.

—¿Qué historieta es ésa? Una blasfemia, sin duda.

—Un obispo muy anciano estaba a la muerte. Uno de los frailes que lo atendían propuso que como compensación al pobre santo, por su vida de sacrificios y privaciones de todos los placeres mundanos, le dejaran contemplar a una mujer desnuda. De acuerdo todos, se lo propusieron, y el obispo aceptó. No debe ser tan gran pecado mirar a una mujer desnuda, cuando los padres lo propusieron y el obispo lo aceptó.

—Ese es sólo un cuento sacrílego, de los muchos que Ud. sabe —interpuso el padre Lorenzo.

—Tal vez. Pero la historieta dice que le mostraron, de pie ante él, a una joven mujer enteramente desnuda. El obispo la miró sin emoción, y dijo: —¡Bah! Lo mismo que las monjas.

El padre Lorenzo había sido siempre tolerante con mis bromas impías, y sonrió también con ésta, diciéndome:

—No debe estar Ud. muy enfermo, don Miguel, cuando se chancea así.

Pero yo vi el fondo de su pensamiento, que era: "no está todavía bastante débil y enfermo para poder convencerlo". Me hacía pensar en mi mujer, cuando probaba la masa, para ver si estaba lista para hacer la torta. Yo no estaba todavía en punto.

—Padre, — le dije, mostrándole con la mirada el Adán de Miguel Angel, detalle enorme de la Creación, en el techo de la Capilla Sixtina, reproducción que colgaba en la pared, entre mi cama y la de mi mujer— ¿qué piensa usted de ese cuadro?

—Que está en abierta contradicción con la herejía del antropoide que tiene a su cabecera. Esto lo redime a usted en parte. Tiene aquí un pedazo del Vaticano.

—¿Usted no sabe por qué lo tengo?

—¿Por qué?

—Porque, además de ser una gran obra de arte, es

una prueba gráfica, incidental, de la mentira bíblica de la Creación, tal como la presenta la Iglesia.

—¿Por qué?

—¿Por qué pintó Miguel Angel a Adán con ombligo, Padre, tal como lo pintó Rafael? Si Adán tenía ombligo, el nudo que se hace con el cordón umbilical, que es el tubo que le sirvió para alimentarse en las entrañas de la madre, no pudo él haber sido el primer hombre. Si Adán fué el primer hombre, ¿por qué Dios, que quería crearlo a su imagen y semejanza, lo creó con ombligo?

El padre Lorenzo, que es fuerte en teología, no había, como pude verlo, pensado nunca en este detalle.

—Seguramente Miguel Angel y Rafael —me contestó— pintaron a Adán con ombligo, por simple error, por inadvertencia. Ellos no eran teólogos.

Pero supongo, padre, que el Papa Julio II, a quien consultó al respecto Miguel Angel, y que le ordenó que lo pintara con ombligo, entendía en cuestiones bíblicas. El ombligo de Adán ha sido objeto de enconadas controversias desde lejanos tiempos. Hace muy poco, el año 1944, un Subcomité del Congreso de los Estados Unidos, se opuso a la distribución de un folleto acerca de las Razas de la Humanidad a los soldados, entre otras razones, porque Adán y Eva aparecían en las ilustraciones con ombligo.

—Después de todo, —me interrumpió el padre Lorenzo— ¿qué importancia tiene esto?

—Tiene la importancia, padre, de comprobar que vivimos en una telaraña de prejuicios, que nubla el espíritu del hombre. Aquí tiene un diario de hoy —agregué— que publica, como lo hace todos los días, el Círculo Mental de Madel Shade. En ese diario se podrían omitir las noticias más importantes, pero ese cuadro a dos columnas no se omite nunca. Vea; aquí se describe el horario astrológico, guía de la fortuna y del éxito para el día de hoy. Lea.

El padre no quería leer. Yo, con algún esfuerzo, le leí lo siguiente:

"Genio que gobierna el día: Seeiah, que protege contra las enfermedades, incendios y caídas; da salud y larga vida. Genio que preside el día: Raphael, cuya influencia es de inteligencia; ayuda a los hombres de letras, jueces, abogados e investigadores físico-químicos. Color: armónico. Tono de la vida: la menor. 7 horas 47 minutos. Invocar a los genios del día, haciendo ejercicios de respiración, pedirles su ayuda y protección. 8 horas 36 minutos: concentrar el pensamiento en los pulmones, y en la médula cerebroespinal; imaginar que sube el fuego creador desde el coxis al cerebro, a fin de aumentar el poder mental e inteligente".

El padre Lorenzo no me dejó seguir leyendo, diciéndome:

—Esas son estupideces.

—Pero si el diario las publica todos los días, es porque hay mucha gente que las lee y cree en ellas.

—Son tontos.

—Son ignorantes, como los que creen en que Adán fué el primer hombre. Son personas que no han recibido educación científica. Creen en mitos, como el de la "sangre", del señor Encina.

Se retiró al fin el padre, decepcionado, pero no vencido. Me dijo que volvería a visitarme. Sin duda esperaba que estuviera peor, para encontrarme más blando.

Yo tenía días de fiebre, y éstos se sucedían con más y más frecuencia. Mis dolores al cuerpo aumentaban, y mi debilidad general también. Me costaba orinar; oí varias veces balbucear la palabra "uremia" al lado de mi lecho. ¡Qué no darían mi esposa y mi hijo porque orinara! ¡Y qué no habría dado mi madre, cuando yo tenía ocho y diez años, porque no me orinara en la cama, con diuresis aguda.

Algunos días lo pasaba tan mal, que mi hijo se quedaba al lado mío, y sólo se alejaba cuando tenía un llamado de suma urgencia de parte de alguno de sus pacientes. Pero después, tenía momentos lúcidos. Y pedía lápiz

y papel, para seguir escribiendo este libro. Lo que más temía era morir antes de terminarlo.

En ocasiones le dictaba a Teobaldo, el hijo de mi hermano Ernesto, que había terminado sus estudios de Derecho, sin haber tenido la mala suerte de su padre, sin que ningún burro interviniera para que lo expulsaran de la Universidad. Teobaldo esperaba mi muerte de un día para otro, a juzgar por su permanente sobresalto, que amenazaba con romper en llanto. Pero se conservaba entero. Así también se había conservado durante la enfermedad de Rebeca, su madre. Pero al morir ella, estalló su resistencia, como la de un caldero que revienta por la presión.

Mi vecino, algo más joven que yo, se conservaba de buena salud y me venía a visitar todas las tardes. Su esposa lo acompañaba a veces, y se empeñó una vez en que besara un crucifijo.

—Es todo lo que puedo hacer por usted —ponerlo bien con Dios— después de tanto que usted ha hecho por nosotros —me dijo, y me pasó un bello crucifijo, pequeño, de plata.

Yo me sonreí, y le di las gracias, y le besé la mano, pero no el crucifijo.

El vecino me pasó una rosa, diciéndome:

—Es de la primera planta que usted nos dió.

—Hermosa —le dije—, veo que su jardín está lleno de rosas. Todas blancas —Yo veía cómo todas las mañanas cortaban rosas; pero ninguna que fuera blanca. Comprendía: las estaban guardando para hacer una corona. No se lo dije; ni él me dijo nada tampoco. Me acordé de la corona que el amigo de mi hermano encargó de Talca a Santiago para la chicuela que no murió.

Pan, mi perro regalón, ese gran pelotón de lana negra con sus grandes orejas, como cortinajes, con su mancha blanca, bajo el cuello, se había nombrado a sí mismo mi enfermero de turno permanente. Parecía comprender lo grave de mi enfermedad.

Venía a pasar horas y horas conmigo mi nieto, Ber-

nardito, de apenas diez años, pero ya capaz de comprender la estela de dolor que dejaría mi muerte en su hogar.

Florencia, mi esposa, a pesar de tener diez años menos que yo, y a pesar de estar sana, aparecía como si fuera mayor. Entraba en la galería, o en el dormitorio, según donde yo estuviera. Y salía. Y volvía a entrar. Yo sabía a qué salía. Lo sabía porque lo veía en sus ojos. Salía a llorar.

Yo hablaba poco. Pero con lucidez asombrosa recordaba todo el pasado de mi vida. ¿Es que con visión de hipermnesia recordaba también cosas que habían ocurrido a mis lejanos antepasados? ¿Es que lo que yo había leído se introducía en mi propia vida, como algo real que recordaba mi subconciencia, la conciencia dormida de mi estirpe?

Me veía con los dedos de los pies cortados, y cauterizados con sebo hirviente, sacando polvo de oro de los lavaderos. ¿Dónde? ¿En el Choapa, en el Maipo, el Cachapoal, el Maule, el Bío-Bío? ¿Qué río era de los muchos que conocí como vendedor viajero de las velas que iba a vender en provincias? Veía las cabezas de mis hermanos mapuches, colgadas del "rollo", en la plaza pública, frente a la "casa del Rey", para escarmiento de los otros mapuches que luchaban por su libertad. Veía a Caupolicán ensartado en un palo que le atravesaba el cuerpo, como un polichinela en un teatro de marionetes. Veía a Lautaro, con sus brazos cortados. Oía al cacique araucano condenado a la horca, que pedía como único favor que lo colgaran en el árbol más alto, en la rama más alta, para que los de su raza vieran cómo había muerto por ellos. Veía a la joven araucana que entró en los aposentos de don García Hurtado de Mendoza, a pedir perdón para Alfonso de Ercilla, el cantor de Arauco, y salvarle la vida, lo que consiguió ella, y que ningún otro había podido conseguir.

Toda la historia de mi patria, de mi pueblo, pasaba lúcida por mi memoria como una película hablada, en colores, de tres dimensiones. Aun lo más íntimo acudía a mi mente. Veía a don Ambrosio O'Higgins, bordeando los sesenta,

en Chillán, alojado en casa de don Simón Riquelme, de cuya hija de diez y ocho años, Isabel, se enamora. La muchacha se le entrega. Y Chile tuvo a Bernardo, a quien Encina trata de empequeñecer, sin lograrlo. Veía la carrera de ese soñador con alma continental, y lo veía en su estatua, en la Alameda, en la batalla de Rancagua, con un español bajo las patas de su caballo. Los españoles de más tarde, de nuestro tiempo, que se sienten humillados con esa estatua, han ofrecido cambiarla por otra de mucho mayor valor, real y artístico. Pero Chile ha rechazado la oferta, como ha rechazado corregir el error de métrica de nuestra Canción Nacional.

Y después, los recuerdos de mi vida propiamente tal. Asistía al saqueo de Santiago, cuando cayó Balmaceda, cuando yo, con apenas once años, recorría las calles con una escarapela roja en el ojal. Recordaba cómo, cuando pasaba la turba revolucionaria frente a nuestra casa, agitábamos en la puerta una colcha roja, para librarnos del saqueo a que estábamos expuestos porque mi padre era balmacedista, y tenía oculto en su casa al Dr. Bahamondes, uno de los diputados del Congreso de Balmaceda.

Recordaba cuándo se hicieron correr los primeros tranvías eléctricos, que nos parecían cosas de brujo. Y la instalación de los primeros teléfonos. Todo Chile, y su historia, estaban en mi carne, en mis huesos, en mi sangre.

La película donde estaba impresa mi vida seguía rodando sin intervalos, sin entreactos; pero sin orden, ni concierto. Cuando me pasaban la chata, sin poder moverme casi en mi lecho, recordaba a aquella deliciosa chiquilla de Talca, Hortensia, con su chata envuelta en papel celeste. Y recordaba las cartas que enviaba en sus cuadernos de composición, en los que escribía cordillera con "y". Y recordaba por qué fuí despreciado; porque no era de abolengo como ella, o como don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, que se decía descendiente de los compañeros de don Pelayo, pariente de El Cid. Recordaba que sólo hacía un mes había visto el retrato de una de las hijas

de Hortensia en "El Mercurio", en la galería aristocrática de las mujeres que contraían matrimonio. Se casaba con un gran señor de su clase. Y recordaba a Sofía, su empleada, con quien me consolé, y su traje de novia que olía a alcanfor. ¿Se habría casado Sofía?

Recordaba mis años escolares en Santo Domingo, con el fraile enamorado de mi condiscípulo, que no tuvo la fortaleza del cura Deusto, de Augusto D'Halmar; en Talca, con Hortensia y Sofía; en el Instituto Nacional, con su chino, en la calle Alonso Ovalle, y sus tarifas con "talo" y sin "talo". Recordaba los millones y millones de velas que yo había fabricado, velas que se encendían, y se consumían, y se apagaban. Unas para alumbrar el hogar de los pobres; otras para arder en altares; otras para mandas de mujeres enamoradas de Cristo; otras para velorios.

Recordaba lo que me ocurrió cuando jugaba al luche con una veintena de niñitos y niñitas. ¡Qué poco importante me aparecía eso ahora! ¡Y qué importante me había aparecido entonces! Recordaba mi dolor de muelas, y la mujer que me lo quitó en la silla del dentista. Recordaba los chistes que le contaba a mi novia, en esas deliciosas tardes farmacéuticas, cuando nos dejaban solos en la botica. Recordaba al hombre calvo que fué a comprar un condón. Y la prostituta, gran señora después, que cuando no se ponía peluca, no tenía siquiera el casi imperceptible vello de la Maja Desnuda de Goya, para quien posó la Duquesa de Alba.

Recordaba cuando un receptor me fué a embargar mi casa, lo que me hizo principiar un libro acerca de cómo gané mi primer millón de pesos. Y recordaba a esos dos abogados que me demandaron y que, injustamente, sin duda, me han hecho mirar a todos los abogados con antipatía. Para desquitarme de ellos, había puesto en mi oficina una muy buena litografía de la tela de Daumier "Dos Abogados". A él también le quisieron quitar su casa.

Detalles olvidados de mi vida de muchacho, que no había recordado siquiera cuando principié a escribir este li-

bro, aparecían, buscando su camino entre los diez mil millones de células de mi cerebro, nítidamente reflejados como imágenes vivas, en la pantalla de mi memoria, confirmando la creencia de que quienes están a punto de morir, ven reproducida ante sí toda su vida, desde la más temprana infancia.

Recordaba, por ejemplo, cuando me trepé una vez en un frondoso guindo, en Rengo, con la hija de la cocinera, muchacha descalza, sin calzones, llena de mugre de tierra y de sudor. Allí, donde nadie nos veía desde abajo, protegidos por el cortinaje de las ramas tupidas, nuestras bocas teñidas con el carmesí de las guindas, ella me principió a besar con golosina, y a manosear. Yo seguí su ejemplo, explorando todo su cuerpo. Pasaban a nuestros pies las carretas y las mulas; pero los arrieros, aunque hubieran mirado hacia arriba, no habrían visto el cielo mundano que las ramas ocultaban en el cerezo. Cuando ella quiso ir más lejos, y convertir en tálamo una fornida rama del guindo, yo no me atreví. Simplemente no me atreví. Tuve miedo, y me bajé.

Recordé cuando mi hermana, que había estado casi toda la mañana en la cocina, entró en su sala de baño, donde vió a su marido, de espaldas, poniéndose la camisa. Inclinado, sus testículos colgaban como el badajo de una campana. Ella, como el campanero de una parroquia, sacudió el badajo, diciendo: "tilín, talán; el almuerzo está servido". ¡Cuál no serían su espanto y su bochorno, cuando se dió vuelta el bañista, y vió ella que no le había tocado la campana a su marido, sino a un amigo de él, desconocido de ella, que había llegado intempestivamente de Coquimbo! ¡Y tuvo que sentarse después a la mesa con él! Esta historia no me la habían contado a mí; pero yo la sorprendí, y reconstruí de mil y una alusiones y cuchicheos.

La película seguía y seguía. A veces yo no me daba cuenta de la exhibición porque perdía la conciencia de mi propio existir durante horas seguidas. De repente, se contraían mis tejidos. ¿Qué era? Una inyección intravenosa

Y luego otra inyección. Aparentemente sin conocimiento, entreoí una vez este diálogo, al lado de mi cama, en voz baja, como si se hablara en una catedral:

—Ya es inútil, colega, ¿para qué martirizarlo más? Está en estado agónico. Ya no va a recobrar el conocimiento.

—Ensayemos todavía, —dijo la voz de mi hijo.

—Está en estado de coma, es cuestión de minutos.

Yo oía, pero no podía articular palabra. Mi respiración parecía la de un fuelle, mohoso, duro de mover, de abrir y cerrar. Mis ojos están abiertos, pero vidriosos. Mi mujer ya no sale del dormitorio para llorar. Se echa sobre mí y me abraza. Llora con fuertes sollozos en mi presencia. Cree que no me doy cuenta. Me doy cuenta.

Pero la muerte tardaba en llegar. Debería estar muy afanada en alguna otra parte. Eran las tres de la mañana. Todos, en la casa, estaban en pie. Desde hacía una semana, dos enfermeras me atendían, una durante el día; la otra durante la noche. Cada una de ellas, cada nuevo día, al empezar su turno, creía que recibía a un paciente vivo, e iba a entregar a un muerto. La enfermera nocturna me tenía tomada la muñeca en su mano derecha. Y me miraba, sus ojos clavados en los míos. Parecía sorprendida de la demora. Estaba ella como un palanquero en el desvío de la vida, esperando el tren de la muerte, que viene atrasado, pero viene. Se oye el resoplido de la caldera, el rechinar de las ruedas en los rieles —mi burdo respirar. Pero el tren viene con la lentitud con que se acercan a las estaciones de las grandes urbes. Va a llegar. En realidad, no sólo se le oye, sino que se le divisa. Los pasajeros deben estar preparando sus maletas, para bajar al andén. Ya viene. Ya viene. Va a llegar, pero no tiene apuro. Va a llegar. Está sólo a unas pocas cuadras. Ahora está a unos pocos metros. El maquinista está frenando. Disminuye la velocidad. Es más lento el ritmo de mi pulso. Ya llega.

Recuerdo mis noches talquinas, cuando, en la biblio-

teca de mi hermano, leía su literatura española. De Jorge Manrique:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
tan callando.

Y de Gustavo Bécquer:

Cerraron sus ojos,
que aun tenía abiertos:
taparon su cara
con un blanco lienzo,
y unos sollozando,
y otros en silencio,
todos se salieron
de la triste alcoba
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

Y recordaba la muerte de Sócrates, descrita por Platón, una de las páginas más bellas de la literatura universal. Recordaba que cuando la cicuta ya había alcanzado al corazón, y principiaba a enfriarse su cuerpo, se dirigió a Crito, que estaba lloroso, a su lado, y le dijo: "Crito, le debo un gallo a Asclepio. Te ruego le pagues mi deuda". Fueron las últimas palabras de Sócrates. Y yo, recordando eso, quería decirle a mi hijo que no le había nunca pagado a Rebeca, la mujer de mi hermano, el juego de sillas de comedor que le había ofrecido, para reemplazar las que quemaron para darme un baño. Quería que Roberto cumpliera tardíamente por mí con este compromiso, haciéndole tal regalo a Teobaldo, su hijo de la ancianidad.

Hay un momento en que el cuerpo está vivo y está muerto al mismo tiempo. Tiene que ser. El cuerpo no puede morir estando muerto. Tiene que estar vivo para morir.

En el momento en que se muere se tiene que estar vivo. Es como un cuerpo en movimiento, que siempre está y no está en un lugar determinado.

Tal vez tenga que dar una explicación a este respecto, porque parece no tener sentido decir que un cuerpo está y no está a la vez en un lugar determinado. Pero no puede ser de otra manera. Si el cuerpo se está moviendo, y usted lo considera en un lugar determinado, en el cual está, entonces no está en movimiento. Si usted lo considera en el lugar inmediatamente siguiente a aquel en que estaba, tampoco está en movimiento. No puede pescar nunca usted al cuerpo en un lugar donde realmente esté, porque en tal caso estaría detenido. Lo mismo ocurre con la muerte, que es, en cierta manera, movimiento. Si alguien está muriendo, está vivo. La transición de la vida a la muerte es una fracción de segundo en que se está vivo y muerto a la vez. Esta no es metafísica. Es ciencia.

Y ese momento en que se está vivo y se está muerto al mismo tiempo, ¿cuánto dura? Medimos el tiempo, usando como vara la duración de nuestra vida. Un segundo es muy corto para nosotros; pero puede ser como un año para seres de vida efímera.

De súbito, la enfermera deja caer suavemente mi mano exánime sobre la blanca sábana, y dice, con voz suave, y solemne:

—Ya está.

Recuerdo que sentía ansias de gritarle a la enfermera que no era cierto, que yo estaba vivo. Ese fué sólo un átomo de tiempo. Pero un átomo es todo un universo, es como una eternidad. En esa fracción de instante vi todo lo que habría de seguir. La enfermera, prolija, limpiando mi cuerpo, y vistiéndolo para su última ceremonia, haciendo las veces de un valet de chambre.

Me parecía ver al padre Lorenzo, trepado en una silla, sacando el Pithecantropus erectus de mi cabecera, y poniendo un corazón de Jesús.

Veía la noticia de mi muerte en los diarios, en un mar-

co, con una cruz, invitando a los parientes y amigos a acompañarme al cementerio. Veía la llegada del ataúd. Cómo me ponían sobre sus suaves cojines. Los tramoyistas de la empresa *fúnebre*, que arreglaban el hall abajo, transformándolo en capilla ardiente. Los cortinajes negros cubriendo las paredes. Ya bajaban mi ataúd por la escalera. Me colocan sobre el catafalco. Oigo los sollozos de mi esposa, mientras hacían todo esto. La primera corona que llega, de rosas blancas, hecha a mano en casa de mi vecino. Una ventanilla de cristal en mi ataúd. Por allí un desfile de caras, los que quieren verme por última vez. Mi mujer no, porque no la dejan. Mi hijo Roberto; el hijo de mi hijo, Bernardito; Teobaldo, el hijo de mi hermano; mi vecino; su hijo Ramoncito, y su esposa, y su hija, Zunilda; Julio, el abogado amigo, que embargó mi casa. Me pareció ver en sus ojos una súplica de perdón. Perdonado. Y decidí sacar de mi escritorio el cuadro "Dos Abogados" de Daumier. Me parecía un desfile interminable el que pasaba ante mi ventanilla. Caras que hacía tanto tiempo no había visto. Las veía amarillentas, a la luz de las velas, de los cirios de cera, tan gruesos y grandes, que debían alcanzar para muchos muertos.

Oía el doblar macilento de las campanas de la Iglesia de San Juan Evangelista, en la calle Lira, sin torre, chata, desvencijada, donde mi mujer oía sus misas piadosas. ¿Eran por mí esas campanas? Oía a los buhoneros gritando sus verduras al frente de nuestra casa. Santiago despierto, lleno de vida, ansioso de comer, mientras cada minuto nacía un tonto, y cada minuto moría otro tonto.

Luego, la soldadura del forro interior del ataúd. Mi esposa oye desde arriba, en su dormitorio, donde se le ha dado un sedativo, la lámpara a soplete con que se hace la soldadura; y prorrumpe en gritos.

Y la sacada de mi ataúd, llevado a la carroza, con los brazos fornidos de mi hijo, de Teobaldo, de mi vecino, y de hijos de mi hermana. El viaje, por todo el centro de Santiago, con la gente descubriéndose. Llegamos a la Ave-

nida de la Paz, con sus palmeras. Y me llevan a la Capilla del Cementerio. Y el padre Lorenzo me reza una misa. Oigo los responsos. Huelo el incienso.

Todo esto lo he visto yo suceder en ese átomo de tiempo, cuando la enfermera dijo: "Ya está".

Pero mi hijo se ha aproximado a mí. Me mira no sólo como hijo sino también como médico, con su mirada penetrante. Me ha puesto una inyección de alcanfor.

Se había equivocado la enfermera. Había asistido, no a mi muerte, sino a la crisis de mi enfermedad. El tren había tomado un desvío. No había llegado donde se le esperaba. Yo sentí como si me hubieran echado en la tina del baño. Estaba empapado. Me había hecho pipí en la cama, como lo hacía, contra toda mi voluntad, cuando tenía ocho y diez años. Me parecía a mí que volvía de un viaje, que nacía de nuevo.

Dormí todo el resto de la noche. A la mañana siguiente, todos creyeron que yo era el Ave Fénix, que resucitaba de sus cenizas. Los doctores se miraban perplejos. Sólo mi hijo había tenido esperanzas mientras me quedara un soplo de vida. La mejoría fué casi imperceptible al principio; lenta durante una semana. Vigorosa después.

Esta narración de mi asomo a la muerte, no la he hecho yo toda de mis recuerdos, pues la noche de mi agonía es algo confuso en mi mente. Roberto, mi hijo, me ha ayudado a reconstituirla.

Hoy día gozo de relativamente buena salud, y es posible que viva varios años todavía. Pero ya la muerte, cuando venga, no va a tener misterio ni novedad para mí.

FIN

184

TALLERES GRAFICOS
CASA NAC. DEL NIÑO
Av. Providencia 1701
SANTIAGO

SECC. CHILENA